

Tenga un plan

SIRA DUQUE



Tengo un plan

Sira Duque

© 2018, Sira Duque

Primera edición: Marzo 2018

ASIN: B07B9LH13R

Diseño de cubierta: Laura Quez

Corrección: Abril Camino

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para mamá, papá y el nene.

- [1. Bocabajo](#)
 - [2. La solución](#)
 - [3. La manzana envenenada](#)
 - [4. ¡Señor, dame paciencia!](#)
 - [5. Sobredosis de bilis](#)
 - [6. El diablo viste camisa de hombre](#)
 - [7. El encantador de perros](#)
 - [8. Una tregua](#)
 - [9. Primera parada: aldea de Connel](#)
 - [10. El paraíso de Adán](#)
 - [11. Nuestro reflejo](#)
 - [12. Dejar de ser «yo»](#)
 - [13. La isla de Mull](#)
 - [14. No te despidas](#)
 - [15. No por correr llegarás más rápido](#)
 - [16. Mientras tanto en Madrid](#)
 - [17. El ladrón de besos](#)
 - [18. Un paseo por Estocolmo](#)
 - [19. ¡La que has liado, pollito!](#)
 - [20. Otra más](#)
 - [21. Elegir por los dos](#)
 - [22. Tengo un inconsciente subnormal](#)
 - [23. Las gallinas que entran por las que salen.](#)
 - [24. El punto de inflexión](#)
 - [25. No es amor](#)
 - [26. ¿La despedida?](#)
 - [27. El perdón](#)
 - [28. Como en las películas](#)
- [Epílogo](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Sobre la autora](#)

1. Bocabajo

—No son las horas, son tus recuerdos —dije, por vigésimo tercera vez en la mañana.

Luis, el director, resopló. Y para mi desgracia, aquel frenesí tan violento expulsando aire, significaba que tenía que repetir la maldita frasecita otra vez.

Bizqueé y descrucé las piernas, intentando parecer sexy, pero sin enseñar la *mariscada*. El vestido que me habían obligado a llevar para grabar el anuncio me apretaba tanto que, estando de pie, se podían leer las recomendaciones de lavado de la etiqueta. Y claro, bajo semejantes circunstancias, lo de llevar ropa interior lo dejamos en un segundo plano. Dónde desearía haber estado yo en ese momento...

Por si acaso, respiré lo justo.

—¡Vamos, nena, regálanos la lujuria que escondes detrás de esa mirada felina! Seduce al objetivo; imagina que eres Eva y estás hipnotizada por lo prohibido...

Tomé aliento y desvié la mirada. Y, entonces, lo vi. Vi el pecado y me arrodillé mentalmente a sus pies. Estaba al fondo, recostado contra el quicio de la puerta, con una mano en el bolsillo del pantalón y otra retirando un mechón dorado de sus ojos. Era tan alto que estaba a punto de darse un cabezazo contra un foco. Se sacó la mano del bolsillo y se recolocó la hebilla del cinturón. Un tatuaje irrumpía en su brazo izquierdo. De lejos, parecían garabatos que querían expresar algo, aunque mi miopía me impidió darle una forma concreta.

—...imagina que estás a nada de morderla —continuó en susurros Luis, como si fuera la dichosa serpiente del Edén.

Intenté apartar la vista de mi manzana para centrarme. Imposible. Nuestros ojos se encontraron y me estremecí al ver el brillo canalla de esa mirada verdosa, inexpresiva si la comparabas con todo lo que decía su pose arrogante y autoritaria, pero capaz de absorber todo el espacio de nuestro

alrededor y guiar mi atención a su antojo.

Él parecía bastante cómodo sabiendo que lo devoraba con la mirada, y me lo hizo saber; me guiñó un ojo y torció la boca para mostrar lo que supuse uno de sus puntos fuertes: su sonrisa. Al instante, noté el calor que me producía el bullir de mi propia sangre, que abrasaba las venas de mi antebrazo por la temperatura con la que las recorría. Aquella reacción era absurda. Tenía que recuperar el control de mí misma. Había una veintena de personas analizando cada uno de mis parpadeos, ansiosos por que terminara para poder irse y continuar con sus quehaceres. Y yo ni atinaba ni me centraba.

Dejé escapar un calculado suspiro, paseé la lengua por el labio inferior y me lo pincé antes de volver a articular:

—No son las horas, son tus recuerdos —susurré, como si me estuviera reponiendo del mejor de los orgasmos.

—¡¡Eso es!! ¡¡Lo hemos conseguido!!

Todos aplaudieron al oír la aprobación de Luis. Las palmadas de alguien sobresalían entre el equipo. Sin localizar de dónde o quién provenían exactamente, imaginé que su artífice era César, mi hermano mayor. No lo busqué para confirmarlo, tan solo parpadeé varias veces conforme asimilaba que mi tortura había terminado y el revoloteo cesaba. Odiaba con toda mi alma estar frente a la cámara, y eso que, viendo la desvergüenza con la que troto por el mundo, pocos se percatarían de lo muchísimo que detesto ser el centro de todas las miradas. Pero César lo sabía y se lo pasaba de fábula con mi sufrimiento.

Me incorporé y me alejé a trompicones de los focos. Un minuto más en su punto de mira, y aún estaría limpiándome el rastro que habrían dejado mis retinas derretidas al descender por las mejillas.

—¿Tan mal he estado? —Gesticulé en susurros a unos metros de Bárbara.

Me deshice de los complementos que aparecerían en la nueva campaña de publicidad y se los entregué a una de las chicas encargadas del atrezo conforme me acercaba a Bárbara.

—¿Mal? —Zarandé una mano y puso cara de estar a punto de vomitar cuando llegó hasta mí, y me palmeó el trasero—. Peor.

Bárbara, además de ser la directora del departamento de gemólogos de Shapir, era uno de los pocos seres vivientes con paciencia para aguantar las fallidas sinapsis de mis neuronas. Según sus propias palabras, cuando me alteraba, alguna de mis conexiones cerebrales cortocircuitaba, impidiendo

que mi filtro mental fuera capaz de discernir entre cosas o acciones que pueden decirse o hacerse en presencia de otros y las que bajo ningún concepto debieran salir al exterior. Te diría que hacía todo lo posible por conectar la cabeza con la boca y, así, evitar soltar patochadas, pero ni destacaba por mi sosiego ni por mi tranquilidad, más bien todo lo contrario. Soy intensa y pasional, tanto como para que duela más de lo deseado a veces, y lo suficiente como para sentir vértigo de mis propios impulsos la mayor parte del tiempo. Eso y que, como dice mi padre, tengo dos pedradas bien dadas. Y, en consecuencia, solía arrepentirme con demasiada frecuencia de un porcentaje de palabras y acciones en las que terminaba envuelta bastante elevado.

—Por un momento he dudado de si estaba en el rodaje de la campaña de la nueva temporada de relojes y bisutería o de un Magnum —dijo lo bastante alto como para que César la escuchara y le siguiera la corriente—. Dinos, Cleopatra Shapir, ¿quién era el helado al que mirabas con tanto apetito?

En mi defensa diré que el estrés y la presión a la que estaba sometida podrían haber influido en la revolución de mis hormonas, porque por más que miré con disimulo en derredor buscando a mi *manzana*, no logré encontrarla. Llegué a pensar que me lo había imaginado y que mi inconsciente estaba partiéndose de la risa. Ojalá.

—Pues habrá cambiado de acera después de lo de Miguel, porque lo más agradable a la vista en toda la mañana han sido las maquilladoras. Mejorando lo presente, claro está —rectificó César, al ver la mirada asesina de Bárbara.

—Si te molestaras en usar algo más que tus instintos primarios, habrías entendido la cara de *porno star* de tu hermana. —Carraspeó y me dio con el codo—. Igual puedes sugerirle a Luis que traiga a tu muso para el siguiente anuncio en el que participes. Se ve que con la vista contenta te concentras más...

—Dios, ¿de verdad estamos teniendo esta conversación? ¿Qué te hace pensar que espero ver a nadie?

—Las telarañas de tu castaña. ¡Anda, mira, a lo Garcilaso...!

La contención de César expiró y estalló a reír a carcajada sorda. Gracias al amplísimo número de genes que compartimos, supe que estaba maquinando algo que apoyara la teoría de Bárbara. Y, si me preguntas, sin miedo a equivocarme, puedo asegurar que tocarme las narices era una de las pocas cosas que tenían en común. Bueno, había muchas más. Aunque, por aquel entonces, los únicos que parecían no enterarse eran ellos. Por eso,

cuando no era la diana de sus gracias, la mayor parte del tiempo que pasaban juntos lo empleaban en asesinarse verbalmente o hacerse putadas. Por lo que, sin darle mucho margen, me acerqué despacio a su oído y lo advertí.

—Si se te ocurre insinuar o decir lo más mínimo acerca de mi vida sexual, juro que el próximo nudo *windsor* que te sujete la corbata serán tus pelotas — dije, tirando del extremo de la tela.

—¿Qué? ¡No! ¡Qué asco! —Me enseñó las palmas a modo de tregua—. ¡Eres mi hermana, coño! Lo último que se me ocurriría es imaginarte a ti con un tío, haciendo... eso...

Poco después, César y yo nos despedíamos de Bárbara en la entrada de la cafetería. Y, en los pocos minutos que tardamos en llegar al ascensor y bajar unos pisos hasta allí, César no abrió la boca, escarmentado por mi advertencia, pero Bárbara se recreó haciendo chistes malos sobre mí y mi negativa a relacionarme con el género masculino desde que rompí con Miguel y volví a casa.

No me malinterpretes. La cuestión no era que la ruptura con mi novio de la facultad me hubiera creado un trauma y en consecuencia me hubiese bloqueado o cerrado en banda a conocer a alguien. Simplemente, fui consciente de que si quería encontrar la manera de volver a empezar o de seguir más bien, tenía que olvidar mis expectativas previas sobre las cosas que debería haber conseguido a los veintiséis y terminaron siendo polvo.

Por ello, en lugar de atravesar las fases habituales de cualquier ruptura, replanteé mis prioridades.

Y mi amiga no conseguía entenderlo. No comprendía que centrarme en el trabajo era mi forma de sentirme en casa y el primer paso para ser capaz de ordenar todo lo demás.

A sus ojos, mi entrega se había convertido en una obsesión, una que utilizaba para consumir la mayoría de mis fuerzas y eludir pensar en el resto de facetas de mí, que tenía abandonadas. Su forma de sacarme de esa burbuja era presionarme con bromas y cosas que, por muy chalada que estuviera, no saldrían de mí. Ser la «actriz» del anuncio de promoción, por ejemplo. Entre tú y yo; no picaré otra vez para hacer otro.

—Según Alberto, el de montaje —me explicaba César, sacándome de mi abstracción—, el anuncio estará listo en unas semanas, así que, si todo sigue así, nada impedirá que su estreno sea un poco antes de lo previsto.

—De haber sabido que tendría que prestar mi imagen para semejante circo, jamás de los jamases se me habría ocurrido abrir la boca para aportar

ninguna idea.

—¡No me jodas! Si papá está como un niño con un caramelo de dos mil pesetas, tú estás como uno que tiene otro, pero de cuatro mil.

Riendo, le tiré una servilleta a la cara. Lo cierto es que nada de lo que dijo era mentira. Tanto trabajo y dedicación estaba dando sus frutos. Hasta papá estaba impresionado, algo bastante complicado en un hombre como él, ya que, quienes lo conocían sabían que Augusto Shapir era una de los hombres más exigentes del continente. Y no es para menos, como heredero de una de las firmas de joyería y relojería de lujo más conocida de Europa, permitir que la competencia llegara a superarte por descuidar detalles no era una opción. Más bien, una responsabilidad que requería recordar desde cuando nuestros antepasados comenzaron a congratular al mundo con diseños famosos por su exclusividad, belleza y materiales. Y precisamente por ello, en poco más de un mes, celebraríamos el centenario de la creación de la empresa con una emotiva sorpresa. Pero... ¡Era secreta!

Vale... ¡Te la cuento!

El tataranieta del primer cliente de mi tatarabuelo sellaría oficialmente su noviazgo, poniendo en el dedo de la afortunada la primera sortija que creó un Shapir. Así, en honor a ambas celebraciones, cien réplicas de una de las piedras preciosas más bellas y escasas del planeta, el rubí rojo, pudieron ser adquiridas por clientes de todo el mundo antes de la celebración.

¿Te haces una idea de quién fue la cabeza pensante de todo el barullo?

Exacto, ¡qué rápida has estado! Yo, Cleopatra Shapir, su hija mediana y estrella del fantástico *spot* de publicidad, nótese la ironía.

La misma que tendría intereses en horas de sueño cuando todo hubiera terminado. Y también la que tenía que hacer lo imposible para que su padre confiara en algún talento oculto suyo y empezara a verla como algo más que una hija que no tenía ni idea de qué hacer con su vida.

—Es Bárbara —me informó, enseñándome su móvil.

Estiré el brazo y lo cogí.

—¿Hola?

—¿Tienes el manos libres?—preguntó

—*Mmm...* No...

—¿Estás sentada?

—Sí —afirmé, desconcertada.

«Por favor, que no haya ningún problema con el *catering*, la decoración, o lo que sea», recé al oír su tono.

Pasábamos tanto tiempo juntas que, por las tomas de aire previas a la entonación de las palabras, éramos capaces de reconocer cuándo algo iba a ser sarcasmo, broma o... muy muy malo.

—¿Por dónde quieres que empiece? ¿Por las buenas o por las malas? ¿Quieres que te lo diga con tacto o a dolor?

Antes de que se respondiera ella solita, ya me había mareado.

—¡Di lo que tengas que decir, pero dílo ya!

—Vale. —Tragó saliva—. La sortija no está en su vitrina.

—Acabo de quitármela y dársela a una de las chicas encargadas del atrezo. Estará al llegar —expliqué, con la inocencia que me otorgaba no saber todo lo que se me venía encima.

—No me he explicado bien —aclaró—. Todo lo que has llevado puesto para el rodaje está aquí, incluido el rubí.

Intenté respirar con más calma mientras la escuchaba, aunque el tono seguía siendo el mismo y mi rapidez mental no estaba siendo todo lo ágil que requería que fuese. No me enteraba de nada.

—¿Entonces...?

—Entonces... pues... que el que está, y supongo que has llevado toda la mañana en el dedo, no es el original. Es una réplica.

Me estremecí al sentir una bofetada del aire, creo que hasta me encogí en la silla por la impresión.

—No puede ser.

«No puede ser», me repetí.

Simulando normalidad, me levanté de la silla. César me miraba interrogante. Sentí como el color abandonaba mi rostro y el flujo sanguíneo se ralentizaba. Mis ojos lo veían todo borroso, me estaba mareando. Iba a desplomarme de la impresión. O vomitar. O sufrir un ataque de ansiedad. O todo a la vez sin orden ni concierto.

Salí trotando de la cafetería sin despedirme y me dirigí al ascensor. Al rato, me di cuenta de que, con las prisas, había olvidado el bolso en el respaldo de la silla, y que el móvil que llevaba pegado a la oreja era el de César. Sin embargo, no hice amago de rectificar mi error ni de recuperar mi bolso. De hacerlo, César se habría coscado de todo y no podía permitírmelo. Nuestras competiciones internas nos prohibían dejar a la vista del otro nuestras cagadas y la mía estaba a punto de ser épica. Claro que, por mi reacción y su gran capacidad para darle forma a los detalles, no tardaría en darse cuenta él solito.

—Vale, piensa... —pedí, aguantando las náuseas—. Puede que la hayamos confundido y por error esté en uno de los paquetes, ¿no? —Silencio eterno—. ¡¡Bárbara, di algo!!

—Esa es otra de las malas. —Otro silencio—. Creo que la mayoría de paquetes ya han sido enviados a sus destinos.

2. La solución

Para cuando procesé la información, mi cerebro ya había encendido la luz de emergencia ante situaciones estresantes. Cuando eso ocurre, mis reflejos cuentan con escasas posibilidades de reacción. Pero, teniendo en cuenta la gravedad del problema, aquel día, se solaparon.

Empecé recorriendo mi despacho de un lado a otro hasta tener ampollas en los pies a la espera de noticias del equipo de búsqueda. Y, cuando digo equipo, me refiero únicamente a Bárbara. En mi estado, yo no era de gran ayuda. Luego, adopté un estado de momificación permanente en el que las únicas órdenes recibidas por el de arriba no superaron respirar y a duras penas parpadear.

Embotada, salí del despacho acompañada de los mismos pensamientos reiterativos que me torturaban y colapsaban.

Cuatro generaciones de mujeres habían llevado en su dedo anular esa sortija como anillo de compromiso. Nadie con un poco de sentido común pasaría por alto que su valor sentimental se sobreponía a cualquier otro. Nadie que estuviera en sus cabales la perdería de vista. Y lo hice. Todo. Yo. La misma mujer que tenía que honrar todas las historias sucedidas en cada línea del tiempo desde que vio la luz y comenzó a cumplir su cometido. Miles de recuerdos, de encuentros y desencuentros quedaron extraviados por un descuido. Mío. Suerte que no conocía personalmente a ningún miembro de la familia porque, conociéndome, sus caras de decepción me habrían perseguido hasta el fin de mis días.

Por el camino, varias personas miraron mis pies con cara de confusión. Andar con calzado alto nunca me supuso un problema; sin embargo, en algún momento, sentí vértigo por la distancia con el suelo y me deshice de los zapatos, sin dudar en continuar mi maratón descalza. Estaba más cómoda, sí, aunque ese alivio no consiguió que fuera más sencillo sobrellevar la carga que me suponía encarar cada par de ojos que se clavaba en mí durante el

trayecto. La sensación de que cada persona con la que me cruzaba intuía que otra vez había hecho de las mías me carcomía, y activaba el bucle de lamentos que no llevarían a ninguna parte si el puñetero rubí no aparecía.

Entré en el baño y abrí un grifo. Deseé derretirme y fundirme con el chorro hasta desaparecer por el desagüe con la misma facilidad que lo hacía él. Me humedecí la cara. El contraste de temperatura me espabiló y relajó, hasta que un carraspeo seco y grave atrajo mi atención en su dirección y volví a ponerme alerta.

Desde que entré, había estado tan concentrada en ignorar cualquier estímulo externo que pasé por alto uno bastante importante. De carne y hueso, metro ochenta y muchos y rubio, para más señas. Mi alucinación matutina, mi manzana.

—Hola —me saludó su ronca y poco aterciopelada voz.

Los músculos de mi cara adoptaron una posición en la que fue sencillo adivinar lo desubicada que me sentía. No estaba delirando, existía. La prueba era el medio metro que nos separaba y la combinación de salvia con azahar de su perfume. Era imposible tener una alucinación tan completa y atractiva. Mi mente no podía permitirse crear tantos detalles, estando más ida que lúcida.

Desvíe la mirada a sus ocupadas manos. Con tranquilidad, hacía amago de subirse la bragueta. Acción que no pasó desapercibida por mis curiosos ojitos. Acción que examiné a conciencia y con la que me hice una idea de la envergadura de lo que intentaba esconder. Hecho que dejó patente que, por más que la forzara, esa cremallera no iba a subir; era imposible que semejante bulto entrara en un espacio tan ridículamente pequeño.

Absorta en cada uno de sus movimientos, me olvidé de que el estrechísimo vestido tenía un límite de carne que podía soportar en su interior, que no tardó en rebosar, conforme me deslizaba a cámara lenta hasta el suelo con la espalda recostada en la pared más cercana. El desgarró de la falda fue casi limpio, aunque mis voluptuosos muslos no se vieron muy favorecidos tras ser liberados de la opresión de la tela. ¿Una morcilla con confeti alrededor? Pues igual.

Una vez solventado su problema, torció el gesto y tomó asiento, apoyando el trasero en sus talones, mientras mis manos y piernas peleaban por encontrar una posición cómoda y que no diera pie a otra rotura que lamentar en la falda. Ruborizada, enterré la cara entre mis manos y, ni así, sus ojos se separaron de mí.

—¿Estás bien? —preguntó, casi en susurros.

Viendo que no me movía, se acercó despacio y, con delicadeza, apartó los mechones que caían delante de mi cara, soplando a poca distancia de mis mejillas. Paseó su mirada desde mi cuello al escote y, cuando fui consciente, me abracé y lo oculté de su inspección.

—¿Qué haces aquí? ¿No tienes un baño asignado a tu sexo? —conseguí balbucear.

—Según el cartelito de la entrada, eres tú la que no tiene claro su sexo.

«Confirmado: soy gilipollas».

El rubor de la humillación me arrebolaba las mejillas y, a pesar de soltar una carcajada amarga en un intento de suavizar el ridículo de la escena, me desmoroné y, sin ocultarme, rompí a llorar. A pulmón abierto, como si el cielo cayera y mis lágrimas fueran capaces de tapar las fisuras. Lloré con tal intensidad que fui incapaz de tomar aire y tragar al mismo tiempo. Me ahogué unos segundos y me atraganté en los siguientes, hasta que él apoyó su barbilla sobre mi cabeza, aspiró mi olor y me rodeó. Simulando un abrazo, aunque a una distancia prudente. No estoy muy segura del porqué de aquella necesidad repentina, pero deseaba enterrar mi cara en su pecho y permanecer así todo el tiempo que él me lo permitiera. Tan solo necesitaba que alguien me dijera que mis cagadas tenían arreglo. Y por alguna extraña conexión, aquel día y en ese instante, la única persona que me calmaría y quería que lo hiciera fue él. Quería que aquel desconocido expresara, de cualquier forma, que todo volvería a estar bien.

—Lo he perdido... —confesé entre hipidos—. Juro por Dios que no quería...

—Tranquila, todo irá bien.

La caricia de dos ojos entrecerrados mirándome con ternura en medio del silencio. Sus dedos paseando por la piel desnuda de mi muñeca hasta el hombro y, pocos segundos después, del hombro a la muñeca. Giré la cabeza para que no me viera apretar los ojos y morderme el labio. La calma me ponía nerviosa, mucho. En la quietud no sé desenvolverme, me da por balbucear cosas que no tienen sentido y la falta de coherencia resalta. Pero la electricidad que me transmitió fue tan fuerte, y su roce me dijo tantas cosas que las lágrimas, que segundos antes perforaban la piel que dejaban atrás, se secaron. Y yo, que soy mujer de ladrar a todas horas, acababa de quedarme en blanco sin saber qué decir. Como si se me hubieran agotado las pilas. Como si sus palabras me hubieran tranquilizado y de verdad todo fuera a salir

bien.

—Tu cintura —dijo de golpe.

—¿Qué?

—Está vibrando.

Saqué el móvil de la riñonera que hacía las veces de bolso cuando llevaba prendas sin bolsillos. La imagen de Bárbara en la pantalla me dedicaba una peineta. Descolgué, atacada, y rogué a todos los seres celestiales del universo que el rubí hubiera aparecido y pudiéramos pasar los siguientes días riendo al recordar la anécdota.

—Vale, tenemos un problema. Mueve tus preciosas nalgas de Swarovski hasta el despacho, ¡¡ya!! —gritó, sin darme tregua a saludar.

Avergonzada y cabizbaja, me levanté del suelo y lo miré.

—No has visto nada —le advertí con el dedo a pocos centímetros de su nariz—. No soy una quejica, no lloro. Jamás. —Él torció la boca y esbozó media sonrisa—. No me he ganado un nombre con lamentaciones.

«¿Qué nombre, insensata?».

—Sé quién eres.

—Bien.

—Bien —repitió, aguantándose la risa.

«¿Por qué nadie me toma en serio?».

Al llegar, crucé la puerta igual que un huracán. Bárbara, mujer tranquila donde las haya, preparaba una cafetera sin mostrar signo alguno de nerviosismo. Le di un segundo, dos...

—¿Eso es sal?

—Efectivamente.

El estrés nos vuelve imbéciles.

—¿Estás echando sal a la cafetera? —Se encogió de hombros, despreocupada—. ¿A NUESTRA cafetera?

—El gilipollas de tu hermano le ha echado algo picante a mis natillas; debajo de la galleta, ¿te lo puedes creer?

Las aletas de la nariz se me abrieron de par en par y me obligué a contar hasta diez.

—Me pilló esta mañana jodiéndole la cafetera y me la ha devuelto.

—Te pilló.

—Sí, y es lo bastante listo como para no beber más de la suya. Pero no para olerse que la nuestra también...

¿He dicho que la paciencia tampoco es una de mis virtudes?

—A ver si lo entiendo: ¿nos obligas a ir tres plantas más abajo a por café, porque mi hermano y tú tenéis la edad mental de un niño de tres años? Bárbara, estoy a esto —junté el índice con el pulgar— de ir a buscar un camello de cicuta, ¿podemos centrarnos, por favor?

Sonrió con cautela y se sentó en mi sillón.

—La parte buena es que he conseguido que se paralizara el envío de paquetes hasta revisarlos uno por uno —explicó.

—¿Y?

—No está.

—¿¡Cómo que no está!?! ¿¡Y ME LO DICES ASÍ DE TRANQUILA!?

—Porque... esos son cuarenta y siete paquetes, sin contar los cincuenta que todavía no teníamos preparados. Lo que significa que todavía hay tres que no hemos mirado.

—Vale, entonces, ¿a qué esperamos? Vamos ya...

—No es tan sencillo —interrumpió—. Por alguna razón, fueron enviados antes, y puede que estén en manos de sus dueñas. Y a Dios gracias que se nos ocurrió preparar los paquetes personalmente; si no, a saber dónde estarían ahora el resto. —Se levantó de mi sillón—. No obstante, tenemos un poco más de margen para encontrarlo. Joel Jurado...

—¿Joel?

—El hermano del novio, creo —aclaró—. Ha tenido una reunión con tu padre. Quieren retrasar el compromiso, al parecer.

—¿No se supone que fue ayer cuando el novio estuvo aquí para hablar con mi padre?

—Sí, y no hubo novedades. Al menos hasta que su hermano ha demostrado lo contrario con su inesperada visita de hoy...

—¿Lo has visto?

—Por suerte, ni a él ni a tu padre...

—¿Y...?

—Pues... por lo que he podido sonsacarle a la secretaria de César, lo más probable es que tu padre también retrase la fiesta del aniversario.

Levanté una ceja, incrédula. Mi padre no era de los que cambiaba algo que ya estaba casi organizado.

—He pensado lo mismo que tú —dijo, dando voz a mis pensamientos—. Supongo que la amistad con su padre es lo bastante estrecha como para ser un poco flexible.

—¡Sí, a la vejez!

—La otra mala...

—¿Qué pasa?—pregunté, desconcertada al verla palidecer y hacer espasmos con la cabeza.

Me giré y vi a mi hermano sentado plácidamente en el sofá de la entrada con las palmas abiertas detrás de su cabeza, la frente arrugada y una sonrisa bastante cínica. Justo la que esbozaba siempre que estaba a punto de llegar a su límite de tolerancia —ya de por sí, casi inexistente— y empezar a lanzar graznidos.

«Me *cagüen* mi estampa», maldije.

Otra cosa que no había visto.

Si queréis ser discretos con algo, aseguraos bien de que no hay nadie que no deba saber más de la cuenta cerca cuando te pongas a dar detalles, he avisado.

—Mi hermano acaba de enterarse —afirmé.

Y, efectivamente, César comenzó a refunfuñar al mismo tiempo que yo apretaba los ojos y aguantaba la respiración. No sé cuánto tiempo estuve abstraída, a la vez que sus reclamos pasaban por mis oídos como por un vendaval sordo, pero...

—Tengo un plan —grité, mirándolos por turnos.

Mi hermano dejó el monólogo, se incorporó y se estiró su inmaculada camisa blanca antes de colocarse bien la chaqueta de uno de sus habituales e insulsos trajes gris marengo, seguido de un tirón del nudo de la corbata, la cual quedó a dos milímetros de asfixiarlo.

Bárbara, por el contrario, volvió a tomar asiento en mi sillón. Compartieron una mirada cómplice, César resopló y ella suspiró antes de añadir al unísono:

—¿¿NO ESTARÁS PENSANDO EN...??

«¡Mierda, me conocen tan bien...!».

—Olvidalo. ¡YA! —Ese fue mi hermano.

Aun así, estaba a punto de decir la chorrada más gorda y disparatada que se me había ocurrido en toda mi vida y tú de entender por qué casi nadie me tomaba en serio.

—Reserva un billete para cada destino de esas tres cajas —le pedí a Bárbara—. Yo misma iré a buscar el rubí.

3. La manzana envenenada

Ser algo parecido a una becaría no estaba mal. Serlo de mi hermano me convirtió en Cenicienta; eso sí, con el doble de hermanastras que en el cuento. Porque, además de aguantar estoicamente un palo en el culo bastante bien, César no se cortaba en recordarme que lo mío eran otras cosas y que, por mucho que me empeñara, no iba a lograr lo que otros, o sea él, llevaban años esforzándose por conseguir. Que, explicado de forma bastante abreviada, no era otra cosa que la dirección de la compañía cuando mi padre se jubilara en unas semanas. O eso decía él. Pocos creíamos que semejante acontecimiento fuera a suceder alguna vez.

Y claro, dónde iba yo con la fe y las buenas intenciones por los cielos, cuando el jefe de la camada de hermanos era incapaz de soportar que nuestro padre asociara cada una de mis meteduras de pata a falta de carácter, liderazgo o cualquiera de las aptitudes necesarias para gobernar un reino que se os ocurra, con él.

Bueno, al menos tenía un despacho. Medio en realidad, la otra mitad —el ochenta por ciento, más bien— pertenecía a Bárbara. Ojo, por decisión propia. Lo importante era permanecer lo más lejos posible y la mayor cantidad de los infernales minutos que componían la jornada laboral de Maléfico, y aprender cuanto me fuera posible de ella. La otra mitad lo sufría en casa. En la suya. Yo en Madrid no tenía, y volver con papi y mami ni siquiera fue una opción a tener en cuenta.

Y en esas estaba, sobrellevando como podía su necesidad por tener cuanto lo rodeaba controlado.

—Bárbara, ¿te importa explicarle a mi hermano la importancia de que la ropa se quede en la maleta cuando la introduzco? Si no salgo en un par de horas, perderé el avión.

—Deja de hacer la puñeta —lo advirtió, y le golpeó el brazo.

—No tienes por qué ir —empezó a decir él—, puedes mandar a quién

quieras o, si lo prefieres, pídele a alguien que te acompañe.

«No, querido hermano, Bárbara no va a venir conmigo. No será tan fácil que te quedes con el camino libre para hacer y deshacer a tu antojo».

Continué llenado de «por si acaso» la maleta, en silencio, para evitar animar el debate. Y cada pocos segundos, Bárbara me hacía ojitos y se encogía de hombros a modo de disculpa por haberlo dejado entrar en mi dormitorio.

—Mi error, mi responsabilidad —afirmé. Eché a un lado toda la ropa que había sacado del armario y pretendía meter en la maleta y me senté en la cama—. Los dos estáis ocupadísimos con todos los preparativos. Además, alguien tiene que cubrirme con papá, ¿de acuerdo?

—Todos somos responsable de este proyecto —aclaró Bárbara—. Tú también has trabajado mucho para que salga bien, y el descuido no ha sido solo tuyo.

Y ojalá hubiera seguido mirándome con esa ternura y desazón unos minutos más, porque habría recolocado la ropa en el armario como señal de que desistía de mi idea. Desearía haberlo hecho. Mi problema era que pocas de las cosas que cruzaban mi sesera quedaban inconclusas y, además, conocía a mi amiga. Y sé que, aunque hablase en general, en su cabeza ella aparecía antes que nadie. Bárbara era una más de los nuestros. Desde los ocho años, un vínculo grueso e irrompible fue creciendo hasta la actualidad y, a causa del mismo, un obsesivo sentido de la lealtad con nosotros la obligaba a hacerse responsable de todo lo que tuviera que ver con el apellido Shapir. En lo bueno y en lo malo, hasta que la muerte nos separase. Como si todo lo que había conseguido hasta entonces no hubiera sido por méritos propios. Como si les debiera algo a mis padres, a todos nosotros.

—Lo sé, lo sé. Quédate con que soy la más prescindible de los tres y podréis arreglaros sin mí.

—Si es lo que quieres, tú misma. Mejor, menos bulto, más claridad. Alguno de nosotros tiene que hacer algo sensato. —Esa fue la puntilla del simpático de mi hermano.

Los llamé con los brazos abiertos para darles un abrazo. Antes de venir a mi encuentro y aceptarlo, resoplaron al unísono y se miraron de reojo. Era agotador ser ellos, de verdad te lo digo.

Con la maleta hecha y mi hermano y mejor amiga calmados, todo estaba listo para salir a tiempo. Y como estaba duchada y vestida, no había excusas para dar oportunidad a Murphy de que jodiera más la cosa, cogí lo que iba a

llevar conmigo y me dispuse a cruzar el pasillo hasta la salida. Allí, el coche de Bárbara ya estaba preparado para irnos hacia el aeropuerto. Todavía podía arrepentirme y hacer «algo sensato», pero, entonces, una vieja fotografía en el aparador de la entrada me susurró que me acercara y escuchara lo que tenía que decirme. Ya ves, hasta los objetos me hablaban. Sonreí al recordar aquel día y, del mismo modo, me obligué a ponerme seria cuando recordé todo lo que cambió a partir de entonces. Cogí el marco y la confronté.

Teníais que haber visto la cara de mi padre cuando Adriano soltó en plena cena de Navidad: «Cleo quiere ser arqueóloga». Fue la primera vez que César puso en práctica casi todas las maniobras que aprendió en los talleres de emergencias, durante los campamentos de verano a los que lo obligaban a ir.

La culpable del lapsus que privó de aire a mi señor progenitor fue una inocente gamba, poco faltó para que terminara en la peluca de la tía Virtudes, cuando hizo el camino inverso desde su laringe al exterior. El mocoso de mi hermano parecía tenerlo todo pensado; la tolerancia y nuevos propósitos se respiraban a mansalva, el ambiente de la cena favorecía llevar a cabo confesiones como esa y la abuela Ivette a mi izquierda, con sus dedos bien asidos a la correa de su inseparable bolso al que todos llamábamos «baúl de Mary Poppins», en posición de ataque. No obstante, esto último no fue necesario. Papá no dijo nada. NADA. Secó sus lágrimas, tosió lo pertinente hasta recuperarse del incidente y, tras una fugaz sonrisa muy forzada, continuó a lo suyo, dejando a todos los de sus respectivas izquierda y derecha sin marisco.

Y yo, lejos de poder respirar tranquila, palidecí y me ofusqué como nunca. Desde que éramos niños, papá forjaba planes para cada uno de nosotros. Le gustaba imaginar que continuaríamos con lo que con tanto esfuerzo sus antepasados levantaron, y él se sentaría a verlo desde donde estuviera, orgulloso de que así fuera. Me había hecho a la idea de que mi destino era ese, sin más, que ya estaba escrito, pero yo era una afortunada al contar con la ventaja de saberlo de antemano porque podría prepararme para él. Jodida inocencia. Porque, con todo eso, a mis diecisiete años, no podía negar que me hubiera pasado la mayor parte de mi corta existencia escondiendo la inquietud de saber cómo habría sido mi vida de haber nacido en tiempos pasados. Y, según la etapa por la que pasaba, me gustaba imaginarme en la corte de la reina Victoria durante la temporada londinense o siendo la novia de Espartaco en la antigua Roma. A la vista queda que carencias de imaginación no tenía. Y, gracias a Adriano, todo mi empeño por

soñar bajito fue en balde, pues de igual modo, al hacerlas audibles, me sentí responsable de la decepción de mi padre. Lo odié por aquello y me costó perdonarlo. Y me odié a mí por no haber sido capaz de fingir una sonrisa y dejar aquella confesión como una broma pesada de mi hermano.

Los años pasaron y, a pesar de aquella anécdota, estudié Historia para terminar especializándome en Arqueología Medieval, tal como mi vocación mandaba. Sin embargo, tuvieron que pasar algunos más para que entendiera que a mi padre nunca le había disgustado mi elección, al contrario; me empujó a elegir sola y a equivocarme mil veces más, si fuera necesario. Me lo demostró con lo que me dijo cuando volví, perdida y desesperada por no encontrar el rumbo.

—Cleo, cariño, para determinadas elecciones, la vida ya nos tiene preparado nuestro camino. Aprender a interpretar las señales o equivocarnos haciéndolo es lo que se llama vivir. Saber si lo que hemos elegido nos llevará a dónde queremos no es fácil. Porque no todo lo que creemos que nos hará felices conseguirá que lo seamos, pero eso no significa que todo vaya a salir mal siempre.

Dejé la fotografía donde estaba. La revelación inconsciente de los recuerdos me desarmó. Mi padre tenía razón.

Las campanillas de la entrada sonaron y, con ellas, unos pasos detrás de mí.

—Pasa, no te cortes —dijo mi hermano a su visita, en un tono más irónico que amigable.

Alcé la mirada extrañada, más que sorprendida, por la identidad de la visita.

—Te he estado llamando toda la mañana —dijo, dirigiéndose a César, pese a que yo me encontraba en medio de ambos.

Lo miré a conciencia, esperando equivocarme. Mismo perfume, mismo pelo, misma altura... Era él, sin duda. Ver a aquel hombre en todas partes se estaba convirtiendo en algo muy extraño.

—Estaba intentando hacerla entrar en razón y no hay manera —dijo mi hermano, claramente refiriéndose a mí, ignorándome también—. Tendrás que acompañarla, se niega a que lo hagamos algunos de nosotros.

—Contaba con ello —respondió el otro, mirándome al fin.

¿Se conocían? ¿De qué? ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué narices quería venir conmigo? O mejor, ¿cuánto le habría pagado mi hermano por vigilarme?

¿Qué? Ya sé que esa última cuestión implicaba algo retorcido e impensable, viniendo de tu propio hermano. No te miento si te digo que ya tenía antecedentes por cosas parecidas. Mi hermano era incapaz de delegar, aunque sobrepasara sus límites o no tuviera ni idea de lo que tenía que hacer. Aprendía o, directamente, se lo inventaba. Por eso, no me pillaba por sorpresa que si Mahoma no podía ir a la montaña, se hubiese asegurado de enviar alguien de su confianza para que le se la trajera.

—¡Ni en sueños! —grité, cuando reaccioné.

Me hice a un lado, para poder mirarlos por turnos.

Ellos hicieron lo mismo conmigo, sin ni siquiera pestañear. Mi manzana sonrío en mi dirección, en tanto salvaba la distancia que nos separaba. No tardó mucho, pero se me hizo una eternidad desde que se puso en movimiento hasta que llegó a mí y habló.

—Buenos días, preciosa —saludó, cariñoso, en tono burlón—. ¿Has dormido bien?

Levanté la cabeza sonriendo. Gesto por el que me propiné una bofetada mental y me obligué a ponerme seria. La escena y las intenciones de ambos eran tan cómicas que no me molesté en articular sonido alguno antes de agacharme para coger mi equipaje con la intención de montarme en el coche y esperar a que Bárbara me imitara y me llevara al aeropuerto.

Pasé delante del nuevo amigo de mi hermano y, cuando quise abrir el maletero, él se apoyó sobre la apertura. Me había seguido. Giré la cabeza, buscando complicidad en Bárbara. Nada. Estábamos solos.

—¿Podemos hablar un momento? —preguntó.

Me crucé de brazos con una ceja alzada. ¿Cómo pude pasar por alto que César tendría un plan B preparado que, según el panorama, era el A? ¿Cómo pude pensar que por una vez confiaría en mí y en mi capacidad para solventar imprevistos?

—Cleo...

—Cleopatra para ti —aclaré, con sequedad, apremiándolo para que se quitara del medio—. Y, para ahorrarnos el paripé, te informo de que no me importa cuánto te haya pagado mi hermano para que me vigiles; no lo vas a hacer. Puedo igualar su oferta o doblarla, si es necesario.

Coloqué una mano en su cadera y, con poco esfuerzo, la retiró y la apoyó sobre el capó con su mano encima. Tiré de ella, aunque fue para nada, porque no conseguí ni sacarla de debajo ni despegarla de la chapa.

Su nuez se movía a ritmo frenético mientras se acercaba a mí; yo no

paraba de tragar saliva con la mirada fija en el suelo. Aquel maldito me intimidaba y lo sabía. Sonrió y se pinzó el labio, igual que la mañana anterior durante el rodaje del anuncio. De pronto, sufrí un tirón suave del brazo, y mi cuerpo quedó atrapado entre la parte trasera del vehículo y él. Coloqué la puntera de mi zapato izquierdo en posición de defensa en caso de que me trastocara mucho el orgullo, y la mano libre en su pecho con la intención de apartarlo de mí como última oportunidad. Nada. Carraspeó y, pese a que no levanté los ojos para clavarlos en los suyos, supe que no miró hacia otra parte que no fuera mi cara.

—Vale, Cleopatra —susurró. Tomó aire y lo soltó, rozando su nariz por mi cuello—. Hay dos maneras de hacer esto; la tuya o la mía. Se te ve espabilada, así que no creo necesario que tenga que explicarte cuál es la que menos te va a gustar. ¿Responde eso a tu oferta, preciosa?

Estábamos tan cerca que el olor de su perfume me empachaba y me impedía respirar. Era la primera vez que compartir mi espacio vital con alguien se estaba convirtiendo en un suplicio que iba en aumento segundo a segundo.

La mandíbula me chasqueó y los dientes me rechinaron de apretarlos. Aflojé la presión y quise responderle, pero no pude. Por segunda vez, había coincidencias en las reacciones de mi cuerpo con él presente. Me quedé en blanco. En consecuencia, las manos comenzaron a sudarme y las rodillas a aflojarse.

¿Por qué me afecta tanto su cercanía?

¿Por qué me intimida tanto?

Vale, niveles de despecho en aumento. Ronda de autopreguntas absurdas pospuestas. Reflejos activados al cien por cien.

Me aclaré la voz, alcé la vista a sus exóticos ojos y sonreí.

—¿Quieres hacer de niñera? —asintió, confundido—. Pues prepárate para aguantar berrinches.

4. ¡Señor, dame paciencia!

Joel

A media hora de aterrizar en Glasgow, no habíamos cruzado ni una mirada por error desde que tomamos asiento. Lo cual fue tranquilizador y desconcertante al mismo tiempo, porque llegar a aquel punto me costó un tímpano y parte del otro. Esa mujer tenía las cuerdas vocales más potentes que había tenido la desgracia de sufrir. ¡Qué carácter! ¡Qué terquedad!

La señorita no se tomó muy bien que el viaje se aplazara hasta el día siguiente por la tarde, cuando su amiga, asistente o lo que fuera reservó billetes de avión para los dos. No me enorgullecía especialmente por haber tenido que amenazar con taponarle la boca para que dejara de tocarme la moral con sus berridos. A mí, y a todo aquel que no fuera sordo dentro del avión. Sin embargo, tuve la suerte de que además de ser exasperante y una puta loca, también fuera rencorosa o infantil, como quieras entenderlo, y, en consecuencia, pasara de darme la tabarra a ignorarme, tras un intercambio no muy respetuoso de improperios. Se notaba su educación; no era delicada, ni frágil, pero tampoco malhablada del todo. Se limitó a repetir las barbaridades que salían de mi boca, aunque con sinónimos un poco menos bruscos y más graciosos. Yo me reí, el del al lado también y, cuando se sintió acorralada, se quedó callada, se colocó los auriculares y fingió que leía una novela de Lisa Kleypas, según leí en los encabezados, que no le gustaba del todo o, directamente, pasaba de fingir, pues no leyó más de cuatro páginas.

En el silencio, suspiré tranquilo y crucé hasta los dedos de los pies por que la tregua continuara, por lo menos, hasta que llegáramos a Oban, el pueblo costero del noroeste de Escocia al que nos dirigíamos en busca del anillo de los cojones. Y, analizando fríamente el panorama, me reí por lo bajo y la observé de soslayo. En el mismo minuto, había mirado el reloj de su muñeca tres veces. Uno bastante desgastado y horrendo, por cierto. Y no es

que sea materialista, lo justo, pero me resultó curioso que siendo la heredera de uno de los imperios de joyería y relojería de lujo más conocido del continente, llevara semejante porquería igual que si fuera uno de sus mayores tesoros.

Repiqué los dedos en el reposabrazos en un intento de llamar su atención y sucedió todo lo contrario. Sin saberlo, fue ella quien llamó la mía, una vez más. Y eso me mosqueó. Bastante. Porque, durante el trayecto, mis curiosos ojos no pararon de revolotear sobre su cuerpo, enumerando sus lunares e inutilizando mis sentidos para algo que no fuera imaginar mis manos inspeccionando cada centímetro, línea o rasgo que lo hiciera distinto del resto. Dejando mi huella por su piel, sin prisa y volviéndome loco, estando tan cerca y tan lejos.

Hice responsables a mis instintos, últimamente casi muertos, y a ella. Luego me excusé diciéndome que tanto interés era respaldado por un ansia inexplicable de encontrar algo en ella que me causara rechazo, aunque la razón fuera superficial. Y me amonesté, porque era evidente que me fijé más de lo que debía.

Sus ojos eran de un azul cobalto que hacía que los rasgos de su cara parecieran más finos y que el rojo de sus labios resultara más vivo aún, estampados en una piel blanquecina, asaltada por varios lunares. No encontré rastros de maquillaje, lo que me decepcionó bastante, ya que eso la hacía atractiva sin más, y mi enfado aumentó.

Agité la cabeza de forma brusca, a ver si así conseguía que la mitad de aquellas absurdas ideas se descolgaran de mi mente o desaparecieran por alguno de mis oídos. Y, cuando mi paciencia se colmó de excusas absurdas, asumí que no había nada desagradable y volví a mirarla.

Y, entonces, descubrí lo que me ocurría: me desquiciaba más estando tranquila que siendo exasperante. Ambos estábamos incómodos por que estuviera tan calmada; ella por obligarse a permanecer quieta y callada, y yo por descubrirme observando sus gestos y bufidos a la espera de su próxima salida de tiesto. Con el ruido y el pataleo la veía venir, así no. Lo cual me enervaba incluso más que darme cuenta de que me la ponía dura.

Ya está. Lo he dicho y me he quedado a gusto.

Ajena a mis enredos mentales, volvió a mirar el reloj. Su nerviosismo iba en aumento y el mío con el suyo.

—¿Puedo preguntarte algo?

Cuadró los hombros y retrepó en el asiento para que nuestras miradas

estuvieran casi a la misma altura. Y estoy siendo generoso con el «casi». A mi lado, de pie, era un retaco, por mucho tacón que se calzara, y sentados no cambiaba demasiado la cosa.

—Intuyo que vas a hacerlo, sea cual sea mi respuesta. Adelante —me apremió, altanera, con el cuello muy estirado.

Me reí por lo bajo, otra vez, antes de hablar. Seguía enfadada por mi falsa amenaza, y no creas que no me faltaron ganas de meterle en la boca lo primero que pillara a mano, y eso que, evidentemente, fue una broma. Ir de mustia ofendida no le pegaba nada, pero, si estando así utilizaba un timbre de voz a unos decibelios soportables, no iba a ser yo quien le aliviara el mosqueo.

—¿Por qué tanta insistencia en venir a buscar tu misma el rubí? Eres la jefa...

—¿Crees que no se me ha ocurrido localizar los paquetes desde Madrid? —me interrumpió.

—¿En serio? ¿Tú pensando con raciocinio?

Abrió la boca indignada, y la cerró cuando captó mi deje de sarcasmo.

—Mi hermano necesita tenerlo todo controlado, y soy consciente de que mi presencia es un lastre para que pueda hacer las cosas a su manera —aclaró, al rato.

—No creo que tu hermano comparta tu visión del asunto.

«No del todo», pensé.

Me miró, con una ceja alzada seguida de un conato de sonrisa. La primera verdadera desde que la conocía. En pocos días, la había visto nerviosa, llorando a moco tendido al borde de la desesperación, mosqueada, resentida..., nunca sonriendo. O sin parecer muy forzado. Ella no lo sabía, ni yo iba a decírselo, pero, desde el instante en el que en su cabeza se encendió la bombilla de querer ir en persona a comprobar si el rubí estaba en uno de los paquetes que no pudieron localizar, su hermano dispuso todo para que su estancia por Europa fuera más sencilla y cómoda. Sobre todo en el primer destino, donde, según él, Cleopatra asumiría la derrota y volvería a casa. Claro que esa era la idea de su hermano. Mi opinión no casaba mucho con la de César, quien además de encargarme el cuidado de su hermana cuando me ofrecí a acompañarla, me pidió de forma poco sutil que mantuviera los ojos, las manos y la polla lejos de ella. Y muy poco me equivocaba si afirmaba que alguna o todas sus peticiones o deducciones saldrían mal.

Ella no tenía pinta de ser de las que abandonaban el barco a la primera de

cambio. A las pruebas me remitía. En algo más de veinticuatro horas hizo la maleta, se lanzó de cabeza a la aventura y me provocó un priapismo antinatural por no poder tener los ojos lejos de ella. Esperaba que las manos y la polla siguieran en los pantalones; le tenía demasiado aprecio a mis gónadas y pretendía seguir haciendo uso de ellas. De entrada, no tenía de mi parte al hermano simpático. Ni a la susodicha. Aunque eso, más que un castigo, era una bendición que esperaba mantener tal cual, para que se me pasara la tontería y dejara de admirar embobado cada uno de sus movimientos buscando una cosa y encontrando otras.

—Tú tampoco la compartes, ¿verdad? —preguntó con cinismo.

—No estamos hablando de mí, Cleopatra.

—No hace falta, piensas muy alto... —espetó, indignada—. Ya has hecho tus hipótesis; crees que estoy como un cencerro y que mi hermano...

—Eres mayorcita y, teniendo presente lo poco que sé de ti, demasiado terca para que alguien se atreva a ordenarte algo —la interrumpí, de nuevo. Empezábamos a tomar por costumbre no dejar terminar al otro—. Cualquiera que pase un par de horas contigo sabría que, cuando algo se te mete entre ceja y ceja, eres pesada a más no poder, y eso es lo que no me cuadra. Contradices cualquier cosa que se te diga solo por joder. Te excita tocar los cojones, vaya. —Ella me escuchaba sin intención de responder. O estaba pensado qué decir. Algo que descarté, pues meditar antes de hablar o hacer no figuraba entre sus virtudes, me temía—. Así que, o lo has hecho porque él te habrá pedido que no lo hicieras, aun sabiendo que quería, según tú, que estuvieras entretenida con otra cosa mientras él «lo arreglaba» o tienes otra razón que desconozco...

—Has dado en el clavo. No hice tonterías cuando tenía diecisiete años. —Miró al techo—. No de las que divierten y se cuentan pasados de copas en las cenas familiares o amigos.

—Tú no vas a esas cenas. Te vetan la entrada, seguro —quise dejar claro que no me tragaba su excusa—. Tu padre es demasiado serio para reírte las gracias o permitir que te exhibas frente a sus conocidos.

Me ignoró y se mordió los labios por turnos, con ganas y coraje. Joder con la rubia teñida. De morena, digo. Sus cejas, imperceptibles si no te acercabas, delataban que el color moreno de su melena rizada no era el suyo. La mayoría de rubias que conocía eran morenas bajo el tinte, ella teniéndolo de fábrica se camuflaba con un color corriente, por gusto. ¿Te haces una idea de cuánto le gusta llevar la contraria o te sigo pareciendo exagerado?

—¿Y tú? ¿Desde cuándo eres amigo de César?

—No somos amigos exactamente —dije, seco, para zanjar la conversación.

Rumió mi respuesta poco convencida. Justo lo que esperaba.

—Ahora que lo pienso, estamos en desventaja. En el baño dijiste que sabías quien era y ayer en mi casa lo dejaste claro.

Asentí sin mirarla. Ser hosco y breve no servía con ella. Siempre buscaba más conversación.

—¿Y el tuyo?

—¿El mío, qué?

—Tu nombre. ¿Qué va a ser? Todavía no nos hemos presentado y supongo que tu madre te pondría alguno, ¿no?

—Joel.

Se llevó las manos a la cara y la ocultó durante unos segundos de mí. Resopló varias veces, tragó saliva y fue abriéndolas poco a poco, cuando lo procesó. Sospechaba que, por la inquina que me había mostrado desde que habíamos subido al avión, todavía estaba convencida de que mi misión en los próximos días era no separarme de ella por petición expresa de su hermano. Y, efectivamente, hasta que no pronuncié mi nombre, no había tenido idea de quién era yo.

—Oh... vaya... —fue lo único que dijo.

Tragué saliva y entrecerré los ojos.

—¿Oh, vaya? ¿Qué coño significa: «Oh... vaya...»?

—Eres el hermano del «novio». —Entrecomilló en el aire—. Eres el hermano...

Lo reiteró varias veces más. Su tono aumentaba conforme lo hacían las repeticiones. No podía creérselo. Ni yo que un detalle tan tonto que debería haberme hecho gracia al verla pálida me diera respeto.

—Bien. Ha quedado claro. No es necesario que lo repitas más.

—¿Llevamos horas juntos y no se te ha ocurrido mencionarlo antes?

—Pues... no. Fuiste tú la que se montó una película solita, ¿por qué tenía que desmentirla? Haber preguntado. Además, a excepción de haber tenido que soportar tus berrinches de cría, la situación me ha parecido bastante divertida, la verdad.

—¿Crees que si lo hubiera sabido, me habría comportado adrede como una arpía?

—Teniendo en cuenta el concepto que tienes de tu hermano, no me hubiera extrañado mucho.

—Podrías haberme dicho otra cosa o darme alguna pista, pero *nooo* —se respondió sola, alzando el tono—. ¡Te callaste para soltármelo a bocajarro!

—¿Qué querías que dijera?: «Nos llamaba a todos igual, nos llamaba Babe».

—Te estás quedando conmigo, ¿verdad?

—Creo que vamos a dejar la conversación aquí, ahora que estamos a tiempo —pedí, viendo que, además de preguntarse y contestarse ella sola, se caldeaba con sus propias respuestas.

—¿Babe? Creo que eso hubiera sido más propio de mí que de ti, ¡cerdito valiente! Aunque bien mirado, es lo que eres, un...

—No me gusta repetirme —levanté la voz yo también—. Te he pedido una vez, dos con esta, que lo dejemos aquí. Ahora. Por favor.

La petición surtió efecto. Los siguientes minutos los pasábamos igual que si la conversación no hubiera tenido lugar. Bien intuía yo que no era así. Era demasiado evidente que su cabeza seguía dándole vueltas al asunto y a la forma de hacerme pagar mi omisión y mi falta de delicadeza.

—Hay algo que debes saber —empecé a decir, intentando suavizar la tensión surrealista que nos envolvía—. Tu hermano no me pidió que viniera. Fue cosa mía.

—Estaba clarísimo; no eres amigo suyo, apenas me conoces... ¿Cómo he podido ser tan tonta?

—¿Todavía sigues con esas? ¿Es que no puedes ver nada positivo al asunto? Tu hermano no es... Todas esas cosas que crees que es. Está preocupado por ti.

Apretó los ojos y siguió con su perorata del principio. En lugar de arreglarlo, lo empeoré. Una azafata pasó con cierto respeto por nuestro lado y sonrió con cautela antes de informarnos de que tomaríamos tierra en unos minutos y nos recordaba que debíamos ponernos los cinturones.

—¿Has estado riéndote de mí desde ayer y crees que me preocupa mi hermano? Sé de sobra cómo es, y él cómo soy yo. Me perdonaría cualquier cosa; que te estrangule, por ejemplo. Pero tú vas a torturarme hasta el fin de mis días. ¡Dios, mi estómago...!

—¿Qué te pasa? ¿Es la primera vez que viajas en avión? ¡Por Dios, dime que es eso, porque si eres así todo el tiempo no voy a poder soportarlo! ¡Me lanzo al vacío por la puerta de emergencia antes de que tomemos tierra!

Me miró con tanta intensidad que el cobalto de sus ojos se turbó casi celeste. Creí perderme en el cielo durante ese instante de calma. ¿Qué cojones

estaba ocurriendo a mi alrededor para que no me enterara de nada? Tenía que ser algo externo a mí. Yo no era de los que perdía los estribos fácilmente, ni de los que se olvidaban de sus primeras intenciones. Acompañarla solo era un medio, uno para relajarme y empezar a ver algo diferente a cada día de mi desordenada vida, respirar, coger impulso. Solo eso. Era la regla de tres que tan bien especificada tenía.

Jodido gilipollas, no entendía ni una puta señal de los desvíos que elegía y ella, con su sonrisa y su intensidad, me lo dijo con una bofetada. Estaba aburrido y cansado porque siempre hacía lo mismo para resolverlo todo. Estaba cansado de no escucharme y de dar saltos en el tiempo para encontrar el momento preciso y la localización exacta en la que me había perdido mucho tiempo atrás. Encontrarle solución a esa equis misteriosa resultaba una chorrada a su lado. Ella creía que lo planeaba todo; que no daba pasos en falsos; que sus absurdas ideas serían la pieza que resolvería todo los misterios; que movería cada piedra con la que se chocara. Porque se tenía que dar hostias sin ton ni son. Era imposible que ser una demente que disfrazaba el desastre con objetivos fuera a terminar bien. Pero parecía feliz, y en su vida se intuía un sentido. La envidia me pellizcó por ello, y la tentación de saber cómo lo hacía se nutría con cada estupidez que nos decíamos.

—¿Es la primera vez que viajas en avión? —volví a preguntar.

—No. La discusión me ha destemplado y me ha revuelto el estómago —confesó, con cierta palidez en el rostro—. Saber que descendemos a gran velocidad estando a tanta altura me revuelve aún más las tripas y tener a mi derecha al hermano del novio cuya petición de mano he arruinado tampoco ayuda mucho.

—Me la suda el puto anillo, ¿vale? ¡Jesús, me pones al límite!

Intenté calmarme. Era imposible seguirle el ritmo. Mi paciencia estaba tan acribillada que mi sosiego no iba a durar mucho más si no conseguía que dejara de patalear. Y si ella no era discreta alterada, en el estado de nerviosismo que me había contagiado y obligado a tragar después, no estaba muy seguro de ser capaz de responderle con decoro o algo que se le pareciera.

Respiré. Varias veces. Tomé aire a bocanadas pequeñas y lo expulsé con los ojos cerrados. O me tranquilizaba o la amenaza de teparle la boca iba a dejar de ser una broma para pasar a ser veraz.

Su mano derecha se coló bajo mi izquierda con la palma enfrentada a la mía. Fue la última reacción que me esperaba. Sus dedos rodearon con fuerza

mi pulgar. Me giré y la vi, con los ojos apretados y casi hiperventilando.

—Mírame. —La insté a hacerlo y me evitó. Me tomé la licencia de alzar su barbilla y levantó los párpados—. No pasa nada, solo es un momento. Estoy aquí, ¿vale?

Su respiración empezó a ralentizarse junto con la fuerza con la que se aferraba a mi dedo hasta llegar a su ritmo normal. Me pareció tierna. Temblando, me recordó a la Cleopatra del baño y, a pesar de que había sido tan solo un día y medio antes, me pareció una eternidad. Y hasta quise abrazarla, dejar en ella mis huellas de verdad, repetirle que todo saldría bien. Volver a darle esperanza y no razones para discutir. Porque, así, ese viaje tendría sentido para los dos. Era cierto que no me importaba el rubí, pero sí el destino.

Para mí era un puente a la salvación. Me ahogaba que todos mis días fueran iguales, y aquello me daría aliento. Sin embargo, en lugar de quedarme con eso y olvidar los sinsentidos que acabábamos de compartir, me puse más tenso. Había otra cosa que no tardaría en saber y que me iba a costar otro disgusto.

«¿Y a mí qué me importaba?».

Sacudí la cabeza y clavé mis ojos en ella. Alcé mi mano libre y me acerqué para acariciarle la cara con los nudillos. Al recibirme, se encogió en el asiento, y el vello de su brazo se erizó. Abrió los ojos y, cuando vio que la observaba, tragó saliva y me invitó a mirar hacia nuestras manos para informarme de que quería sacar la suya de debajo de la mía. Al mismo tiempo, el avión dio una brusca sacudida. Seguramente estuviéramos tomando tierra. Con premura, se cubrió la cara con ambas manos y, en un abrir y cerrar de ojos, sentí como me manchaba de algo cuya procedencia preferí no catalogar. Y por si te lo estás preguntando: sí, me arrepentí de no haberle tapado la boca; acababa de vomitarme encima.

Menos mal que no me esperaba una disculpa o similar, y que estaba sentado, porque, del mismo modo que si con ella no fuera, se levantó. Eso sí, con parsimonia y salero se estiró la ropa y se dispuso a salir cuando se nos dio luz verde para hacerlo.

—Supongo que con esto estamos empatados... —bromeé.

—Para nada. Y para sacarte de dudas, te lo confirmo: sí, soy así. De modo que es mejor que te vayas acostumbrando, porque eso —señaló mi suéter— no es ni más ni menos que tu primer pago al karma por ser un embustero de mierda. —Se sobresaltó al oírse decir «mierda» y sonreí, porque reírme iba a

ser tentar mucho a la suerte—. Soy consciente de que no eres responsable ni de las competiciones que tengamos entre hermanos ni de que por un descuido hayamos perdido un tesoro de tu familia. Pero eso no justifica que te hayas divertido a mi costa. Así que, ya que tengo que enmendar mi cagada contigo al lado, te agradecería que evitaras dirigirte a mí con tanta familiaridad. Mantengamos el trato justo, por favor.

¡Jesús, la que me había caído encima!

5. Sobredosis de bilis

—Puedes dejarnos aquí, Chase —pidió Joel, en inglés.

El chico que nos había llevado desde la estación a... solo él lo sabía, asintió y estacionó en el primer espacio que encontró para hacerlo. Poco después, Joel bajó del coche murmurando algo que provocó una estrepitosa carcajada en el joven.

Descubrir la soltura y el marcado acento escocés con los que se expresaba fue toda una sorpresa, pese a no entender casi nada. Ni falta que me hacía.

Mejor. Mentira. Me llevaban los demonios. Se había tomado a pies juntillas mi petición de ignorarnos mutuamente, evitando gestos tiernos o amables que pudieran contaminar tal decisión, porque compartieron risas y confidencias, haciéndome a un lado. Vale que, además de que mis intentos de persuadirlo para que no viniera conmigo habían sido ridículos, me había pasado un pelín demasiado con él. Pero, él tampoco se había molestado en sacarme de mi error y enterarme de que se lo estaba pasando a pipa a mi costa, en lugar de hacerme entrar en razón por lo absurdo de mi comportamiento, me ofuscó mucho más.

Al rato, lo oí bufar al otro lado del cristal. Debía de ser su forma de pedirme que bajara yo también. A saber. Con alguien cuyas frases parecían estar reservadas para los años bisiestos o algo así, había que dejar trabajar a la intuición para recibir un mensaje relativamente acertado y claro.

Tiré de la manilla de la puerta para salir; acto seguido, una fuerza tiró de mí en la misma dirección, provocando que perdiera el equilibrio y acabara aferrada con fuerza a sus hombros. Sin querer, lo palpé más de la cuenta y puse unos centímetros de distancia. Él ni se inmutó. Yo sentí los bocados que me daba el tobillo por haberlo apoyado mal. Fingí no acabar de tragarme mi propio corazón por el susto y me cuadré todo lo natural que pude, recostando mi peso en el pie bueno.

—Además de ruidosa, pesada, despistada... —enumeró, con los dedos—. ¿También torpe?

Apreté la mandíbula y levanté la mirada hasta enfrentarla con la suya, y llegué a la conclusión de que no merecía la pena contestarle. Estuve a punto de sonreír cuando vi que su siguiente comentario mordaz se quedó congelado ante mi mutismo, pero el sabor de la victoria fue imperceptible cuando sentí sus manos sobre mi cuerpo.

—¿Me estás tocando las tetas? —susurré.

Posé las manos sobre mis pechos, rozando fugazmente las suyas, y me ruboricé al comprobar que el motivo del cuidadoso manoseo, no intencionado, era la rebelde apertura de la mitad de los botones de mi blusa. Retiré las manos y, en lugar de reprenderlo, me quedé absorta en cómo evitaba mirarme las tetas de forma lasciva mientras terminaba de abrochármelos, sin esforzarse en esconder una de sus silenciosas sonrisas retadoras.

—Habría bastado con informarme —le recriminé cuando sus manos se alejaron de la piel erizada que habían provocado con su contacto.

—No ha sido molestia. ¿Qué clase de caballero sería si no puedo socorrer a una dama?

—¿A manosear sin permiso ahora lo llaman ser caballero?

—Tus *melocotoncitos* no parecen muy descontentos con el arreglo.

Hasta ahí el autocontrol que tenía sobre mí misma. Maldije para mis adentros cuando los susodichos reaccionaron al calor de su voz. Mis terminaciones nerviosas eran unas traidoras. Un simple susurro y mis *melocotoncitos* estaban en guardia apuntándolo duros y sensibles, reclamando atención. ¿No tenían amor propio o qué?

—No son... ¿Chulito, egocéntrico y... perverso?

Se carcajeó, y a mí se me escapó un conato de sonrisa, que interrumpí. Aunque ser capaz de poner banda sonora a esa boca ladeada y bravucona que lo caracterizaba ralentizó la inminente explosión de mala leche que llevaba gestando horas y me embriagó con una paz, tensa y extraña. Tenía esa sensación siempre que torcía los morros y sus ojos me enfocaban. Sus arrugas, un poco marcadas alrededor de la boca, delataban que reír no era un problema. Lo hacía con asiduidad. Hacerlo en mi presencia no era algo que me mereciera. Afortunada era por haber sido testigo de un momento de debilidad del dios de las sonrisas mudas.

—Estoy seguro de que tendrás alguna virtud; no obstante, tu

pechonalidad no es una de las que resalte especialmente. Puedes estar tranquila. —Las señaló con los ojos y casi se relamió, aun con lo que añadió después—. Están fuera de mi radar del deseo.

Impulsivamente, retrocedí unos pasos y me aseguré de que mi *pechonalidad* estaba a la vista lo que la decencia dictaba y, sin ser consciente de la dirección en la que guiaba a mis pies, me puse en marcha.

Lo miré de reojo cuando se colocó a mi lado, cargando el equipaje de los dos como si llevara bolsas de papel. Y nada me gustó más que saber que el mío pesaba el doble que yo. Aumenté el ritmo y continué adelantada a él, con trabajo por mi pie lisiado, que empezaba a hincharse. Además, mi falta de experiencia en llevar tacones sobre calles empedradas no me fue de ayuda para aguantar su ritmo de dos pasos y medio por cada uno de los míos. Así, la ventaja me duró poco tiempo, el mismo que tardó en pasar por mi derecha y frenar en seco al llegar a una esquina.

Con él, todo consuelo era así; unos segundos y a gran velocidad.

Dejó el equipaje de ambos en el suelo y me agarró por el codo, aproximándose a su cuerpo antes de asegurarse de que podíamos cruzar sin ser atropellados. Como una marioneta, así me sentí, siendo observada diez centímetros más arriba del límite de mis ojos. Sus dedos ascendieron hasta mi hombro y lo aferraron con fuerza debajo de sus yemas para soltarlo con la misma rapidez.

—Nunca comprenderé por qué os empeñáis en perpetuar ese ridículo sufrimiento. —Señaló mis pies y retomó la caminata.

—Para lucir algo hay que sufrir. Mucho.

—A tus piernas no les sucede nada malo yendo con calzado plano o, incluso, con los pies desnudos y libres.

—Para no ser un dechado de virtudes, te has fijado bastante —respondí, arrastrando las palabras.

«Y yo...».

Créeme si te digo que no lo hice adrede. Fue más un intento de empatar que de atracción. Lo examiné. De arriba abajo. Cada milímetro.

Se volteó y alzó las cejas al intuir que venía barriendo su retaguardia desde los hombros a los talones, sin olvidar la parada de rigor en el culo. Cinturón sujetando y delimitando unos pantalones que moldeaban un trasero respingón pero bien puesto, con una amplísima espalda en la que los músculos superiores se marcaban por la posición de sus brazos al llevar las maletas. Fue el primer dulce que empezó a amargarme antes de comérmelo.

Sin la mínima intención de querer probar, quiero decir.

—Mis problemas contigo, los de cualquiera, empiezan cuando abres la boca. Aunque lo compenso con la vista. A ti te molesta y a mí me entretiene. Son todo ventajas.

Cuando lo dijo, me pareció forzado; su penetrante mirada no respaldó su fingida gilipollez. Sin embargo, empezaba a inquietarme la rapidez con la que pasaba de insinuarse un poco encantador a ser un mamarracho al que habría estrangulado con la correa del bolso.

—Claro, como tú eres un profesional del lenguaje hablado y me mantienes en una tensión constante a la espera de tu próxima aportación verbal... Las palabras me acarician desde el mismo instante en el que salen de tu boca. ¡Qué delicadeza! ¡Qué don!

—Soy más de escuchar y, como tampoco es que consigas conservar mi atención más de tres segundos, lo compenso con la vista. Es embarazoso poner cara de interés continuamente a algo que no llega al mínimo.

Bufó y volvió a ponerse delante. Sus pasos eran seguros, casi automatizados, lo que me llevó a prestar atención a cada uno de ellos, y no tardé mucho en caer en la cuenta de que en ningún tramo del trayecto paró para ver si iba en la dirección correcta a donde supuestamente nos dirigíamos, como si conociera el camino.

Eso me hizo replantearme algo, ¿a dónde íbamos exactamente? O mejor, ¿dónde carajo estábamos? Con el estúpido tira y afloja, ni él preguntó a dónde tenían que llevarnos ni yo se lo dije.

Sin esperármelo, frenó en seco. Y, si no quería terminar empotrada en él, tenía que aprender a guardar las distancias. O a estar más atenta.

—¿Por qué tengo la sensación de que tienes información que desconozco?

—Porque la tengo.

Esperé a que completara su escueta respuesta. Mis cojones.

—Ilumíname, ¿dónde estamos? Intuyo que no me van a gustar tus explicaciones, si es que llegan. Por lo menos, haz que tu compañía no sea más castigo de lo que ya es.

Pasó de mí. Novedad. Así que me coloqué a su lado para ver qué lo tenía tan embelesado. E, incluso con la inminente oscuridad de la noche, pude apreciar la belleza de un acogedor hostel en medio de un entorno rodeado por el manto verde de los prados colindantes.

—Es precioso.

—En Oban.

—¿Qué?

—Es el nombre del pueblo: Oban.

—Ah.

Mi humor fue cambiando a la misma velocidad con la que el cielo tornaba a un sombrío gris, como antesala de una tormenta que no terminaba de descargar. Porque, si había algo que me causara una indigestión instantánea, era darme cuenta de que a mi alrededor sucedían cosas, a grito pelado, y yo era el único ser con ojos y oídos ajeno a todo. Era tan despistada y obsesiva cuando tenía en mente algo que era incapaz de ver más allá de lo que tenía en mente. Aunque fuera demasiado evidente o las voces a mi alrededor llevaran letreros fosforescentes.

Lo ignoré y tomé aire. Joel rió al presentir cuánto esfuerzo me costaba mantener mi pesada lengua quieta. En tan pocas horas, había sufrido tantos altibajos que me asustaba de mis futuras reacciones; aun así, me prometí —por mi salud y la suya— que disfrutaría de esas vistas cuando consiguiera enterarme de algo y mis constantes se relajaran.

—¿Dónde? ¡Deberíamos estar en...!

—Sé dónde deberíamos estar.

—¿Y por qué nos hemos dado este paseíto desde el centro? ¿Por qué Chase o como se llame no nos ha dejado aquí?

—Porque me apetecía estirar las piernas.

Esa vez quien lo ignoró fui yo. Rodeé el hostel, que desde fuera no se veía muy grande. Moverme era una necesidad. Él me observaba, divirtiéndose al oírme chillar cuando vi dos ponis en el enorme prado de la parte trasera.

—Puedes acercarte a ellos, no van a morderte —dijo, sorprendido por su propia risa.

Al acercar mi mano a sus curiosas cabezas, se dejaron acariciar sin exaltarse. Me giré hacia él, sus hombros se alzaban y bajaban a descompás; estaba riéndose. Probablemente, de mí, por ser tan desconfiada con animales tan dóciles. Nunca admitiré tal confesión, pero empezaba a gustarme cada vez más siempre que lo hacía. Que la calma se sobrepusiera a la tempestad de nuestros caracteres, que supiera cuándo ceder.

Después de un cruce de miradas digno del lejano Oeste, me sugirió entrar. Con parte de nuestras maletas colgadas de un brazo y mano, y la otra en la zona baja de mi cintura, me instó a pasar al interior por una puerta lateral. Al estar dentro, comprobé que comunicaba la cocina con el exterior. Muy avispada no había que ser para adivinar que estaba a puntito de saber algo

nuevo y, al contrario que en el avión, me preparé mentalmente para lo peor. En realidad, pocas cosas podían superar el tener que enterarte de que el hermano del novio cuyo compromiso con toda seguridad habías arruinado y que parecía acompañarte para ayudarte, reescribía a su antojo las premisas de un plan que habías creado tú, no él.

Así que previne la úlcera que iba a salirme si no cuidaba la sobredosis de bilis, curioseando. En su parte exterior, su apariencia era de estilo victoriano, y en el interior cientos de ladrillos rojos revestían las paredes y daban color al suelo de parqué de madera de roble oscura. La cocina estaba formada por una encimera que rodeaba la estancia con Silestone rojo, en contraste con el blanco de las puertas y una isla con banquetas altas en el centro, coronado por los dos grifos de cobre oscuro del fregadero. Otra de las puertas daba a una gigantesca despensa llena de estantes con tarros de todo tipo y un par de congeladores. Todo muy moderno para el aspecto centenario que inspiraba desde fuera, combinando por un lado sencillez y comodidad con la calidez que aportaban la oscuridad del suelo y la luz de los muebles por otro.

—¿Joel? —saludó de la nada una chica de unos veinte muchos al vernos en la cocina.

Él se acercó a mí y me pellizcó el brazo.

—Ni se te ocurra decirle a Judith por qué estamos aquí —murmuró entre dientes.

Ahí estaba la última y gran bofetada. Sin haberlo imaginado, ni mucho menos pedido, pasé de tener que lidiar con un mamarracho a que el trabajo se me duplicara con conocidos suyos. Estupendo. Si no quieres sopa, toma tres tazas, y la última rebosando.

—Bien, esta es Judith —me dijo y se dirigió a ella—. Dejaré el equipaje arriba, ofrécele algo para beber y cenar. Luego acompáñala, querrá descansar.

Judith me condujo al comedor del hostel. Un magnífico *fish and chips* y un sencillo y delicioso postre llamado *cranachan* nos esperaban para ser devorados. La verdad es que no tenía mucha hambre, pero resultó que el señorito no apareció y no quería disculparme con Nora, la cocinera, quien me recordaba a la abuela Ivette y a sus collejas con la mano abierta cuando poníamos pegas a la comida o decíamos que no podíamos más. Y tragué sin rechistar, remojando con agua.

—No hace falta que te lo comas todo si estás llena —dijo Judith, sonriendo.

Dejé los cubiertos y me eché hacia atrás.

—Dios, aquí había comida para tres.

—Estarás cansada del viaje. Te acompaño a tu habitación, si quieres.

Judith y yo cruzamos el comedor para llegar a una bonita escalera de madera que se abría en dos pequeños tramos al llegar al descansillo de la mitad. Ambos tramos de escalones desembocaban en dos corredores, por los que se llegaba a las habitaciones. Unas veintitantas, según me pareció oírle a Judith. Al llegar a la habitación que me fue asignada, Judith se apartó para dejarme entrar. Mi maleta reposaba sobre la cama; suspiré y fui hacia ella para dejarme caer a su lado.

—Creo que yo no he tenido oportunidad de presentarme. —Ella seguía en la puerta—. Soy Cleo.

—Encantada, Judith. —Se acercó y estiró la mano para estrecharla con la mía—. Nora es un poco exagerada y no termina de entender que Joel no suele parar mucho en el hostel cuando llega. Le gusta salir a caminar solo por ahí.

—Y yo que se lo agradezco. Ya he tenido ración suya para varias semanas. Necesito descansar de él.

Me miró con gesto simpático, conteniendo la risa.

—Quizá cuando te hayas dado un baño y descanses, te apetezca hacerme compañía tomando una copa al refugio del calor de la chimenea.

Dudé un instante.

—Tengo álbumes con fotos de Joel vestido con un traje de flamenco de lunares, entre otras. Piénsalo, tendrás material para chantajearlo.

Y, con eso, no me pude resistir. No era justo que solo él tuviera información privilegiada.

—Soy un pez globo ahora mismo. Un licor para hacer la digestión no me vendría nada mal. Así que hecho, me ducho y bajo.

6. El diablo viste camisa de hombre

Joel

Agotado de lo que iba a ser mi momento en blanco, deshice los pasos hasta el hostel. Dentro, todo se hallaba en absoluta quietud. Tan solo el silbido del viento al pasar por los cristales me distrajo de tanta calma ensordecedora. Avancé por el pasillo del piso bajo hasta llegar a la única fuente de luz; la chimenea del salón privado.

Encogida, con la puerta abierta, encima de la alfombra y cercana al fuego, estaba ella, Cleopatra. No pienses que cuando salí a dar un paseo por el pueblo no sabía que había abierto la veda para que dos loros sabiondos se hicieran amigas. Pero, de entre todas las cosas que esperé encontrarme al volver, tropezarme con una de ellas tirada en el suelo, con una copa de whisky medio llena al lado y arropada con álbumes de fotos, era lo último.

El pelo le caía en cascada, tapando casi la totalidad de su rostro, y la única prenda que la cubría era una camisa mía, si no me equivocaba, dejando entrever de manera muy sugerente la redondez de su trasero y sus torneadas piernas. Esas que tan loco me habían vuelto desde el día del anuncio y que, sin poder evitarlo, empecé a imaginarme enrolladas en mi cintura, mientras yo le apretaba las nalgas con las palmas abiertas.

No quise mirar. Lo intenté, de verdad que lo hice, pero mi mente no me hizo caso y utilizó esa imagen a su antojo igual. La ropa me empezó a estorbar y mi camisa en ella todavía más.

Se giró y emitió un inaudible gemido. Se iba a hacer polvo el cuello en aquella postura. Me acerqué con sigilo e hincé una rodilla cerca de su espalda y la observé unos minutos; sonreía y suspiraba, ajena a mi presencia. Por lo que no me quedó más remedio que hacer ruido adrede para que se despertara y me ahorrara tener que cargar con ella hasta la cama. Nada, ni se

inmutó. Me incliné y le aparté el pelo de la cara para poder susurrarle al oído sin asustarla.

—Cleopatra, despierta, tenemos que irnos a la cama.

—Un ratito más...

La comisura de su boca se arqueó en un mohín, en un amago de parecer molesta por que la hubiese sacado del sueño, y me pareció tan tierna que sentí rabia conmigo por tener que hacerlo.

«Mal, Joel, deja a tu conciencia tranquila. Si la tienes, no la has usado en tu vida. No empieces ahora».

—Un ratito más... —repitió.

—No puedes quedarte aquí, mañana te dolerá todo.

Se revolvió, quedando de cara a mí, y continuó tan dormida como estaba. Por un momento pensé en dejarla ahí, aunque no pude.

Te diría que, tal vez, me vi forzado por mi sentido de la responsabilidad o por un código de honor que acababa de aflorar de la nada. Pero ni yo era un caballero ni pensaba ni actuaba como uno de ellos. Tantos años abstraído con mi trabajo me habían ido curtiendo en alguien independiente a quien todo lo ajeno le resultaba poco atractivo. Así que vete tú a saber por qué, en lugar de irme y dejarla donde estaba, la levanté. Estaba preciosa. Era preciosa. Y a mi chorra le caía mejor que a mí. Y ya sabes lo que dicen; a mandar, que para eso estamos, para servir.

—Agárrate a mi cuello —le pedí.

Me hizo caso y con un brazo se sujetó a mí, mientras apoyaba el otro y la mejilla en mi pecho. Sentí miedo por tenerla así en mis brazos, quieta. Y recé por que la fuerza de mis latidos no fuera chivato de lo imposible que me estaba resultando tener la mente en blanco y las pulsaciones bajo mínimo. Mis manos no estaban puestas con decoro. Las palmas y las yemas se clavaban en uno de sus muslos y en su costado. ¡Jesús, necesitaba dejar de tocarla! La ansiedad que tenía por verme envuelto en una situación tan tonta no era ni medio normal. ¡Madre mía, el atasco que había montado en mis pantalones!

«Solo vas a llevarla a la cama. Está dormida, es inofensiva», me dije.

Me di prisa en llegar a las escaleras y recé por no tropezarme a mitad de ellas. Suspiró, lenta y desesperadamente, en el mismo instante en el que la estreché más a mí para sacar la llave de mi habitación del bolsillo trasero del pantalón. Al principio, no me molesté en buscar a tientas el interruptor de la luz y la llevé a la cama con cuidado de no tropezar a oscuras con algún trasto

cuya ubicación no fuera la usual. Después, cuando la hube dejado sobre la cama, encendí la de la mesita de noche para asegurarme de que estaba bien. Al soltarla, no fui muy delicado que digamos.

Me senté en el borde y, cuando mi peso hundió el colchón y la acercó más a mí, sus ojos se abrieron un instante y sonrió.

—Estaba esperándote... —susurró, con los ojos achinados.

Paseé la mano por el perfil de su cara sin llegar a tocarla y, con los nudillos, dibujé en el aire la forma de su mejilla. Su piel se insinuaba esponjosa y junto con el maldito olor a melocotón que desprendía, estuve un buen rato embobado en ella.

—Algún día me contarás de dónde has sacado mi camisa.

—Confundiste nuestras maletas. Son parecidas, casi iguales, en realidad —dijo, muy despacio. Le costaba hablar—. Judith quiso prestarme algo, pero me pareció mejor idea apropiarme de tus cosas... Creí que te fastidiaría.

Que me hubiese molestado me lo habría puesto más fácil. No me lo creía ni yo.

Rastreé con la vista la maleta y, de lejos, supe que era cierto.

—Sí... el pompón hortera que cuelga de la cremallera no es muy de mi estilo.

Se puso de lado y volvió a suspirar en forma de gemido. Era el diablo tentándome.

«Menos mal que no tiene los labios pintados».

Esas piernas. Esa boca. El pelo revuelto. Con mi camisa. Su olor y el mío revueltos en aquel trozo de tela. Todo. Me incitaba a ser el golfo que fui. El que sabía que le gustaban las faldas e iba a levantarlas. No el capullo que fingía estar enamorado de una chica y a la que le había sido fiel por temporadas, para qué os voy a mentir, porque «la quería», aunque esa es otra canción que os cantaré otro día. Tenía que solucionar otro problema; dónde dormir. Y, tras asumir que ella no tenía la llave de su habitación encima, me tocaba bajar con los dedos cruzados por que hubiese una habitación libre o Judith tuviera una copia de la llave de la de Cleopatra, o haría noche en el sillón orejero más incómodo de la historia. O dejarla a ella en la alfombra y usar mi cama; total, muy incómoda no estaba cuando la encontré.

Me cambié rápido en el baño y, cuando salí, Cleopatra se peleaba con los botones de la camisa. No adiviné si para abrochárselos o para lo contrario. Creí que era lo primero por la manía de esa mujer en llevarlos abiertos. Diez segundos tardé en darme cuenta, más o menos cuando la piel rosada de uno

de sus pechos asomó por el hueco de la tela, que era lo segundo. Apreté la mandíbula sin despegar la vista, esperando ver dónde empezaba el límite del sujetador y...

—Quieta, ¿qué haces?

—Quitarme la ropa. Soy incapaz de dormir vestida —Alzó levemente los párpados.

—Es un pijama —le mentí, obviando el hecho de que habíamos hablado de lo que llevaba puesto un par de minutos antes.

—El pijama es ropa.

Sus dedos volvieron al ataque, torpes aunque perseverantes.

Apagué la luz y me llevé el puño a la boca para no emitir ningún sonido del que me arrepintiera después.

—¿Qué haces? —preguntó.

—¿Apagar la luz?

Hubo silencio de palabras, aunque su boca no paraba de emitir una mezcla de ruiditos entre desesperación y mosqueo, mientras su cuerpo me rozaba la pierna al moverse. Y yo... yo me estaba despellejando las palmas por la fuerza con la que me clavé las uñas en ellas.

—Si con luz ya me cuesta, ¿cómo crees que seré capaz sin ella?

—Las cosas que me haces hacer, mujer. —Tomé a tientas sus manos debajo de las mías—. Bien, ahora vamos a intentar ser eficientes. Te juro por mi vida que no quiero rozarte siquiera.

Sacó sus manos de debajo de mí, ofendida.

—Solo es carne —dijo.

—La carne nunca es solo carne, preciosa. Lo que recorre mis venas ahora mismo no es sangre, sino lava. Pónmelo fácil y no tientes a la bestia.

Sonreí cuando sentí como, con mucho esfuerzo, se encogía y retiraba un poco.

—¿Preparada? —pregunté, para no cogerla por sorpresa al entrecruzar mis dedos con los suyos—. ¿Cleo?

Nada, no respondió. Encendí la luz y, efectivamente, tal y como presentía, se acababa de quedar dormida, otra vez. Increíble.

Al final, iba a ser cierto que tendría que hacer de niñera. Lo peor de todo es que me fui a hurtadillas para librarme de ella. Y, aunque fui un tramposo yéndome, terminé recibiendo su revancha. Me había ganado, otra vez. La señorita me tenía arrodillado a sus pies y me ganaba con ventaja a un juego del que yo mismo había puesto las normas. A ver quién me cuidaba de ella,

porque lo peor de todo era que me lo ponía difícil y ella ni siquiera sabía que estábamos jugando a algo. O con algo.

Y, como todo lo inexplicable y para rematar, me excitaba que no tuviera ni idea de todo lo que encendía en mí, y no se me ocurrió otra cosa que apagar la luz y terminar de quitarle la camisa, tocándola lo menos posible y con los ojos prácticamente cerrados para no intuir ni su sombra. Se la terminé de abrir, le saqué con cuidado las manos por los puños y, cuando creí que podría largarme y de ese modo poner a salvo mis instintos, se movió y me susurró lo que menos esperaba y, al mismo tiempo, lo que necesitaba escuchar:

—Quédate, no me dejes sola...

7. El encantador de perros

Abrí un ojo cuando la ventana golpeó la pared, tras ser empujada por el bailoteo del viento de la mañana. Por el tono anaranjado que se proyectaba dentro, hacía poco que había amanecido. Arrebujé los pies con la colcha y las sábanas, que según la nula sensibilidad notaba en ellos, debían de estar cercanos al punto de congelación o rotura al mínimo roce brusco. En aquel país, que estuviésemos a mediados de marzo era un dato pretencioso.

Bostecé mientras me frotaba los ojos y me quedé embobada en el movimiento rítmico de las cortinas; luego miré las sábanas y la colcha; no estaba en mi habitación. La distribución era igual; en cambio, ni el mobiliario ni el color de los accesorios se correspondían con los de la mía. Esa era más personal y caótica. Había varios libros en una de las mesitas de noche, los cajones de la cómoda estaban casi todos abiertos o mal cerrados y más de media docena de notas de colores y dibujos recubrían el espejo del armario. Tenía vida mucho antes de esa mañana, de eso estaba segura.

Supongo que, con toda esa información, esperas que como mínimo ahogara gritos contra la almohada, víctima de un ataque de histeria transitorio de los míos. A puntito estuve, no te creas. Cuando una voz áspera, ronca y pastosa maldijo bien alto, la puerta del baño se abrió y después de una densa nube de vaho a lo *Lluvia de estrellas*, apareció Joel. Mojado, con una toalla minúscula cubriendo sus partes nobles y sin el menor indicio de pudor en su expresión, respaldado por la mezcla inconfundible de su perfume y un aroma a avena del gel de baño.

Dejé escapar el aire que había contenido a la fuerza en los pulmones por medio de un grito estrangulado en mi garganta, salté de la cama y paré en seco a unos centímetros de él para observar cómo se acercaba a la cómoda y rebuscaba unos calzoncillos en el segundo cajón. Y no te vayas a creer que se enrolló la toalla en las caderas o se la colocó estratégicamente para tapar sus glúteos. No. Apreté los ojos y él carraspeó con sorna, como reclamo para que

los abriera.

—¿Cierras los ojos porque me ves el culo y te paseas casi desnuda delante de mis narices?

—¡Ay, la Virgen! —dije, abochornada, cuando percibí la tela del sujetador bajo mis palmas, mi abdomen desnudo y el elástico de las bragas.

Se dio la vuelta con la prenda justo en el lugar en el que debía estar sujetando y, sin desviar su mirada de la mía, alzó una pierna, la introdujo y repitió la acción, matando y desviando cualquier resquicio de vergüenza o bochorno de mi desnudo al suyo. Fue un acto de fuerza dejar de mirarlo, en serio. Sobre todo, cuando me di cuenta de que sus ojos no me miraban igual que siempre. Al contrario; luchaban por continuar examinándome con la misma naturalidad con la que se estaba paseando frente a mí con menos ropa de la que llevaba yo. De que todo su afán por que mis ojos se clavaran en los suyos mientras él seguía tapando capas de piel con más prendas no era otra cosa que la incomodidad de verme a mí igual que yo a él. O que estaba encantado de conocerse. Yo que sé.

—Es solo carne. —Me guiñó un ojo.

Y las imágenes y voces que hasta entonces no habían aparecido por no hacer más excéntrica la situación se desbloquearon y me empujaron. Literalmente.

—Nunca es solo carne —lo parafraseé, bajito, reponiéndome del par de pasos bruscos que acababa de dar.

Empecé a hacer memoria para alejar de mí lo que tenía delante. Había bajado a la cocina a por un vaso de agua, me había dejado las llaves de la habitación dentro y, por la hora que era, no me había quedado más remedio que improvisar una acampada en el salón en el que Judith y yo nos habíamos puesto ciegas de whisky un rato antes. En realidad, tampoco fueron tantos; para alguien que esté acostumbrado, claro. A mí las borracheras me salían baratas porque a la tercera copa ya estaba proponiendo planes para salvar el mundo. Me había echado sobre la alfombra y me había puesto a curiosear los álbumes de fotos que Judith tenía a la vista hasta quedarme dormida... Y, a partir de ahí, las dudas sobre qué partes había soñado y cuáles no se disociaron unas de otras en mi cabeza.

—¿Hemos dormido juntos? —Me esforcé por no volver a mirar. Pero mis ojos permanecieron en guardia, abiertos como platos, y mis extremidades, aunque temblorosas, se negaron a moverse por la ansiedad de una explicación que inconscientemente ya sabía.

—Juntos, que no revueltos. —Terminó de ponerse unos vaqueros.

—¿Y la ropa? —Mis manos pasaron a ciegas, aferrándose a la escasa tela que me cubría, otra vez, como si así fuera a darla de sí.

Escondí los brazos detrás de la espalda con los dedos entrecruzados sobre el trasero. Sus ojos se achinaron y se mordió la lengua, abrochándose el cinturón sin mucho éxito hasta la cuarta vez. Yo giré la cabeza en todas direcciones y, cuando vi la camisa que le había cogido prestada, me acerqué a ella y me la coloqué sin abotonar.

—Te empeñaste en quitarte *mi* camisa, estabas medio dormida y no atinabas con los botones...

—¿Me manoseaste? —pregunté, más calmada de lo que debía.

Su nuez subía y bajaba de forma rítmica y violenta. La saliva no acudía, por más que su expresión gritaba silenciosa cuánto necesitaba humedecerse la boca para seguir manteniendo y reforzando su pose arrogante y pagada de sí misma con palabras vacías.

—No, te ayudé a dormir cómoda. Guie tus manos y, para ahorrarle más disparates a esa cabeza tuya... He dormido en el sillón. Si se le puede llamar dormir a dar un par de cabezadas sentado.

—¿Y no podías haberme advertido de que estaba desnuda?

—Nadie te ha impedido que te vistas. Además, y puesto que según tú eres incapaz de dormir con ropa, deberías haberlo intuido tú solita.

Me dio la espalda para entrar en el baño. No cerró la puerta y, desde fuera, se le oía trastear, inquieto.

—De modo que eso es lo que te cabrea, que no haya ido derrapando a vestirme.

—No, me sorprende —dijo desde el baño—. Más, si tenemos en cuenta que con toda probabilidad sea el segundo hombre que te ve desnuda en los últimos... ¿Seis años?

Su tono fue tan despectivo que, como defensa, me cerré la camisa y me abracé. Estaba tan acostumbrada a que durante un tercio de mi vida hubiera sido una misma persona quien me mirara cada día que, hasta entonces, no recordé las estrías en la zona interna de mi muslo izquierdo, que desde los dieciséis años me costaba enseñar mis *melococitos* —no eran tan pequeños—, o que me habría gustado repartir la chicha de unas zonas a otras. Sin embargo, no fue inseguridad lo que sentí, fue una sensación de coraje latente martilleando mis sienes. Mi capacidad para comprender el comportamiento de los seres humanos nunca había destacado por ser precisa, más bien por

todo lo opuesto; cada vez me costaba más entender el mecanismo de razonamiento por el que se regían algunas personas. Joel formaba parte de ese porcentaje. Y eso era malo, peor. Porque jamás había sido de las que se preocupaban en exceso por cómo la veían por fuera los demás. Mi obsesión principal siempre fue hacer algo útil con mi vida, que mis esfuerzos significaran algo y tener la sensación de que, hiciera lo que hiciera, era feliz. Aunque no se pareciera en nada a las metas que ansiaba a los dieciséis. Y aquel neandertal con lengua de trapo me hizo sentir pequeña, tonta y poco deseable. Me dirás que tú le habrías dado dos buenas patadas verbales en su orgullo, y yo que la paciencia era una de las cosas que más estaba entrenando con aquel mamarracho. Cuando llegara a Madrid, o tendría un poco, o la úlcera que tanto me estaba costando no tener salpicaría de bilis todo lo que encontrara a su paso.

—¿Qué?

—Nada —respondí con desdén.

Me abotoné la camisa de forma dispar por la rapidez y el asco con el que lo hice, sin mirarlo. Ese hombre no se merecía que gastara energías con él. Y tampoco era muy normal que dos desconocidos discutiesen casi en cueros, ya que estamos.

El silencio del siguiente minuto fue largo, áspero y cortante. Joel no separó su hombro del dintel de la puerta desde que se apoyó. Y tanto ruido hizo con el vibrar de sus cavilaciones que no tuve que alzar la vista para saber que sus ojos se clavaban en mí para luego amonestarse por lo que creía intuir. Que estábamos en desventaja era un hecho. No solo porque no tuviera ni idea de nada que tuviera que ver con él, sino por su actitud con todo lo que él creía saber de mí. Tal vez era tan idiota que lo interpretaba todo al revés, pero alguien que consuela a otra persona sin conocerla como había hecho él conmigo antes, o llevado a la cama para quedarse porque en mitad del sueño se lo pedí, no podía ser tan frío para hacérmelo pagar después. O sí...

Sabía que no tenía que justificarme con él, cuando ni siquiera se molestaba en mostrar quién de verdad era, pero mis entrañas se activaban y se revolvían por ello. Sentía que me echaba la culpa de algo que no tenía que ver conmigo y no me gustaba, pues él no me conocía. Joder, odiaba sentirme como una rata en una jaula; encasillada y observada a prueba de ensayo y error a cada músculo que movía, con miedo a recibir una descarga si no ejecutaba con eficiencia lo que esperaban de mí.

—Empieza a inquietarme cada vez que te quedas más de treinta segundos

callada.

—Maldito el instante en el que bajé la guardia y se me ocurrió pedirte que te quedaras.

Recordé su error al dejar las maletas en nuestras respectivas habitaciones, fui hacia la mía y me arrodillé para coger ropa al azar. Una ducha, además de calmarme, era la excusa perfecta para perderlo de vista y dejar de hacerme daño, mordiéndome la lengua y el carrillo.

—Anoche intercambiaste nuestras maletas. Son parecidas —expliqué.

—Algo mencionaste...

Entre tanto, él se acercó con algo en la mano que reconocí: mi colgante de reloj de arena.

—¿Por qué lo tienes tú? —pregunté, incorporándome.

Resopló, alto y con intensidad, para que me enterara de la desesperación y frustración que le provocaban mis preguntas y la situación en general. ¡Le encantaba hacer eso!

—Date la vuelta.

Puse los ojos en blanco y, antes de hacerle caso, el frío de la plata se mezcló con el calor de la piel de mi cuello y el de sus manos. Puedo jurar que sus nudillos rozaron mi piel con más premeditación de la necesaria y que el pequeño trozo de piel que quedó al aire al bajarme un poco la camisa, no precisaba que una de sus yemas hiciera el camino desde donde quedaba el cuello de tela hasta el mío. Su aliento me quemó desde atrás conforme ascendía por la columna. La otra mano se ancló a mi cintura y mi carne se resintió por su apretón. Y, sin pensar en que lo hacía, dejé caer la cabeza a un lado, dejando hueco para que apoyara su barbilla en mi hombro. Su mano aflojó la presión de mi costado, sin llegar a quitarla.

—Se te quedó enganchado y te lo saqué por la cabeza —explicó en susurros, cerca de mi oído. Sus dedos volvieron a palparme con fuerza y, bajo el calor de su piel y la tela, la mía volvió a arder—. Que me dijeras que no podías dormir sola no tiene nada que ver con que me quedara. Es mi cuarto y lo hice porque... porque me dio la real gana.

Di un paso hacia delante, dudé un instante y, con un señor portazo tras entrar en el baño, le di a entender que no me apetecía encontrármelo al salir. O eran cosas mías o tenía una especie de norma acerca de su equilibrio moral; por cada cosa buena o aceptable que hiciera por alguien venían un centenar de comportamientos hostiles.

—Te espero abajo, no tardes.

Asomé ruidosamente la cabeza unos centímetros por la puerta, y él se giró con curiosidad.

—Por cierto, te quedan muy bien los trajes de lunares. —Y se la cerré en las narices con la misma celeridad.

—¿Qué cojones? ¿Te las ha enseñado? Hija de la gran...

Estuve bajo el chorro de agua un buen rato y, al salir, ya vestida, por si acaso, me miré en el espejo aliviada por que Joel no estuviera. Me desenredé con los dedos los rizos aún mojados y me colé un suéter de hilo con agujeros en color mostaza en contraste con las Converse verde militar que había escogido como calzado. El botón del pantalón estaba abrochado, pero me quedaba un poco suelto, y el resultado era el mismo que si estuviera abierto. Me gustaban aquellos vaqueros, eran cómodos y podía respirar libremente con ellos. No sé en qué momento lo decidí, pero se acabaron los disfraces. Ya era suficiente con verme más pálida de lo normal por el tono artificial más oscuro del pelo.

Aquel ser de ojos grandes y muchas ojeras no parecía yo. Y saber que en unas horas podría tener el rubí en mis manos o llevarme un chasco, sumado al estrés que me producía la cercanía de Joel, era suficiente como para tener que esforzarme en mantenerme derecha, delicada y estirada. Las faldas estrechas, los zapatos torturadores de pies y el dejar de ser rubia no habían funcionado en el mundo real. Nadie me tomaba en serio y ya tenía ración de fantasía para rato, así que, en aquella dimensión que había creado, no había cabida para entretenerse con teatros o crisis de identidad.

Y todo eso lo medité sentada en el alféizar de la ventana, con pena por despedirme con anticipación de aquel majestuoso lugar que prometía ser precioso.

La vista era privilegiada, aunque un poco alta para mi gusto. Había unos treinta metros desde la ventana hasta el encuentro con el mar. Desde la entrada, al ver tanto prado verde, jamás se me ocurrió pensar que una de sus partes comunicaría con el límite de un acantilado. Deduje por el gran número de barcos pesqueros desplegados a lo largo de una costa con forma de herradura que la mayoría de habitantes de aquel pueblo eran pescadores. Gaviotas rompiendo la unidad del tono azulado entre el mar y el cielo junto con algunas nubes grises y...

—No puede ser... —solté, incrédula al ver lo que me parecieron focas.

Me froté los ojos. Las alucinaciones matutinas tras un despertar abrupto no estaban descartadas, y me agarré a uno de los extremos del marco para

acercarme unos centímetros, en un intento poco lógico de mejorar mi visión sin gafas.

«Estoy en el paraíso», pensé.

No, tenía que quitarme esas ideas. No estaba de vacaciones. El rubí, él y solo él, debía ser mi prioridad.

El móvil sonó. Medité si acercarme y descolgarlo o no, intuyendo que podría ser César. Lo último que me apetecía era otra reprimenda. El móvil continuó sonando y, ante la insistencia, me acerqué, descolgué sin mirar y volví a la ventana.

—Zanahorias... *abos*...

Era la voz de Bárbara.

—¿Qué dices de rabos?

—¿Que has visto un rabo? —Estaba terminando de mascar y tragar algo que, con toda seguridad, llevaba un noventa y nueve por ciento de chocolate

—. ¿No es muy temprano?

—Bárbara...

—Has empezado tú.

—¿Yo?

—Y tanto, yo estaba haciendo la lista de la compra, ¿te la leo?

—Quita, quita.

—¿Qué pasa, que te dejo sola un par de días y echas los rizos al viento? ¿Has tenido rabos?

No añadí nada, y ella me conocía lo suficiente para saber que no lo haría.

—Dime que el rubí ha aparecido y puedo volver a casa, anda...

—No, lo cierto es que Maléfico se está encargando de eso. No se lo digas, pero creo que dentro de nada tendrá que raparse o usar el flequillo como cortinilla; se le está cayendo el pelo. —Se rio de su propia gracia—. ¿Ya te has cansado de hacer de Frodo o hay alguna novedad? Por ejemplo, ¿te estás divirtiendo con el encantador de perros? ¿O necesitas un pequeño ejército de enanos para que te ayuden en tu misión?

—¿Los chistes malos se te ocurren antes o después de la sobredosis de azúcar mañanera?

—No sabría decirte, ¿hay alguna novedad?

—Pues estoy a punto de salir a averiguarlo —le expliqué, obviando lo último hasta que caí—: ¿Has llamado encantador de perros a Joel?

El sonido de la rasgadura de un envoltorio se coló por el altavoz.

—Verás... —Mordisco a otra chocolatina—. El otro día, cuando os

fuisteis, me quedé pensativa. Su cara y su...

—Bárbara...

—Estructura ósea me sonaban de algo y, ¡no te vas a creer quién es!

—¿El hermano ególatra, capullo y un poco misógino del novio al que le hemos arruinado su pedida de mano?

—Joder, chica, cuando estás chistosa no hay quien te pare, coño. — Repitió ataque a la chocolatina y respondió con la boca llena—. El caso es que, y déjame terminar, por favor, puse su nombre en Google y me salió un montón de información sobre él. ¡Tenemos que bichear más por YouTube!

Ahí me entró miedo. Bárbara y sus tonos de voz para lo bueno, regular y malo... y el de aquel día no se correspondía con ninguno de los habituales.

—Resumen —apremié.

—Pues que es una especie de César Millán.

—¿Hace documentales sobre cómo adiestra a perros?

—Sí, más o menos. Es veterinario, ha escrito un par de libros sobre el tema y tiene un canal de YouTube al que sube vídeos. O subía, los últimos son de hace un año más o menos, y te sorprendería lo entretenidos que son, no tiene desperdicio, nena. —Empezó a reírse—. Y él... él es graciosísimo...

—¿Y qué hace en Escocia conmigo, tomarse vacaciones antes de que el Club de la Comedia lo meta en plantilla?

—¡Cuánta hostilidad! —Terminó de tragarse lo que tenía en la boca y habló con claridad—. Más o menos has acertado. Por lo visto, se ha tomado un año sabático y, según lo que he podido intuir cotilleando sus redes sociales, fue después de que casi se casara...

—¿Está casado? No, espera... ¿has estado cotilleando sus redes?

—Acabo de decirte «casi». Al final no. Y sí, he cotilleado a lo grande y con descaro, a él y a la susodicha. ¿Cómo pretendes que obtenga información, si no? Aunque... todo lo que he sacado de su último año son meras especulaciones. Así que, si quieres saber algo, lo tienes fácil. Preguntando se llega a Roma, ¿no? Pues Joel es Roma.

—En eso estaba yo pensando. —Solté una risa irónica y me dejé caer sobre la cama—. Y más me vale no pensar muy alto cerca de él porque creo que intuye lo que pasa en mi cabeza mejor que yo y, jolines, a veces se adelanta y todo.

—Eso es poco probable —dijo, seria.

—¿Necesito un psiquiatra?

—Todos lo necesitamos, cariño.

—No debería haber venido, ¿verdad?

—Las dos sabemos que no solo necesitas encontrar ese jodido rubí. Date un respiro, busca y encuentra. Todo.

—¡Nunca conseguiré hacer nada bien!

—Si sigues diciendo cosas como «jelines» u otra cursilería, el karma no se apiadará de ti, tu desesperación no parece seria. Busca y sigue tu *planning*, sin olvidarte de disfrutar del recorrido. Y, por encima de todo, relájate y deja de intentar demostrar que puedes hacerlo. Puedes.

Su optimismo siempre sobrepasaba al de cualquier mortal que conociera o fuera a conocer jamás. Nunca he llegado a saber cómo conseguía tomárselo todo con tanta calma y tener las palabras adecuadas para cada momento. La balanza de amistad estaba descompensada con creces, porque, por mucho que lo intentara, ese don era suyo. Lo mío era dar abrazos y achuchones; de intuición y consejos andaba regular.

—Esto... tengo que entrar en vuestra casa esta tarde y puede que en otra ocasión más antes de que vuelvas. Si Maléfico se mosquea, me escudaré en ti.

—No quemes cortinas, ni estropees el mármol del suelo y, por favor, si adulteras algo de la nevera, avísame. No quiero comer arañas de mentira y demás guarradas que os ponéis en la comida.

—Tranquila, después de hoy, pedirá una orden de alejamiento contra mí. Si no se ha cortado ya las venas con alguna de tus horquillas por estrés.

«O instalado una UVI móvil por lo que pueda pasar», pensé.

—Mejor que no me digas qué vas a hacer.

—*Buuueno...* pásalo bien, sin cogerle gustillo a la buena vida. No sabes lo mal que lo he pasado esta mañana al meter la mano en el cajón de mi escritorio y ver que no se ha llenado por arte de magia de chokolatinas y *delicatessen* repletas de grasas saturadas y azúcar.

—Podrías tomártelo como una señal para bajar el ritmo de ingesta de azúcar —bufó, como hacía siempre.

—¡Pesados!

—Bueno, ahora sí, te llamo en cuanto pueda y, por favor, comportaos como personas de vuestra edad física.

—Que sí, *jelipoller...*

8. Una tregua

Joel

Las mesas del comedor estaban repletas de gente. Y, a pesar del alivio que sentí por ser uno más entre los muchos turistas, invisible y con una historia desconocida, el corazón me rebotaba en tantas partes que sentí ganas de arrancármelo y exigirle que latiera con la misma parsimonia con la que lo había hecho antes de ese día, siempre que volvía a Oban para perderme.

Pero...

No iban a ser iguales. Ni los días ni su paz. Lo supe desde que se me ocurrió utilizar a esa mujer como excusa para volver a escaquearme de mi vida. Cleopatra era una chica llena de matices, que me empeñaba en descubrir, y yo un hombre cansado y aburrido de equivocarse, deseando tropezar con algo que desgastara la curiosidad que había acumulado de tan poco usarla. Y, así, uno no podía concentrarse en lo que se suponía que quería hacer. Me distraía. Ella, su energía y sus encantos.

«¿Por qué la ayudaste a desvestirse? No, ¿por qué la llevaste a la cama, *tu* cama?».

—Buenos días, bello durmiente, se te han pegado las sábanas —me saludó Judith, con la bandeja apoyada en un costado.

—Es temprano, son... —consulté el reloj— ni las ocho.

—Exacto, tarde para ti. ¿Piensas ponerme los cuernos con Aulay por unos huevos revueltos con *bacon*? —dijo, cuando vio que iba hacia la salida—. Me hieres, de verdad.

Su intento sarcástico de dar lástima con un mohín me hizo gracia, pero surtió efecto y me senté en la barra, en la esquina opuesta a la puerta de la cocina y frente a las escaleras de acceso a las habitaciones. Desde allí, tenía más luz que en el resto del comedor, gracias a un ventanal a mi espalda y una

panorámica de la estancia: todo era de madera de roble oscura, elegante pero no recargado. Una pared de piedra al otro extremo del comedor daba el toque moderno a la chimenea y las lámparas de madera avejentada, que afianzaban la imagen rústica que te saludaba cuando entrabas e inspeccionabas una mesa y sus austeros bancos enterizos para sentarte.

Judith pasó por mi lado y accedió al interior de la barra. Aun estando levantada antes que el gallo, estaba perfecta.

Su melena pelirroja de bote, meticulosamente peinada, y una cara de muñeca de porcelana, con el maquillaje justo para darle color, le daban el punto inocente al generoso escote que escondía bajo el delantal con las siglas del nombre del hostel. Era una preciosidad de mujer, con demasiado carácter para un solo hombre y que trabajaba en exceso en algo que le encantaba, pero que le absorbía incluso más horas de las que tiene el día.

—Iba a ir a por mi moto, ayer le pedí las llaves del garaje. He olvidado las mías en Madrid —expliqué—. Cleopatra ha venido a buscar algo y me ofrecí a ayudarla.

—Te ofreciste...

—Eso es lo que he dicho, sí.

—¿Tú?

—El mismo.

Soltó aire con pesadez por la nariz.

—Ahora en serio, Joel, ¿qué te traes entre manos con esa chica?

—Nada de lo que te estás imaginando —me defendí, tajante.

Agitó la cabeza, esbozando una sonrisa amarga, mientras llenaba la bandeja con más platos. La mano en la cocina de Nora no pasaba desapercibida, según se veía engullir a más de uno; salchichas de carne de ternera o cerdo cortadas en porciones cuadradas, puestas en pan y previamente asadas a la parrilla y que los escoceses llamaban *lorne sausage*, como parte de un completo desayuno en el que, en lugar de enumerar todo lo que llevaba, era menos agotador decir lo que no.

—No te ofendas, y conste que a mí me viene muy bien que pagues tu habitación aunque no estés en ella. Pero, por muy bien que te pagaran por dar de comer galletitas, la gallina de oro tiene que secarse alguna vez si la descuidas.

—Ya empezamos...

—Los años solo tienen doce meses y, si ambos sabemos contar, el que te tomaste como sabático va por medio año más, mes arriba abajo. Tu excusa de

utilizar el pueblo como remanso de paz queda algo obsoleta y poco creíble. Además, lo de ofrecerte desinteresadamente... no cuela. Tú no das puntada sin hilo.

—¿Has terminado de hacer especulaciones y de recordarme cosas, o vas a servirme algo para desayunar?

—Depende.

—¡Jesús, cómo no vi los dolores de cabeza que me traería que os llevarais bien!

—Me sorprende que, para una vez que traes a alguien, y, además, con pechos, te largues y la dejes conmigo; tu amiga de la infancia y excuñada. Quiero pensar que tu altruismo es sincero, porque ambos sabemos que, cuando quieres, puedes ser bastante hijo de puta.

—Si llego a saber lo de esta mañana, esta conversación y todo lo que intuyo que vendrá, la hubiera atado a mí con los cordones de las zapatillas, de haber sido necesario. O al cabecero, y hubiese podido dormir plácidamente en mi cama. —Lo último lo dije en murmullos para que no me escuchara.

—¿Qué ha pasado esta mañana? —preguntó, traviesa.

Me estiré y metí la mano en uno de los platos de la bandeja, ignorándola. Me dio un manotazo y me bajé del banquito.

—Las mentiras y medias verdades no están bien. Da igual que te las cuentes tú o que uses a la gente para escudarte. Y tú ya tienes experiencia, deberías saber lo que ocurre después.

—Voy al garaje de Aulay. —Me saqué las llaves del bolsillo y se las mostré casi llegando a la salida—. Cuando Cleopatra baje, asegúrate de que desayuna. Su día va a ser largo.

«Y el mío... », pensé.

—Deja de ser tú, aunque sea por un día, Joel.

—¿Y quién cojones quieres que sea, Judith? ¿Mi hermano?

La pregunta quedó flotando en el aire. Me fui. Ella tenía cuerda y argumento para seguir lapidándome la moral hasta el día del juicio final, del mío.

No mintió en nada. Fingir que nadie, aparte de mí mismo, me importaba se me daba de perlas. Era lo que había hecho durante la mayor parte de mi edad adulta. Ella lo sabía; por ser amiga, por servir de paño de lágrimas a su hermana, después de hacer añicos lo que quedaba de nosotros, y por ser mi Pepito Grillo cuando empecé a recurrir a ella y a Oban como santuario.

No preocuparse por nadie tenía ventajas, por lo menos, hasta que hieres a

alguien que a tu manera te importaba y que, al hacer recuento de daños, te das cuenta de que no fue a la única que jodiste.

Volvía a Oban por lo mismo que lo hacía cuando iba a casa, por sentir esa añoranza de la costumbre. Su hermana me había perdonado años de ausencias, aniversarios olvidados, conversaciones hirientes y experiencias robadas. Todas las que no vivió con otros por esperarme a mí, un cabrón egoísta que solo seguía con ella porque era lo que conocía y no se atrevía a dejarla volar, porque así no tendría que arriesgarse a tener que buscar otras costumbres. Hasta que ella lo hizo por mí, dejándome plantado dos días antes de nuestra boda.

Dolió, y fue la primera vez que lloré por alguien, por sentirme solo. Me gustaba estarlo; claro que es más fácil si tienes a quien lo da todo por ti sin pedir nada; ni lo que se suponía que, por lógica, si alguien te quiere deberías recibir. Mi vida, vista desde otros ojos, se resumía en la de un cabrón con suerte, al que todo lo que él creía importante le había salido bien; solo que, en aquel momento, un año antes, empezó a necesitar justo lo que nunca tuvo intención de conservar porque ni siquiera lo sembró. Y la verdad, todavía no me explicaba cómo Judith seguía siendo mi amiga.

Entré en el garaje y saqué mi moto. Cuando iba de visita a Oban, me gustaba moverme libremente sin tener que depender de los horarios de autobuses, taxis, trenes o el mismo Chase. Y como en el último año pasaba más tiempo allí que en ningún otro, me llevé mi moto y la dejé. Una vez fuera, me puse los guantes de cuero y el casco.

No tardé ni quince minutos en ir y volver; demasiado, según interpreté cuando vi a Cleopatra saliendo a toda prisa del hostel. Alguien que quiere estar en su limbo terrenal sin preocupaciones se habría hecho el ciego y la habría dejado irse. Yo, que ni comía ni dejaba que los demás lo hiciesen, aceleré y me fui calentando al mismo tiempo que extinguía la distancia que nos separaba. Justo a su altura, pegue la moto a la acera y ni por esas se giró.

—¿Me esperabas, preciosa? —pregunté con sorna.

—Para nada —dijo sin pararse.

Aparqué la moto de cualquier manera y bajé para seguirla.

—¿Me he perdido algo? —pregunté, al llegar a su lado.

—Eres un mamarracho.

—De manual.

—Encima orgulloso...

—Tengo la sensación de que esta conversación se me va de las manos por

lo que no me estás contando. ¿Qué es lo que se supone que te he hecho?

—¿Y yo a ti para que me detestes tanto? —gritó y paró.

Saqué un cigarrillo de la cajetilla y dejé que el aire frío me calmara. En una de las caladas y respectiva expulsión de humo, bajé la mirada a la calzada y fui levantándola despacio; parecía otra chica, vestida tan informal. Sonreí, y el gesto se me quedó congelado cuando sentí cómo el cielo cayó y lo vi emerger en sus ojos, trastocando y dando la vuelta al curso de mis pensamientos, mientras su cuerpo reservaba como podía la frustración que le provocaba mi ausencia de palabras. Conocía esa sensación; a mí me pasaba lo mismo cuando ella lo hacía.

Me acerqué despacio, con miedo. A mis treinta y dos años, en mi vida, nadie me había provocado tantas reacciones en tan poco tiempo. Quise que me cayera mal, que no me importara un cojón nada que tuviera que ver con ella. Había venido como tantas veces, y la utilicé de «tapadera», pero cada segundo cerca era una tortura porque se me ocurrían cosas, y en mi cabeza se reorganizaban las ideas de una forma tan dispar a mis deseos que me asustaba.

El putito karma de los cojones. Si hasta apagué la luz para ayudarla a quitarse mi camisa. Y cuando la vi aquella mañana, tan natural, me sentí imbécil y nervioso. Mi polla se llevaba bien con cada pedazo de su piel y carne, y respondía antes que yo, cuando abría la boca o su perfume a melocotón me inundaba. Sí, la detestaba, porque, por mucho que lo intentara, no alcanzaba a explicarme cómo alguien tan opuesto, insoportable y que me desquiciaba de una forma tan exagerada conseguía que, cuando estaba, fuera el centro de todo. Era mi centro, la tenía que mirar, escuchar. Tenía que olerla y apostar que seguiría conmigo cuando cerraba los ojos y me iba en pensamientos a otro lugar para no taponarle la boca o amarrarla a una silla.

—Lo de tener que repetirme lo llevo mal, ya sabes.

Cabrearla me venía bien. Volvía a mi podio de gallo ganador y todo regresaba a su lugar, en los pantalones, cabeza y sistema nervioso. No obstante, algo no iba bien; nada estaba bien.

Estiré un brazo y la agarré con suavidad por el codo. Sentí que le debía algo y era responsabilidad mía calmar la discusión que tendríamos, si no le hacía caso a Judith y dejaba de ser yo durante un rato.

—Mira, por fin algo que tenemos en común. Suéltame.

Suspiré y obedecí.

—No pienso pasarme toda la mañana detrás de ti, si es lo que pretendes.

—Me parece estupendo. —Sus carnosos y rosados labios se curvaron en una sonrisa suspicaz, miró su reloj, otro igual de feo que el que traía el primer día, y arrugó la frente—. El tiempo es valioso, no merece la pena malgastarlo.

Enterré los dedos en el pelo, me lo despeiné y coloqué varias veces, resoplando.

—¿Es por lo de esta mañana? Siento no haberte avisado de que estabas desnuda, siento no haberte dejado dormida en la alfombra y llevarte a mí cama...

—No te enteras de nada.

Arquee una ceja y me crucé de brazos. Las llamas en sus ojos me dijeron que iba a dolerme el bofetón sin manos que estaba a punto de darme.

—Todavía no me has respondido: ¿por qué me detestas tanto? Si ni siquiera me conoces, ¿por qué no me dejas hacer lo que tengo que hacer sola, Joel? Yo no te he pedido ayuda, ni que me mintieras o manipularas para traerme aquí engañada.

—No te he engañado, estamos cerca de la aldea de Connel, que es adonde quieres que te lleve —expliqué.

—Para nada, no quiero que lo hagas. Tu presencia me violenta, me pones nerviosa, me... ¡No me gusta estar cerca de ti!

—¿Quieres ir sola?

—Puedo y preferiría.

—Bien, que así sea, pues.

No tardó mucho en girarse y ponerse en marcha en la misma dirección en la que la interrumpí, ni yo en sacar pecho y reaccionar.

—Si me vais a tocar los cojones todas en la misma mañana, poneos de acuerdo para hacerlo con cariño. Por favor. ¿Quieres ir sola? Pues es una lástima. —Conté mentalmente hasta diez antes de agarrarla por la cintura y echármela al hombro.

Ella pataleó sin descanso y, por instinto de conservación, me cubrí la entrepierna para poner distancia con su rodilla.

—¡Juro por Dios que voy a freírte las costillas a rodillazos si no me bajas! —advirtió.

—Y yo te aseguro que te daré unos azotes como se te ocurra volver a pensarlo siquiera. —No lo dije en serio.

—¡Por favor, no serías capaz! —Se revolvió en mi hombro y recostó la cara en mi espalda—. ¡No soportarías que me gustara!

Ignorando los rodillazos que me propinó en el estómago, costillas y donde

alcanzó, le di una palmadita en el trasero y me reí de sus gruñidos.

—Estás muy mal de la cabeza. ¡Bájame ahora mismo!

—Puede que no sea el mejor hombre del mundo, pero le hice una promesa a tu hermano y, aunque sea pataleando, voy a llevarte yo mismo hasta tu anillo. Por las buenas o por las malas —dije, cerca de la moto.

—¡A ti no te importa el rubí! ¡Y no es *mi* anillo!

—No, pero le hice una promesa a tu hermano y, cuando hago una, la cumplo. Siempre.

—Joel...

Apreté los ojos, resoplé por trigésima vez y la bajé con cuidado. Ella me miró con la cara y el cuello rojos de haber estado bocabajo, mientras una de mis manos seguía en su cintura y la otra vagaba libre hacia los mechones de pelo que se le habían soltado durante el forcejeo.

—¿Qué carajo estamos haciendo, Joel? —preguntó, llevándose la mano al pecho.

Cuando medité todo lo que implicaba su pregunta, se me escapó una carcajada. Cleopatra suspiró y lanzó un manotazo que apartó las mías de ella.

—¿Esto va a ser así todo el tiempo que estemos juntos? —Las carcajadas se repitieron—. Yo no le veo la gracia...

—No sé a qué te refieres.

—A ti dándome órdenes y a tu santa voluntad imponiéndose.

—¡Vale! Lo siento.

Lo peor de todo fue que me disculpé para no verla así, no porque de verdad pensara que tenía razón.

Maldije, le di la espalda y me subí en la moto.

—Escúchame...

—No, escúchame tú —me interrumpió—. Esta vez, puedes venir conmigo. —Abrí la boca, y me calló señalándome con un dedo—. Nada de órdenes o chistes que solo son divertidos para ti. No nos conocemos, no nos soportamos y sigo sin entender por qué tengo que sufrirte. Ignorémonos, por favor. Finjamos que el otro no nos hace compañía. Y esta vez de verdad.

La primera vez que me hizo una petición similar no salió bien. Y tampoco lo haría esa, ni un millón más.

—Ni que fuera una almorra —dije.

—Eres peor que una docena de ellas. No me obligues a usarlo —advirtió, colocándose bien el bolso.

—Pues si no quieres perderlo, más te vale guardarlo a buen recaudo.

Me subí la cremallera de la chaqueta de cuero, metí la cabeza en el casco y le ofrecí uno a ella. Se pinzó el labio y cambió el peso de su cuerpo de una pierna a otra hasta que, finalmente, lo aceptó. La ayudé a abrochárselo, su problema para tener los botones de las camisas cerrados se aplicaba a cualquier tipo de broche. Revisó que lo llevaba bien sujeto y, mientras, yo me rendí a ella. Me había ganado, por mucho. Estaba herido, confuso y mareado y, aun así, sonreí cuando su peso movió la moto, y sus brazos me rodearon la cintura sin remilgos.

—La que no se entera de nada eres tú —susurré.

Tal vez llegó en el momento adecuado o, simplemente, supe que era ella.

9. Primera parada: aldea de Connel

En un par de pestaños, llegamos a nuestra primera parada, la aldea de Connel. Menos de treinta minutos nos alejaban de Oban.

El viaje fue divertido y revitalizador. Pocas sensaciones se asemejan tanto a sentirse libre como la de cruzar en contra del viento con los brazos extendidos hacia atrás. Supongo que a Joel no solo le sorprendió que no me aferrara a su cintura como si fuera una extensión de él, ni emitiera ningún gritito de pánico cuando aceleró adrede para provocar dicha reacción, sino que, cuando llegamos, tampoco tuvo que ayudarme a bajar. Al girarse para hacerlo, ya había bajado sola, con un hábil salto, además. Tuvo que conformarse con desabrocharme el casco y dejar libre la cascada de mechones que habían escapado del recogido que llevaba un rato antes. En esos segundos, escruté su rostro directamente, y memoricé cada detalle que me hubiera pasado por alto: el vello naciente de su labio, la pequeña cicatriz de la barbilla, mi reflejo en el destello de sus ojos, la sonrisa flotando en su cara o parte de un tatuaje asomando, después de quitarse la chaqueta y remangarse el suéter.

—¿Qué significa? —pregunté sin pensar.

—¿Por qué llevas esos relojes tan... curiosos y todos están parados?

—Eso no vale, yo pregunté primero. Además, mi pregunta es menos personal; no suelo contarle a nadie lo de mis relojes.

—¿Qué te hace pensar que yo sí lo hago con mis tatuajes?

—*Touché*. Nada de preguntas.

—No, si no estás dispuesta a responder tú también. —Me miró de reojo y se mordió el labio, guardando para él una carcajada que dejó escapar igual.

Juro que me quedé paralizada con aquel sonido y que un impulso se apoderó de mi cordura y me hizo dudar entre continuar estática y rígida donde estaba o estirar la mano para que mis huellas guardaran las curvas de su sonrisa. Afortunadamente para mí, la señora Kirkpatrick, posible tesorera

del rubí, interrumpió mis fantasías recibiéndonos con gusto y charlatanería. Joel me apretó el codo, y yo lo miré y me encogí de hombros; no entendía nada de lo que la mujer decía, y él no borraba esa expresión de suficiencia de su cara.

—Lo haces a posta.

—¿Por qué te enfurruñas? —preguntó con guasa.

—Sabes perfectamente que no entiendo un mojón de lo que decís.

Bizqueó y, con paciencia, pidió a la señora Kirkpatrick que hablara más despacio. Y esta, sin oponerse, continuó la conversación sobre lo intrigada que estaba por la inesperada visita, desde que recibió mi llamada un par de días atrás. Al parecer, había tenido ocasión de lucir su sortija y no cabía en sí misma ante la posibilidad de haber llevado en el dedo un rubí rojo de verdad.

Yo sonreía cada pocas frases y balanceaba la cabeza afirmativamente, fingiendo que prestaba atención al monólogo emitido por la anfitriona de la casa hasta que, superada por el matojo de nervios que me presionaban la boca del estómago, me levanté e inspeccioné con especial interés cada rincón del salón en el que nos encontrábamos.

Terminado el té, la señora me mostró el joyero que contenía la sortija. Le hablé a Joel con la mirada antes de acercarme sin premura, con aire contenido en cada recoveco de mi cuerpo, con capacidad para ello antes de mirar dentro y, tras unos segundos de garbeo visual en los que la tensión me nubló la vista, lo saqué y lo examiné desde todos los ángulos, hasta que encontré un número de serie que no debería estar allí y que, por consiguiente, confirmaba que aquella preciosa y cuidada alhaja no era la que esperaba encontrar.

Inspiré, expiré y busqué de nuevo los ojos de Joel.

—No es el verdadero.

Él hizo amago de levantarse, no sé si para apretarme el hombro o cualquier otra cosa que reconfortara mi posible decepción; sin embargo, no lo hizo. Creo que la falta de abatimiento o tristeza en mi cara lo frenaron. Sentí muchas cosas, pero nada negativo o asfixiante. Alivio, no me preguntes. Recordé las palabras de Bárbara; estar allí formaba parte de una desconexión inconsciente que necesitaba para conseguir ubicarme en mi vida. Me pareció gracioso llegar a pensar que alguien estuviera perdido en su propia vida, teniéndolo aparentemente todo. Entonces vi a Joel, su habitación en Oban, su año sabático, su no-boda y no me pareció tan loco o disparatado. Mal de muchos es consuelo de tontos, aunque no ser el único unicornio del reino reconfortaba.

Con una gran muestra de afecto, nos despedimos de la señora Kirkpatrick y anduvimos en silencio hacia la moto. De repente, el día se había vuelto pesado, porque la posibilidad de hacer la maleta y emprender rumbo al siguiente destino, sola, dejó de ser tan atractivo como el primer día. Llámame bipolar, ambivalente o lo que quieras. Ni siquiera yo comprendía cómo podía sentirme liberada de que el pedrusco no estuviera allí y, así, tener un motivo para seguir paseándome por el mundo; repito, con él. Porque no te lo había contado, pero, después de ver todos los retazos que Joel tenía dispersos por aquel pueblo, tenía claro que a nada que le dijera, le parecería bien quedarse a disfrutar de lo que quedara de su año sabático y dejarme a mi aire con mi misión. Sin embargo, en tan poco tiempo, el señorito se las había ingeniado para sembrar en mí una llama que había que alimentar. No te hablo de un deseo carnal cada vez que lo miraba, ese también lo tendrían muchas otras féminas cuando se cruzaban con él, y apuesto a que más de una se ha descoyuntado al girarse para ver esos andares asimétricos y a su vez tan magnánimos suyos. Te hablo de otra cosa, y dejémoslo ahí.

Me sentía como una caja de trastero llena de cosas inservibles que nadie quiere tirar. Solo que, en lugar de chismes oxidados y desfasados, yo tenía dudas y emociones llenas de moho que estaban volviendo a florecer. Estaba a nada de pedirle que me leyera mis instrucciones. Digo yo que, si sabía cómo tocarme el orgullo, también habría un apartado que pusiera «cómo entenderte cuando ni tú misma lo consigues» o algo así, y que, estuviera en el idioma o código que estuviese, él sería capaz de traducirlo.

—¿Todo bien?

—Estaba preparada para ello. —Bajé la vista a mis pies—. Habría sido demasiado sencillo, y me temo que el azar nunca ha estado en mi lado de la balanza.

—La suerte es caprichosa, preciosa. Aparece cuando menos la llamamos —dijo, antes de que me pusiera el casco.

—Para de hacer eso.

—¿A qué llamas «eso» exactamente?

—A ser una bestia con personalidad múltiple. A ser un lobo al acecho a ratos y un lindo gatito a otros.

Se lo dije por oírmelo en alto, a ver si así conseguía aclararme conmigo misma. Me volvía loca el intentar adelantarme continuamente a sus cambios de humor.

—Me gustan los lobos —susurró con aire seductor, interrumpiendo la

acción de ponerse el casco y la mía de ponerme al nivel de su estupidez habitual. Aunque, a esas alturas, ya debería estar escarmentada, pues él no avisaba cuando iba a cambiar el piloto de «lo tengo todo controlado como el macho alfa que soy y por ello todo se hace a mi manera» a persona con sentido común y un nivel básico de desarrollo emocional, y se lo hice saber. Mi lengua, que estaba trabajadora aquel día.

—Los lobos son peligrosos cuando están solos —apunté—. Y cuando eres encantador, no suele durar mucho. Preferiría no tener que estar en guardia constantemente. Ya te lo he dicho esta mañana, me pone bastante nerviosa.

—Y tú a mí, preciosa, y tú a mí.

Se acercó y retiró mi casco de las manos, pinzándose el labio.

—Entonces... ¿prefieres que sea idiota siempre?

Sacudí la cabeza, negando.

—Explícamelo...

—No me molesta que seas agradable; lo hace el hecho de que, sin motivo, vuelvas a ser una bestia descarrilada cuando menos me lo espero. A veces me miras con desdén, como si me echaras la culpa de algo que, evidentemente, no te he hecho...

Deseé creer que mi carácter no era tan débil como para empujarme a arreglar esa visión distorsionada —que yo creía— que Joel tenía de mí. Tampoco es que él hubiera hecho muchos méritos para que al mirarlo lo viera con un halo igualito al de San Gabriel sobre su cabeza, ni yo tenía en mente ponérselo fácil, la verdad. Sobre todo, cuando en mi interior crecía una necesidad tan desconocida como potente de tenerlo cerca más tiempo para que viera quien era yo realmente, no quién él creía. Y eso me tenía en tensión, por las incalculables energías que empleaba en intentar entenderlo y no conseguirlo. Estaba claro que yo, en lugar de encontrar respuestas a unas preguntas y continuar después con otras, me las hacía todas juntas, lo que, a su vez, provocaba un colapso de cosas que no entendía por defecto de acumulación.

—¿Ese es tu secreto conmigo? —Asentí, confundida—. ¿Piensas que cuando soy consciente de que estoy siendo agradable contigo vuelvo a ser gilipollas porque me molesta estar siéndolo?

—Básicamente... Sí, eso mismo.

Sonrió, separó las piernas y se acarició la barbilla, adoptando la pose más chulesca que le había visto desde que lo «conocía».

—Mi secreto es que solo soy un lindo gatito contigo, aunque sea un rato.

Con el resto de personas soy un mierdas siempre. Y no tengo ni idea de por qué, así que deja de hacer hipótesis. —Se acercó y me rozó la nariz con la yema de su dedo índice—. Cuando lo descubra, te sacaré de dudas.

—¿Sabes? Hannibal Lecter era encantador y carismático con todo el mundo. Ahí lo dejo.

Otra sonrisilla tímida, inusual en él, flotó entre ambos.

—Iba a invitarte a comer y, a menos que seas vegetariana o alérgica al marisco, puedes estar tranquila; el menú es tal cual lo venden en la carta. Darte de comer miembros u órganos de mis víctimas no entra en mis planes. Casi no he desayunado y estoy famélico, me pilla mal de tiempo.

Se puso el caso y se subió a la moto.

—¿Tienes hambre o no? —preguntó, por encima de su hombro, al ver que no me movía.

No tuvimos que salir de la diminuta aldea de Connel para llegar a The Oyster Inn. Después de bajar de la moto, anduvimos en silencio hasta la entrada. Él con cierto aire reflexivo, y yo sin poder disimular lo impresionada que estaba por las preciosas vistas al lago Etive que proporcionaba el enclave del restaurante.

—Es una pena que sea muy tarde para ver el amanecer y muy pronto para ver la puesta de sol sobre las aguas del lago —agregó.

Dentro, se aseguró de que nos acomodaban cerca de una ventana para no tener que privarnos de aquella hermosa visión. Le apetecía regalármela, dijo.

—Connel Bridge. —Yo estaba embobada en el cristal—. En sus inicios soportaba la vía ferroviaria que se dirigía hacia el norte, hasta que con el tiempo se convirtió en un puente de tráfico rodado más.

—Me gusta su forma. La parte central de acero le da un aspecto moderno y curioso...

—Sí, y las dos arcadas de piedra que soportan su peso a cada lado le dan apariencia de estar superpuesto y flotando sobre el agua. De lejos refleja fragilidad; en cambio, tiene la altura justa para poder ser transitado por encima de los rápidos que se forman en el cuello del lago sin peligro. En realidad, ya hemos cruzado por él; cuando veníamos del aeropuerto. Nos ahorró un buen rodeo para llegar a Oban.

—Interesante. —Repiqué con los dedos sobre la mesa. Joel dejó su embelesamiento en lo que había al otro lado de la ventana y me miró—. Está claro que conoces bastante bien esta parte del mapa. También está tu habitación, que entráramos por la cocina... —me interrumpí al ver que los

músculos del cuello se le tensaban. No estaba cómodo en absoluto con la conversación. Puso cara de «por favor, no sigas por ahí. No me gusta hablar de mí».

—Si la pregunta que quieres hacerme es si Judith y yo nos conocemos desde hace mucho, la respuesta es sí —dijo, con la misma pesadez de quien responde la misma pregunta un millar de veces.

Su rapidez de deducción me dejó un poco cortada.

—Sí, no hay que ser muy ágil para darse cuenta de eso —agregué—. Y, quizá sean cosas mías, pero me dio la impresión de que al verme creyó que tú y yo... ya sabes...

—No, no lo sé —añadió hosco, con una media sonrisa que se le escapó. Supo que me estaba arrepintiendo por mi insinuación y se burlaba de mí.

—Quiero decir, como si estuviera acostumbrada a que trajeras chicas —dije, zarandeándome mentalmente por meterme en aguas embravecidas de las que dudaba poder salir ilesa—. Aunque ya se habrá dado cuenta de que, entre tú y yo, ni los buenos días...

Elegir ser cotilla en el momento menos inoportuno y con la persona menos indicada era muy propio de mí. Sí, señor.

—Eres la primera persona a la que traigo. De ahí la forma de examinarnos por turnos. Estaba sorprendida, sobre todo porque eres una chica.

Terminamos de almorzar en silencio.

Mientras él pagó la cuenta —insistió en hacerlo—, yo aproveché para poner al día de la ausencia de progresos a Bárbara —llamar a mi hermano todavía me daba un poquitín de respeto—. La conversación fue breve: ella intentó animarme y yo hice todo lo posible por pensar de manera catastrófica para sentirme acorde con las circunstancias, pues hacerlo de forma positiva me habría hecho sentir peor.

Cuando salí, lo vi apoyado en la moto con los brazos cruzados sobre pecho, pensativo. Y ya de lejos, tuvo que escuchar los engranajes de mi cabeza luchando por encajar infructuosamente, porque, en cuanto puse los pies en el último escalón, levantó la cabeza y tiró a medias el cigarrillo que se estaba fumando, después de una larga calada.

—¿Y bien?

Medité si agradecerle su ayuda y compañía en todo el asunto hasta el momento. En cambio, según me recordó Bárbara, irme de Oban no iba a ser tan sencillo. Así que me limité a aceptar los hechos como eran y a no pensar en lo que de verdad me apetecía o no.

—Voy a tener que quedarme unos días más aquí. La fecha del billete para el siguiente destino no es hasta dentro de tres días —expliqué—. Bárbara está intentando encontrarme uno para antes, y yo seguiré mirando. Espero que no te importe que hasta entonces siga alojada en el hostel. —Él me miraba impertérrito e imperturbable. No se alegró de lo que acaba de decirle y, si lo vio como un contratiempo o a mí como una carga, tampoco lo demostró.

Quizá se había hecho a la idea de que tendría que hacer de niñera durante toda la búsqueda. Lo más probable es que fuera eso. Yo solo quería liberarlo de su responsabilidad y de mí. Estaba claro que no me soportaba y yo a él a medias, de modo que le haría un favor si se lo decía. Y a mí, sobre todo me lo haría a mí.

—Supongo que aquí termina nuestra aventura.

Me miró con una ceja levantada y, sin más, se viró, se colocó el casco y arrancó.

10. El paraíso de Adán

Joel

La Torre McCaig es un limbo terrenal. Nadie que haya sido testigo del escondite del sol entre las lejanas montañas puede negar su aturdimiento cuando los últimos resquicios de luz iluminan por última vez en el día; las aguas de la bahía, las islas cercanas o el pueblo a su retaguardia.

Después de unos laboriosos minutos por Laurel Road, paramos a tomar aliento. La caminata y lo empinado de las calles que llevan hasta allí lo merecían. Cuando nos recuperamos, guie a Cleopatra hasta uno de los bancos próximos al mirador de la Torre. Y, a través de los huecos de las numerosas ventanas, estábamos a punto de contemplar las islas de Mull, Lismore o Kerrera, entre otras, desplegadas frente a su costa antes de que se convirtieran en sombras por la falta de luz.

—¡Dios mío! Es como si...

—Como si el mar ardiera un instante y las montañas absorbieran las llamas —terminé.

Sonreí al darme cuenta de que ninguna descripción o recuerdo hacía justicia a lo que teníamos frente a nosotros.

La Torre es una réplica de anfiteatro romano, consecuencia de la locura de un banquero y crítico de arte de la época victoriana llamado John Stuart McCaig. La encargó con el objetivo de construir un monumento a su familia y, a la vez, dar trabajo a los albañiles desempleados durante la temporada del invierno. Y, además de ser un enclave perfecto para ver el pueblo desde las alturas o las islas, era uno de mis rincones favoritos en el mundo. Estar allí me hacía sentirme tan pequeño que cualquier cosa que pasara por mi cabeza dejaba de tener importancia.

Cleopatra se levantó del banco y estiró las piernas, caminando inquieta adelante y atrás sin despegar los ojos del horizonte. Estaba tan hipnotizada

como yo en aquella puesta de sol.

Estábamos cansados, pues nos habíamos pasado la tarde de un sitio a otro. No le pedí permiso, por supuesto que no. Arranqué la moto y, por el camino, pensé qué hacer con ella para que no se agobiara. Su cuerpo me gritaba lo ahogada en ideas que estaba y lo mucho que necesitaba cansarse para no seguir pensando. Quizá un par de frases positivas hubiesen bastado. El problema, *mi* problema, era que meditar sobre cosas subjetivas y decirlas en voz alta se me daba fatal. El mundo que habitaba en mi pecho y mi lengua no tenían muy buena relación, sobre todo cuando lo que había que traducir tenía que ver con emociones o sentimientos que me afectaban directamente.

Judith solía decirme, medio en broma, medio en serio, que era por la falta de práctica. «Un inmaduro emocional de toda la vida», me repetía. Ya habrás comprobado que no le bastaba con llamarme cabrón de mil y una formas distintas. Utilizaba, con bastante desparpajo, la peor de las armas que podrías usar contra mí: las palabras. Las que se clavaban, las que tenías que aprender a esquivar si no sabías enfrentarlas. Las que hablaban de cosas que el sentido común no puede explicar y, cuando aparecen, es imposible mantener a raya. Y yo tenía tanto miedo de volver a sentir de nuevo algunas y no estar a la altura, y había puesto tantos parches que las obviaba e imaginaba que no existían. No me consideraba un inmaduro emocional, más bien un poco torpe gestionando las sensaciones que produce la cercanía con otras personas. Torpe no solo para definir el momento o instante más especial de tu vida, más bien los insignificantes, los que no ves y a la larga suman uno inolvidable. Prefería decirme que no tenía esa capacidad que pasar por el proceso de ordenarlos y descodificarlos en voz alta.

«No estar a la altura», me repetí.

—Así que este es el paraíso de Adán —murmuró, apoyando los codos en uno de los vanos del mirador.

—¿Cómo has dicho?

—Que de todos los sitios a los que me has llevado hoy, este es el primero en el que has soltado más aire del que te cabe en los pulmones y, pese a llevar un buen rato aquí, no has abierto la boca ni mirado el reloj. Patrón que has repetido desde que salimos del restaurante. Eso solo se consigue cuando te sientes como en casa.

Negué con la cabeza y me encogí de hombros, poco convencido. Gestos universales que no surten efecto y, aun así, los haces como mecanismo de defensa cuando no esperas ser tan predecible.

—Más que en casa, en un limbo pausado. Aquí no tengo que elegir dónde prefiero estar.

En el día y medio que llevábamos en Oban, no había ido en busca del refugio de la Torre. Ya sabéis que me dediqué a levantar la patita y a marcar terreno para que mi acompañante no me robara todo lo que representaba para mí intercambiar horas por momentos de paz con la única compañía de mis pensamientos. No puedo contarte por qué, con lo receloso que era de mis cosas especiales, finalmente, lo compartí con ella. Supongo que, en el fondo, guardé ese pedazo para mostrárselo en el momento justo. Cuando necesitara beber de él, no antes. Es posible que empezara a reconocer de forma inconsciente que estaba dispuesto a darle algo de mí que fuera real. Solo a ella. El primer grano de arena de todo lo que nunca le había mostrado a nadie, pero, con Cleopatra, además de apetecerme y tener la necesidad, me salía natural. Eso, y que estaba convencido de que el ambiente hablaría por sí solo y yo no tendría que abrir la boca. Aquel era mi territorio. Lo conocía y sabía desenvolverme en él. En teoría.

Cansé su cuerpo para que su mente no tuviera fuerzas para hacer piruetas. La llené de agujetas y datos históricos sobre los castillos que vimos, para ahorrarme llegar a ese punto de intimidad que al final se iba a dar igual. No daba una con aquella mujer. O ella acertaba demasiado conmigo y seguía sin tener conocimiento de ello. En otro momento y con cualquier otra persona, sabría exactamente qué hacer para zafarme de aquella conversación, pero Cleopatra conseguía que confesara incluso pecados que había olvidado. Y eso me ponía desquiciado y loco. Porque, incluso si me hubiese apetecido estar en otro lugar y con otra persona, ella era la única de los dos que se había preocupado por el paradero de la sortija. Y por eso, sobre todo por eso, se lo debía.

—Cuéntame algo de ti que nunca le hayas dicho a nadie —pidió.

Se figuraría que mis sinapsis estaban trabajando en una vía de escape que me diera la posibilidad de tomar otro rumbo en el que centrar su atención. Lo que fuera, mientras no tuviera que ver conmigo, e insistió.

—¿Por qué un año sabático?

—Empecé a odiar mi trabajo —sinteticé.

Me coloqué detrás de ella, la agarré por la cintura y la subí a uno de los huecos de piedra que hacía las veces de ventana, sin darle opción a pataleos o reclamos. Esperé a que se quejara y, al no hacerlo, la rodeé por la cintura con un brazo y la insté a recostarse en mi pecho mientras yo hacía lo mismo con

la barbilla en su cabeza.

—Abre los ojos —le pedí, pocos segundos después de que me diera cuenta de que contenía la respiración.

Bingo. Conseguí mi distracción.

—¡Podrías haberme preguntado! —Se encogió y señaló al frente con la mirada—. Hay muchos metros ladera abajo... Podría salir rodando y estamparme en una de aquellas casas de allí o seguir sin interrupción hasta el mar.

—No vas a caerte.

«No, si dejo de distraerme con tu perfume».

—Eso lo dirás tú. Con lo bien que nos llevamos, eres capaz de empujarme y a saber dónde habrá ido a parar mi cuerpo cuando me echen de menos —dijo, muy rápido y con la voz pastosa—. Seguro que esto es mi pago al karma por lo que le hice a Oliva.

—Jamás lo permitiría, ya que, con la suerte que tengo, eres capaz de quedarte medio tonta y, conociendo a tu hermano, prefiero llevarte a casa tal como saliste. —Pasaron unos segundos y ella no añadió nada, ni sus articulaciones y músculos abandonaron la rigidez. Mi mano se coló un centímetro por debajo de su camiseta y su aire ascendió hasta el pecho, que se movía de forma frenética—. ¿Quién es Oliva?

Quitó la mano y abrí los brazos para que se relajara, de manera que solo su espalda y mi torso estuvieran en contacto.

—Un pato.

Solté una carcajada a la que siguió otra, y se giró para mirarme por encima del hombro, peor que si hubiera chupado media docena de limones verdes.

—¿Y le pusiste Oliva?

—Tenía cinco años y mi comida favorita eran las aceitunas, ¿vale?

—¿Y qué hiciste? ¿La tiraste por la ventana? —Abrió los ojos mucho y se le arrebolaron las mejillas—. ¡La tiraste por la ventana!

Como te podrás imaginar, me reí. No por el pobre animal. Lo único que le faltó fue limpiarse de la frente un «asesina» con la manga, que ella misma se habría pintado por la culpa que sentía más de veinte años después.

—Después de eso, no te dejarían tener mascota, ¿no?

—Para de reírte de mí. —Se agarró a mi hombro y se giró. Sus piernas colgaban por dentro del hueco y yo aproveché para colarme entre ellas, y poner ambos brazos a cada lado. Por seguridad, que conste.

Esa mujer tenía por costumbre hablar con todo su cuerpo. Agitaba los brazos, se atusaba el pelo, se apretaba el puente de su diminuta nariz... Y era una de las cosas que más me gustaba de ella, porque la hacía transparente y fácil de entender. Las palabras que salían de su boca eran exactamente las que quería decir. Nada de juegos dialécticos ni dobles sentidos. Y de haberlos, su lenguaje corporal la delataría al instante. Aunque eso, y que en uno de sus aspavientos se tambaleara y se diera un buen tortazo, era cuestión de un leve descuido mío que no estaba dispuesto a dejar pasar.

—¡En serio, no fue cosa mía! —Torció la boca, apretando mucho los labios—. César empezó a llamarme mala cuidadora. —Enarqué una ceja con expresión de seriedad y compasión, cuando en realidad estaba a punto de echarme a reír, otra vez—. Decía que mi deber como «mamá pato» era enseñar a Oliva a volar, pero yo la veía chiquitilla y no quería hacerlo delante de él. Por si no podía. Y un día me decidí, subí al piso de arriba y ya te puedes imaginar cómo termina todo.

—Tu hermano es un cabrón.

—Sí... —reconoció con bochorno—. Y sí, fue la última mascota que tuve. Si no contamos a los peces semanales del mercadillo que se ahogaban por no cambiarles el agua o se «reventaban» por echarles medio bote de comida de una sentada. —Me costaba cada vez más no partirme, de verdad—. Los siguientes diez años me los pasé pidiendo un perro, pero mi padre no se fiaba de nosotros. Hasta nos llevó a un psicólogo después de lo del pato.

—Claro, no fueras a ser una psicópata...

Me dio un toquecito de advertencia en el hombro y cruzó los brazos bajo los pechos. Su suéter se alzó un centímetro y mi mente voló a acariciar aquella porción de piel. Ella bajó los ojos a los míos y se revolvió incómoda por mi licencia imaginaria.

—A mí me llevó por el trauma y sofocón que me pillé —murmuró, esperando que desviara mi atención de su tripa al pato—. Lo de mi hermano puede que tuviera algo que ver con eso... Y lo de los peces también fue más culpa suya que mía.

Parpadeé varias veces y embutí las manos en los bolsillos, a buen recaudo. No te haces una idea de lo que me alegré aquella misma mañana de tener en mi poder el colgante de reloj de arena que llevaba en el cuello, cuando la vi plantada en ropa interior, despeinada y con la cara hecha un cuadro, intentando entender qué estaba pasando, casi me herí los dedos de presionármelos contra la palma para no acercarme, vestirla yo mismo y

librarme del castigo de querer y no poder tocarla.

«¿Por qué me detestas tanto?», recordé.

Era increíble que fuera tan ciega o inocente como para creer eso y no ver lo mucho que me costaba tener las manos lejos de ella. Me quemaban. Lo único que me había hecho era ser ella.

«Supongo que esta es nuestra despedida».

No te lo voy a negar: aparentar que me dio igual que ella diera por hecho que la dejaría irse sola me sentó peor que una buena patada en el estómago. Luego, pensé que, quisiera o no, tendríamos que estar juntos unos días más. Y, a su vez, cómo no, me mosqueaba estar molesto por eso. Se suponía que la mayor parte de mis esfuerzos iban dirigidos a evitar desear más de ella de lo que ya hacía. Y, o no me estaba empleando a fondo, o era un «para nada» desde el principio.

«Cuatro días. Nadie es tan especial como para que en ese tiempo quieras atarla a ti un poquito más», me dije.

«Nadie DEBERÍA serlo», me respondí.

Cuatro días. Tan solo habíamos estado en el mismo espacio dos veces antes de emprender la búsqueda. Y habían sido tan completos a su manera que tenía la sensación de que llevábamos juntos meses, por la minuciosidad con la que observaba y analizaba cada palabra o gesto suyo.

—Venga, torero, al final has sacado el capote y me has mareado por la plaza igual que siempre —volvió a la carga.

—A ver, dispara. —Sonreí—. Prefiero que no apuntes...

—Acerté antes —afirmó—. No le has contado a nadie por qué te has tomado un año sabático...

—No... —Agitó las manos, animándome a seguir—. Fue justo después de que mi ex... Estuve a punto de casarme —le expliqué—. Pues eso, cuando mi entonces futura mujer anuló nuestra boda a dos días de celebrarse.

—¡Ah! —Se mordió el carrillo, cortada—. Algo así deja tocado a cualquiera, creo...

—¿Crees?

—Miguel, mi casi prometido... lo llamo así porque, en realidad, no llegó a serlo... —Resopló—. Me pidió que nos casáramos y rompí con él.

—Pero ¿qué os pasa a las mujeres de este siglo con las rodillas hincadas y las flores? Siento que no saliera bien. —Fui sincero.

—Para mí fue un alivio.

—¿Te alivió que te lo pidiera para poder rechazarlo, después de años

juntos?

—Me alivió, porque a raíz de que me lo pidiera, reflexioné sobre lo que yo quería realmente. Atarnos a algunas costumbres nos lleva a convencernos de que es lo que queremos y dejamos de buscar. Y, aunque a corto plazo no te das cuenta, sí a la larga: renunciar a algunas cosas antes de fallar para llegar a otras es un error. Al final, se enquistan, y terminas viviendo en una espiral de infelicidad permanente de la que es complicado salir, si no encuentras la seguridad y las fuerzas para hacerlo.

—A veces es el miedo a lo nuevo lo que habla por nosotros, Cleopatra. Volver a lo que conocemos una y otra vez es más sencillo que despedirnos a tiempo y lanzarnos a lo nuevo.

—Y cómodo.

Bufé con pesadez. No me iba a escapar tan fácil. Ni siquiera hablando de sí misma había sido capaz, porque me vi reflejado en ella.

—Resumen: todo el mundo pensó que era por eso y no los saqué de su error.

—¿Y a mí? ¿Me vas a sacar o prefieres que siga pensando que todavía tienes mal de amores?

—Tal vez otro día.

La oscuridad de la noche nos cayó encima, igual que el frío. Y en el cielo había más borreguitos de nubes y un color anaranjado más intenso que cuando llegamos. La naturaleza estaba haciendo todo lo posible para ponernos fácil transmitirle al otro una incomodidad que no habíamos tenido durante el día. Quizá solo fuéramos dos prófugos de nuestras circunstancias a quienes imaginar al otro con defectos o atribuirnoslos nos era más sencillo que reconocer abiertamente que ni éramos tan diferentes ni tan iguales. Complementarios. Por eso nos costaba separarnos y admitirlo. Por eso me resistía, y era un pulso que tenía perdido.

—¿Por qué sentiste alivio? —me atreví a preguntar.

Esbozó una mueca de fastidio y apoyó las manos en mis hombros, para saltar al suelo después. Ya no estábamos casi a la misma altura, sus ojos se escondían bastantes centímetros por debajo de los míos. Yo me humedecí los labios y, con disimulo, fui ganando terreno, dejándola encerrada entre la pared de piedras y mis brazos, aunque llevaba tanto rato pensando lo que iba a decir o cómo que ni se había dado cuenta, ni había mostrado signo alguno de su habitual inquietud cuando aprovechaba adrede la ventaja que me proporcionaba esa cercanía.

—No lo quería.

—¿Y te diste cuenta justo en ese momento? —Sonrió y balanceó la cabeza negativamente.

—Creo que, en el momento en el que me detuve a pensar si lo quería, dejé de hacerlo para siempre.

—Zafón —murmuré, y ella ríó—. ¿Por qué te ríes?

—Alguna vez me he preguntado por qué siempre llevas camisetas sin letras o dibujos y de colores oscuros o básicos. No dicen nada de ti. Yo te podría decir que la novela que más veces he leído en mi vida es *La casa de los espíritus*, mi color favorito es el morado o que odio que me toquen el ombligo y, si no todas, la mayoría las habrías sabido mucho antes. En cambio, yo no sé casi nada de ti. Y por nada del mundo me hubiese imaginado que parafrasearías a Zafón.

—Quizá lo hago exactamente por eso; para no dar muchas pistas, para ir camuflado. Y sí, he leído mucho; leo. Y a Zafón lo has parafraseado tú. Respecto al color... supongo que es el azul y... *El gran Gatsby*, siempre. ¿Contenta?

—¿Con leche o solo? —bromeó.

—Solo y sin azúcar. Cuanto más amargo, más me gusta, y si es portugués mejor. Tú, manchado y con tres terrones mínimo; cuanto más dulce, mejor.

—Depende. —Me incliné y rocé mi meñique con el suyo al mover la mano—. ¿¡A quién quiero engañar!? Soy demasiado predecible y muy mala especulando. Cada día estoy más convencida de que mi sexto sentido está estropeado, desfasado e, incluso, que nunca lo he tenido.

Escondió los hombros y enderezó el tronco de manera que sus pechos se pronunciaban bajo la tela. Sus labios brillaban, y mis ojos iban locos detrás de las luces.

«Respira y mantén la compostura», me rogué.

—A tu sexto sentido no le sucede nada —mi voz sonó ronca y entrecortada, y la falta de recelo en sus ojos me empujaba a acercarme todavía más. Eso no era del todo malo, porque, si la ponía nerviosa, ella retrocedería y no tendría que seguir tirando de mis capas; el silencio me salvaría del desastre y podría seguir siendo el capullo que tanto miedo me daba ser a través de sus ojos, pero que me mantenía a salvo de los impulsos de mi instinto más primario—. Sin embargo, quieres llegar tan rápido a todos sitios que, al pisar el acelerador, te pierdes los detalles del camino.

—¿Y tú? ¿Acaso vas tan lento que lo ves todo? —me recriminó.

Incliné la cabeza, de nuevo. Se revolvió en el encierro y su cadera rozó mi muslo derecho. Yo apreté los ojos con ganas para no dejarme llevar, volver a subirla al hueco y acunar su cara entre mis manos para terminar comiéndome sus labios sin frenos. Abrí los ojos, y ahí estaba el destello traslúcido y errado de los suyos, convencidos por esa estupidez de que la detestaba.

—¿De verdad no lo ves? ¿De verdad sigues pensando que te miro y te trato como si me hubieses hecho algo?

Vaciló en su respuesta, finalmente afirmativa.

—Si dejaras de pensar y querer abarcar mil cosas a la vez, verías que te obligo a alejarte a ti, para no tener que hacerlo yo.

—¿Por qué? —tartamudeó.

—Porque, cuanto más tiempo paso contigo, más imposible me es hacerlo solo y no sé cuánto tiempo voy a resistirme. —Me despeiné el pelo con ambas manos, desesperado y molesto por tener que reconocerlo en voz alta—. Si en cuatro días me siento dentro de mi piel como un animal enjaulado, cada vez que te tengo cerca, no quiero imaginarme cuando lleve diez.

Inquieta, se sujetó al alfeizar con ambas manos para poner unos centímetros de distancia.

—Tú no me miras así. —Parecía necesitar convencerse de ello.

Si hubiese sido inteligente, no la habría sacado de su error. Me habría quedado callado y en el mismo trozo de suelo en el que me encontraba. Sin embargo, el fuego que me abrasaba por dentro me impulsó a eliminar la nueva distancia para extinguir las llamas. Me introduje entre sus piernas y la agarré por los muslos para que no las abriera más y dejáramos de estar en contacto.

—¿Y cómo te miro? —susurré, hosco, y me incliné hacia sus labios, sin llegar a tocarlos.

—Mientes. Has sido un cretino la mayor parte del tiempo. Me has hecho creer que me despreciabas por algo que no te había hecho, ¿por qué iba a creerte ahora?

—Preciosa, todo el mundo miente. Yo, la mayor parte del tiempo, pero puedes estar segura de que, si lo estuviese haciendo ahora, no me molestaría ni en mirarte a los ojos... —me incliné hasta que llegué al límite que me impuse conforme lo hacía: su nariz. Se la rocé con la mía y ambos cerramos los ojos—, ni me acercaría tanto a tus labios con lo que me está costando irme de aquí sin comprobar a qué saben.

Su aliento rebotaba en mi boca, revolucionado. Y cuando abrí los ojos

para despegarme, sus párpados continuaban bajados.

—Por lo helado que es el viento, es posible que se ponga a llover pronto. ¿Te parece si vamos a buscar la moto?

Aceptó en silencio y se enganchó en mi brazo para deshacer juntos el camino hasta la moto, que dejamos en la parte baja de la colina. Pensé en dejarla allí y regresar al hostel siguiendo la bahía en dirección norte hasta las ruinas del castillo medieval de Dunollie. Me apetecía seguir preguntándole cosas; todo, en realidad. Sin embargo, ya me había relajado más de la cuenta y había corroborado que me gustaba lo divertida que era y me atraía más que al principio el motivo que la llevó a ser una loca impulsiva. No quería saberlo, no aquel día. Ya tenía suficiente y muy poco autocontrol. Otra mirada más como esa y unos minutos más de coqueteo inconsciente... y ya no quedaría nada de mi contención. Y ella no se merecía que la perdiera; se había ganado algo más que medias verdades.

11. Nuestro reflejo

Aquella noche, cuando entré en el dormitorio y cerré la puerta, estaba completamente confundida.

Me embobé en el espejo y vi cómo una masa de sombras y pigmentos negros, del lápiz de ojos corrido, me gritaban la moraleja de los últimos días: mis dudas, desesperación e inseguridades me estrangulaban, y yo no tenía un espejo para verme de frente más a menudo la cara de pánfila. En cambio, Joel tuvo asientos de primera fila y sacó a pasear esa capacidad odiosa para leer entre muecas y actitudes.

«Quieres llegar tan rápido que, al pisar el acelerador, te pierdes los detalles del camino», me había dicho.

Lo curioso es que yo, un desastre con piernas, terminé meditando demasiado las palabras de un perdido. Respiré. Hondo y profundo, sin poder evitar hacerme preguntas sobre él. Antes de ese rato en el mirador, solo veía destellos, y los interpretaba como buenamente podía y, por supuesto, a excepción de esa tonta compulsión por querer demostrarle que no era tonta, ni frágil, ni cualquier cosa que correspondiera a su forma de comportarse conmigo, evitaba cualquier información que tuviera que ver con él. Y feliz en mi ignorancia, quise continuar. Aunque, ya se sabe que, cuando uno despierta del sueño, por más que intente retomar lo en donde lo dejó, no puede. Y yo no fui una excepción, mi sexto sentido habría pillado cobertura por sorpresa y estaba colapsada con tanto mensaje atrasado de golpe, porque dejé de ver esa seguridad en él que tanto me imponía y comprendí un poco que, debajo de esas capas aparentemente sólidas, solo había fragilidad y un montón de errores que habría cometido durante tanto tiempo que, al final, se convirtieron en pautas para él. Automáticas. Instintos.

Lo supe por sus reflexiones; demasiado concretas. Y por cómo le brillaban los ojos al imaginarse en medio de mi historia, esperando la respuesta que consiguiera arrancarle el peso de todos esos errores y poder

dejarlos en la cuneta. Tendría que haberle dicho que no hay fórmulas mágicas para ser uno mismo. Y, de haberlas, no servirían para dos personas, por muy iguales que parezcan: nadie es igual a otro. Muchos menos nosotros. Entonces, mi sexo se activó y mis terminaciones nerviosas sufrieron una combustión espontánea con la cadencia de la voz de Joel revolviendo entre mis pensamientos y priorizando sobre el resto lo que menos me convenía recordar: buscaba motivos para no besarme.

«Él no te mira así, te detesta», me reiteré para convencerme.

Me bajé de la realidad unos segundos y me quité los zapatos. Qué alivio. Los pies me palpitaban, y eso que había llevado unas Converse. Me los miré fijamente y me reí, eran dos sapos gordos y feos gracias a unos dedos un poco deformes y separados. El paseíto por las Tierras Altas y mi flojera para el ejercicio físico me estaban pasando factura. Lancé un par de pataditas al aire, a ver si así conseguía desentumecerlos más rápido, mientras rebuscaba en el ultramarinos que tenía por bolso el móvil. Marqué directamente el número de nuestro despacho.

Un pitido, dos... ruidito ambiental de auricular descolgado.

—Estoy perdiendo el norte...

—Yo de ti no me preocuparía mucho en buscarlo —soltó César—. Naciste sin él.

Aplausos, carcajadas y palmaditas en la espalda.

No me cogía desprevenida que fuese él quién respondiera, pues todo el mundo sabía que, si caía una bomba atómica, nuclear o similar, a los únicos a los que pillaría en la empresa sería a las cucarachas, a Bárbara y a mi hermano. Por ese orden. Bárbara era de esa clase de seres que entraba a trabajar antes de que las agujas del reloj la reclamaran oficialmente y se iba mucho tiempo después de que estas la despidieran. Lo irónico es que conseguía tener vida social fuera, aunque ninguno tuviéramos muy claro cuál era su concepto al respecto, exactamente. Y a mí me habría venido bien que esa constante no se hubiese roto esa noche, porque, de camino al hotel, el porcentaje de esperanza puesto en su capacidad para encontrarme un billete para el siguiente destino antes de esos tres días se había disparado.

—Hoy se ha ido antes. ¿Por qué no la llamas al móvil?

—¿Para qué? Cuando se os necesita, lo tenéis de adorno.

—Pues insiste, aquí no la vas a encontrar...

—¿Y tú? ¿Qué haces en nuestro despacho? ¿El tuyo está precintado por sanidad?

—Qué graciosa, para tener noticias tan poco halagüeñas.

—Has hablado con Bárbara —afirmé.

—No ha hecho falta. —Tosió—. Habéis pasado de mí todo el día.

—Algo le habrás hecho.

—¿Yo? No he podido beberme un café en condiciones en todo el santo día. Está compinchada con todo el jodido edificio y, para colmo, me vengo a vuestro despacho y vuestra cafetera también está sabotada. ¿Qué cojones le hace para que esté tan asqueroso?

—Pues para compincharse contra el jefe rancio, aun a riesgo de ser despedido por intento de envenenamiento... no eres muy popular, hermanito. ¡A ver si la dirección va a caer en otras manos que no sean las tuyas! *Pray for Bárbara*.

Tomó y expulsó una gran bocanada de aire y frenó el pulso sobre quién de los dos soltaba la chorrada más gorda con un «¿Qué tal tu día?». Y me explayé.

Le había dicho a Joel que me hacía ilusión ver algún castillo y, feliz de poder complacerme, me llevó a varios, sin alejarnos mucho de Oban. Después del almuerzo, nos desviamos en dirección hacia Fort William, siguiendo la carretera de la costa oeste de Escocia. Joel condujo junto a varios lagos: el Loch Creran y el Loch Linhe. Pasamos de largo Portnacroish y paramos en la cafetería Castle Stalker View, desde donde se veía el castillo. Joel y su inocencia permanecieron sentados y tranquilos hasta que descubrí un sendero que baja a la orilla e, igual que una loca, me metí en el agua con los pantalones remangados todo lo que el tiro me daba, y me puse hacer fotos desde más cerca.

Me divertí bastante, siendo testigo de un inminente ataque de ansiedad conforme repetía sin parar: «Sal de ahí, la marea está alta», «es peligroso», «no me obligues a entrar a por ti» o «el agua está helada, vas a pillarte una pulmonía».

Y de poco le sirvieron las amenazas, pues él también terminó mojado hasta las rodillas. Estuvo enfadado un rato, y me lo tomé a broma porque era algo típico de él: no le gustaba que lo contradijeran. Pero, entre tú y yo, su ego estaba encantado de poder contarme la historia de cada montón de piedras que nos encontrábamos, o el nombre de cada lago junto al que pasábamos.

Y tan sorprendida me hallaba de que mi hermano escuchara una voz que no fuera la suya y, además, demostrara atención preguntando: «¿Y es tan

bonito como en las postales?» o «¿qué plan tienes para mañana?», que no escatimé en detalles. Continué, haciendo honor a mi deformación profesional y le relaté, cual enciclopedia, cómo era el castillo de Dunstaffnage y su capilla. Ni siquiera me dejé atrás los años en los que habían sido construidos ni por quién, hasta que llegué a la Torre McCaig, y la lengua se me enrolló, tartamudeé un poco y ofrecí un escueto resumen del final del día.

—Según el paseíto que te has dado, hoy estarás cansada, supongo.

Mi piel todavía irradiaba el calor de las llamas, secuelas de aquel deseo lento y desesperado que se produjo con nuestro acercamiento. Estar uno frente al otro fue complicado, pero separarnos acumulando las ganas de cruzar otra línea más, fue contener una gran carga de electricidad en una caja diminuta; casi imposible.

—¿Y tú qué haces ahí todavía? ¿Empiezas a tener problemas de amnesia? ¿Quieres la dirección de casa?

—Estoy trabajando en la colección del año que viene —resumió.

—¿Quieres que vuelva? ¿Crees que papá tardará mucho en darse cuenta de que no estoy y desheredarme?

—Lo último lo hizo hace años. Lo primero va a ser difícil... ¡Que no! Quédate tranquila, Bárbara se ocupa de liarla por las dos. Pásalo bien, te cubrimos y nos arreglamos sin ti, y no porque seas prescindible. Unas «vacaciones» no le sientan mal a nadie.

Lo dijo el que desde que hizo la primera comunión no paraba ni para sestear. Me parecía tan rara tanta simpatía que la achaqué a que era de noche y luna menguante. O a que todavía no había sido víctima de las que le tendría preparadas Bárbara. Todo estaba por darse.

—A tu hermano lo han expulsado de la universidad —informó, como el que habla del tiempo.

Y nótese que, ante la vergüenza, su majestad enfatizó el posesivo dirigido a mí, excluyéndolo a él. También lo hacía conmigo; no de cuerpo presente, claro. Era como un padre sin hijos. Si hacíamos cosas buenas, éramos su hermano o hermana. Si no, nos sacaba del libro de familia de forma limpia, rápida y sin dolor. Suena cruel decir que me alegraba de tener la ventaja de formar parte de una familia numerosa, porque siempre queda la esperanza de que otro de sus miembros se marque un triple más molón que el tuyo; sin embargo, yo no tenía la culpa de que Adriano me lo hubiese puesto en bandeja. Si el anillo no aparecía, no tendría que vivir recluida con horror a no sobrevivir a la próxima cena de Navidad. ¡Pobre chico, con lo majo y joven

que era todavía!

—¿Se ha liado con alguna profesora? —me burlé, para quitarle hierro al asunto.

—¿Alguna vez te tomas algo con la importancia que tiene?

—¿Alguna vez le ves la gracia a algo o siempre buscas la puntilla? —rebatí.

En realidad, ser quisquillosos nos venía en el ADN, aunque chincharlo a él era tan sencillo que aprovechaba la mínima.

—Es que esto no la tiene. Le queda... *quedaba*, mejor dicho, menos de un cuatrimestre para terminar la carrera.

—¡Sí, pobre, el sueño de su vida se ha visto interrumpido! —exageré.

—No sé para qué tanto soñar si al final todos volvéis a casa. —Zas, Cleopatra.

—A veces me convenzo de que te encontraron en un cubo de la basura. Es imposible que tú hayas estado en el mismo útero que nosotros. ¡Hay que ver lo mezquino que puedes llegar a ser...! ¡Qué suerte tenemos de no parecernos a ti, por Dios!

—Sí, tú ríele las gracias y que él te las ría a ti, que no se diga que el consuelo de tontos no sirve.

—¿Prefieres que lo llame y le diga: «Tu vida se ha ido a la mierda»? Aunque, bien mirado, igual sí, porque la Erasmus se le ha terminado. Viene a ser lo mismo. Papá o tú lo pondréis a hacer fotocopias, perderá algo y lo enviaréis a Siberia.

—Punto número uno: tú no has hecho fotocopias. Dos: nadie ha dicho que lo perdieras tú. Y tres...

—Y tres... —repetí en tono infantil, por tocarle las narices.

—Cleo... para de torturarte, no eres el garbanzo negro. Hazme caso, haces muchas cosas bien. Tienes aptitudes —lo dijo tal cual, palabrita del niño Jesús—. Es por tu salud mental.

—Y la tuya.

—La mía está perfectamente; yo sé que esto es lo que quiero y, mejor o peor, es lo que seguiré haciendo. Tus dudas aparecen cuando ves que no eres Miss Perfección, te aburres, lo dejas y a otra cosa. Estudiaste Historia, ¿qué quieres?

¿Se ha notado que es de la generación en la que los de Empresariales eran los «titanes del mundo», y el resto perroflautas?

—Quiero decir que sabías que ser arqueóloga, tal cual lo tenías en tu

cabeza, era poco probable. Ni siquiera te gustaba, joder.

—¡Pues menuda suerte que tú lo sepas por mí!

—Si hubieses querido eso, habrías puesto el mismo interés que estás poniendo ahora. Tú no eres como yo, no quieres compararte con nadie, solo quieres hacerlo bien por ti, y eso está muy bien, porque, a la larga, es cuanto te hará feliz. No lo estropees y no dejes que la ilusión se seque. ¿O vas a intentar ser peluquera o cualquier otra cosa que se te ocurra ese día? Hay que arriesgarse y elegir.

—Tú no has elegido en tu vida.

—Y, precisamente por eso, me va de culo en todo lo que no es trabajo. Por no elegir, tengo lo que tengo; una obsesión y... no importa, pase lo que pase, saca algo de esa locura. Hazle caso a tus impulsos, te llevarán al maldito anillo y verás de una vez por todas que todo lo que quieras hacer lo harás. La inseguridad hace que pierdas, y ahora empiezas a ganar. Y seguirás haciéndolo si confías en ti, no en él, ¿me has oído? No te fíes de él, Cleo.

Los comentarios de mi hermano cumplieron su cometido. Sus dardos se clavaron justo donde quería que golpeasen. Ya había metido la pata una vez. Ya me había rendido antes de empezar y me dejé llevar por el miedo a no ser capaz. Me escondí en las decisiones no tomadas y en las frases vagas de alguien a quien poco le importaba, Miguel. Entonces, me di cuenta. Alguien que no te anime a ser tú y a correr detrás del infinito cuando más lo necesitas no es para ti. Ni tú te quieres, por adoptar eso como opción y preferir comprar pañuelos para los días tristes en lugar de rodear los charcos o saltar sobre ellos. Si al cumplir años estás justo donde creías que estarías, es que tus metas eran muy pequeñas o no te has atrevido a soñar lo suficiente. Durante años, hice eso. Me obcequé en conseguir una cosa y, al no hacerlo, me escudé en un «quizá en un futuro próximo todo cambie».

En cambio, conforme los años pasaban y los trabajos temporales, a cada cual peor en sueldo y condiciones, se sucedían, en lugar de venirme arriba y luchar por algo mejor, fui perdiendo la vocación hasta el punto de olvidar todos los veranos que pasé antes de licenciarme, entre yacimientos, limpiando, archivando o catalogando piezas. Veranos en los que volvía a casa igual que había salido, y otros que habían dado tanto de sí que ansiaba el siguiente. Olvidé por qué lo hacía, la magia.

Mis ambiciones y sueños dejaron de brillar. Nadie te dice que, cuando un sueño deja de funcionar en tu mente, tienes que llegar a ese punto en el que te das cuenta de que no existe; hay que reformular. Porque no son permanentes,

ni estáticos. La mayoría ni siquiera nos pertenece. Y yo necesitaba tener otra vez los míos. Necesitaba dejar de pensar que no podría conseguir lo que me propusiera, y lo hice, justo cuando Miguel me pidió que nos casáramos y comprendí que para él solo eran importantes los suyos. Esperaba que yo siguiera en ese estado de conformismo, no veía mi infelicidad. Por eso lo rechacé y volví a casa, al lugar donde siempre encuentro inspiración; las musas. Y, tal cual dijo César, me estaba esforzando por reencontrarme con ellas de nuevo. Que la fiesta de aniversario de la firma saliera bien gracias a mi dedicación y trabajo sería el chute final de confianza en mí misma. Esa sortija tenía que aparecer y, para ello, yo tenía que dejar de lado la atracción y la curiosidad que sentía por Joel.

Y que mi hermano me hubiera advertido sobre él tendría que haberme servido de alerta para volver al camino que tenía que seguir andando, pero me tocó las narices. Era adulta y sabía lo que me convenía o no. Podía tomar mis propias decisiones sin que nadie me allanara el camino. Y no sé qué piloto se me fundió porque le contesté cargada de veneno.

—¿Sabes? Para ser tan divino, y él tan «poco fiable», os parecéis demasiado.

—¿Por qué os gustan tanto los gilipollas?

El sentido de la conversación mejoraba por segundos.

—¿Quién ha dicho nada de gustar?

—Quizá tus: «Joel dijo...», «Joel hizo...». Cleopatra, estás dándole vueltas porque te gusta y tampoco te fías. Pero, mira, eso me alivia.

—¿Por qué no iba a fiarme de él? Jolines, César, tú no lo conoces.

—¿Y tú sí?

—Ah, claro. Se me había ido el santo al cielo. Hoy es jueves y Bárbara habrá quedado con ese amigo suyo... ¿Cómo se llamaba?

—Lo único que pretendo ahorrarme es un «te lo dije» en el futuro.

—Bien, consejo recibido y procesado. Gracias por la charla, intentaré localizar a Bárbara. Ya le pregunto yo por ti cómo le ha ido.

—Solo intento decirte que no utilices la pérdida de la sortija como excusa para rendirte, enana. Más bien, tómatelo como una prueba de que puedes hacer todo lo que deseas. Y sobre él... haz lo que te dé la gana.

—Así lo haré —le escupí—. Y, ya sabes, ve pensando en la canción que vas a dejarle mañana a Bárbara en el equipo de música. Mandar indirectas con canciones es mejor que tener una conversación normal o invitarla a tomar algo...

—Hasta mañana —se despidió, hosco.

—Esto... no debería mostrar debilidad contigo, ya que tú demuestras tener cero empatía por el resto de seres humanos... —me callé unos segundos—. Le echa sal al depósito de agua.

—Hija de...

—Si te hubiese dado por hacer otra, te habrías ahorrado los paseítos. Y para que quede claro, no solo busco la sortija por mí. Por si lo has olvidado, hay personas con sentimientos que sufrirían si no aparece. Hasta mañana, Maléfico.

—Hasta mañana, *pato*.

Estaba muy cansada, y el día había sido más largo y agotador de la cuenta; aun así, me iba a costar horrores dormir, porque la llamada, más que terminar de relajarme, fue un chute de cafeína para el cuerpo. Pero yo no era la única a la que le iba a costar pegar ojo.

César tenía un carácter difícil, y su forma de decir las cosas, la mayoría de las veces, no era lo que se dice... con tacto. Se notaba que estaba de muy mala leche, justo después de colgar, cogió de un tirón la chaqueta del traje del respaldo del sillón y se fue por las escaleras. Si todo el día hasta arriba de trabajo no habían conseguido quemarlo, sin duda, aquello lo haría.

Con lo que no contaba era con que Bárbara había salido antes del trabajo para putearlo. Tenía llaves de casa y mi permiso para entrar.

Lo primero que se encontró César al cruzar la puerta fueron cientos de vasos de cristal llenos de agua. No importó que intentara acceder directamente al piso de arriba o a alguna de las estancias del piso inferior, porque no tenía forma de hacerlo a menos que fuera retirando uno a uno los vasos del pasillo. Imagínate cómo fueron el par de horas que tardó en hacerlo y lo que salió por esa boca conforme lo hizo. Luego, fue a darse esa ducha que tanto necesitaba para calmarse y se encontró con la siguiente sorpresa. Un clásico; azafrán en las alcachofas de los dos baños. Para cuando logró quitarse el tinte en tonos ardilla del cabello y cuerpo, César era un animal con la libido en niveles insoportables para un hombre. Tanta ansiedad acumuló que estuvo a nada de vestirse con lo primero que tuviese a mano e irse a dormir a un hotel para no explotar, en caso de que hubiese más bromas.

Se sentó en la cama, miró su reloj de muñeca y con el móvil en la mano desistió varias veces de llamar a Bárbara. No por la hora, sino porque sabía que lo que le recorría el cuerpo impediría que se pudiera expresar con toda la claridad y contundencia. Estaba harto, cansado y agotado de que estuvieran

así. Aquella espiral tenía que terminar, y uno de los dos tenía que dar el primer paso. Así que se tiró en la cama, sin apagar luces o intentar dormir, y se puso a ordenar palabra a palabra el discurso que tanto tiempo llevaba guardado en una carpeta oculta de su mente. Sería él quien se bajara los pantalones.

12. Dejar de ser «yo»

Joel

Lo voy a confesar: te he mentado. No ha sido porque no confiara en ti; es que acabo de llegar al punto de esta historia en el que yo mismo me percataba de ello. Hasta entonces, mi inconsciente estaba tan entrenado en rehuir un determinado grupo de emociones que el pulso tan largo y fatídico que habían mantenido entre ellas empezó a tener vencedores de un momento a otro por cansancio. Se podría decir que maduraron un poquito de golpe tras la victoria y hasta creí verles canas y todo.

Era muy temprano, pero, desde que me había levantado, sentía que las horas se me escapaban. Que el día no tendría minutos suficientes para todo lo que deseaba hacer. Y allí estaba, delante de la puerta de una chica que parecía haber esnifado ketamina antes de dormir, desesperado.

Dios. Mío. Qué sueño tan profundo.

—¿Duermes alguna vez? —dijo, de regreso a la cama, después de abrirme—. El despertador no ha sonado, ¿qué hora es? Te estás ganando a pulso la condición de psicópata, y lo peor de todo es que solo yo soy consciente de ella.

Cuando la escuché llamarme «psicópata», sonreí, conteniendo una o varias carcajadas. Todavía me costaba reírme con total libertad, por si pensaba que lo hacía de ella. Con que pensara que era gilipollas era suficiente y, a grandes rasgos, me lo merecía, y yo mismo me lo había buscado.

—Pues por silencioso no será. Judith va a pasarme la factura de los boquetes que le he hecho a la puerta llamando. Casi se me hacen callos en los nudillos de tanto aporrearla.

Me lanzó una mirada avinagrada y se tiró bocabajo sobre la cama. Sufrí un *déjà vu* instantáneo al tener tan cerca y a mano las mismas curvas que

tanto evité tocar cuando la tuve que llevar a la cama y en el mirador. Mi libido era muy caprichosa, o tenía interiorizado lo de «a la tercera va la vencida», porque no me explicaba cómo podíamos andar uno frente al otro más veces desnudos que vestidos, retando a nuestros yos primitivos con tanto ímpetu, y que saliéramos sin ningún rasguño. Vale..., si dejo que la sinceridad continúe teniendo el mando, desde el día anterior alguno había.

—Si no quitas ese culo respingón de mi campo visual... —Por suerte, se hizo un rollito con la sábana antes de que pudiera terminar—. No sé para qué te tapas, si ya te he visto y revisto en todos los ángulos y posiciones.

Eso, tú quémate.

—En todos no —dijo con chulería, al mismo tiempo que se ponía bocarriba y se incorporaba—. Más quisieras.

Cleopatra puso un ojo en blanco y el otro lo entrecerró de forma muy rara. Bueno, más que rara, siniestra. Por un instante, tuve delante a una doble de Emily Rose antes de que el sacerdote le sacara hasta el último demonio a base de agua bendita. Solo que, si no controlaba mi imaginación, quien más necesidad iba a tener de vomitar medio infierno iba a ser yo.

Ya con su expresión normal de acabar de despertar —una mezcla de asco e instinto asesino— y más sereno, la miré. Estaba guapa, y la camisa le quedaba mejor que a mí, para qué andar con florituras, aunque no podía ser tan claro conmigo mismo. Ni darle un poco de coba a eso que me colgaba entre las piernas, o terminaríamos mal. Mi cosa y yo, quiero decir. Así que uno de mis pasatiempos favorito con ella, aún más desde la noche anterior, continuaba siendo el de «encuentra la pega». Y, por supuesto, cuanto más días pasábamos juntos, más me costaba disuadir el impulso de querer besarla, tocarla y un sinfín de indecencias que no debería estar deseando practicar con ella.

—No te asustes, pero estoy seguro en un noventa y ocho por ciento de que tienes un cuervo en el moño.

—Igual el único cuervo que busca nido eres tú... —¡ZAS! Salió del enredo de la sábana y se acercó a mí. Sostuve su mirada mientras salvaba la distancia hasta mí y colaba su dedo índice en la cinturilla del pantalón para colocarme el cinturón en el centro. «No toques ahí, mujer. *Keep out*». No tenía ni idea de lo que acababa de hacer. Criatura. Apreté la mandíbula, sin desviar la mirada ni para pestañear. Ella siguió jugueteando con el cuello de mi camiseta—. Y la pena es que no vas a entrar... —susurró y retrocedió un par

de pasos.

No tengo ni idea de dónde salió ese movimiento, tampoco empleé mucho en averiguarlo; atrapé su muñeca y la acerqué a mí. Estábamos a puntito de abrazarnos. Y ella no sabía que era más inflamable cuanto más seductora se pusiera. Me tenía en sus manos, y lo peor de todo es que yo mismo me subí a ellas. Mi mano se posó en su columna y descendió lentamente hasta topar con el límite entre su trasero y la espalda. Sonreí, porque mi altivez aumentaba al ritmo al que descendía la suya. Ella permaneció quieta e inmóvil, vigilante de mis movimientos, sin poder controlar que los segundos pasaban y la distancia entre ambos se evaporaba.

—¿Pena para quién, preciosa?

—Para mí, seguro que no... —Alterada, enderezó la espalda y se puso más tiesa que una vara cuando se dio cuenta de que llevábamos compartiendo aliento en la mejilla del otro demasiado rato.

Te diría que me mordí el labio y esboqué una sonrisa para provocarla. Sin embargo, estaba tan concentrado en su futura reacción que ni me moví ni pensé. Más bien, temblé al ser consciente de cómo el tono azulado de sus ojos se convertía en el de zafiros pulidos y sin luz. Y me asusté de cómo mi sangre circulaba más rápido, o se condensaba en un punto, según el recorrido de su mirada por mis facciones. Por mucho empeño y energías que empleara en negarlo, me acojonaba saber que mi comportamiento no era más que un síntoma de lo que me imponían determinadas reacciones provocadas por esa mujer, a la que irremediablemente me había expuesto desde la noche anterior.

Sea como fuere, no tuve tregua para quedar encima con algún comentario, pues, tal cual esperaba, no tardó mucho en propinarme un pisotón certero y efectivo que, como intuirás, hizo que la soltara y me riera de lo absurdos que estábamos siendo.

—¡Ay, tontita! ¡Me lo pones tan a huevo! —balbucí, frotándome la zona dolorida.

Cleopatra se giró y se dirigió al baño, balanceando la cabeza y haciendo ruiditos al chasquear la lengua contra el paladar, igual que una niña que acepta la derrota o deja a su contrincante por causa perdida. Entre tú y yo, y sin que mi ego se entere, fue lo segundo. Y pese a estar seguro, la sonrisa se me quedó grapada en la cara y, además, me entraron ganas de gritar «tiempo muerto» y abrazarla. Porque las veces que lo había hecho fue lo más natural del mundo. La ansiedad se alejaba y se iba tan lejos que ni con gafas como culos de botella habría sido posible verla enseñándome el dedo corazón.

¡Jódete!

—Vístete, marmota. Nos vamos de paseo —dije, recomponiéndome para irme, antes de que mi lengua se pusiera en movimiento y soltara más patochadas. O tuviera que hacer frente a más rasguños.

—¿Adónde?

—No tardes y lo verás. Y lo digo en serio, tienes veinte minutos. No seas tardona. —Cerró un ojo y con el abierto me fulminó—. Por cierto, cámbiale la pila al despertador.

—He usado el del móvil, espabilado.

—Ponlo a cargar entonces, quisquillosa. Por cierto, no hace falta que me devuelvas la camisa, te la regalo. —Le saqué la lengua y salí.

Una vez superado el tonto de buenos días, la dejé tranquila, con la amenaza en el aire de pasar a buscarla de nuevo si no bajaba en veinte minutos. Y mira que soy inofensivo, pero esa cabeza suya se vería en situación y derrapó por entrar rápido en la ducha.

—¿Has desayunado Viagra? —Judith y sus buenos días—. No te han dicho que es más saludable hacerlo en compañía de algo sólido.

Sin hacer comprobaciones, supe por qué lo decía.

—Técnicamente, si el desayuno es la Viagra, no tengo el estómago vacío —espeté, con cinismo.

—Ya, ya... Detalles.

Entró y salió de la cocina con la bandeja llena, y me puso uno de los platos delante. Y no se me escapó que, al irse a dejar los demás por las mesas, sonreía con expresión chistosa.

—Me has hecho caso —dijo.

Se refería a su «deja de ser tú, Joel». Lo entendí sin más explicaciones y me mosqueó interiorizar lo que creía que aquello significaba. Sobre todo, por el puñetazo que sentí en forma de punzada en el estómago, porque empezaba a gustarme quién era yo cuando dejaba de resistirme a ser un crápula.

Quién me iba a decir hacía poco más de un año que todo lo que había dejado atrás era justo lo que me faltaba, o que una conversación tonta en lo alto de un mirador me ayudaría más que todas las botellas de ginebra que vacié a morro para superar una ruptura que, en realidad, me importaba poco y que, más que algo negativo, sacó a la luz muchas cosas a las que di la espalda para quitarles importancia y, en su defecto, se las agregué a otras.

Me da mucha vergüenza contarte que el rato que pasamos en la Torre McCaig me hizo reflexionar. Hacía meses que evitaba hacer cualquier cosa

que se le pareciese de lejos. ¿Qué tendrían que ver ella y nuestras conversaciones de pirados con el rollo que te he soltado al principio, dirás? Cleopatra resultó ser la responsable de que un cuerno me creciera en la frente y que la noche anterior me la pasara en su mayoría de la cama al lavabo, vomitando purpurina, y que el orden de mis pensamientos carecía de él, irónicamente. Bromas aparte, me apetecía estar con ella. Cuando mi instinto se rindió a las emociones, descubrí que me gustaba ser el tío que intentaba mostrarle al estar cerca de ella. Cleopatra era especial y, por ello, era capaz de encontrar algo distinto en todo y todos que lo hiciese único; incluso en mí, que dudaba que lo tuviera. Aunque, en el fondo, esperaba ganarme su confianza y, para qué mentir, deseaba que viera dentro de mí lo que yo estaba empezado a ver.

Quizá fuera más propio explicarte mi actitud con los demás humanos: por si has tenido dudas, no soy un robot. Casi me convierto en uno. Frío, automático y lleno de cables. Benditos cables, seguro que por el mal contacto entre algunos de ellos me encontraba en aquella tesitura. No, ahora en serio.

¿Alguna vez le has cogido prestado a un niño un juguete que no usa? Pues eso.

Ainhoa no era mi juguete, aunque, como ya he mencionado alguna vez, nos tratábamos como tal. Has leído el «nos», ¿verdad? Es importante. Por eso, cuando me dejó, me pasé semanas haciéndome amigo de los «han sido muchos años, lo superarás», «el mundo no se acaba por una relación rota», «solo necesitas tiempo». Mi juguete se había cansado de mí, prefería otro niño al que divertir o, simplemente, quedarse en un rincón olvidado hasta que apareciera el adecuado.

Habría sido menos narcisista y más realista no echarme la culpa de todo. Ainhoa asumió su parte y me dejó la mía, pero, para no variar, quise llevármela toda. Por una vez, el mundo estuvo atento de mis reacciones y con potestad para darme consejos que no había pedido y a los que al final terminé por sucumbir para dejar de sentirme como el capullo egocéntrico con un ramo de flores inmortales en el culo al que todo le había salido bien sin tener que esforzarse.

Meforcé a estar deprimido y a sentir dolor durante semanas, en compañía de botellas de ginebra vacías, sin apenas comer. Me apropié de los clichés más antiguos del universo reglado en el que nos empeñamos en encasillar las relaciones desde que inventamos la monogamia: «No eres tú, soy yo», «la distancia lo enfría todo...». *Bla bla bla.*

Me sentí mal por no haberme sentido mal. Lo hizo el hecho de llegar a ese extremo para sentirme más humano. Tuve que aceptar mis pecados, mis errores y mi egoísmo. Tuve que terminar siendo un despojo para empezar a ser feliz. Para darme cuenta de que no quería pasarme la vida dando rodeos a un círculo imaginario solo. Que no servía para seguir fingiendo que para mí todo era sencillo o que, además de mí y mi trabajo, no me importaba nada ni nadie más. Que el paréntesis de esa creencia había sido tan largo que necesitaba llenarlo con personas bonitas, y que se me contagiara esa belleza para poder vivir sin angustia en ella.

Una mano rozó mi codo y me trajo de vuelta a la realidad. El contacto me dio un poco de calambre, no sabría decirte si por el gesto en sí o por la dueña de aquellos dedos. Me giré de sopetón y por poco no le asesté un golpe en la tripa con mi brusquedad.

—Me has asustado —me disculpé.

—Lo siento..., no era mi intención —sonrió, cohibida.

La invité a sentarse a mi lado por medio de un par de golpes en el banco de al lado.

—¿O prefieres ir a una mesa? Para desayunar, digo.

—Como gustes.

—¿Estás bien? —pregunté, ya acomodados en una mesa. Dudó y me miró con una sonrisa forzada—. Anoche te escuché discutir. No era mi intención; las paredes son muy finas...

Se desinfló de aire y meditó un momento lo que iba a decir.

—Sí... —Cogió el móvil, lo desbloqueó y lo agitó en el aire—. Me gustaría saber cómo va lo de mi billete, ¿te importa que llame a Bárbara?

No perdí mucho tiempo lamiéndome la herida que me propinó el zasca de «mi billete», e insistí.

—¿Seguro? Me refiero a que si estás bien.

—Sí, estupendamente. A mi hermano se le da bastante bien ver la viga en el ojo ajeno y algo peor en el propio, esto es todo.

—Estabas cansada, tranquila. Posiblemente lo malinterpretaras —dije, por aligerar el espesor del aire.

—Me dijo que no me fiara de ti, ¿alguna idea de por qué lo dijo?

Me atraganté con mi propia saliva y eché la silla hacia atrás.

—Tu hermano es un tío listo.

—Ya... propio de ti

—¿Qué?

—Hablar mucho para no decir nada.

Abortó la misión de desayunar y salió por la puerta como un cohete. ¿Era yo o el aprobado en comunicación del día anterior acababa de pasar a suspenso?

—¿Alguna idea de lo que he hecho mal? Por arreglarlo, digo. —Judith me lanzó una mirada escéptica del tipo «eres imbécil si no te das cuenta»—. De verdad, una ayudita. No tengo ni idea de qué narices he hecho.

Dejó la bandeja en la mesa, puso la silla al revés, se sentó y se inclinó con las manos apoyadas en el borde del respaldo.

—Pues... así en general, con lo que he escuchado y visto, y para lo poco que la conozco, diría que recién levantada es más espabilada que al atardecer.

—¿Cuando pille el sarcasmo implícito, me dirás que he hecho mal ahora en concreto?

—*Mmm...* No, más que nada porque no te ha dado tiempo a fastidiarla —continuó, en el mismo tonito de doctora liendres malvada.

—Judith... —dije, sustituyendo las maldiciones en forma de barbaridades malsonantes por un sutil rostro angelical.

—Pues que tú te fías de ella en contra de tu naturaleza y, aunque quieres que ella no lo haga contigo, en el fondo, te molesta que desconfíe. Por eso es gracioso ver desde las gradas la carrera que estáis echando. Cuando sonríes, seguro de haberla adelantado, ella te pisa los talones y vuelta a empezar. —Sonreía conforme hablaba—. Es evidente que os atraéis, y llevas resistiéndote a lo evidente desde que te diste cuenta. Así que, si quieres algo de ella, deshaz el nudo que tienes montado en su cabeza y en la tuya, y para de hacer el gilipollas, Joel. Tú no tienes la culpa de no haber querido a mi hermana como creías que tenías que haberlo hecho, o a otra persona más que a tu trabajo.

—Sí de robarle años conmigo o de quitarle y olvidarme de las cosas que eran importantes para los demás —me justifiqué, yo y mi jodida compasión.

—¡Qué años, ni qué años! Eras un desastre, eso no se lo creía nadie. ¿O te piensas que, mientras tú te colabas y encajabas en cada falda con un par de piernas bonitas, en esos periodos de «necesito un tiempo», mi hermana no estaba haciendo lo mismo? Te has convencido de que, si has sido incapaz de querer bien a alguien con quien has pasado un tercio de tu vida, jamás podrás querer a nadie más. Y esa es la estupidez más grande que le he visto creerse a nadie. A veces, llega alguien que atropella todo lo que conocemos, sin más.

—Yo no quiero a Cleopatra.

—No, pero por algo se empieza, y estás cagado. Por Dios, si te comportas como un niño de parvulario. Si le pegaras un chicle en el pelo no se notaría nada que tienes treinta años más. —Resopló—. Es lo que tiene darle la espalda a algunas cosas durante tanto tiempo, querido. Cuando las tienes delante, eres incapaz de reconocerlas porque las has olvidado. Y que tú lo hayas hecho no quiere decir que los demás también, o seamos ciegos.

—Tú no lo entiendes. —Otra vez esa mirada—. No va a terminar bien...

—¿Ah, no? ¿Y eso cómo lo sabes? ¿Has consultado la bola de cristal de buena mañana?

—He empezado por el final con ella. Por eso, es mejor que tenga las manos y todo lo demás lejos de ella. Además, casi no nos conocemos. Tiene que ser la novedad. O yo qué cojones sé.

—Pues asegúrate de que recuerde la parte bonita del final el día que decidas empezar por el principio. Porque, si te molestas tanto en alejarla y separar tus manos de ella, después de tanto tiempo sin mirar otra cosa que no fuera tu ombligo, una parte de ti ha reconocido muy a tu pesar que no es como las demás. Sé un hombre y juégatela, joder. No busques defectos en ti ni te atribuyas traumas para comprometerte con algo que, aunque lo niegues, es real para ti. No te escondas en el trabajo ni en una culpa que en realidad no sientes.

—No te ofendas, pero creo que no me conoces tan bien como creíamos.

—Te equivocas, el que no se conoce eres tú —rebatíó—. No eres como te has metido con calzador en esa cabeza tuya y, en caso de serlo un poco, todos somos egoístas y gilipollas alguna vez. Y no por eso somos malas personas.

Se levantó, con tanta rabia que casi tiró la silla. En menos de cinco minutos, me hizo un croquis bastante detallado de lo que quería decirme con su «deja de ser un poco tú». Me llamó muchas cosas entre líneas, resaltando un «cobarde» en mayúsculas. La imité y me incorporé, siguiendo su camino con los ojos. Lo que fuese, con tal de poder quedarme pinchado para no hacer nada.

—Menudo cretino estoy hecho...

Ella volvió a clavar sus ojos en mí cuando apareció en la barra por la puerta de la cocina, y me sentí tan amenazado que mis pies no tuvieron otra alternativa que salir pitando para no tentarla más. Fuera, tendría que enfrentarme a la realidad que se escondía en aquellas palabras. Tendría que jugar limpio o retirarme, y no tenía ni idea de cómo cojones se hacía ninguna de las dos.

—Hasta el infinito y más allá —gritó a lo lejos y me guiñó un ojo, sin relajar la expresión seria.

13. La isla de Mull

La imagen de Oban se desdibujaba desde la cubierta del ferry que, cuarenta minutos después, nos dejaría al sur de la isla de Mull, en Craignure. Por supuesto, y siguiendo su habitual rutina previsor, Joel había reservado los billetes por internet para evitar que tuviéramos que esperar en caso de que estuviese lleno.

—Aquella silueta que ves allí —señaló hacia la costa a la que íbamos— es el castillo de Duart. Fue construido para el clan de los McLean. Si te apetece, cuando volvamos esta tarde a Craignure, puedes hacerte una foto con él. Sean Connery y Catherine Zeta Jones rodaron una peli muy conocida ahí; *La Trampa* —dijo, orgulloso de estar en posesión del mismo conocimiento que Google.

Especializada en Arqueología Medieval, también conocía datos sobre él. Y, como todavía estábamos más cómodos con los silencios, circunstancia que a su vez a mí me descolocaba un poquito porque no era de las que sabía estarse calladita cuando correspondía, lo dejaba disfrutar de sus explicaciones. Así, sumaba un castillo más a mi álbum y me ahorraba tener que parecer sosegada cuando mi mente se obligaba a poner obstáculos a todas las ideas e idioteces que se agolpaban por salir de mi boca.

Era mi primera vez en un ferry, y había tanto dónde mirar que no quise perderme nada. Así que, en cuanto dejamos el coche abajo y subimos a la cubierta, tomé asiento cerca de la barandilla, con los pies colgando por la borda. Pensé que cierto rubio gruñón y con tendencia a rebatir toda acción que no se le hubiese ocurrido a él antes, me iba a obligar a levantarme, después de una reprimenda exagerada. Para nada. Se sentó a mi izquierda. Además, lo bastante cerca como para que me enroscara en su costado y él presionara mi rodilla. Serían las náuseas que esperé tener, o la expectación que me creaba saber que ni toda la precisión con la que me imaginara los lugares que iba a conocer evitaría que a cada paso me sorprendiera y

maravillara con tanta mezcla de paisajes, cultura e historia, que eso me tranquilizó y sobrellevé mejor el traqueteo de la travesía.

—Oh. Dios. Mío —grité, sorprendida—. ¡No me lo puedo creer! ¡No estoy loca!

—Eso es discutible —le aticé en el estómago y se carcajeó.

—Las vi desde la ventana de tu habitación y no terminé de creérmelo.

—Sí, son focas. Es posible que también veamos delfines y miniballenas y, además del centenar de gaviotas que sobrevuela nuestras cabezas, también hay águilas por esta zona.

Recogí las piernas de la borda y me levanté de un brinco; él me imitó con más calma. Dejé caer mi peso sobre la barandilla de metal y me concentré en la mar y en el cielo, por turnos, convencida de que vería algún animal marino o ave más. Él colocó sus manos a cada lado de las mías y me erguí, tensa, sabiendo que lo tenía detrás. A unos inapreciables centímetros y, aun así, percibí el calor que emanaba de su cuerpo, y cómo el mío se esforzaba por absorberlo. Me giré sobre mí misma y quedé de frente a él. Joel bajó la barbilla, mientras sus ojos estudiaban mis facciones. Me sentí intimidada por el revuelo de luces y sombras que se arremolinaban en sus ojos. Vi deseo, y me lo transmitió en forma de descarga. Carraspeé e imploré a mi cerebro que encontrara alguna cosa inteligente que decir para salir ilesa de aquella espiral de atracción contenida.

—¿Por qué te gusta tanto arrinconarme? —dije, enrollando y soltando el mismo mechón de pelo de forma compulsiva.

—Porque eres muy escurridiza... —La cadencia rasposa de su voz me intimidó más.

De pronto, flexionó las rodillas y acercó la nariz a mi cuello. Hay que ser de paguita para encoger los hombros y escurrirse.

—Es ese maldito olor a melocotón de tu perfume... Me está llamando desde el primer día y tú no haces nada para que me aleje de él —dijo, en tono de súplica.

Cerré los ojos y recobré la compostura con lentitud.

—Mango.

—¿Qué?

—No es melocotón, es mango.

Y el premio para la mejor respuesta es para...

Se irguió, descolocado y serio, a la vez que sus retinas dibujaban la curva de mis labios. Diez centímetros más abajo, sobreviviendo al ritmo de unos

latidos frenéticos sin marearme, mis labios anhelaban saciarse del sabor desconocido de los suyos.

—Y esa es Lismore y, como deducirás, su faro —dijo, y me giré. Y no sé si me sentí aliviada o maldecida, pero mis costillas aflojaron la presión que ejercían sobre los pulmones y volví a respirar con normalidad. Si es que era normal que los labios me palpitaran por el exceso de avidez no liberada—. Me encantan. Cuando vivía con mis padres, tenía un corcho inmenso lleno de postales y no sé cuántas láminas enmarcadas y colgadas —explicó, con la mirada perdida—. Siempre me ha parecido una metáfora bonita; estar perdido y tener una luz que te ayude a encontrar el camino en medio de la oscuridad; que nos lleve a casa o a un lugar seguro en el instante que más lo necesitamos.

—¿Y por qué dejaste de hacerlo? ¿No tienes casa y, en su defecto, tampoco paredes para colgarlos?

Nos miramos de reojo, mientras él esbozaba media sonrisa a la par que volvía a estrechar centímetros y la lana de su suéter rozaba mi espalda.

—Ahora llevo uno siempre conmigo. Como tú con tus relojes. Aquí. — Me clavó un dedo en las costillas.

Pegué un respingo e, inmediatamente después, me rodeó la tripa con un brazo y me acercó a él.

—¿Puedo abrazarte?

—Ya lo estás haciendo —tartamudeé.

Hacía un frío de narices, y el sol no brillaba con todo su esplendor. No me importó, porque el calor del abrazo me engullía de la brisa exterior, menos en la cara. El olor del mar, el suyo y el mío conjurados en un cóctel adictivo y sedante que mi olfato buscaría no solo cuando llegáramos al puerto y tuviéramos que separarnos, también cuando mi cuerpo echara de menos a Joel. Porque no tuve dudas de que sucedería. Observé nuestro reflejo en el mar, encajábamos en la distancia. Su olor me reconfortó unos momentos, sonreí y dediqué unos segundos a calmar el cosquilleo tonto que nacía de nuevo en el estómago, hasta que su nariz me rozó de nuevo el cuello. Cerré los ojos, me relajé y me recosté en su pecho. Él aceptó la invitación y, sin premura, paseó sus labios desde la clavícula hasta la mandíbula y, exaltado por varios gemidos traidores de mi boca, dio un mordisco y se retiró.

—Eres tan sexy... y sabes tan bien... —Resopló—. Joder, ¿por qué me lo pones tan difícil?

Sacó fuera su frustración golpeando a dos manos la barandilla, y yo

intenté moverme para separarme de aquel angustioso éxtasis sin culminar, pero mis articulaciones no tenían intención de colaborar. Mi lengua menos, y, a juzgar por los sollozos desesperados que escaparon de ella, mi garganta tampoco. Tenía que echar fuera esa revolución que no paraba de crecer en mí, a la vez que las dudas sobre si debía o no dejarme llevar por el mismo deseo encriptado de besarlo que él también gritaba y reprimía.

Me atreví a hacer un recuento apresurado, que perdí al poco de comenzar, sobre los meses que hacía que algo tan sensual como calmar la necesidad de un beso no me asaltaba. Con Miguel todos nuestros acercamientos eran contados y automatizados. Hacía tanto que en mi interior no se creaba una expectación como la de aquel día que casi había olvidado lo que se sentía: vacío. Un vacío salvaje, rugiendo por llenarse y rebosar. Entonces, me di la vuelta y me puse de puntillas, coloqué una mano en su pecho y con la punta de los dedos de la otra recorrí su perfil. Él me miraba hambriento y desesperado. Sus ojos reflejaban estar en medio de la misma lucha que batallaban mis sentidos. Retiré la mano del pecho y acuné su cara, él se inclinó con los ojos muy abiertos, me rozó la nariz con la suya y, finalmente, juntó sus labios con los míos. Primero fue seco y distante, queriendo calmar de la forma más superficial posible el dolor de la espera, pero, cuando no fue suficiente, nuestras lenguas chocaron, la saliva se mezcló y nuestras bocas se abrieron y cerraron para adaptarse a la del otro. Mordiendo, succionando y tomando hasta colmar el vacío.

Salvada o fastidiada por la campana, el hechizo se rompió cuando llegamos a Craignure. El revuelo de los demás pasajeros nos sacó de la burbuja y nos separamos. Yo, que no estaba preparada para leer entre líneas, deshice en sentido inverso los pasos que anduvimos desde el coche a la cubierta, en silencio y deprisa.

—Cleo... —me llamó a unos metros de distancia—, espera. Eh, preciosa, por el otro lado.

La orientación tampoco es lo mío. Cambié de dirección sin volverme. Avergonzada por mi impulso y con el subidón de hormonas desperdigándose por todo mi cuerpo.

Cuando llegamos al coche que Judith, como buena samaritana, nos había prestado, subimos, nos pusimos los cinturones sin mirarnos y partimos hacia la capital de la isla, Tobermory.

Los primeros minutos del camino fueron de dos personas cohibidas; no fueron tensos ni tampoco fluidos. Joel se revolvió en el asiento y sacó un *pen*

drive de uno de los bolsillos traseros del pantalón y lo conectó. *Come And Get It*, de John Newman, empezó a sonar, y no pude evitar reírme, y él contagiarse de mis carcajadas. Sentí lo mismo que cuando descubres uno de los secretos mejores guardados de alguien y, para mí, cotillear entre la música de un persona era muy íntimo.

—Valiente par de mamarrachos estamos hechos —dije.

—La música siempre sabe qué mensaje tiene que dar, sí... —Balanceó la cabeza varias veces y me miró de reojo—. No querías que lo hiciera, ¿verdad?

—¿Que me besaras? ¿Corresponderte? ¿Quién ha empezado? —Solté una carcajada histérica. No sabía ni lo que decía, el filtro entre el cerebro y lengua se había ido de vacaciones—. Aunque no lo creas, a veces pienso lo que hago.

—Ah, ¿sí? Y yo que empezaba a acostumbrarme a tus idas de tiesto.

Lo ignoré para evitar darle más coba y bromeamos hasta llegar a Tobermory. ¡Qué bonito era tener quince años otra vez! Allí, fuimos directos a comprar un café y, vaso en mano, paseamos entre sus casas de colores y sus barquitas de pesca junto al puerto. Por nada del mundo me quería ir de la isla sin ver un delfín, y a punto estuve de caerme varias veces tras tropezar por ir concentrada en el mar. Pasamos de largo por delante de la destilería, y tentada estuve a entrar y comprar más de una botella de whisky y aliñar el café de ambos, a ver si así nos comportábamos como personas de nuestra edad, porque no paramos de tontear como dos críos, diciéndonos chorradas hasta que llegamos a la calle principal y las pintorescas tiendas, hoteles y casas volvieron a retomar nuestra atención. Era un lugar con tanto encanto, y teníamos tan poco tiempo, que tuvimos que elegir dónde iríamos y dónde no con pena.

—¿Te apetece ir al Centro Marino? —preguntó, a lo que, evidentemente, respondí con el entusiasmo de una niña el día de Reyes.

Pasamos un par de horas en él viendo varias exhibiciones sobre la vida marina de la ciudad y, desde allí, sin parar de hacerle fotos a todo, hicimos una rapidísima visita al museo, compramos algo para hacer un picnic a la hora del almuerzo y emprendimos rumbo a Calgary Bay.

—¿Se puede saber por qué se ríe, señorita?

Turistas, de Miss Caffaina, sustituía a *Californication*, de los Red Hot Chili Peppers, cuando hizo la pregunta. La angosta carretera provocó que nos tomáramos el camino con calma y, como él no era muy hablador si no lo

pinchaban, decidí seguir sacando conclusiones a través de su música.

—Te analizo a través de tu música.

—¿Y hay un veredicto?

—Pues... el cambio de *Californication* a *Turistas* me ha desbaratado todos los esquemas. Pero desde Green Day tengo ganas de preguntarte por tu camello.

—Creo que es familia del tuyo. Puedes preguntarle para salir de dudas. — Rodé los ojos y me concentré en la ventanilla—. ¿Qué?

—Nada.

—He aprendido que el silencio forzado contigo no es bueno.

—Sigo sin entender por qué sigues conmigo en esto. Está claro que, pese a que esa sortija pertenece a tu familia, los motivos que te trajeron hasta aquí no tienen que ver con ella.

—Tal vez no tuviera una razón concreta. O, quizá, estuviese equivocado con la que tenía y haya encontrado la de verdad.

El resto del trayecto lo hicimos en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos. Me esforcé por no mirarlo mucho, o por lo menos que él no se diera cuenta de cuándo lo hacía yo de reojo y, casualmente, retiró los ojos de la carretera y los clavó en mí unas décimas de segundo cada vez que lo hice yo, para luego sonreír. Como la carretera era interior, no pude quejarme de paisajes y de poder sacar alguna foto digna de convertirse en postal por el camino. Más de una incluía alguna oveja o vaca peluda. Había muchas, era cuestión de probabilidad que se colara alguna.

Un rato después y casi a la hora del almuerzo, estaba abrochándome el abrigo hasta las orejas, con los pies en la playa de Calgary Bay. Hacía frío, para no variar, ya sabes. Y una de mis características corporales es que mis pies pueden partirse de un momento a otro, por mucho calcetín que les ponga y con indiferencia de la estación en la que estemos. Así que, cuando vi el agua teñida por diferentes tonos azulados y el blanco de la arena, no pude resistirme a la insinuación de sentir si era tan fina como se adivinaba a simple vista, aun a riesgo de quedarme petrificada por congelación.

—No sé cómo no has pillado una pulmonía ya —me dijo, cuando dejé los calcetines dentro de las zapatillas y anduve un poco hasta la orilla.

—Calla, abuelo, esto es lo mejor para fortalecer las defensas y para la tensión.

Paladeé visualmente, con los brazos en jarras, el par de colinas que delimitaban la bahía en uno de sus extremos, introduciendo los dedos en la

arena mojada de la orilla. De no haber hecho tanto frío, si alguien me hubiese tapado los ojos hasta llegar allí, habría creído que estaba perdida por algún lugar remoto del Caribe. Entretanto, él se había encargado de sacar un manta y la cesta que llevaba los ingredientes para los sándwiches del picnic, observando mis reacciones y soportando mis comentarios de *hype* por estar allí.

—¿Cómo es tu trabajo, Joel? ¿Cómo es estar de un lado a otro haciendo lo que te gusta?

Sonrió con cierto aire irónico y se mordió el labio, retrasando el momento de contestarme, mientras yo le daba el último bocado a mi segundo sándwich triple. Que no le gustaba hablar de él no era un misterio; sin embargo, con su habilidad para hacerme sentir desnuda siempre que intentaba arrancarle un poquito de él, después de contarme lo del faro, no vi mejor momento que ese para que continuara haciéndolo.

—No lo sé, preciosa. Para mí estar en movimiento era lo normal, y hasta hace un año no me imaginaba otra forma de vida que no fuera esa. Sabía que lo de tener una casa, una familia y la estabilidad que proporciona todo eso llegaría con los años, solo que lo veía demasiado lejano todavía. Hasta que los planes de boda se chafaron y, ¡*plaf!*, me di cuenta de que, tal vez, era eso lo que necesitaba; tomarme con más calma algunas cosas y empezar a dar más protagonismo a otras.

—¿Y eso es lo que quieres ahora, esa clase de estabilidad? ¿No echas de menos lo otro?

—Pues sí, a veces muchísimo. Como también echo de menos otras cosas que no he hecho en todos estos años. Por lo que sí, supongo que un equilibrio de todo.

—Entonces, ¿por qué empezaste a odiar tu trabajo?

—La luz de aquellos días se apagó un poco. Y, ahora, no sé si podría seguir ese ritmo. ¡La edad tampoco perdona...! En estos meses, he aprendido algo tan sencillo como saber cuándo relajarme. Pruébalo y ya me contarás.

—Sé relajarme.

—Ya... —se contuvo de añadir algo más sobre mi afirmación—. Y tú, ¿cómo es que lo dejaste todo y volviste a tu casa?

—Pues... no fue algo premeditado. Fue un poco el resultado de muchos meses, sepultada por deseos no cumplidos y conformismo. Mi madre suele decirme que mi ilusión por todo lo que me rodea es similar a vivir en un eterno cumpleaños. —Se limpió, enrolló la servilleta y la guardó dentro de la

cesta—. Me gustan los globos, los de colores chillones, su tacto... A veces creo que mis decisiones se basan en soplar y soplar uno, sin mirar si ya tiene aire suficiente o no y, cuando menos me lo espero, explota y solo queda el plástico...

—También te quedaste sin faro...

—Podría decirse que sí. —Me tumbé y clavé la mirada en las formas de las nubes—. Me gustaba la historia, vivir las mías y situarme en otras épocas, descubriendo de primera mano cómo vivían esas personas. Trabajé muy duro para tener algo más que conocimientos teóricos cuando estuviese licenciada. Entonces, pasaron los años, los trabajos de mierda, y en medio convivía con la idea de que tal vez, aunque apareciera la oportunidad, no podría hacerlo. Que poco a poco estaba olvidando lo que tantos años me había costado aprender o que no era así, pero lo único que mantenía la poca ilusión que me quedaba era mi cabezonería.

—¿En plan... «es esto lo que he elegido y ahora me aguanto»?

—Más o menos. —Dudé si seguir hablando o no. Él me sonrió y me rozó el dedo meñique con el suyo, y yo deseé tener una grapadora a mano para verlo así de forma permanente—. Miguel y yo nos pasábamos los meses viajando, yo era la que no tenía un trabajo seguro. Terminé siendo la plastilina de la relación; la que se amoldaba a todo. Entonces, fui un poco valiente y me di unos zarandeos, porque era más fácil pensar que no podría a reconocer que había malgastado años con algo que no me apasionaba tanto como creía. «No todo lo que creemos que nos hará felices conseguirá que lo seamos» —parafraseé las palabras de mi padre—. Así que el globo explotó, empecé a dudar de mi vocación y a ser consciente de que él ni siquiera prestaba un poco de atención para darse cuenta de lo infeliz que era y... seguí la luz del faro que me llevó a casa otra vez.

—¿Hablabas de eso con tu hermano?

—A grandes rasgos, sí. —Él se tumbó y estiró un brazo, que coló por debajo de mi cuello, para acercarme a su costado, donde apoyé la cabeza—. Aunque tiene un corazón gigante, las maneras de decir las cosas lo pierden. No es que sea un insensible, más bien es su punto de vista único. Cree que su opinión es la acertada siempre y, por muchas evidencias que le muestres, no va a cambiar su razonamiento ni perspectiva en algo... Desde que volví a casa está convencido de que ahora hago todo lo contrario, que voy por el mundo jugando a ensayo y error hasta que dé con lo mío.

—Cree que para ti estar en casa otra vez en solo un juego...

—Exacto.

—No soy quien para dar consejos pero, como zorro escaldado, me habría gustado que alguien me dijera algo parecido hace años: puedes ser quien tú quieras porque, además, solo tú sabes quién eres y quién quieres ser. No tienes por qué mostrarle al mundo exactamente lo que quiere ver. Es agotador. Equivócate cuanto necesites, da igual que nadie crea en ti. Con que lo hagas tú sobra. El mundo es para los valientes, ¿no quieres tu pedacito en él?

—¿Eso es lo que buscas tú?

—Puede, *peero* ya nos hemos entretenido bastante con la cháchara. En otro momento, abordaremos mi capítulo. Ahora recojamos y pongámonos en camino, que no es poco lo que nos queda por ver hoy. Y eso que he dividido las actividades entre hoy y mañana.

Me dio rabia terminar con la misma cara de circunstancias que siempre por haber sido un libro abierto con Joel, y él un folio en blanco conmigo. No lo presioné. Acepté su contacto cuando enlazaba sus dedos con los míos y el calor de algún abrazo espontáneo.

No hubo más besos, no de esos que te desordenan las sensaciones, aunque llegué a la conclusión que su silencio formaba parte de su manera de ser y que aquellos acercamientos y muestras de cariño no eran otra cosa que su forma de darme respuesta a todo lo que le preguntaba.

La tarde continuó tan agitada como la mañana, no recordaba haber estado tan cansada nunca, cuando por fin pude desnudarme, ducharme y tirarme en la cama.

De Calgary Bay fuimos hacia el sur de Dervaig, en Allt an Eas Fors. Lo que vimos fue lo que más me impresionó de todo cuanto habíamos visto aquel día. Me sentí un guisante en aquella inmensa sopa de agua que formaba la sucesión de cataratas.

—¿Cuántos metros crees que hay?

Calculó a ojo, concentrado en la distancia entre el salto y la playa.

—Unos veinticinco o treinta...

—Tengo entendido que impactar en el agua desde una distancia de veinticinco metros es igual que darte una leche contra hormigón. Si supieras que no vas a romperte el cuello, ¿te lanzarías?

—Ni aunque me dieran un millón de euros. Le tengo demasiado apego a la vida. Llámame loco por muchas cosas, pero no por atentar conscientemente contra ella. Cuantos más años cumplo, más conciencia de

peligro tengo y eso se traduce a ser un poco miedoso con según qué cosas, incluso las que hacía con veinte años.

Tras unos kilómetros de caminata más, que Joel se empeñó en que anduviéramos para ver todas las cataratas de la zona, aquel pedazo de Mull fue el último que vimos aquel día. Estábamos cansados y muertos de hambre. De modo que, unas horas después, con el anochecer sobre nuestras cabezas, corrimos para volver a Craignure, subimos al ferry y no quedarnos con las ganas de poder comer marisco en uno de los cocederos cercanos al puerto más famosos de Oban. Por poco no nos quedamos con el antojo de ostras y minicigalas, pues por la hora no había casi nadie y el cierre estaba a nada. Así, pedimos y tragamos sin masticar, como pavos, de pie. Ni siquiera nos molestamos en sentarnos, habiendo sitio de sobra para hacerlo.

La lluvia nos echó a perder el siguiente día. En lugar de coche, optamos por la moto y repetimos la rutina del día anterior: ferry a Craignure y paseo con calma por las carreteras hasta Salen, y desde allí tomamos dirección a Fionnphort, enclave para coger el otro ferry a la isla de Iona

Por el camino, paramos a ver distintos lagos, y las siluetas de nuevas islas como Gomera, Treshnish y Ulva e, incluso el Ben More, el punto más alto de la isla de Mull. Joel sugirió una ruta de senderismo por allí, pero yo no estuve muy por la labor y ni lo intentamos. Por su parte, las ovejas seguían pastando, como dueñas y señoras, por la arena blanca, pese a estar nublado.

En el mismo Fionnphort, las nubes se volvieron más grises y el viento helado rugía con el doble de fuerza que cuando habíamos salido por la mañana. Razón de sobra para desistir de ir a la Abadía de la isla de Iona y empaparnos del origen del cristianismo en Escocia. Joel parecía un villano con aquel flequillo enredado al viento. Si no lo hubiese visto darse el relamido de la vaca con espuma para rizos *rebeldes* —no lo tiene muy fino pero ni de coña rizado—, te prometería que el único peine que habían visto sus mechones aquel día fueron sus deditos.

—Espera —le pedí de vuelta en Craignure—. Quiero una foto junto al castillo.

Cogió mi cámara y me immortalizó junto al castillo de Duart, como le pedí, y nos dimos prisa en tomar el ferry de vuelta. No habíamos adelantado la hora de los billetes, pero, al viajar en moto, no tuvimos problemas.

Ya no discutíamos. No como antes, aunque actuábamos más relajados y con naturalidad. Obviamos que el apasionado beso tuviese algo que ver con aquello. Sin embargo, ninguno reprimió un contacto, abrazo u roce

intencionado o no con el otro. Estábamos más cómodos que nunca. Increíble pero cierto.

Una vez en Oban y asida a su cintura, surcamos el mar de gotas que se abría a nuestro paso para llegar al hostel. Suerte que estábamos cerca del puerto y que él se mostró precavido y bastante atento conmigo, todo sea dicho. Cada pocos segundos tocaba mi rodilla izquierda, como forma de averiguar si iba bien. Aun así, iba acojonada. Sin reprimirme, enterraba las uñas en su abdomen, con la profundidad que me permitía su ropa.

Llegamos y entramos por una puerta de garaje. Joel me bajó, cogiéndome por la cintura con un brazo. Estaba tan mojada que el peso de la ropa y el frío que habían absorbido mis huesos me impedían moverme con la soltura justa para no caerme al hacerlo. Me tendió su mano y subimos entre una borrachera de risas y tropiezos los escalones que nos llevarían al piso de arriba, a la cocina para más señas.

Judith recogía el estropicio, tras la cena, según deduje por la hora que marcaba el reloj de la pared central. Joel le dio un cariñoso beso en la frente y se despidió de nosotras, justificado por la ducha caliente que estaba a punto de darse. Lo cierto es que mi cuerpo me pedía hacer lo mismo; sin embargo, aborté la acción de ducharme unos segundos, sabía que, en la tarde siguiente, tendría que poner rumbo a mi siguiente destino. El tiempo se me terminaba, y la fortuna no me había sonreído en mi primer intento.

Se suponía que la conocía de un rato y no debió importarme partir sin decirle adiós. No obstante, Cleopatra Shapir no era así. Tal vez en poco tiempo incluso olvidara mi nombre, pero se había portado muy bien conmigo y despedirme de ella era lo mínimo que podía hacer.

—Joder, estáis hechos una mierda —dijo con sequedad—. ¿Te apetece un poco de caldo?

Mis tripas se adelantaron a responder. Corrimos tanto a la hora del almuerzo para resguardarnos de la tormenta un rato y poder coger el ferry cuando escampara, cosa que no sucedió, que lo único que tenía mi estómago era el recuerdo de unas magdalenas que me tragué con prisa en el desayuno.

—Sí, por favor —me aclaré la voz—. ¿Un mal día?

—Hasta hace unos minutos, igual de liviano y aburrido que los demás.

O no le apetecía verme sentada frente a ella o, sencillamente, era de las personas que sus días malos lo pagan con el resto; fuera lo que fuese, me levanté del banquito y le dije adiós mentalmente.

—Cleo... —Paré al oírla y me giré—. Lo siento, te quedas a hacerme

compañía, aun deseando poder quitarte la piscina que llevas encima, y poco más y te muerdo. —Se sentó en el banco de al lado del que yo ocupaba poco antes—. El motivo de mi cara de acelga no eres tú. Bueno, por desgracia, indirectamente, estás incluida en el *pack*. —No entendí nada—. El garrulo que acaba de salir por esa puerta.

—Ah... esto... solo quería despedirme de ti. —Alzó las cejas en modo interrogante—. Digamos que vine a Oban buscando algo que no encontré. Mañana saldré temprano a pasear por el pueblo y luego cogeré un tren hasta Glasgow. Por lo que, posiblemente, no nos volvamos a ver.

—¿Joel te acompañará?

Me encogí de hombros con honestidad.

—Espero que no —dije.

Asintió y miró hacia la puerta de salida.

—Anda, sube y cámbiate. La sopa te sentará mejor si estás calentita y cómoda.

—Gracias. —Le di una palmadita en el brazo.

Salí yendo directa a darme esa ducha que tanto necesitaba.

14. No te despidas

Joel

Los sonidos de la calle me exaltaron y desperté bruscamente. Todavía sumido en los efectos del letargo, me levanté y la cerré para volver a la cama. Cuando me acomodé, estiré la mano en busca de Cleopatra, encontrando a mi lado nada más que un amasijo de sábanas revueltas y el rastro helado de donde hacía horas yacía su cuerpo junto al mío.

Nunca antes la antesala y posterior descarga de una tormenta me parecieron tan excitantes. Ella acudió a mi puerta inquieta y temblando. El rugido del temporal la asustaba, y no demoró un solo minuto en salir en camisón y descalza para pedirme compañía. No es necesario decir que la acogí encantado, demasiado quizá, pues en aquel instante no me paré a pensar que adivinar el tacto de su piel al apretujarse conmigo arrasaría con todos los muros que durante días había levantado.

Al colarse en la cama, pilló el mando del televisor y se entretuvo haciendo *zapping* hasta que se calmó y se decidió a hablar.

—¿No te parece raro estar así?

—¿En la misma cama, acurrucados? ¿Que no te hayas quitado el camisón antes de meterte en la cama? —Se separó un poco de mí, dedicándome una mirada áspera—. No, a este paso me voy a extrañar cuando no estés usurpando mi lado de la cama.

—No sabía que este era tu lado. —Retiró la colcha para levantarse y rodear la cama, para, una vez en mi lado, desarroparme y obligarme a moverme hasta el otro extremo—. Disfruta de él.

—¿Seguro?

—Seguro, tampoco voy a quedarme tanto. En cuanto la tormenta se vaya lejos, volveré a mi cuarto.

No se lo creyó ni ella.

—Y, allí, me quitaré el camisón.

—Mala pécora...

Me dio la espalda y se arropó hasta el cuello, mientras yo contenía el aliento y contaba; primero hasta diez y luego hasta cien. Y, cuando mi piel se negó en redondo a seguir soportando la separación, la arrastré a la lujuria por primera vez. Mi mano se lanzó libremente a recorrer las líneas de su pequeño cuerpo, siguiendo la precisión de mis recuerdos. Al sentir el roce de mi aliento en su cuello, se encogió, apretó los párpados y sonrió sin decir nada. Involuntariamente, arqueó la espalda y friccionó su trasero con mi entrepierna, que parecía querer traspasar la poca tela que lo cubría, y me hizo olvidar el escaso control que todavía creí albergar.

Mis dedos jugaron alrededor de su ombligo por encima de la seda del camisón, hasta que recordé que odiaba que se lo tocaran y aceleré el descenso por su abdomen incitándola a que respondiera a mis provocaciones.

—Joel... para —suplicó con voz melosa.

—Deja que te toque, pequeña. —Mi voz cada vez era más rota y desesperada—. Por favor...

Dejó escapar un leve y decadente gemido que interpreté como un «adelante». Colé un dedo debajo de uno de los tirantes, pero, antes de bajarlo, rodeó mi muñeca y me frenó.

Me quedé quieto unos segundos, confundido. No terminaba de entender cuál era el problema. Ya nos habíamos visto casi desnudos y, dentro de lo inusual de la situación, actuamos con demasiada naturalidad, al menos yo, que era el que más había enseñado de los dos.

—¿Crees que te llamo preciosa por algún motivo oculto? —Esperé a que me respondiera y, al no hacerlo, proseguí—. Creo que lo eres, mi cuerpo sabe que lo eres. Solo somos tú y yo. Nos hemos visto de casi todas las formas posibles, lo único distinto ahora es que vamos a pasar a otro nivel. Y no te imaginas cuánto me ha costado dejar de buscar excusas para evitarlo, aunque igual me he pasado de la raya...

No se movió, ni hubo indicios de que quisiera salir de la cama para irse a la suya, cosa que preví lógica, según su reacción anterior.

—No es lo mismo... Estar en ropa interior es como estar con ropa de baño.

—Sigues pensando que te detesto —afirmé. Atrapé su mano y empecé a dirigirla con la mía. Sorteé el denso y suave tacto del camisón y seguí con el elástico de las braguitas. No frené hasta que sus yemas tocaron el interior de

su feminidad siguiendo las instrucciones de mi mano, que jugó entre sus pliegues y, a través de su humedad, me contó cuánto anhelaba lo mismo que yo. Giró la cabeza y apresó mi hombro entre sus dientes. Restregando su trasero por mi cadera y clavándose mi erección entre las nalgas—. No hay otro sitio en el que desee estar ahora mismo. ¿Tú?

Hundí su dedo corazón en su interior, penetrándola rítmicamente con él, a la vez que trazaba círculos en su clítoris, presionando con mi pulgar. Las embestidas eran limpias y seguidas, pues mis dedos resbalaban envueltos por la humedad de la zona. Añadí un segundo dedo y un tercero. Y, cuando creí que me iba a correr solo tocándola, se giró sobre sí misma y se sentó sobre mí. Se adelantó y pegó la oreja a mi oído, mordió mi lóbulo y...

—Yo tampoco... —murmuró entre jadeos—. Dios, esto se nos ha ido de las manos...

Sacó con ansias mi palpitante miembro y, sin disimular su impaciencia, se penetró con él. Sin delicadeza ni quejas. Su interior tiraba tras recibirme, pero rápidamente me hizo hueco dentro. Se equivocó en algo: el tonto empezó a descontrolarse desde que nos besamos y se nos fue del todo en el mismo instante en el que ella apareció frente a mi puerta.

Rodeé su muñeca y succioné los dedos, que colaboraron con su dulce tortura, antes de colocarlas una al lado de la otra en mi torso. Sin preámbulos, la sujeté por las caderas, instándola a moverse rítmicamente, a la vez que empujaba desde abajo. Ella subía y bajaba, mordiéndose el labio e intercalando caricias entre su pelo y mi pecho.

El sudor caía por mi frente conforme aceleraba los movimientos; iba a estallar de un momento a otro. Reconozco haber sido un poco egoísta no preguntándole si estaba lista para dejarse ir, pero no pude; estallé, llenándola de mí e impregnándome de ella. Gemimos al unísono antes de que se dejara caer sobre mí y la rodeara con mis brazos. Joder, estaba en el puto paraíso y no le había hecho ni una décima parte de todo lo que habría deseado.

Durante unos minutos, permanecemos en silencio. Cleo se humedecía los labios cada poco, concentrada en cómo mi revolucionado corazón iba ralentizándose, hasta que sonrío cohibida

—Tiene pinta de que he aprobado raspado... —bromeé.

—Te han salvado los preliminares, me temo. —Puso la mano en mi pecho y se incorporó—. Te vas a reír, pero... creía que no iba a ser capaz de hacer esto otra vez. Que me daría demasiada vergüenza desnudarme y... me está resultando más complicado explicarme que haberlo hecho.

—Así que me has usado de conejillo de indias... —dije, para que se relajara. La empujé y volví a dejarla de espaldas—. ¿Puedo darte otros mil besos?

Arrugó la frente con un mohín serio.

—¿Por qué siempre que vas a tocarme me pides permiso? Ya estás encima de mí.

—Siempre te pido menos de lo que me apetece darte o hacerte.

Le besé la nariz y rodé a mi lado.

—Cuando estaba con Ainhoa, no valoraba lo que era compartir esto solo con ella —confesé—. Olvidé las ganas con las que compartes por primera vez algo nuevo con otra persona. Quizá algo que ya estaba ahí y solo ves cuando te atreves a mirar. Quizá, demasiado tarde... Se me da bien prestar atención a lo importante, pero casi nunca llego a tiempo, ¿sabes? Y echar de menos se me da mucho peor, suelo hacerlo cuando ya no puedo volver.

—A todos se nos da fatal algo. Yo debería ir al oculista. —Me hizo gracia, pocas veces no lo hacía—. Alguien me dijo hace poco que debería bajar el ritmo o seguiré perdiéndome cosas importantes.

—¿Y te ha servido el consejo?

—Pues... no lo sé. —Se aprisionó el labio inferior con los dientes y suspiró—. Creo que me asusté y ahora voy más deprisa aún.

Dejamos de ser un par de adolescente crecitos que se manoseaban y se cansaron del aquí te pillo, para terminar un poco muertos. Por partes, nuestro comportamiento era ridículo; en su conjunto era adictivo. Tanto que no tendría suficiente con esa primera vez, necesitaría más.

—¿La echas de menos?

—A veces me pregunto cómo habría sido si hubiese sembrado más a mí alrededor. Las cosas mal hechas durante años terminan por dejar de importar. Y es una pena, porque al final ni siquiera recuerdas lo bonitas que son las primeras veces de algo. Y te vas a reír —dije, imitando su tono—, pero creí que no tendría muchas más primeras veces...

Su expresión cambió, llevábamos un rato tonteando y aún no se había dado cuenta de que estaba hablando de ella y del efecto que causaba en mí.

—¿Y qué primera vez has tenido hoy? —Se burlaba de mí.

—Más de lo que buscaba y, por suerte, no todo lo que esperaba encontrar. La excusa perfecta para volver a intentarlo. ¿Y tú?

—Pues, además de lo evidente... acabo de fijarme en el tatuaje del faro y en el del antebrazo.

—¡No te creo!

—Ya ves, cuando hemos estado en paños menores he estado más preocupada de reaccionar que de otra cosa... —Paseó un dedo por el tatuaje que me cubría parte del pectoral izquierdo, del hombro y del bíceps—. ¿Significa algo para ti?

—Este no. —Torció la cabeza para mirármelo—. Me gustó mezclar las formas maoríes con las celtas. Si volviese atrás, quizá no me lo habría hecho tan grande y vistoso.

—¿Y el del antebrazo? ¿Qué es? Déjame ver.

Estiré el brazo y ella lo agarró para verlo mejor. Es una brújula con sombreado en acuarelas, atravesado por una flecha en el centro, con varios rombos sin rellenar como punta. En la mitad izquierda, se ve parte de la estrella del Norte, atravesada por otra flecha desde la derecha, cuyo final se delimita en la aguja que marca el Este. La otra, es la mitad de la esfera de un reloj, desde las dos a las seis de la tarde en números romanos.

—Significa que voy en la dirección correcta, siguiendo mis sueños.

—Jolines... —Lo recorrió con las yemas—. Ya me gustaría a mí tener una pista de los míos.

Atrapé el brazo con el que me estaba acariciando el mío y miré el que tenía ella. Dos chicas de espaldas, sentadas en un balancín suspendido en el aire por dos cuerdas.

—Somos Bárbara y yo —explicó—. Siempre ha cuidado de mí. Sobre todo ahora, de mayores. Qué paciencia tiene la pobre... Volví a casa con muchas ganas, aunque sin pajolera idea de nada. Se pasa el día enseñándome las composiciones de piedras preciosas, cuáles se pueden teñir... Mil cosas, y mil más que me quedan por aprender.

—Querer aprender es la primera parte de ir por el buen camino.

—Menos mal que, pese a haber estudiado Historia, no soy de letras del todo. Si no, no sé qué iba a ser de mí.

Sobrellevamos nuestra borrachera de éxtasis abrazados en silencio. Y, cuando el sueño se hizo con ella, la coloqué con cuidado en la misma posición en la que se encontraba antes, pasé un brazo por debajo de su cuello, rodeé su cintura hasta que encajamos y la dejé descansar. Disfrutando de la inocencia que le otorgaba el sueño y besando cada rincón de su cara.

En cambio, al despertar, nada quedaba de eso. Solo el recuerdo, junto con un cóctel de nuestros olores mezclados, con el de sudor y sexo. La busqué en el baño y en su habitación, y terminé como un pato dando vueltas sin saber

dónde miraba o qué había revisado ya. Y, hastiado, comprendí por la ausencia de su maleta que no estaba, se había ido. Sin despedirse, sin dejar indicaciones de su destino.

Tuve el impulso de gritar o patear algo, y a duras penas me contuve y me conformé con insultarme en alto y con unos cuantos «y si...».

Escaleras abajo, me abotoné la camisa y, dentro del salón, me agencí una taza de café de la bandeja de Judith al pasar por su lado, y me senté en una de las mesitas que quedaba libre. Apoyé el talón izquierdo sobre la rodilla derecha y crucé los brazos delante del abdomen, intentando parecer distraído e inaccesible al movimiento descontrolado de las pupilas de mi excuñada.

De pronto, incluso el tic tac del reloj me ardía, el sonido era insufrible, me taladraba los tímpanos. Quise aislar vastamente cuanto estímulo se topaba con mis sentidos, pero los mínimos intentos en que lo conseguí, mi mirada se cruzaba con el bizqueo a posta de Judith. Sin verla abrir la boca, escuché el murmullo de alguna de sus típicas charlas al acercarse a mí y sentarse en la silla de enfrente, tras abandonar la bandeja con ruidosas formas sobre la mesa.

—Por lo que veo, además de no tener intención de buscarla, tampoco vas a molestarte en preguntarme por ella, ¿no? —Desvié la mirada y repiqué con los dedos en la mesa, a modo de invitación para que me dejara solo. Y ni con mi palpable hostilidad, conseguí ahuyentarla.

«Para una vez que se me pegan las sábanas», me recliné.

—Eres insufrible —insistió con su perorata—. ¡Pedazo de idiota, prefieres quedarte ahí, herido en tu autocompasión, pensando que lo has intentado y que se ha ido!

—¿Has terminado?

—Lo que daría yo por que alguien me mirara como lo hacéis vosotros en tan poco tiempo. —Suspiró.

Judith fue otra más de la llamada «generación perdida» que cogió una mochila y salió del país, con el único plan de mejorar el idioma, conocer mundo y rellenar el currículum. Empezó de *au pair* en un pueblo a veinte minutos de Londres y continuó mareando la perdiz para no volver a casa hasta que se topó con el hostel. Al principio, iba a trabajar de recepcionista, algo que bien adornado le serviría como experiencia de aquello en lo que se graduó: Turismo. Con el tiempo, terminó siendo multiusos en él y, aunque cobraba el sueldo de uno, hacía lo propio de tres. Pero Judith no era de las que se quejaba, lamentaba ni rendía. En ciertos aspectos era muy parecida a

Cleopatra. Y, cuando mi cerebro hizo la asociación, una buena patada en las pelotas me trajo de vuelta.

—Contéstame a algo: ¿por qué sigues aquí? ¿Te compensa estar sola a tantos kilómetros para esto? ¿No echas en falta nada?

—Cuando te enamoras de algo o alguien, cualquier precio a pagar es mínimo con tal de no renunciar a él. Yo quedé totalmente hechizada de este país. —Sonrió—. Y me gusta saber que puedo cuidarme sola.

—¿Y no te sientes sola?

—Ya empiezas a hacerlo —me recriminó—. Como no puedes explicarte qué pasa ahí dentro —miró mi cabeza y descendió al pecho—, recurras al reflejo de los demás para entenderlo. De momento, estoy feliz aquí y, por si te lo preguntas, que tú no veas más allá de quién soy por mi trabajo, no quiere decir que no tenga amigas, romances, *hobbies*... No solo soy la chica con malas pulgas del delantal, Joel. Ni tú el que adiestra perros. Ni ahora ni hace tres años... Madurar es saber ver, entre otras cosas, eso.

—Sabes que sé quién eres. —Le apreté la rodilla—. Es solo que... no sé si estoy preparado para...

—Para quitarle importancia a tu trabajo y dársela a otras cosas —terminó—. Lo sé, lo sé. Cariño, plantearse que hay más cosas importantes es el principio... Si nos sintiéramos satisfechos con una, la vida sería muy aburrida, triste y predecible. Para ti era muy práctico y sencillo ser feliz solo con una, y ahora que tienes otra que no esperabas, estás aterrado. Deja de pensar que no saldrá bien porque vas a cagarla. Ni siquiera lo has intentado, coño. Y mejor oportunidad que esta no vas a tener; la tienes en la puerta. Ha ido a dar una vuelta al pueblo antes de irse: sola. Me dijo muy poco convencida que esperaba que tú no fueras con ella a donde quiera que vaya. Te lo dejo caer, como dato.

—No puedo despedirme, joder —confesé en susurros.

—Pues no lo hagas.

Me dejó solo y, a medio camino, me guiñó el ojo y susurró un «saldrá bien».

—Hola —saludó.

—¿Te apetece dar un paseo?

—Tengo mis cosas en la cocina. Debería salir pronto para el aeropuerto.

—Supongo que esta sí que es nuestra despedida —dije, clavando mis ojos en los suyos.

—Sí...

—No tienes por qué ir sola, ya lo sabes. —Ella desvió la mirada. Resoplé al verla tan tensa e incómoda.

—¿Qué quieres, Joel?

—Cumplir mi promesa. No has cumplido tu objetivo, y di mi palabra de que te ayudaría a cumplirlo. —Usé el comodín de siempre.

—Te resbala mi objetivo.

Chasquéé la lengua contra el paladar.

—¿Resbala? Tú no tienes la boca tan sucia, se te están pegando mis malas mañas. —Permanecí callado un rato, ordenando mis pensamientos antes de continuar—. Esto... he estado pensando en lo de anoche, en estos días y casi no he pegado ojo...

Alzó sus ojos a los míos y los abrió todo lo que sus párpados le permitieron.

—Déjame acompañarte, por favor.

—No sabes cuánto te odio ahora mismo —dijo, con tanta ternura que sonreí—. No lo hagas más difícil de lo que ya es. Tú has dejado bastante claro que te da igual, pero a mí no. Tengo que encontrar la sortija, sin distracciones... Tal vez podamos coincidir en Madrid, tomar algo juntos...

Mentirosa, la voz le temblaba. Pretendía huir delante de mis narices. Estiré la mano y tuve el impulso de pellizcarle los mofletes, aunque al final dejé que mis dedos resbalaran desde su hombro a su muñeca y se la balanceé, tratando de que me mirara.

—Sabes de sobra que no se me da bien esto. —Suspiré—. Aun así, tengo que intentarlo. Siempre he creído que no necesitaba a nadie, además de mí. Hace un año, me di cuenta de que me equivocaba, pero no hacía nada por dejar de pensar solo en mí. Nunca he hecho nada por nadie. Entonces, apareces tú de la nada, colándote gota a gota hasta rebosar mi conciencia y mis sentidos... Y soy el primero que sabe que, seguramente, pasar tantas horas solos haya provocado que todo se magnifique. Sin embargo, no quiero despedirme aquí —confesé muy bajito y con miedo—. Me gustas, y no hablo de que quiera echar otro polvo contigo, joder. Cuando te tengo cerca, me gusta estar en mis zapatos —confesé con voz temblorosa—. Me he acostumbrado a ser quien soy cuando estás tú, y prefiero ser este. Sé que es una locura, que es poco tiempo, que suena egoísta. Déjame acompañarte, conocerte, aprender a ser este... Eso solo puedo hacerlo si estás cerca. Regálame lo que dure la aventura, solo eso...

—Yo... no sé... Además, lo de anoche... yo no soy así. No hago esas

cosas.

—¿Cuáles? ¿Hacer lo que te apetece porque eres adulta y espontánea, por mucho que quieras controlar tus impulsos?

Soltó aire con pesadez.

—¿Qué esperas que te diga?

—¡Que sí!

—Vale. —Sonreí, sin moverme del sitio ni tocarla—. Se supone que somos adultos, que sabremos comportarnos... Espero no tener que arrepentirme de esto —murmuró—. Tienes diez minutos para hacer tu maleta.

—Ya está hecha. —Alzó una ceja con escepticismo—. En realidad, no la había deshecho todavía.

Y, sin saber de dónde me salieron las palabras o el valor, sorteé el temporal.

15. No por correr llegarás más rápido

Cuando el desastre volvió a hacer acto de presencia, llevábamos en Ginebra poco más de dos horas. Da igual que os lo cuente con pelos y señales, que enumere y especifique cada músculo que moví o paralizó mi cara, las palabras exactas que grité acordándome de Bárbara y su futura descendencia, que, ni aun así, os haríais una imagen completamente nítida de mi cara, cuerpo y psique literalmente ardiendo en deseos de estrangularla.

Intentar huir de Escocia sola, infructuosamente, y darme cuenta de que estaba más cerca de convertirme en Willy Fogg que en una mujer de veinti... tantos, aplazando ataques de ansiedad cada vez que era consciente de que se me acababa el tiempo buscando algo que no quería aparecer... estaba terminando con mis nervios.

Unos diez días. En los que me barruntaba que tendría que pasearme por unos cuantos aeropuertos más, antes de volver a casa para ahorcarme, envenenarme o mandar un anónimo fingiendo mi propia muerte. Eso, si mi padre no me encontraba antes y lo de fingir no quedaba en un eufemismo. Porque todavía no lo sabía. Y repito, todavía.

De verdad que no exagero ni un poquito si os digo que en mi familia desayunamos payasos o heredamos algún gen dominante para estar empanado, porque si empezara a contaros, en serio, *Cien años de soledad* os resultaría un relato corto con la cantidad de barbaridades que empezaría a soltar. Para no enervarme más, me limitaré al día previamente citado.

Para empezar, me respondió César, desde mi despacho y por segunda vez en la misma semana. Que no se oyeran sirenas de fondo era ya destacable de por sí. Ellos no hablaban, no sabían hacerlo. Y no me refiero a compartir silencios incómodos en los que no sabes cómo actuar, no. Ojalá estuviesen mucho rato calladitos. Me refiero a que un simple y cordial intercambio de frases hechas entre dos personas de su edad, para ellos, no tenía nada de eso.

Aun así, preferí dejar al margen mis ramalazos de maruja cotilla para otro

momento...

—¿¿Pero tú te crees que puedes estar desaparecida dos días porque sí?? Si llegas a tardar uno más, juro por Dios que voy yo mismo a buscarte —respondió César, con voz de haberse fumado media cajetilla de puros. Su salida de tono refutaba mi teoría. Hablaba cada día con Bárbara, pero, por supuesto, él no lo sabía—. Espero que, al menos, sea para dar buenas noticias.

La simpatía era algo que, a determinadas horas, no era muy trabajada por los Shapir, yo incluida, menos cuando había confianza.

—¿Te importaría poner el manos libres, para que mi amiga/asistente/niñera en la empresa pueda oír la pregunta que tengo que lanzar? Más que nada, porque me da a mí que entre los dos no hacéis uno y no está el horno para muchos dulces.

—Vale. —Tomé aire y lo solté despacio—. Venga, caramelito para el que me diga la respuesta correcta: ¿qué diferencia existe entre Suiza y Suecia? —Puse especial énfasis al pronunciar ambos países.

Se mirarían con cara de circunstancias y se apremiarían para que fuera el otro quien me contestara. Mi hermano querría matar también a Bárbara y luego...

—¡Oh, Dios! Dime que no he hecho lo que... —empezó a decir ella, a lo lejos.

—Sí, lo has hecho; tú y tu repentina dislexia. —Pateé una papelera—. Explícame por qué estoy en uno, cuando debería estar en el otro. Me has reservado billete para un destino, cuando la dirección corresponde a otro país. ¡Bárbara, deja la petaca, por favor!

Hice aspavientos con todo el cuerpo mientras les gritaba por el altavoz; todo el que caminaba en mi dirección cambiaba de sentido con disimulo, no digo más. Me alegré de que el porcentaje de los presentes que entendiera mi verborrea fuera nulo porque, de lo contrario, en media hora más de conversación, habría estado en un hospital, o con antipsicóticos por un brote esquizofrénico o por un infarto. Joel, sentado cerca de las maletas, me observaba mudo. No supe si por vergüenza ajena o porque le estaba dando miedo, ya que me faltaban pocas papeletas para convertirme en una psicótica que acababa de escaparse de algún libro de Stephen King.

Sabía que, en parte, la culpa también era mía por, una vez más en mi existencia, no prestar atención a los pequeños detalles. ¡Por favor, solo tenía que revisar los datos antes de coger ese avión! Aquellos garabatos tenían de

francés lo mismo que yo de sensatez y serenidad. Me importaba un carajo, y, si también era mía, la compartía con ellos. No sabéis lo que libera estar convencida de que eres un desastre porque no haces nada a derechas y que alguna vez, aunque sean pocas, tu perfecto hermano y amiga metan la pata igual que tú.

—Vale, respira y tranquilízate —me pidió Bárbara en tono meloso—. Suerte que estás en una ciudad que conoces, porque estás en Ginebra, ¿verdad? Joder, es que tú letra a veces...

—Claro la culpa es de mi letra, porque no tienes los registros de venta en el ordenador. Sí, ese trasto cuadrado con muchos botones y lucecitas... que ¡¡*juiss*!!

—Lo apunté todo en post its, debí de mezclarlos y... Voy a sacarte un billete.

—No, déjalo, es inútil. ¿Me oyes? ¡¡Inútil!! No podré irme de aquí hasta mañana como pronto. Un día perdido... Aunque pudiera irme ahora, llegaría a Estocolmo a las tantas. ¿¡Por qué no haré las cosas por mí misma!?

—Te dije que mandarás a alguien o que dejaras que alguien te acompañara —me recriminó mi hermano—. Espera, espera, espera. —Esperé—. ¿Dónde está el guaperas Jurado?

Silencio. Grillos. Lo miré, él hizo lo mismo y el color acudió a mi cara. En una película de sobremesa de los domingos, aquella escena tenía medalla de oro para ser la primera cita de los protagonistas. Revolví la cabeza, en un espasmo nervioso. Lo último en lo que debería estar pensando era en Joel y yo... y nuestro coqueteo cifrado. Solo lo entendíamos nosotros y por partes. A veces uno, luego el otro. Dudaba de que ambos lo hiciéramos al mismo tiempo. O era yo la que iba con retraso. No hablábamos el mismo idioma, y mucho me temía que nunca había sido muy fina de oído para ellos. Así que, o lo forzaba a hablarme en el mío, o seguiríamos igual de perdidos el uno con el otro.

—Está aquí, a mí lado. Pero él no tiene nada que ver en que seáis tan inútiles o tan graciosos —me defendí—. Si hasta yo he adivinado en cuanto he visto la dirección que eso no es francés.

—Me alegra que el dinero invertido en las escuelas de idiomas haya servido para algo; tarde, aunque útil, al parecer —ironizó César.

«*Corniveleto* presuntuoso».

—No soy yo la que se saca una ciudad y una dirección de la manga y las une como si nada, por no saber leer.

—Ya estoy viendo lo bien que lo haces, sí, señor. Con dos ovarios, la tía se sube a un avión sin mirar adónde narices va... ¡Por leer tan bien estás dónde estás, alelada!

Hasta ahí llegó mi paciencia, y la de Joel. Me quitó el teléfono y lo colgó, sin dejarme oír lo que vendría después.

—Ya está bien —advirtió—. Es suficiente.

Se lo agradecí, ya tenía las venas del cuello lo suficientemente dilatadas como para que su densidad me asfixiara, y eso era exactamente lo que podría ocurrir si seguía escuchando el soniquete suspicaz de la voz de mi hermano mayor al reñirme. Me enfurruñe, les dediqué todos los improperios que se me ocurrieron, en voz alta y para mí misma —a los dos—. Y me senté sobre la primera superficie que tenía detrás, sin más.

¿A qué? A no pensar en nada. A reírme como una posesa y a empezar de nuevo. ¿Qué? Pues no tenía ni idea. Llevaba una temporada sintiendo anhelo por dejar de ser como un témpano por fuera y un contenedor de lava por dentro. Deseaba que ese calor interno no fuera rabia conmigo misma, o con el universo por hacerme tan indecisa, deseaba que todas esas chispas alrededor de mí, en lugar de acribillarme, me acariciaran. Dejar de sentir la ansiedad de encajar en muchas facciones y no dominar ninguna, de ser una divergente. Deseaba, simplemente, ser feliz en mi piel. Miré a Joel, y me atreví a reconocer que, con él cerca, lo era, pero ese algo desconocido y apresurado que teníamos me acojonaba. Mucho. Mi reacción no fue otra cosa que el colmo de todo lo que cargaba de casa y todo lo que no entendía de esos días. Y el peso no me dejaba ni ver claro ni disfrutar de la sensación tan indescriptible que me rebosaba por los poros.

—Arriba. Vamos —me ordenó.

—¿Adónde?

—A dar un paseo para que te tranquilices, mientras buscamos un hotel.

—Lo siento. Se me ha ido un poco de las manos, sí...

—¿*Un poco*? —Su sarcasmo me avergonzó—. ¿Qué acaba de pasar, Cleopatra? Y quiero la verdad. No ha sido ni medio normal, ni siquiera para ti. ¡Por Dios, solo te ha faltado escupir algo asqueroso! ¿Esto es porque has perdido un día o porque tienes que pasarlo conmigo?

Subí y bajé los hombros, esbozando una sonrisa bastante falsa, lo suficientemente convincente como para que me dejara zafarme de las preguntas y nos pusiéramos en marcha.

Casi una hora después, un taxi nos dejaba cerca del Parque de la Grange, uno de mis favoritos de la ciudad. Por si no lo habíais intuido, mi familia paterna es natural de Suiza y, aunque no residieran en Ginebra, agradecí que no fuese mi primera visita y contar con la ventaja de poder moverme sin necesidad de que mi cerebro le marcara órdenes a mis pies para desenvolverme con total soltura. Quizá por eso, Bárbara me reservó el billete a esa ciudad y la mezcló con la dirección de otra. Si teníamos en cuenta que un gran porcentaje de las ventas tenían lugar allí, así como el nacimiento de la empresa, no era disparatado pensar que el rubí pudiera estar en Ginebra.

Entramos en el parque por el primer acceso que vimos y, en cuanto puse los pies en aquella maravilla paisajística, mi musculatura se fue destensando y no pude evitar dar gracias de que casi fuera primavera, aun con todo el frío que había pasado en Escocia. Cada rincón de aquella enorme rosalada expulsaba paz y aire puro. Creo que fue la primera vez que estuve en él cuando decidí que las rosas eran mi flor favorita.

Más de doscientas variedades distintas recubren la mayoría de las más de diez mil hectáreas que conforman el parque. Camuflados entre tanto color y tanta alegría para los sentidos, es imposible no enamorarse de aquel lugar. Fue sencillo dejarnos llevar por la mezcla de sosiego y bullicio de los transeúntes con los que nos cruzábamos, mientras yo apretaba con fuerza la mano que Joel me asió y no me soltó desde que salimos del aeropuerto. En todo ese tiempo, no intercambiamos más de cuatro palabras, ni falta que hizo. El silencio acertaba la distancia entre nosotros, y tan solo los fugaces contactos de nuestros ojos nos guiaron y aportaron la calma que necesitábamos. Yo, por haber sido un contenedor de pólvora a punto de estallar a la mínima, y él por evitar que una chispa me alcanzara.

Cuando la puesta de sol nos sugirió que nos fuéramos a descansar, nos pusimos en marcha hacia el hotel. Por primera vez, era yo quien llevaba la batuta de direcciones, y eso ayudó a que la serenidad se pusiera cómoda en mi interior.

—Te gusta llevarme por aquí sin darme una pista, ¿eh, preciosa?

Sonreí, con los morros arrugados y varios pestañeos coquetos, para dejar claro que sí; estaba encantada.

—El hotel al que vamos se llama N’v Y —expliqué—. De todos en los que he estado aquí, es mi favorito, por algo que te va a encantar: sus vistas al

lago Lemán. Es un poco caro, pero nada que una tarjeta de empresa no se pueda permitir.

—Si llego a saber que nos vamos a pasear tanto por Europa, habría traído una cámara. Igual diciendo que es un nuevo proyecto, habría conseguido nuevos clientes.

—No creas que ser la hija de un emperador en joyería y relojería se nota en mi cartera. Mi padre es de los que inculca que, para tener algo, hay que ganárselo. Y entenderás que no le haría gracia saber que su hija mediana está paseándose por Europa a su costa.

—No me digas que estás costeando todos los billetes, hoteles y demás de tu bolsillo. —Asentí—. ¿Para no dejar pistas?

—Del mío poco, ya te he dicho que tengo menos fondo que una lata de conservas —bromeé—. Me aprovecho de que César es más paranoico que tacaño, con lo de que mi padre se entere. Así que me estoy encargando de agujerear su durísimo colchón de ahorros. Y, después de lo de hoy, he usado la tarjeta de crédito de la empresa adrede. Si mi padre se da cuenta de mis «vacaciones», como todo el mundo las llama, será César quien suelte la gallina, además de comerse un pedazo de bronca y lidiar con otra úlcera.

—Y... si no quieres que se entere, ¿por qué las dejas ahora?

—Porque estoy lejos y mi hermano es todo lengua, pero por dentro es muy blandito. Nunca me delataría. Para empezar, porque él también está en el ajo. Que se fastidie o me anule como cotitular de su cuenta bancaria o las tarjetas que compartimos.

Sacudió la cabeza, riéndose, y yo saqué la cartera para facilitarle mis datos a la recepcionista y registrarnos a la mayor brevedad posible. ¿He dicho ya que soy un poco vaga para los deportes? Sí, habrás echado mano a los recuerdos y me recriminarás que no hice deporte en lo que llevaba de aventura; pues te equivocas, oye, ¿y las caminatas de un sitio a otro?

Mis pies iban a mutar de sapo a los del Actor Secundario Bob. En serio, la falta de costumbre es muy mala. Tenía agujetas en los dedos de los pies. Necesitaba ducharme, cambiarme y tirarme en la cama, pero...

—Una.

—¿Una qué? —pregunté, cuando salí de mi mundo.

—Que vamos a dormir juntos —afirmó, confiado. No sé ni qué cara puse; una muy poco convincente—. Hemos dormido varias veces juntos, nos hemos visto desnudos, nos...

Debí de ponerme tan roja que se interrumpió.

—¿Qué dices?

—Como su majestad desee —espeté, cogí mi equipaje y partí hacia los ascensores muy digna y sin pararme a pensar lo que estábamos haciendo.

No había entrado cuando su pierna se coló entre las dos puertas a medio camino de cerrarse. Me miró, con una ceja alzada y cierto cachondeo en su expresión, y se centró en el número de piso que íbamos dejando atrás.

—Si tu padre es tan serio, tu hermano también, y Bárbara no es tu hermana ni tu prima... ¿A quién te pareces?

Lo miré de reojo, extrañada por la pregunta, y me recosté en el lateral más próximo a los botones.

—A mi madre.

—¿Ahora es cuando paras el ascensor y me susurras obscenidades al oído? —Cada vez estaba más cerca.

—Sí... mientras me arranco la falda y a ti los botones de la camisa.

—No llevo camisa ni tú falda.

—Exacto.

—No estoy de broma. —El color de sus ojos se fusionó con el de sus retinas hasta crear un mar opaco—. ¿De qué tienes tanto miedo, Cleopatra?

Fue el primer silencio incómodo que compartíamos. Salimos del ascensor y entramos en la habitación.

Joel observó callado a través de los mechones rebeldes desgreñados de su pelo cómo colocaba mis cosas en los cajones, y algunas, fruto de las secuelas de mi nerviosismo previo, no quedaban bien en ninguno y probaron varios hasta que él se acercó, dejó mis manos libres y se colocó el flequillo en su posición natural. Pobre, se había pasado las manos tantas veces por él, mientras esperaba que el ataque de histeria transitorio del aeropuerto se me pasara, que era imposible que no tuviera nudos o que la raya del pelo se le hubiese cambiado de lado.

Me giró hacia él, bajó la cabeza y, cogiéndome desprevenida —a medias—, me besó. Lo hizo con ganas; primero serio, luego relajado. Con ansias me dejé llevar por él. Nuestras bocas encontraron una excusa para que nuestras lenguas se enredaran en busca del sabor del otro y se fusionara, a la vez que dio un tirón de la cinturilla de mi pantalón y me pegó totalmente a él, sobándome a dos manos las nalgas.

Y te prometo que no sé en qué momento me llevó a la cama, me tumbó boca arriba y se coló entre mis piernas, para recorrerme la cara y la clavícula a besos, impregnando mi piel con su aliento. La noche anterior me resistí

poco, pero aquella no tenía fuerzas para contrarrestar lo que había dentro de mí, que no paraba de crecer y necesitaba explotar. Paró para entretenerse en desabrocharme los botones de la blusa, después de deshacerse de mi suéter y cubrir la totalidad de mis pechos con sus manos, con la mirada puesta en el recorrido de sus pulgares por la escasa piel que no estaba tapada por el encaje del sujetador.

—Te juro que no sé cómo he conseguido estar alejado de ti tanto tiempo —me ronroneó al oído, aumentando la presión en mis senos.

Saqué los brazos de la blusa, mientras él hacía descender los tirantes de sujetador a mordiscos. El roce de su nariz, la humedad de los besos y la caricia de su incipiente barba me empujaron a arquear la espalda y ofrecerme entera a él, que se separó un poco, y, con rapidez, se sacó el suéter y la camiseta por la cabeza de una vez.

Me aproximé con lentitud, y él esbozó una sonrisa sin desviar la mirada de mis ojos. Entretanto, me instó a subirme a horcajadas sobre él, asiéndome por la muñeca —mordisco sensual en su labio inferior incluido—.

Sin dejar de mirarnos ni parar de sonreír como dos bobos, balanceé las caderas restregándome a conciencia contra el bulto que se endurecía en su entrepierna, y me excité aún más. Él me recolocó en sus caderas, mientras yo memorizaba a través del tacto las líneas de su mentón, cuello y clavícula, para terminar impregnándolo de besos lentos desde la parte trasera de la oreja hasta la barbilla.

Su nuez se movía, en un tragar continuo y seco de saliva que parecía no querer humedecerle la boca. De vez en cuando, notaba su mirada juguetona en mí, atravesándome con su deseo, pero no teníamos prisa. No supe cuántas multas a la cordura iba a tener que pagar después, pero en ese momento olvidé todo lo que no fuésemos él y yo.

Lo empujé contra la cama, Joel rio sonoramente, alzando la cabeza curiosa a mis toqueteos y, con la risa oculta entre mis labios presionados, fui bajando tal como lo había hecho antes en su rostro, deslizándome a través de su torso mediante contenidos bocados, sin parar de rozar mi carne desnuda por la suya, hasta llegar a la zona baja de su ombligo.

Intuyendo mi siguiente acción, se incorporó, apoyándose en el cabecero de la cama, movimiento que aproveché para deshacerme de las dos únicas prendas que me apartaban de su sexo.

Me senté en los talones y me colé entre sus piernas, agarré con fuerza su miembro y lo introduje en mi boca. Succioné despacio, impregnándome boca

y manos con el salado de las primeras gotas de su excitación.

Aumenté la velocidad de mis labios, ejerciendo presión en su glande y jugueteé con la punta de la lengua en los lugares más recónditos de su sexo, al mismo tiempo que subía y bajaba con la ayuda de mi mano. Mostré un poco los dientes y, cuando apenas lo rocé con ellos, se retiró con rapidez.

Me miró, sorprendido y asustado. No se fiaba de mí. No añadí nada, pero no escondí la expresión de sorna de mi cara.

—Jolines, Joel, pareces tonto. Ni que fuera la primera vez que una chica te...

—¿Me *qué*?

—Encima con guasa, ¿no?

—Eres peligrosa, preciosa, y tienes los dientes afilados.

Ronroneé como una gatita, y volví a rozar su pene con los dientes, se encogió y paré nuevamente para reírme.

Bizqueó y pidió permiso para hundirse en mi boca. Percibí cómo se relajaba y dejaba envolver por los espasmos de sus terminaciones nerviosas cercanas al orgasmo, continué clavando mis dientes lenta y pausadamente sin dejar de mover ni ejercer presión con la mano en su miembro.

—Joder... me estás matando. Mírame mientras lo haces —gimió con la voz rota.

Clavó las uñas en mi hombro y me mesó el pelo, para luego introducir más hondo su erección. Me vino una arcada y me separé. El rio, y yo le pellizqué el muslo, fingiendo estar enfadada. Cuando quise continuar, retrocedió y bajó de la cama.

—Necesito una tregua, pequeña —susurró, acercándose para besarme—. A tu ritmo, no voy a poder recrearme en ti —mordió mi mandíbula antes de susurrar— y no quiero perderme nada, necesito memorizar cada rincón.

Me besó la nariz y me regó de besos hasta llegar al mentón y continuó hasta el hueco entre mi hombro y el cuello con mordiscos. Apreté los ojos para no distraerme con nada que no tuviera que ver con el subidón del momento.

Al llegar a la cintura, se deshizo de mi pantalón y se recreó en el escrutinio de mis piernas, las cuales sacó, una por una, sin separar el verde oscurecido de su mirada de ellas, mientras yo me agarraba con fuerza a las sábanas. El ardor que emanaba su cuerpo me quemaba, provocando la ebullición de cada gota de sudor que le caía por los hombros, de su pelo aún mojado sobre mí.

Me instó a abrir las piernas y acomodarse entre ellas. Imaginé sus intenciones y me incorporé; no tenía tiempo para preliminares, explotaría si nos entreteníamos más. Me ruboricé al sentir el frío de su nariz ascendiendo hasta llegar al interior de mis muslos. Cohibida, apreté las piernas, dejando su cabeza en medio. Joel me hizo cosquillas en la planta de los pies, y de golpe las separé.

Lo atraje hacia mí, permitiendo que ocupara mi sitio en la cama, para poder sentarme a horcajadas de espaldas sobre él. Sus manos me acariciaban los pechos y presionaba con el pulgar e índice mis pezones ya endurecidos por el contacto del aire sobre ellos al desnudarme. Se humedeció los dedos y fue bajando el recorrido de sus caricias hasta mi clítoris. Me levantó y, con mi ayuda, fue introduciendo su miembro dentro de mí despacio, dejando que mi cuerpo se amoldara a él. No fue complicado, estaba lo suficiente mojada como para empezar a balancear las caderas, y así lo hice.

Subí y bajé aumentando la velocidad, presa de cosquillas malignas que bajaban desde mi estómago hasta mis partes íntimas producidas por la presión ejercida por sus dedos en mi clítoris. Se incorporó apretando su cuerpo con el mío y, sin esperarlo, salió de dentro de mí y me tumbó bocarriba de cara a él. Me dejó vacía y descolocada.

—Sonrojada estás más guapa aún.

Me puso mis brazos sobre la cabeza y comenzó a besarme. Sin delicadeza, mordió y succionó mi lengua con violencia. Dejó mis manos y mi boca y descendió.

—Abre las piernas, preciosa.

Volvió a ascender para besarme, pero esa vez comenzó por el ombligo, bajando lentamente hasta llegar a mi sexo. Separó mis pliegues con una mano, mientras con la otra ejercía presión con un dedo. Introdujo otro en mi interior, moviéndolo grácilmente, y lo sacó. Me cogió por los tobillos y tiró de mí hasta dejarme los centímetros justos de colchón para que mis pies tuvieran donde apoyarse. Fuera de la cama y de rodillas, volvió para acabar lo que había empezado, apretándome los muslos con las manos abiertas. Con ansia, empezó a torturarme con la lengua. Clavé las uñas en sus hombros y dejé caer la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados, abandonándome a lo que él me quisiera hacer. Su lengua trazaba círculos en mi interior, haciéndome arquear la espalda ante el inminente orgasmo que explotaría en mí.

—Joder... —Gemí.

Después de sonreír con orgullo por mi comentario, continuó, embistiendo

con los dedos en mi interior, sin piedad.

—Eso es, preciosa, dámelo.

Bamboleé las caderas, mareada, casi sin oxígeno, hasta que el orgasmo explotó en mí. Me incorporé y me dejé caer sobre él, rodeándole la cabeza con los brazos y tomando aire a grandes bocanadas.

Se levantó y tiró de mí, poniendo mis brazos en su cuello para que se rodeara con ellos. Desorientada, me agarré con las piernas a sus caderas, que se movieron grácilmente para embestirme y acorralarme contra la pared. Me miró a los ojos y me besó, pero esta vez no fue con un desenfreno animal como antes. Fue con calma y cariño. Sin despegar mi boca de la suya, colocó mis brazos sobre la cabeza, sosteniendo mi peso con fuerza por las muñecas, y me penetró salvajemente hasta que sentí como la electricidad de la primera vez sobrevenía a mi cuerpo.

—No me lo puedo creer... —dije casi sin pensar.

—¿Qué? —Gimió

—Acabo de... y otra vez...

Lo oí gruñir y acelerar el envite, arqueé la espalda, permitiendo que entrara aún más profundamente, consciente de que me partiría en dos si continuaba con ese ritmo. Como pude, bajé las manos para agarrarme a sus hombros.

Un último gruñido ensordecedor y se derramó dentro de mí, al mismo tiempo que mi cuerpo se dejó ir, por segunda vez. Y como si mi último aliento me hubiera abandonado, me desplomé sobre él, dejando mi cuerpo más cercano a algo inerte. Salió de dentro de mí, agarrándome con seguridad hasta dejarme sobre la cama. Se dejó caer en su lado mirando al techo, y yo, de espaldas a él, lo secundé en el momento.

—Estamos como un ejército de regaderas —dije, tapándome la boca e interrumpida por una sonora carcajada nerviosa

Fui consciente del temblor de mis extremidades y de un dulce dolor lacerante en el interior de mis muslos.

Cuando despertara, las agujetas iban a ser sublimes.

—Joel...

Se apoyó en el codo de costado y me sonrió, acercándose para besarme.

—Confirmando que estás preciosa enrojecida —dijo y volvió a besarme—. Ni se te ocurra decir nada que insinúe que lo que acaba de pasar no está bien.

Acercó su cuerpo al mío, y atrajo mi espalda a su pecho para abrazarme. Me estrujó fuerte y sentidamente contra él y luego me dejó mi espacio. Poco

después, se dejó llevar por el cansancio y, simplemente, se abandonó al mundo de los sueños. A mí me costó más, porque la vocecita de alarma que se instaló en mi mente no paró de repetirme que aquello no era real. Y no tuve otra opción que darle la razón y esforzarme por convencerme de ello si quería pegar ojo.

16. Mientras tanto en Madrid

A mil cuatrocientos kilómetros de Ginebra, César y Bárbara continuaban absortos en los últimos detalles que había que concretar para que la fiesta del aniversario de la firma estuviese lista para la fecha estimada.

Pasaban las diez de la noche y llevaban tantas horas juntos que mi hermano ni siquiera se molestaba en disimular su embelesamiento en Bárbara.

En silencio, disfrutaba del placer que le otorgaba su visión de ella jugueteando con uno de sus lápices cuquis, y que, al aburrirse, usaba indistintamente para sujetarse la melena en un moño o morderlo, repitiendo en bucle el intercambio del objeto desde sus labios al pelo durante la mayor parte de la tarde.

Bárbara, por su parte, golpeaba el teclado del ordenador sin intuir lo expuesta que estaba a la imaginación de César, quien, a lo sumo, fingía mirar la hora en el reloj de su muñeca, al mínimo aspaviento de ella en su dirección. Y, lejos cansarlo o molestarlo aquella compulsión, se daba palmaditas y sonreía al terminar de contar y acertar los segundos en los que ella cambiaría el objeto de una zona a otra.

La seguía con la mirada, callado, y esforzándose a conciencia en olvidar cuando empezó ese deseo irrefrenable que los llevaba a comportarse como dos moléculas que, al juntarse, desencadenaban una especie de sinergia incontrolable que los obligaba a dejar constancia verbal de cuánto – presuntamente– aborrecían al otro. Aun así, estaba convencido de que ella estaría tan harta y cansada como él de no ser capaz de llegar a la tregua en esa guerra que parecía haber empezado en otra vida. Dando otro rumbo a sus pensamientos, enfocó su atención en las decenas de envoltorios de chokolatinas que recubrían la mayor parte de la mesa del despacho, manchando y pringando su madera o pegados en algunos documentos esparcidos por esta. No obstante, hacía rato que había dejado de preocuparse

por los pegotes de chocolate que tintaban el escritorio para centrarse en uno que irrumpía en el labio de Bárbara.

Se abofeteó mentalmente y, a duras penas, frenó las ganas que tenía de quitárselo, con el pretexto de poder pasar un dedo por su mullido labio superior, sin salir herido en el intento. Y, aunque retuvo la idea más tiempo del que debía, la desechó. No quería enturbiar aquel momento de tranquilidad. No, cuando sabía que tendría que pasar un siglo para que ambos volvieran a estar en el mismo metro cuadrado sin haber sufrido una broma pesada a manos del otro, como excusa para estar cerca o tener una conversación. Si es que lo que ellos hacían podía catalogarse como tal. Les costaba un mundo hablar, sin más. Sabían comunicarse, pero no de forma coherente ni correcta. No se esforzaban por hacerlo, y estar enfrentados continuamente, al menos, les otorgaba la opción de intentarlo, por muy mal que terminara siempre.

—¿Por qué tuvo que terminar así? —susurró César, convencido de que solo había sido uno de los pensamientos recurrentes que pasaban por su cabeza.

Bárbara alzó la vista y fingió no haberlo oído con claridad.

—¿Qué?

—Nada, te decía que gracias. —Se aclaró la voz y ensayó una de sus impecables disculpas—. Te agradezco que no le dijeras a mi hermana que el error en el billete fue cosa mía.

—Los espumarajos los iba a echar igual, fueras tú o yo —respondió, con simulada indiferencia.

Se retiró el lápiz sujeto en su pelo y revolvió la cabeza para quitarse la forma de rollito. César trago saliva e intentó sin éxito apoyar el codo en el reposabrazos del sillón. Si ella hubiera hecho ese gesto adrede, no hubiese provocado tanto efecto en mi hermano como lo hizo en aquel momento. Tragó saliva, cambió el cruce de una pierna a otra y recompuso el bulto de su entrepierna hacia su posición natural, rezando por que no fuera demasiado visible, a la vez que buscaba otro foco menos atractivo en el que fijar la vista.

—Vive en la edad del pavo, la pobre. ¡Cuándo espabilará! —añadió él.

Bárbara lo ignoró, se estiró sin levantarse del sillón y rebuscó en su bolso. Cuando encontró lo que buscaba —su petaca—, la sacó y bebió de ella sin cortarse.

—¿En serio?

—En serio, ¿qué? —respondió ella a la pregunta retórica de César. Sonrió

y se pinzó el labio, a la vez que le ofrecía beber—. Son más de las diez de la noche, «jefe». Relájate y bebe, que falta te hace.

César aceptó la invitación y pegó un trago demasiado largo para lo cargado que estaba el brebaje. Tosió, parpadeó varias veces y se lo devolvió con una sonrisa forzada.

—Buen chico. Ahora me vas a contar la verdad de ese «error». —Lo fulminó con la mirada, impaciente por que le diera una explicación.

—Pues... soy humano y, como tal... ¿cometo errores?

—Si eres humano, ni te comportas como uno ni tienes la humildad de reconocer cuando te equivocas.

Bárbara se arrepintió del modo en que pronunció aquellas palabras en cuanto salieron de su boca, aunque en el gesto de César no se percibiese que estaba ofendido, o algo parecido. Sin embargo, su insinuación encerraba cierto grado de verdad que la crispaba y la encendía. Odiaba que aquel hombre fuera tan hermético para todo y, debido a eso, se negara a reconocer errores y sentimientos que los sobrevolaban desde que eran prácticamente unos niños.

—¿Es una forma bastante sutil de llamarme hijo de puta?

—Frío, quisquilloso, presuntuoso...

—Joder, soy un dechado de virtudes. O me conoces muy poco o yo tengo mejor concepto de mí mismo que tú y el resto.

—Añadiremos narcisista a la lista, entonces.

Él sonrió a su última ocurrencia, pues, pese al temperamento explosivo de Bárbara, los ritmos vitales de esa mujer no se alteraban ni existiendo evidencias fehacientes de que los mayas hubiesen acertado con alguna de sus premoniciones sobre el fin del mundo. Pocas cosas la ponían nerviosa de verdad. Y César se vio tentado a recordar que hubo un tiempo en el que él mismo se sintió uno de los motivos que la hacía vibrar, aunque fueran unos segundos.

—Mejor la dejamos aparcada hasta otro día, porque no veo folios suficientes para satisfacer tu mala uva conmigo. —Ella rió.

—Sí... creo que ni el disco duro del PC tiene memoria suficiente... —atacó ella, de nuevo, con tono infantil, y volvió a lo suyo sin más.

César lo dejó estar y, después de un escaso momento en pausa, se levantó, le tendió una mano y añadió casi en susurros:

—Señorita Wonka. —Le guiñó un ojo cuando ella lo miró, sorprendida por el apelativo, a lo que él respondió esbozando una sonrisa juguetona y

alzando el dedo índice para que prestara atención a *Perfect Strangers*, la canción de Jonas Blue que sonaba de fondo. Tiró de su muñeca y la empujó con aspavientos hasta la entrada del despacho, el único sitio que no estaba ocupado por muebles.

—Hace años que no me llamas así.

—Los mismos que no tengo que quitarte restos de virutas de chocolate de la cara —confesó, limpiándola con ternura.

Volvió a rodearla, ejerciendo una leve presión en su cadera, en la medida justa para que no pudiera separarse de él. Ella ni siquiera lo intentó. Cerró los ojos y dio rienda suelta a sus sentidos, imaginando el camino de aquellos dedos al deslizarse por su columna.

César se separó y retrocedió unos pasos para girarla sobre sí misma.

—¿Qué haces? —preguntó descolocada.

—Sacarte a bailar —afirmó, sonriente y muy seguro de que se saldría con la suya.

Ella se despegó y, con los brazos en jarras, lo miró con el ceño fruncido, pero a él le dio igual, se movía y seguía la letra de la canción tarareando bajito.

—Son casi las once de la noche de un día de locos.

César volvió a aprisionar su muñeca entre sus dedos y la acercó a su cuerpo.

—¿Y? —La subió sobre sus zapatos y ella bailó, sin querer, a su ritmo—. Maldito sentido del ridículo...

Bizqueó al oírlo, pero aceptó su reto. Se bajó de sus pies y se descalzó para evitar tener algún traspie. Lo miró seria, y se mordió el carrillo con disimulo para que él no notara lo cómica que le parecía la situación. Entretanto, César se desabrochó los puños de la camisa y se los remangó a la altura de los codos, con el labio inferior pinzado al ver cómo ella lo provocaba, levantando los brazos para enmarcarse la cara con fugaces movimientos mientras contoneaba la cintura.

—¡Esa es mi chica!

Bárbara rio sonoramente al comentario, adelantó un poco un pie y se envolvió el cuerpo con los brazos sin llegar a tocarse, sugiriéndole lo que estaba por llegar.

Por la cara de seductor de César, quedó claro que comprendió que el baile acababa de empezar. Con socarronería, Bárbara lo llamó con el dedo índice y lo obligó a dar tres pasos siguiendo el compás de la música. Y al llegar a él,

lo frenó, colocando la palma abierta en su pecho, invitándolo a girar con ella sin tocarla

Se despegó y caminó en dirección contraria unos pasos para voltearse e ir después hacia él, que, sin que ella se lo esperara, la atrapó y la obligó girar nuevamente, a lo que ella respondió engarzando una pierna en su muslo y curvando la espalda hacía atrás. Desbordado por el embrujo que le provocaba el tacto de su piel, César se dejó llevar por sus instintos y se inclinó para poder rozar su nariz por el valle de sus pechos, por encima de la tela del suéter.

Bárbara percibió cómo una corriente familiar despertó su sexo y la humedad comenzó a dar cara.

Agitación que César advirtió y deseó aliviar. Aun así, ambos continuaron moviéndose sincronizados, como si lo hubieran hecho mil veces antes, descifrando de antemano cada movimiento para pegar frente con frente y nariz con nariz, deslizar la pierna atrás o enroscarla en el otro.

Cuando intuyeron que el final de la canción se acercaba, entrelazaron los brazos y César la abrazó por la espalda, arrojándola en su pecho hasta después de que la canción terminara.

Al girarse y enfrentarse cara a cara, ambos se sentían mareados y pesados, comiéndose con la mirada sin prisas y conteniendo el anhelo de un beso en medio de aquellas caricias.

Ella carraspeó nerviosa e hizo acopio de voluntad para separarse de él. César lo entendió y la soltó, provocando que los pies de Bárbara trastabillaran al sentir el suelo moverse bajo sus pies, y trató de disimular su vergüenza por que él hubiese podido notar sus ganas por enterrar sus manos en su pelo al acecho de sus labios.

—Creo que deberíamos irnos—consiguió tartamudear.

Él asintió con el labio inferior aprisionado entre sus dientes y se cuidó de que ella no viese cómo apretaba los puños de rabia consigo mismo. Deseaba besarla más que ninguna otra cosa en aquel momento, pero su cobardía y su miedo no le permitieron salir de un estúpido e injustificado estado de estupor para hacerlo.

—Vale, cojo mis cosas y te llevo —consiguió decir.

—No... no es necesario que te molestes.

Iba saliendo cuando lo dijo; aun así, advirtió por su silencio que, por mucho que se opusiera, iba a llevarla igual. Y eso era lo que menos le convenía a su cordura y al aleteo de mariposas encabronadas que habían

renacido en su estómago tras meses «dormidas». No quiso sentir nada, pero lo hizo. En un instante, se removieron todas aquellas emociones y sensaciones que tanto le había costado enterrar. Y se maldijo por haberle permitido entrar en su alma otra vez. Si es que llegó a salir de ella.

El trayecto fue tranquilo y sin conversación. Bárbara admiraba la noche madrileña por la ventana, sin prestar mucha atención, y César la observaba de soslayo, pensando infructuosamente en una conversación tonta que rompiera aquella incómoda tensión, aunque, antes de que ocurriera, el portal de Bárbara la esperaba a su derecha para entrar.

Antes de que bajara, él retiró la mano de la palanca y dio varios golpecitos al volante. Resopló y la miró.

—Bárbara... —Cogió su mano y la besó—. ¿Cuántos años hace que nos conocemos?

—*Mmm...* ¿Desde que hiciste trizas mi ilusión al contarme que el ratoncito Pérez no existía?

—Sí... —Hizo aspavientos con la cabeza—. No recuerdo un momento en el que no estuvieras... y, teniendo en cuenta eso, ¿cuántas veces hemos cenado juntos?

—¿Ninguna?

—Exacto, muy mal por nuestra parte.

—No sé dónde quieres ir a parar, ni a qué ha venido lo de la cena...

—Pues a que ya va siendo hora de que lo hagamos alguna vez... como amigos o como lo que sea. Estoy agotado de nuestra forma de comunicarnos, ¿tú no? No puedo seguir no teniendo una conversación como las de antes, de verdad. No quiero tener que entrar en mi casa o en mi despacho con cuidado para no caer de lleno en alguna de tus bromas. Ni tener que pensar en cómo devolvértelas. Me apetece, necesito recuperarnos.

—Tú y yo no somos amigos, César. Lo fuimos, ya no.

—Joder... —Se frotó los ojos y bajó del coche, abrió la puerta del copiloto e hincó una rodilla en la calzada ante la mirada confundida de Bárbara—. Escúchame —la instó en susurros, con la mano presionando su rodilla—, no puedo seguir así; sin que nos contemos nada importante o la cosa más estúpida que nos haya pasado de camino al trabajo o una noche cualquiera por ahí. De seguir lamentando que lo que ocurrió aquella vez tenga algo que ver con que hoy parezcamos desconocidos.

Le costó pronunciar esas palabras más que enfrentarse a la cosa más difícil con la que se hubiera cruzado en su vida antes de ese día y, por fin,

pudo tomar aire, tranquilo.

—¿Sabes qué ocurre? —Él clavó sus ojos en los de ella, aterrado—. Que yo solo recuerdo que un día te fuiste sin dejar una triste nota de despedida. Porque es la sensación que tengo desde entonces; que, de un día para otro, rompiste eso que tanto echas de menos ahora... Así que haz memoria y, quizá, solo quizá, el día que lo recuerdes consigamos ser una parte de quienes fuimos juntos. Hasta mañana, jefe.

—Hasta mañana... señorita Wonka

Rodeó el coche y subió para salir casi derrapando de allí. Por su parte, ella observó cómo César desaparecía en la lejanía y soltaba un grito de frustración que fue oído a una distancia de tres calles.

Ninguno de los dos podía creerse lo que acababa de pasar en la última hora. Por lo menos, la guerra podría convivir con la paz. Porque el primer paso para conseguirla era reflexionar sobre ella.

17. El ladrón de besos

Antes de salir, Joel me estampó un sonoro y cariñoso beso en la frente. Yo llevaba un rato fingiendo que dormía, pues era muy temprano. Me costaba entender qué problema tenía ese hombre con mantener el culo dentro de la cama más allá de las siete de la mañana. Nuestro avión no salía hasta esa tarde, así que mi cerebro no lograba empatizar con ese gusto por madrugar en balde. Además, después de la intimidad que compartimos la noche anterior, no tenía muy claro el protocolo a seguir en adelante, y lo más coherente que se me ocurrió fue esconder la cabeza entre sábanas y almohadas hasta que el porcentaje de neuronas despiertas superaran al de dormidas.

Alrededor de las nueve y media de la mañana, me aburrí de hacer la croqueta y salté de la cama. Un diminuto papel resaltaba en la mesita de noche del lado en el que había dormido Joel.

Tardé un rato en reaccionar, porque fui consciente de que, por mucho que me hubiese esforzado en esconderme, hacía años que mis sentidos no aguardaban algo tan alerta como aquel día, y hacía aún más que mi cuerpo no reaccionaba como un flan al contenido de una breve, concisa y sencilla nota.

¡Buenos días, preciosa! La aventura te espera abajo.

Despertarme y meterme prisa para que pasara de *zombie* a persona a la velocidad de *Flash* era tan propio de él que un par de carcajadas mías rompieron el silencio de la estancia.

Recordé lo que me había dicho del miedo a abandonar unas costumbres para adoptar otras nuevas. La leí varias veces más, digiriendo su significado, y empecé a sentir cómo el cosquilleo que se extendía desde el estómago al resto del cuerpo cambiaba a un hormigueo revitalizador; esa nota formaba parte de las nuestras.

Y tuve miedo de que él no estuviese abajo, terror por albergar un deseo irrefrenable de salir corriendo y no ser capaz de despegar los pies del suelo, y pánico a que darle vueltas a todo me arrebatara disfrutar de aquella alocada

aventura.

Después de vestirme, me costó unos minutos girar el picaporte para salir. Antes de decidirme, retrocedí y miré el reflejo que me devolvía el espejo. Llevaba el pelo recogido en una trenza más bien suelta y un vestido azul unos tonos más oscuros que mis ojos. Pasé el dedo índice para corregir un churrete del burdeos del pintalabios y, finalmente, cogí el bolso y bajé con parsimonia las escaleras. Estaba ansiosa por llegar y verlo, pero, al mismo tiempo, necesitaba sosegar la velocidad de mis pulsaciones.

Al llegar al piso bajo, crucé la puerta de la cafetería conteniendo el aire, como si camuflar mis constantes vitales me diera ventaja para rastrearlo visualmente antes que él a mí. Fue un empate, nos miramos a la vez.

Estaba al fondo, apoyado de costado en una esquina de la barra, perfectamente erguido. Como una tentación, como mi manzana. Sonrió y se puso en movimiento. Mis ojos adoptaron una visión en túnel en la que cualquier otro estímulo, objeto o ser dejó de existir, mientras mi mente evocaba imágenes de lo que había ocurrido entre nosotros en la torre, la noche anterior...

Cerré los ojos, temiendo que mis pupilas fueran un proyector y en cada centímetro salvado adivinara los atajos que andaba mi cuerpo para revivir cada sensación.

Mi tentación paró frente a mí y, con toda la naturalidad del mundo, sepultó la nariz en mi pelo, como solía hacer siempre que me hablaba en susurros.

—Hola. —Su aliento me acarició la mejilla y posó su frente en la mía. El hormigueo se hizo más intenso—. ¿Hay algún problema en que me apetezca besarte y no encuentre motivos para no hacerlo?

Me sentí indefensa y me amonesté por ser un cliché andante cuando estaba tan cerca de él. Mis pobres rodillas perdieron la rigidez y cerca estuvieron de rendirse a la fuerza de la gravedad, y yo de tener que justificarme por ello. Para no variar, él se adelantó, y de un tirón por la cadera me fundió con él. En aquel instante, fuimos uno.

Mientras encontraba el valor para bajar y actuar con normalidad, me obligué a convencerme de que prefería seguir buscando la sortija sola, de que, en realidad, no quería verlo. Que él estuviera allí no cambiaba nada. Que no tenía por qué ser los cimientos de un nosotros.

Y sucedió; me rendí y todo se fue al carajo. Me puse nerviosa. Por lo traidor que era mi cuerpo. Por lo bien que me sentía cerca de él. Por dejar a

un lado todas las preocupaciones que me surgían o me inventaba. Por desear ese beso más que ninguna otra cosa en aquel momento.

—Eso ha sonado un poco presuntuoso —dije, con una falsa seriedad—. ¿Y si no te dejo?

Chasqueó la lengua contra el paladar e intentó ocultar estrepitosamente mal una sonrisa, detrás de una peor fingida decepción. Seguía sin entender nada de lo que pasaba por su cabeza; sin embargo, ya no me asustaba. Por el contrario, me gustaba que me sorprendiera. No dejaba de ser una locura, pero la muralla que alzamos entre nosotros para no ver nuestro reflejo en el otro, o terminar mostrando partes que creíamos menos importantes que todo aquel juego de seducción, se volvieron invisibles. Porque estábamos jugando. Él y yo. En algún momento, empezamos a aceptar las provocaciones, a tentarnos y no esforzarnos por reprimir lo que sacábamos cuando estábamos juntos. Porque, en medio de toda esa tensión carnal, estábamos él y yo. Lo que él era incapaz de ver en sí mismo, lo que yo me perdía por ir tan rápido. Acepté que lo que menos debería preocuparme era el sexo. Había muchas otras cosas a nuestro alrededor que daban sentido a lo que no lo tenía, y eso era lo que más asustaba. No ver o poder tocar algo no te otorga la potestad de negar su existencia.

—Preciosa..., si me lo permitieras sin oponer resistencia, estarías insultando mi habilidad como ladrón de besos. —Enarqué las cejas, aguantándome la risa que me provocaba su expresión de *dandy* ofendido—. Entonces, tendría que dejar de tentarte para recomponer mi ego. Tú ganarías, y no me gusta perder. En nada.

Me apretó más contra él y, por inercia, me puse de puntillas y paseé mi nariz por su incipiente barba. Enmarcó mi cara en sus manos y, sabiendo que habría perdido cualquier apuesta antes de empezar, abrí la boca para mezclar mi lengua con la suya. Fue un beso húmedo pero caliente, delator del hambre y las ganas contenidas por encontrarnos así, después de haber estado separados unas horas que resultaron eternas.

Al despegarnos, el deseo continuaba sin desaparecer. Mis manos palpitaban impacientes por que calmara la necesidad de tocar y absorber cada línea que dibujaba su cuerpo. Porque, cuando nos tocábamos, fuera de la forma que fuera, cada palabra que no nos decíamos, o habíamos guardado demasiado tiempo, flotaban. Aun así, actué con naturalidad. Igual que si el beso no hubiese ocurrido, ni me apeteciera entregarle mi cuerpo para que me diera respuesta con cada caricia y susurro, a todo lo que no me atrevía a

preguntarle.

Me guiñó un ojo y me empujó hasta una de las mesas. Retiró uno de los dos sillones de cuero marrón y me acercó sin aspavientos cuando me senté.

—¿Qué clase de ladrón advierte de que te va a robar algo? —pregunté, continuando con su broma.

Puso los codos sobre la mesa, y entrelazó sus dedos, usándolos como almohada para apoyar la barbilla.

—Uno que sabe hacerlo bien —afirmó con sorna antes de volverse hacia el camarero para realizar el pedido.

Y, aunque no soy mujer a la que le guste que tomen decisiones por mí —ni un café—, no me opuse a ninguna de sus elecciones. Estaba tan exaltada que temí no ser capaz de articular dos palabras coherentes seguidas, si el destello de esos ojos verdes clavados en los míos no paraba de desafiarme.

Admiré la rebelde mezcla entre moderno y urbano de la decoración, en pro de centrarme en otra cosa hasta que mi flujo sanguíneo devolviera al corazón su ritmo normal de pulsaciones. El toque original lo otorgaban unos enormes grafitis con frases como «On the road», «Cross road» o el nombre del local «Tag's café», recubriendo varias paredes y creando un equilibrado contraste de luces con el marrón de los sillones, situados en cada extremo de las mesitas cuadradas de una pata central, que, además de llenar la estancia, servían de anfitrionas durante su parada tanto a huéspedes como a civiles de la ciudad. Junto con los murales firmados por Meres One, el grado de color lo otorgaban los múltiples sillones en rojos vivos que se distribuían e intercalaban de forma aparentemente irregular entre los marrones. A nuestros pies, un enorme mosaico central compuesto por miles de piedrecitas negras bien diferenciado por un borde de mármol blanco, te guiaban hasta el final, donde topabas con una barra iluminada por luces de led rojas que regaban la curiosidad hasta aproximarla a las numerosas estanterías formadas por baldas, colocadas entre las columnas de las paredes llenas de libros y botellas de vino de famosos, repartidas en cada rincón.

Abandoné mi abstracción y enfoqué la mirada en los dos expresos con leche y en las tostadas que invadían la mesa. Mi estómago empezó a bramar y la boca a babear. Desde que emprendí aquella aventura, apenas había reparado en comer. No me había pesado, pero el baile de mis carnes morenas en el vestido y los pantalones delataban el par de kilos menos con respecto al primer día. Por lo que me dispuse a devorar cada miguita del desayuno, hasta que llegué al café. Y te prometo que no escupí de puro milagro.

—¡Por Dios y por la Virgen santísima! ¿Qué porquería es esto? ¿Descafeinado?

—Algo parecido.

—¿Algo parecido? ¿Es que quieres envenenarme?

—No, lo que quiero es que tu energía esté a niveles normales. A los tuyos, al menos.

—Dame eso. —Estiré la mano hacia su taza.

—Ni de coña, Cleo, lo digo en serio. Nos queda un día muy largo y lo más probable es que nos topemos con alguna decepción. No necesitas doparte, ayer ya tuvimos exceso de energía y me asusté cuando te vi tan alterada. Creí que sufrirías un ataque de ansiedad o de pánico de un momento a otro si no te calmabas. Y doy gracias a toda deidad existente por que en todo este tiempo no se te haya ocurrido beberte una Coca-Cola. No me gustaría volver a pasar por la angustia de ayer.

Hice oídos sordos a lo de las decepciones y fingí que no me importaba su preocupación; seguí en mis treces por conseguir cafeína de verdad. Sabía que, a la hora que aterrizáramos en Estocolmo, era bastante complicado y muy descortés aparecer en casa de alguien para pedirle un favor tan atípico. Tenía suerte de que respondieran al teléfono y aceptaran amablemente permitirme inspeccionar sus joyeros.

—Solo un sorbito. Jolines, esto sabe a matarratas —pedí.

—Te lo cambio por tres besos.

Y se quedó tan pancho. «Eres bueno, chaval».

—Uno.

—Dos y es mi última oferta. No me fío de si cobraré, después de darte lo que quieres.

—Ya tengo lo que quiero —bromeé, mirando su taza con deseo real—. Y haces bien en no hacerlo. El trato está cerrado y nadie ha especificado cuándo he de hacer el pago.

—Chica lista. —Sonrió y me guiñó un ojo, aceptando su derrota.

Ordené otro café y le pedí al camarero que retirara de mi vista aquel insulto a los buenos despertares y al café, y tonteamos un rato sobre los términos del pago.

Los cubiertos dentro de los platos junto con las servilletas de ambos fueron la señal simbólica de finalización de la ingesta. Joel paseó la vista por cada rincón del Tag's café, tal como minutos antes había hecho yo, sin dar señales de si se dio cuenta o se sentía molesto por mi fijación en las líneas

que delimitaban su perfil.

Suspiró sonoramente, instándome a reaccionar, y, cuando lo hice, rio orgulloso al ser consciente de que era objeto de mis divagaciones.

—¿Qué tienen de especial esos relojes para que los trates con tanto cariño? —Atrapó mi muñeca y se acercó a examinarla de cerca—. Por su belleza no creo que sea, porque siento decirte que son bastante feos.

Al oírlo, retiré la mano bruscamente; me ofendió que se dirigiera así a algo tan especial para mí. Me aclaré la voz y empecé a meditar mi respuesta; al menos, se había tomado la molestia de preguntar antes de estropearlo con su opinión. Sin embargo, no suavizó la puñalada de coraje que sentí al oír su punto de vista al respecto.

Mientras él me forzaba a que empezara a hablar a través del poco disimulado repiqueteo de sus dedos sobre el cristal de la mesa, acaricié el reloj y sonreí recordando su historia. Suspiré emotivamente y me cuadré en el asiento antes de desviar la mirada de las pausadas manecillas del reloj para centrarme en el rostro de Joel.

—Quince de abril de dos mil uno. —Arrugó la nariz con cara de no entender nada—. Fue el día que Adriano, mi hermano pequeño, perdió su primer diente. —Cogí el bolso de mis piernas y lo coloqué en la mesa para buscar libremente en el ultramarinos de cachivaches que lo poblaban, y saqué el otro, que había decorado mi muñeca en días previos a ese—. Ocho de octubre de mil novecientos noventa y cinco; César aprendió a montar en bici. —Tomé lo que quedaba del vaso de agua que había pedido con el café y lo vacié de un sorbo—. La abuela Ivette era quien llevaba la cuenta de todos los acontecimientos importantes para nosotros.

—¿Llevaba? Pero... vuestra abuela sigue viva, ¿no? —Asentí—. ¿Entonces?

—Siempre pensó que la vida no merecía la pena si no podíamos recordar aquello que nos hacía felices. Por lo que, cuando estábamos tristes, nos contaba con detalle, según le pareciera, una historia u otra con tal de hacernos sonreír. Nos regalaba esos momentos otra vez...

—¿Y ahora lo haces tú por ella?

—Supongo. —Acaricié por turnos sus esferas—. Con su edad, la memoria falla cada vez más; a veces, ni si quiera es capaz de distinguir a César de Adriano, pero, con ayuda, ninguna de esas historias queda en el olvido. Eran suyos. Para ella, los recuerdos son uno de los tesoros más preciados que tenemos. Por eso los paro en el día y la hora.

—¿Para recordar las fechas? —Afirmé con la cabeza—. ¿Eres historiadora y se te da mal recordar fechas?

Su cara de confusión provocó que me carcajeara.

—Para que ella las recuerde —aclaré—. Viendo el reloj y la fecha, la ayudo a no olvidar lo que pasó ese día.

—Entonces tiene más memoria que yo. Joder, con tu abuela. ¿Y es muy mayor, dices? ¿Cuánto? Para estar prevenido, igual conforme cumpla años la mía se fortalece. —Guardé los relojes que saqué del bolso—. Es bonita la manera en la que la describes. Lástima que a mí no se me dé tan bien describir emociones ni sentimientos.

—Puede que todavía no hayas sentido una de esas a las que necesitas hacerles hueco en tu pecho, y eso solo se consigue gritándole al universo todo lo que te produce tenerla tan adentro.

—Puede que no con palabras, pero sí con momentos —murmuró—. Y se me acaba de ocurrir uno para regalarte que te va a encantar.

—¿Ah, sí...? ¿Tenemos tiempo?

—Cuando lleguemos, se parará —dijo, convencido—. Y, cuando las manecillas vuelvan a hacer el tic, me cobraré esos dos besos y los intereses del retraso.

Nos levantamos y salimos cogidos de la mano, sonrientes. Como dos amantes furtivos, que irónicamente no se escondían de nadie; solo de ellos mismos. Unos minutos después, llegamos a la orilla del lago Lemán y alquilamos una barquita.

—Esta mañana he salido a pasear, mientras te esperaba —apuntó—. Y he descubierto que, si remáramos unos minutos, podríamos pasar la frontera y estar en Francia. Piénsalo, tres países en nada de tiempo y sin haber hecho un crucero.

—Soy una vaga patológica para todo lo que sea moverse. Si mis cuentas no me fallan, hoy hará unos seis años desde que pisé por primera y última vez un gimnasio. En cristiano, viene siendo que no cuentas conmigo para remar, guapito.

—Ser tú ya cansa mucho. Es mejor no forzar a la máquina, sí...

—Ríete, listillo, pero ¿a que en tu paseo matutino no te has dado cuenta de algo?

—¿De qué?

—Mira hacia allí y abre los ojos. —Estiré la mano en la dirección—. Aquellos manchones son los Alpes y, si achinas los ojos un poquito, podrás

distinguir el Mont Blanc.

Y el tiempo se paró y faltaron minutos para tantos besos que quise que me diera, y... no me dio. No lo iba a tener tan fácil.

18. Un paseo por Estocolmo

Joel

Aterricé contra el frío y duro hielo, me toqueteé la zona baja de la espalda y procuré erguirme siguiendo las instrucciones que había repetido Cleopatra: antes, después y durante cada caída, disimulando el malestar en el trasero.

«Ponte de rodillas, coloca un patín sobre el hielo e incorpórate con su ayuda y la de tus manos, con cuidado».

Oído así, levantarse parecía asequible, claro que «concéntrate» y «solo necesitas un poco de equilibrio» eran otras de las perlitas que no cesaba en repetirme con espontaneidad. Incluso así, esperé a ser socorrido de tan bochornosa posición, mientras se deslizaba con despreocupada maestría a través del hielo en mi dirección, irritándome con el soniquete de su risilla guasona.

—¡¡No me haces caso, Joel!! Mantén las rodillas flexionadas y pon el tronco derecho... Eso es... Deja que tus pies resbalen por el hielo con naturalidad. Y, a ser posible, sin hacer que el mundo se cuestione si sufres o no de almorranas.

Largo rato después de empezar, todavía me hacía gracia el «solo», y opté por dejar en un segundo plano el «concéntrate». Eran demasiadas indicaciones que procesar con la correlatividad requerida para mí. No obstante, y pese a sus riñas, te prometo que intenté seguir —en la medida de lo posible— todas y cada una de sus indicaciones, incluso tras el cuarto tortazo. La estampa era digna de ser enmarcada y puesta en un espacio concurrido.

Faltaba poco para las once de la noche, con un frío de la leche en Kungsträdgården —tampoco sé pronunciarlo—. Una pista de hielo que, a la luz del día, se hizo pasar ante mis ojos como una plaza cualquiera cubierta de escarcha —algo normal con aquellas temperaturas, y eso que ya estábamos casi a finales de marzo— con su respectiva estatua en el centro y todo, y que,

alejado de mi ilusa percepción inicial, seguía un modelo muy similar al de la pista de hielo del Rockefeller Center, resultando ser un coliseo sin leones para mí. Gente por todas partes; lo mismo familias que atrevidos en solitario, música en vivo ambientando el lugar y puestos con bebidas calientes y algún que otro de víveres que degustar.

—¡Me rindo, lo dejo, dimito! —grité, acompañándolo de exagerados aspavientos con los brazos.

No respondió, más que nada porque, viendo como se le desencajaba la mandíbula, respirar se había convertido en prioridad para ella. La muy condenada disfrutaba sin tapujos de su recién estrenado estatus de profesora y yo... pues... me esforzaba por no ponerme a lloriquear o gritar cada vez que la bromita se me iba de las manos. De haber sabido que mi sugerencia de ir a conocer un poco la ciudad en cuanto nos registramos en el hotel y dejamos los bártulos iba a terminar conmigo poniendo a prueba la fortaleza y resistencia de mis huesos, me habría hecho el dormido, el muerto o comatoso, con tal de no pasar por semejante tortura. Paciencia la mía. Las cuatro canas que tengo hoy se las debo a ese día.

Masajeó mi muñeca y tiró de mí con suavidad, sin soltarme. Durante varios metros, patinó de espaldas y me guió sin un rumbo determinado. Me perdí en sus ojos y en la música de fondo que ofrecía el volumen de su risa.

Ese detalle tan innato me demostró que no le importaba que no fuera perfecto, y que no tenía que esforzarme por serlo. Pasar tanto tiempo juntos nos proporcionó la ventaja de conocer cosas del otro que, en circunstancias normales, veríamos en meses. Aunque era lógico que ni así nos hubiésemos desecho de la vanidad de querer mostrar lo mejor de nosotros. En mi caso, no tengo que jurar que empecé al revés en todo. Y eso me hacía pasarlo mal, porque sabía que nuestra película no se podía rebobinar y, en caso de poder hacerlo, al empezar desde el principio de verdad, habría partes en blanco que solo yo podía dibujar. Y haber arruinado premeditadamente, en su momento, la posibilidad de hacerlo bien me ahogaba.

Por suerte, el día estuvo tan movidito que apenas pude abstraerme para poner en orden el caos de tanta idea apilada dentro de mi cabeza. No obstante, la forma de enfrentarme a ellas era muy clara y, lejos de alentarme a no dar por perdido lo que fuese que había nacido entre nosotros cuando volviésemos, lo sepultaba a varios metros bajo tierra. Ocultar la verdad y mentir están separados por una línea muy frágil e invisible que hace que los matices se pierdan y sea igual de dañino para la persona que sufre una u otra.

—Eso es, avanza sin dejar de mirarme. Lo estás haciendo muy bien.

—¿Bromeas? Esa niña de allí —señalé con la cabeza a una cría de unos cinco años— a mi lado parece la Nadia Comaneci del patinaje sobre hielo... Admitámoslo, esto no es lo mío. —Ella arrugó la frente y yo resoplé—. Además, creo que tengo el coxis un pelín astillado.

—Exagerado...

—Lámalo como quieras, pero hoy ya he probado la resistencia del hielo lo suficiente —dije, sin pasar por alto el brillo de sus ojos ante otra inminente carcajada que me estaba tocando, sin amor ni delicadeza, los huevos.

Ignorando mis quejidos, volvió a arrastrarme con ella y prosiguió con su particular despilfarro de talento con los patines. Aguanté como un valiente, todo hay que decirlo, pero, como en esta vida nada es eterno, lo que menos la gloria... el karma hizo su aparición en el instante más idóneo y pujó para que el siguiente que se descojonara —a medias— fuese yo.

—Joder... creo que tengo el páncreas donde el hígado y el hígado donde el páncreas.

Ya era mala suerte que, para una vez que cayó, me hiciera caer también a mí.

—Quejica.

—No he sido yo el que ha caído como una bomba sobre ti, bonita. ¿Te has hecho daño?

Negó con la cabeza y se hizo a un lado con gesto reflexivo.

—Tus pensamientos por un beso.

—Estaba pensando en lo raro que es estar aquí, juntos. Durante unas horas, he olvidado el motivo por el que hemos venido y, en lugar de agobiarme y prepararme para otra decepción, he sentido pena por todo lo que nos quedaremos sin ver antes de que dejemos la ciudad.

—Es una pena que no tenga uno de tus relojes mágicos para parar el tiempo.

—¿Crees que la sortija estará aquí?

—Pues... no lo sé. Aunque eso no significa que no vaya a aparecer.

Se mordió el labio, rebuscó en su bolsillo y sacó el móvil. Con lentitud, se quitó de encima y se tumbó a mi lado, sin importar que hubiese una veintena de personas a nuestro alrededor con una alta probabilidad de que alguna de ellas nos arrollara al tropezarse con nosotros. Se puso de lado para pegarse a mi costado y rodear mi brazo derecho. La miré y posé fugazmente mis labios en los suyos, despegándolos mucho después de que el *flash* de la cámara lo

hubiese inmortalizado. Así era ella, en medio de sus impulsos siempre había ideas anidando en su cabeza. Estaba un pelín pirada, y su exceso de energía agotaba si no sabías dosificar las tuyas, pero también era contagiosa e, inevitablemente, intentabas seguirle el ritmo.

Agarrados de la mano nos acercamos a la calzada y —por fin— pude quitarme los patines y calzarme mis zapatos. Ella se sentó a mi lado, sin dejar de bizquear, y me imitó.

—Echaba de menos al Joel mandón e inflexible del principio...

—Bien sabe Dios que he cedido todo lo que la paciencia me ha permitido, y eso que, gracias a tu descarada manera de reírte de mí, no he tenido otra opción que aguantar para salvaguardar mi honor hasta que he visto oportuno retirarme con dignidad.

—Y gruñendo.

—Y gruñendo —refuté.

Rememorando aquel día, puedo decir que fue uno de los mejores de los últimos años. Disfruté como nunca de caer en el absurdo, en una de las ciudades más bonitas en las que recordaba haber puesto mis pies y con la mujer más increíble con la que, con toda probabilidad, me había topado en mi vida. El tiempo pasó tan rápido de un lado a otro que el resquebrajar de lo poco que nos había cundido y lo mucho que estábamos dispuestos a dar no tardó en aparecer.

—¿Estás cansada? —pregunté, mientras aceptaba una bebida caliente que me tendió.

—Bastante, pero me quedaría mucho más...

—Pienso practicar para cuando volvamos —solté de golpe.

—¿Volver? ¿Juntos?

—Quiero decir... —intenté arreglar mi cagada no incumpliendo la regla universal de: «No prometas lo que no estás seguro de poder cumplir»—. Que me gustaría volver contigo.

—Y a mí...

Promesas desperdigadas en medio de besos.

Anduvimos sin prisa de regreso al hotel, hablando de nimiedades y comentando los atuendos recargados de ropa de quienes nos cruzábamos porque, o tanto paseíto nos había provocado calor en exceso o rozábamos la anormalidad. Y, a decir verdad, un poco sí, casi no llevábamos prendas que hicieran justicia al frío que hacía, sobre todo ella, que no tuvo otra ocurrencia que comprarse una camiseta de Pipi Calzaslargas y hacerse dos trenzas y

dejarse el abrigo abierto para lucirla. Yo, al menos, me puse un gorro y me abroché la chaqueta.

Pensé en invitarla a cenar, como broche final al día; sin embargo, a última hora, pillamos algo de uno de los puestos que encontrábamos. Fue lo mejor, necesitábamos descansar, yo por lo que se me venía encima y de cuyo final no estaba muy seguro, y ella por la decepción que iba a llevarse.

No había vuelta de hoja, ni excusas que apoyaran mi, hasta conocerla, retención de emociones. Después de un año desconcertante, plagado de altibajos y en el que tuve que aceptar muchas cosas, entre ellas desapegarme de unas costumbres que no me hacían bien y hacerme con otras, no pude evitar ser egoísta durante unas horas más y aguardé callado sin adelantarme a lo que el destino quisiera depararnos.

Tan solo pensaba en meterme en la cama y abrazarla. Tener la sensación de que no se iba a ir a ningún lado y que aquel sinsentido que teníamos y al que no le habíamos puesto nombre continuaría cuando amaneciera porque, inevitablemente, tenía costumbres nuevas y ella, Cleopatra, era una de mis favoritas.

19. ¡La que has liado, pollito!

En cuanto cruzó la entrada que daba acceso a las oficinas, César intuyó que algo *extraordinario* sucedía. Claro que, viendo cómo el tránsito y el bullicio en los pasillos superaba con creces al de cualquier otro día, no era menester ser muy avisado para llegar a dicha deducción.

Sin entretenerse, se dirigió a los ascensores y, una vez dentro, fijó la vista en el número que informaba del piso que dejaba atrás, aunque tuvo que balancear la cabeza de forma agresiva varias veces para no quedarse dormido de pie antes de llegar a la planta de su despacho. Salió del cubículo con la esperanza de confirmar que sus especulaciones no fuesen acertadas y, en conjunto, todo parecía normal; varias chicas habían tropezado con él y se disculparon sin levantar la cabeza, otros tantos lo saludaron con un escueto y formal «buenos días, señor Shapir» y el resto aceleraba el paso, evitando una reprimenda por andar pululando por los pasillos, aunque el motivo fuera justificado —mi hermano no era muy propenso a preguntar antes de echar broncas—.

Sin embargo, al percibir un zapateo rítmico y veloz a su espalda, cualquier resquicio de esperanza fue descartado. Apretó los dedos alrededor de su portadocumentos y redujo el paso con intención de facilitarle a Bárbara alcanzarlo, pese a que era la última persona a la que le apetecía ver. Después de nuestro padre, por supuesto.

Ella no entonó palabra que la delatara, ni él tuvo que girarse para saberlo. ¿Para qué? Nunca lo admitiría abiertamente, pero él reconocería el vaivén de las caderas de Bárbara, aunque estuviera descalza. Su forma de frenar las horrendas manoleínas con broches, adornados con flores por ella misma, eran parte de su sello de identidad, como también lo eran sus excéntricos y coloridos vestidos, nacidos tras una noche de mamoneo entre una prenda de Desigual y el típico montón de prendas a tres euros de cualquier mercadillo.

—¿Lo has visto? —preguntó ella, con la boca pastosa y las mejillas

tintadas. Él negó con un leve y seco movimiento de cabeza—. Nos está esperando en su despacho.

—Tenía que ser precisamente hoy —se lamentó mi hermano.

—¿Qué pasa, rubito? Traes mala cara.

Él le lanzó la ya patentada mirada avinagrada de los Shapir cuando no hemos pegado ojo, y ella se sintió soberanamente mal al atar cabos y llegar al motivo de su *agradable* humor. La mañana del día anterior, las musas acudieron a ella y aprovechó para hacer otra de las suyas. Con la ayuda de mi madre, colocó treinta despertadores, sí, has leído bien, treinta, repartidos por toda la casa, y que sonaban por tandas cada diez y cinco minutos hasta que se les acabaron las pilas. Normal que no fuera Míster Simpatía. Raro que no hubiera intentado estrangularla con sus propias manos. Habría sido más probable que le tocara el Euromillón a que César sacara un pañuelo blanco y, redención en mano, propusiera no solo la paz, sino el principio de algo que no recordaban: ser ellos, otra vez.

—Cuando salgamos de esta, te voy a meter un expediente más gordo que la Biblia y el *Quijote* juntos.

—Rencoroso.

—¿Rencoroso? ¿Y lo que hablamos anoche? ¡Dios, había llegado a creer que, pese a la «discusión», tú también estabas harta de tratarnos como niños encabronados!

—Yo también estuve trabajando hasta las tantas, ¿sabes? Olvidé que tu madre y yo habíamos estado esa misma mañana preparándolo todo.

—Así que tu cómplice es mi señora progenitora... Traicionado por mi propia madre, qué mundo este.

—Joder, lo último en lo que pensé cuando llegué anoche a casa fue en eso. Además, era demasiado genial para abortar la misión. —Otra mirada de mi hermano con más ácido que la primera—. Vale, nos lo tomaremos como la despedida de Daniel, el travieso y Margaret.

—Sabes que la niña quisquillosa esa estaba enamorada de Daniel, ¿verdad?

—Justo al revés que nosotros.

El trayecto hasta el despacho transcurrió en un silencio bastante tenso. Que mi padre apareciera sin avisar el día menos previsible nada tenía que ver con que la distancia mínima que mantuvieran esos dos aquel día fuera de un metro al menos. Ambos evitaban echar sal a la herida sobre el tema de la discusión. No obstante, éramos afortunados de la ignorancia de mi padre con

el circo entre bastidores que teníamos montado a su espalda con los preparativos de la fiesta de aniversario. Los destrozos de cualquier disputa entre un superhéroe y su villano serían minucias con los que ocasionaría mi padre pidiendo responsables y sacando el bolígrafo de los castigos.

Al llegar, César la frenó por el codo antes de entrar, gesto que a ella la pilló desprevenida, según el respingo que dio. Se subió con un dedo las gafas y lo miró por encima del cristal. Él sonrió, pensando que algún día le regalaría una de esas cuerdas que facilitan llevarlas colgadas al cuello cuando no las usara. Además, le hacía gracia esa costumbre suya de esforzarse por parecer seria cuando estaba atacada de los nervios.

Y, si algo teníamos en común las dos, era la velocidad a la que nos derrumbábamos por ser incapaces de mentir o guardar un secreto. Se nos notaba en la cara y, una vez nos tirabas de la lengua, cantábamos hasta saetas, presionadas por el cargo de conciencia. César lo sabía, razón de más para no permitirse un desliz verbal de mi amiga. Sobre todo, siendo consciente del temblor de su mano y el sonido de su pie golpeando compulsivamente el mármol.

—¿Puedes dejar de mascar chicle? Pareces una burra con la mandíbula desencajada. —Volteó los ojos y volvió a mirarla—. ¿Te ha preguntado por ella?

—Es lo primero que ha hecho. Si la menciona, está con una migraña horrorosa.

César la miró con reproche. De todas las excusas cutres que había escuchado en su vida, la suya ganó.

—Nena... —Lo miró, descolocada—. Digo... Bárbara, ¿mejor? Pase lo que pase, déjame hablar a mí.

—Tu padre conoce mejor que nadie tu naturaleza libertina disfrazando sucesos o desordenándolos en el tiempo para beneficio propio —escupió casi sin respirar—. ¿Crees que no va a preguntarme directamente a mí?

—Vale, en tal caso, apoyaré tu magnífica historia. —Alargó la mano y la cernió sobre su muñeca, intentando que se relajara—. Aunque con lo mal que mientes, solo tengo que esperar a ver su cara para saber cuándo tirarte el lazo. Intenta no estropear mucho o no podré arreglar vuestras travesuras.

—*Nuestras*. Tú también estás incluido en ella, por si te has enajenado o sufres amnesia.

Fijó la vista en el agarre y expiró con pesadez para asegurarse de transmitirle de forma creíble que el contacto la molestaba. Y surtió efecto;

con brusquedad, retiró sus dedos de la piel de ella y entró a saludar a papá.

—Llegas tarde —le recriminó directamente a mi hermano.

—Buenos días a ti también, papá.

Bárbara se dejó caer en la silla que tenía detrás y permaneció callada y ocupada en su manicura, con tal de no enfrentar directamente a ninguno de los dos hombres que ocupaban la habitación, mientras César lo ponía al día sobre el avance en los preparativos de la fiesta de aniversario, la nueva colección, la siguiente y una serie de cuestiones específicas que mi padre quiso saber sobre el funcionamiento general de la empresa.

Cuando pensaron que la reunión improvisada había terminado, mi padre descubrió el motivo por el que había pedido que Bárbara estuviera presente. Deslizó un enorme sobre por la mesa hasta ella y sonrió. Ella lo abrió sin premura, para no parecer ansiosa, y ojeó el contenido de lo que identificó al instante como un contrato de un año como formadora en el departamento de gemología en Bali, donde, tan solo un par de años antes, se había abierto otra sucursal igual de imponente que la principal. La intención de mi padre con aquella proposición era demostrarle a Bárbara cuánto confiaba en ella y lo valiosa que era para nosotros. Y, por ello, nadie mejor que ella para estudiar el mercado en aquella parte del globo terráqueo para adaptarse a los gustos y demandas, así como formar a la joven plantilla.

—Yo... no sé qué decir —balbuceó—. Esto es... una encantadora sorpresa... ¿tengo que responder ahora?

Mi padre soltó un par de carcajadas.

—Por supuesto que no —aclaró, sonriente—. Tienes todo el tiempo que necesites para decidirte. Sin embargo, me gustaría saber qué has decidido a más tardar durante la fiesta.

Al finalizar la reunión, Bárbara dejó a mi hermano con mi padre y se fue directa a nuestro despacho.

El resto del día trabajaron cada uno a su aire. Y, mientras, Bárbara levantaba la cabeza hacia la puerta al mínimo sonido pensando en él. César se daba empujones mentales para conseguir el valor de acercarse a ella e invitarla a cenar. De haber tenido que esperar a que él hiciera algo, lo más probable fuera que a Bárbara le hubieran crecido enanos en el moño. Así que sacó el móvil y busco en su agenda el número de uno de sus restaurantes favoritos para ordenar la cena y ser ella quien diera el paso.

Nunca veinte minutos fueron tan largos, aunque, según olía, la espera mereció la pena. Se quitó las gafas, se repasó el peinado y, con cuidado de no

quemarse, salió en dirección al despacho de César.

—Adelante —respondió él, al sonido de los nudillos contra la puerta.

—Hola.

—Hola, ¿puedo ayudarla con algo, señorita Wonka? —Intentó relajar el ambiente antes de que apareciera la tensión.

—*Mmm...* ¿Qué tal despejando la mesa?

Torció la boca para sonreír y se acercó la mano derecha a las sienes, imitando un saludo militar.

—Musaca de verduras y carne picada —informó ella, mientras él buscaba hueco a los platos en la mesa.

Sin poder evitarlo, cerró los ojos y aspiró con disimulo. El olor de Bárbara se colaba entre el de los alimentos y le alimentaba el olfato.

—¿Qué? Al final va a ser verdad que soy como el flautista de Hamelin... —Él se rio—. Ríete, pero llevas casi cinco minutos siguiendo el movimiento de mi mano.

La ignoró y, justo en el instante en el que él estiraba el brazo para aceptar su porción de musaca, un golpe seco los distrajo, llamando su atención hacia el lateral de la mesa. César se agachó y recogió del suelo un pesado paquete por abrir que, examinándolo con minuciosidad, no recordaba haber visto antes.

Sin preámbulos, tiró del cartón, y casi lo había abierto cuando la caja escapó de sus manos y cayó, otra vez al suelo. Por cortesía, ella se agachó a recoger el estropicio del suelo. Desde su lado era más sencillo; sin embargo, tuvo que mirar varias veces para asegurarse de que lo que veía no era producto de ninguna alucinación o delirio. Y, como no encontró explicación a lo que tenía delante de sus ojos, sus piernas cedieron a la gravedad, teniendo que agarrarse a la mesa para ponerse erguida.

Con premura, César se levantó y bordeó la mesa para ayudarla a incorporarse y darle impulso por las caderas.

—¿Qué pasa?

La palidez empezó a extenderse con lentitud por el rostro de Bárbara por su rostro.

—Vamos a tener que aplazar la cena.

—¿Es lo que creo que es?

Ella respondió afirmando con un balanceo de cabeza, dejándolo caer con sumo cuidado sobre la mano de mi hermano.

—Sí, el tercer rubí que faltaba por revisar. ¿Lo has tenido aquí todo este

tiempo y no te ha dado por abrirlo?

—Pues... no, recibo mucho correo a diario. Es imposible que me dé tiempo a ponerme al día con todo —repuso—. En fin, eso significa que mi hermana estará en casa en un par de días como mucho.

—Ni siquiera lo has mirado, ¿no quieres saber si es el verdadero?

—Por tu poca efusividad, deduzco que no lo es.

—¿Por qué tengo el pálpito de que tú ya lo sabías? —Mi hermano no movió ni un solo músculo de la cara—. Además, por el tonito repelente con el que has dicho «mi hermana estará en casa en un par de días como mucho», no sé qué pensar.

—Las opciones se han agotado. No hay más. Esté en Estocolmo o no, tendrá que volver, digo yo...

—Dime la verdad, César, ¿sabes dónde está el verdadero?

—Tengo una ligera idea, sí.

—¿Desde cuándo?

—Hace unos días.

—¿Y no pensabas decírnoslo?

—No estaba seguro entonces, ni lo estoy ahora. Cuando hablemos con mi hermana, lo confirmaremos.

—No puedo creer que lo sepas y te hayas callado como una puta.

—El símil es ofensivo.

Ella estiró la mano, descolgó el auricular del teléfono fijo y empezó a marcar mi número.

—¿Qué vas a hacer?

—Llamar a tu hermana para ahorrarle un disgusto.

—No le cuentes ni insinúes que yo sé algo del verdadero. —Más que pedirselo, la advirtió, con la mano puesta en la clavija para interrumpir la llamada.

—¿Cómo puedes ser tan hijo de... con tu hermana? Y conmigo, qué coño. ¿También sabías lo que me ha propuesto tu padre esta mañana? Porque, ahora que lo pienso, no has añadido nada y, o bien te importa una mierda que me vaya, o llevas tiempo haciéndote a la idea. —Él arrugó los morros y se reservó el derecho de contestarle—. ¿Cuántas cosas nos ocultas, César?

—Ninguna.

—¿Ninguna? Esta vez te has pasado, pero te salvas porque no quiero arrepentirme de lo que pueda salir de mi boca con el calentón que estoy incubando.

—Bárbara...

Le tiró la réplica de la sortija en la cara, recogió su bolso para poder llamarme y salió como un huracán hacia nuestro despacho.

Sé lo que estáis pensando, y creedme cuando os aseguro que nada era tan casual ni tonto como representaba ser, pues la aparición de esa piedra preciosa significó mucho más para mí, de lo que, a priori, Bárbara llegó a imaginarse y mi hermano a ocultar.

20. Otra más

Después de una nueva decepción en Estocolmo, Florencia habría sido la tercera y última parada de nuestro crucero por el aire. Y, desgranando mi planteamiento inicial, lo lógico, dentro de lo disparatado del plan, era que, enumerando las nefastas experiencias anteriores, por descarte, el rubí se encontrara allí. Pues no. La llamada de Bárbara convirtió la poca confianza que me quedaba en nula.

Por alguna extraña razón, aquella imitación no fue enviada a su destino como pensábamos. Nadie, hasta aquel instante, era conocedor de aquel detalle que sentenciaba todo aquel circo como final del juego. Y, para colmo, tenía que ver como lado positivo el haberme ahorrado un viaje y otro sofocón. Bueno, eso último no tanto.

Porque, en cuestión de segundos, la ilusión y las esperanzas se nublaron hasta desaparecer.

—No cambiará nada, pero necesito decirlo. —Cogió aire y lo expulsó lentamente—. No es culpa tuya.

No, no lo hizo.

—He perdido algo que ha sido importante para tu familia y, con ello, he destrozado una tradición.

—Los objetos son solo eso, Cleo. —Tiró de mi muñeca y me instó a enfocar la vista en mi reloj—. Para cualquier otra persona, tu reloj sólo sirve para dar la hora, tú elegiste darle un significado. —Me mordí el moflete y aparté la mirada de la suya—. Lo mismo pasa con el anillo. Porque haya sido especial para otras generaciones, no tiene por qué serlo para las siguientes. Tal vez ellas traigan consigo sus nuevas tradiciones. Yo mismo no lo quise cuando estuve a punto de casarme.

—Ya... sin embargo, a mí me gustaría que me confiaran algo tan especial, significaría que para esa persona soy tan importante como quienes lo llevaron antes que yo... Y puede que para tu cuñada también lo sea.

Lo siguiente que cruzó por mi mente, a bastantes kilómetros de velocidad, fue lo mismo que os estaréis preguntando vosotros: si la sortija no había sido intercambiada con una de las réplicas por error, ¿dónde narices estaba?

Supuse que tendría que empezar a asumir que aquella cuestión pasaría a ser como otras tantas que nos hacemos a lo largo de nuestra vida y a las que nunca encontramos ni respuesta ni explicación coherente.

Otra vez había fracaso.

Así, llegados a ese callejón sin salida mental, en las siguientes horas de la tarde, desarrollé una extraña bipolaridad, en la que pasé por todos los estados emocionales imaginables. Lo mismo me calmaba con algún discurso propio de lo más pobre que, de un instante a otro, me frustraba o enfurecía... y un largo etcétera. Hasta que Joel tiró de mí y terminamos en el mejor mirador de Estocolmo.

Y, gracias a la debilidad que aquel hombretón tenía por una vista hermosa, justo cuando el sol se despedía sugiriéndole a la luna salir de su guarida, nos encontrábamos a ciento seis metros de altura, con una vista panorámica de la capital nórdica bañada por la bahía del lago Mälaren abriéndose ante nuestros ojos. Para llegar al punto más alto de la torre, tuvimos que subir trescientos sesenta y cinco escalones. He de decir que había ascensor, pero mi estrés del momento me instó a gastar cada ápice de energía por el que se regía mi cuerpo.

Allí arriba era una hormiga dentro del infinito universo, justo como deseaba sentirme. Invisible e inapreciable y, estando allí, lo había conseguido. Mi mente se paró y, con ello, ralentizó los kilómetros a los que pasaban las ideas por mi cabeza, permitiéndome inspirar y expirar con libertad.

De reojo, observé a Joel que, concentrado en el horizonte, apuraba los últimos minutos de luz. No pude disfrutar mucho de su perfil, porque su abstracción se detuvo, me miró, y mostró una cohibida sonrisa antes de colar mis dedos entre los huecos de los suyos y acomodar mi cabeza entre su costado y brazo. Mi oído percibió su desbocado corazón, me despegué y lo miré confundida.

—Tú ya eres especial sin que te regalen un anillo con un siglo de antigüedad.

No respondí y, a pesar de que él no se separó de mí, pasó de mostrarse cariñoso y cercano a taciturno y distante. Carraspeó y, al cabo de un par de minutos, levantó la vista del frente y alzó mi barbilla con dos dedos.

—Ya has demostrado que no te rendirías pasara lo que pasase y, solo por eso, tienes que estar orgullosa. A veces, que las cosas no nos salgan como esperamos no depende de nosotros.

Hasta entonces, el frío de su mirada y su postura no habían delatado un ápice de preocupación por su parte. De hecho, hasta aquel momento, no había dudado de su palabra sobre lo poco que le importaba que un tesoro de su familia, como era aquella sortija, estuviera extraviado por el mundo.

Sin fundamento, experimenté un horrible presentimiento que buscaba razones más allá de lo evidente, hasta que su brazo me apretó más contra él y preferí dejar aquella premonición en una falsa sensación alimentada por mi estado de ánimo.

—Deberíamos irnos, nuestras cosas no van a recogerse solas. —Me coloqué el flequillo detrás de la oreja—. Además, tengo que cargar el móvil para ver si Bárbara me ha enviado los billetes de avión.

Sería mejor hacerme a la idea de que, otra vez, había fracasado y no por ello la realidad dejaría de seguir su curso.

21. Elegir por los dos

Joel

La elección de irnos al hotel no fue premeditada. Bajamos del mirador, nos cogimos de la mano y nos dejamos arrastrar por la inercia hasta la habitación que compartíamos.

Cleopatra me soltó y entró delante, tan alicaída que me fue imposible no darme cuenta. A lo largo del día, habíamos cruzado muy pocas frases, después de saber que el rubí no estaba allí y de la llamada de Bárbara.

Me mataba saber que estaba sufriendo por algo a lo que solo yo tenía respuestas y, sobre todo, me odiaba por forzarme a tener encerradas bajo llave las únicas palabras que darían consuelo a esas lágrimas no derramadas y a los sollozos no expresados, que reventaban a través del temblor de sus extremidades. A simple vista, no había ni un ápice de fragilidad en ella, aunque, al contrario que en otras ocasiones, la vulnerabilidad era más visible cuanto más se esforzaba por camuflarla con una fuerza que ya no le quedaba.

Reconozco que me sentí ruin y egoísta por anteponer mis ganas de estar con ella a deshilar la madeja y aceptar las consecuencias de mi silencio.

Expulsé aire con pesadez y recorrí con la vista la estancia hasta llegar a ella. De un salto, subió al alfeizar de la ventana. La luz de la luna entraba a raudales por el espacio que dejaba la cortina, y su imagen se proyectaba en mis retinas, mientras mis sentidos rescataban de mi memoria los trazos que definían su rostro y su cuerpo, bajo su cabello y su ropa. Me pregunté si sería posible olvidarlos, o si me costaría conservar el recuerdo del brillo de sus ojos al sonreír o el sonido de su voz cuando no pudiera perdonarme. Sonreí con amargura siendo consciente de que sabía la respuesta antes de plantear la pregunta: nunca.

Abatido, supe que no quería dejarla ir jamás, pero sabía que cada minuto en la capital nórdica era uno menos para verme obligado a hacerlo y, a no ser

que me arrancaran la verdad, continuaría oculta por lo menos hasta que llegáramos a Madrid.

Me concienció de que esas horas habían marcado el antes del después de volver, por lo que no me avergonzó reconocer que era la primera vez que actuaba impulsado por miedo a echar de menos o terror a quedar devastado por el vacío.

Pensarás que sentarse a hablar y dejar que fuera ella quien eligiera perdonarme o no era más sencillo que empedrar el camino hacia el fracaso por no aceptar las consecuencias de ocultar la verdad. Y ahí residía el problema: no era un valiente y, por ello, preferí asumir que las horas que nos quedaran para poner los pies en Madrid serían nuestra despedida. Quizá ese fue el único fundamento sobre el que fui capaz de asentar mi cobardía, pero me aferré a tenerla un poco más, en lugar de aspirar a un también mañana y pasado, las siguientes semanas o meses o el resto de nuestra vida. Elegí por los dos ponerle fecha de caducidad.

—¿Te apetece salir a cenar fuera? —pregunté de golpe.

Sonrió con pesadez a mi pregunta.

—¿Por qué no? No hay nada que podamos hacer y me estoy ahogando aquí dentro.

Se bajó del alfeizar y me dio la espalda para empezar a desnudarse y entrar en el baño. Embobado en el trozo de madera que acababa de entrecerrarse tras un leve crujido, me quité el abrigo y lo dejé caer al suelo, cerca de nuestras maletas.

Intenté tener los ojos abiertos, porque cada vez que dejaba caer los párpados veía el objeto de la discordia: el rubí. Y sí, también que yo sabía dónde estaba.

Me insté a aparcar el peso de mi conciencia a un lado, pues, si no le contaba la verdad y tampoco disfrutaba del final de nuestros momentos juntos, mentirle no tenía sentido alguno.

Seguí el camino de prendas que había dejado mi pequeña Gretel, donde, hundida entre litros de agua y jabón, se encontraba con la nuca y los brazos superpuestos sobre el borde.

Me aproximé a la bañera de patas, con apariencia bastante antigua en disparidad con el resto de la decoración minimalista de la habitación, e hincé una rodilla en el suelo, con la mano derecha estirada y lista para enterrarse entre algunos de los mechones húmedos, que caían fuera de la bañera, conforme el vaho me empañaba la frente y lo condensaba en

diminutas gotas.

Luego, posé mis manos sobre sus hombros y, sin prisa, masajeeé cada centímetro que alcanzaban mis dedos. A ratos, paraba, en un intento casi imposible de controlarme. Me faltaba aire, porque mis manos querían ser delicadas en su inspección por la redondez de sus pechos o la explanada de su abdomen, pero mi instinto se desbordó del mismo modo que el agua me chorreaba por las mangas del suéter, la espuma formaba montañas en mis brazos y el vapor me hacía sudar más y más. Saber que podría ser la última vez que la tocaba y la certeza de que tendrían que pasar muchas vidas para poder olvidar lo que ella en tan poco tiempo me había dado me resultó cada vez más palpable y doloroso.

—¿Hay posibilidad de que me dejes meterme contigo antes de que el agua se enfríe?

Se mordió el carrillo, con media sonrisa en los labios, y nos miró por turnos a la bañera y a mí, que me había incorporado.

—Todavía me queda algo de flexibilidad. Algo podremos hacer para caber los dos.

Aleteó las pestañas, fingiendo negarse a mi petición.

—¿Tú crees?

Salió de entre las aguas, revolviéndolas e inundando la zona de alrededor de la bañera de jabón y espuma, y desabrochó mi cinturón para deshacerse de mis pantalones, que cayeron por el peso de la hebilla, mientras yo me deshacía de las demás prendas.

La bañera no era del todo pequeña, ni tan grande como para acogernos a los dos sin tener que encajar el uno con el otro en el espacio disponible, y nuestra teoría se comprobó al sumergirme con ella apoyada en mi pecho. Estábamos muy justos; no obstante, el olor a almendras de su pelo relajó mis articulaciones y, aun habiendo partes que no entraban del todo de forma cómoda, estaba en el cielo con ella entre mis brazos.

Relajada, retrepó para ponerse más erguida, sacando parte de su cuerpo del agua, y coló sus dedos entre los huecos de los míos para luego observar el contraste de tamaño.

Al mirarla sin prisa, me sentí aturdido por todas las reacciones que me provocaba tener cerca a aquella pequeña mujer. Del mismo modo que si mi cuerpo revelara secretos que solo fuera posible descubrir a través de los sentidos: oliéndola, saboreándola, tocándola...

—Encajan —susurró con la vista fija en la unión de nuestras extremidades

—. Sí, como dos piezas de puzles distintos..., aunque sin ningún hueco de sobra —me leyó el pensamiento. Sentí que a mi piel le faltaran trozos que solo la suya era capaz de rellenar—. ¿Qué harás cuando volvamos? ¿Aún te queda tiempo de tu año sabático?

Arqueó las cejas, confundida, y negó con la cabeza, disculpándose por la pregunta.

—En realidad, no. —Giró la cabeza y me miró por encima de su hombro—. Hace meses que perdí la cuenta de cuándo debería haberme reincorporado...

—¿Eres una estrella y no me he enterado?

—Soy un pintamonas que se ha pasado años pateándose España y algún que otro país más para demostrarle al mundo que lo que hacía no era una locura.

—Así que es por eso que lo dejaste por un tiempo...

—Supongo que sí, que empecé a odiarlo porque lo hacía por los motivos equivocados. Soy veterinario, o casi, me faltan algunas asignaturas.

—Y yo matando patos... —Me reí—. Debes de pensar que soy algo así como un anticristo animal.

—Eras una niña, aunque no sé si dejaría algún animal más a tu cargo.

La acerqué a mí, sosteniendo su nuca con una mano, y con la otra tiré de la goma del pelo, liberando toda su melena. Algunos mechones quedaron dentro del agua, o enredados en mi torso y brazo, y otros cayeron en cascada por el borde de la bañera. Durante unos segundos, permaneció con los ojos cerrados, balanceando levemente la cabeza, dejando a mi alcance sus carnosos labios entreabiertos. Y la besé antes de continuar.

—¿Cómo se te ocurrió dedicarte a adiestrar perros específicamente?

—Pues, como la mayoría de cosas de la vida, que vienen y se quedan, por casualidad. Trabajé de camarero mientras me sacaba la carrera y, a veces, paseaba perros. Algunos eran muy dóciles y obedientes, y otros eran una pesadilla. Poco a poco, fui enseñándoles lo típico: a estarse quietos cuando estás llenándoles el plato, a sentarse y, no sé cómo, un día en mi escritorio solo había manuales y documentales relacionados con el tema. Empecé a probar con cachorros, creé un canal de YouTube en el que subía los avances y, con el tiempo, la gente empezó a suscribirse y a preguntar cosas específicas e incluso que hiciera lo mismo con su perro. Y yo continué y sigo aprendiendo cada día de ellos.

—¿Y no te has planteado montar tú propia escuela?

—Sí, lo he pensado, solo que no he encontrado el empuje para llevarlo a cabo.

Se echó hacia adelante, para encontrar la posición de acoplamiento del principio, y entretanto deslicé los nudillos por su columna hasta que topé con algo que no había visto antes: un tatuaje en la cruz de la espalda. La esfera de un discreto reloj, coloreado y sombreado en tonos azules. Me resultó curioso que no tuviera agujas delimitando hora alguna.

—¿Quedaría muy mal si te digo que acabo de descubrir este pequeño detalle? —pregunté, sin dejar de acariciar la zona.

Rio sonoramente, y se giró lo suficiente para mirarme de reojo.

—Me lo hice cuando tenía veinte años. Una locura que espera el momento idóneo para quedarse conmigo toda la eternidad.

—¿Por eso no tiene manecillas? —Asintió.

—Sí. Todavía no he sentido esa chispa que me diga que ese instante concreto es lo suficientemente especial como para grabarlo. Tal vez, cuando tenga hijos o... no lo sé. Supongo que, cuando ocurra, lo sabré.

Con esa idea rebotando de un lado a otro de mi mente, la estreché contra mí. Apoyé la barbilla en su cabeza y deseé que cada una de las desordenadas emociones que yo sentía por ella no fueran correspondidas. Que no sufriera cuando el mundo real nos cogiera de la mano y nos empujara de una patada.

No quise tener celos de ese reloj y los tuve. Comprendí que, aunque estaba a tiempo de poner un parche o frenar el desenlace de lo que estaba por venir, no sabía cómo enfrentar la vorágine de mis sentimientos o el descubrimiento de mi nuevo yo. Y cuando estuve cerca de tenerlo todo, lo estropeé.

—¿Sabes? Quizá es una de esas cosas que no necesitas que nadie te diga... No me importaría despertarme así cada día.

—¿Desnudo en una bañera llena de espuma? —bromeó.

—Contigo en cualquier lugar.

Cleopatra se giró, hasta quedar completamente enfrentada a mí. Sonriendo, hizo un leve barrido de lo que el jabón dejaba expuesto a sus ojos, y se subió sobre mí, peleando un poco con la falta de espacio. Rodeó mi cuello, acomodando sus piernas, y, una vez lo hizo, nuestros labios se rozaron y mi cuerpo sintió alivio, porque la conexión me permitiría explotar en ella y, perdidos en los gemidos ahogados de nuestras bocas, le confesaría todo lo que no podía con palabras.

No sé cuánto tiempo estuvimos así. Cuando el ritmo entrecortado de su

respiración se normalizó, se giró y se acurrucó en mí, introduciéndose entre el hueco de mis anesthesiadas piernas. Simplemente, la abracé en silencio hasta que el agua se heló y nuestros estómagos reclamaban nuestra atención. No me perdonaría que todos nuestros momentos estuvieran disfrazados de mentira y, por consiguiente, los quitara y los convirtiera en un espejismo.

—Quedémonos un par de días más...

—No puedo, Joel. —Suspiró—. Sin esperanza, este viaje no tiene sentido... La aventura se terminó.

No añadí nada, no tenía derecho.

22. Tengo un inconsciente subnormal

No sabía poner cara de póquer. Supongo que ser nefasta mintiendo tuvo algo que ver con que Joel me desplumara durante el trayecto de vuelta a Madrid. Suerte que jugamos con fichas de pega, porque llegamos al límite en el que él podría haber pasado perfectamente por uno de esos gánsteres a los que un pobre desgraciado les debe más de lo que podrá juntar en toda su vida.

—¿Iguales o pasas? —preguntó, chulito.

En mi defensa diré que no había jugado nunca a las cartas. A ningunas. Jamás. Más fácil no pude ponérselo. Hasta tenía un papelito donde explicaban las posibles manos. Y, claro, mirarlo con cara de circunstancias cada poco no ayudó mucho a la hora de querer tirarme un farol.

Nota mental para futuras partidas: aprenderse las manos y evitar sonreír cuando tenga una buena.

—Paso.

Así, entre risas, gestos de burla y el correspondiente enfado por perder —¿por qué me miráis a mí?— aterrizamos casi anocheciendo en Madrid. Con parsimonia, cruzamos pasillos, recuperamos equipaje y tomamos aliento. Creo no equivocarme asegurando que no fui la única a la que las articulaciones le chasqueaban por la tirantez con la que nos aproximábamos a la salida. Y, a pesar de que traspasar esas puertas era la vuelta simbólica a quienes realmente éramos, un sencillo apretón que me rodeó de imprevisto la muñeca con un par de dedos y un cálido beso en la nuca antes de hacerlo bastaron para que la marea de pensamientos desorganizados donde todo era catástrofe y vacío se esfumaran. A lo lejos, divisé poses de cuerpos que me resultaron familiares —la miopía y sus síntomas—. No me cogió por sorpresa del todo, porque, antes de embarcar, Bárbara me había llamado para asegurarse de que no me enajenaba y por error pillaba un avión a Cancún. Ojalá, un litro de mojitos me hubiesen venido bien.

—¡Aquí, aquí! —gritó, dando saltitos conforme nos acercábamos.

Sonreí al reconocer al tercer sujeto que los acompañaba. Sentado en el suelo entre Bárbara y César, gorra de béisbol, pantalón vaquero desgastado y sudadera casi a juego con la gorra, estaba Adriano, el benjamín de la familia. Hacía unos seis meses desde la última vez que lo había visto. Bárbara se me tiró encima y Adriano me sujetó el equipaje.

—¡Qué guapa estás! —me chilló en el oído—. Joder, parece que hace un siglo que te fuiste.

—Bienvenida a casa, locuela —saludó Adriano. Me besó y me levantó un par de cuartas del suelo con un brazo.

Entretanto, César permaneció estático, con su invariable gesto de tener un palo que le atravesaba desde el culo a la tráquea. En fin, mi hermano albergaba infinitas virtudes, aunque ninguna de ellas recogía la muestra explícita de efusividad exacerbada.

—No se lo has dicho —dijo, con la mirada clavada en Joel.

—¿Decirme qué? —Los miré a ambos por turnos.

Adriano me dejó en el suelo, y Joel me acercó a él con fuerza y pronunció un sentido «lo siento» antes de darme un sonoro beso en el cuello y soltarme. Ahí saltaron todas las alarmas de peligro y precaución que tenía, y empecé a intuir lo peor.

—Pregúntale dónde está la sortija —me pidió mi hermano.

—¿Cómo? —Me giré hacia Joel—. ¿A qué se refiere mi hermano, Joel?

—Dime, ¿estás contento? ¿No has tenido suficiente con reírte de ella en su cara, sino que también la seduces?

Y a partir de ahí, no estoy segura de la velocidad a la que sucedió todo. Solo recuerdo que un manotazo me apartó de Joel. Y por las acusaciones y la posterior fuerza con la que me golpeó un codo y un trozo de tela que identifiqué como una corbata bailó delante de mi cara, supe que se trataba de mi hermano.

—¿Qué está pasando? ¡Bárbara!

Ella estaba tan pasmada como yo, y tampoco se movió.

—Hijo de puta, desgraciado —agregó César—. Has tenido tiempo de sobra para decírselo...

Mi expresión fue mutando y, por el mareo, el color tuvo que abandonar mi cara. Los sentidos empezaron a fallarme. De pronto, mis oídos desarrollaron de forma inminente un mecanismo de defensa que me aislaba de todo aquel rezumbar exterior. Y a este le siguió la vista. Juro que dejé de ver lo que se abría paso frente a mis ojos.

El último estímulo que mis retinas percibieron, antes de notar cómo la carne de mis brazos se resentía por la sujeción de alguien, fue el puño blanquecino y apretado de César apuntando a la cara de Joel. A partir de ahí, una cortina de humo cayó delante de mis ojos, y lo máximo que conseguí procesar fueron algunas imágenes congeladas en mi memoria que, además de provocarme latigazos en la tripa, certificaron que tenía un inconsciente subnormal. Cualquier explicación, por disparatada o hiriente que fuese, habría dolido menos que la verdad, porque en el fondo no terminaba de creermelo que en tan poco tiempo hubiera podido aparecer algo más fuerte y real que el estado psicodélico en el que estuvimos regodeándonos y ocultándonos. Esperaba que, con los días, esa reticencia indescriptible a tener que separarnos desapareciera y continuáramos con nuestras vidas recordando aquello con cariño como empezó: como una locura.

Pero empezaba a parecerse más a una pesadilla.

Sin volverme a mirar a Joel en busca de una explicación, aunque fuera con gestos, salí por la misma puerta en la que minutos antes me había atrevido fugazmente a ver oportunidades y me recreé poniéndole nombre a toda la marabunta de sentimientos que habían aflorado durante la aventura.

Adriano y Bárbara corrieron detrás de mí y me gritaron para que parara y dijera algo. Y lo hice, frené en seco y, sin retroceder ni girarme, le hablé a Adriano:

—Nano, vuelve ahí dentro y sepáralos. Por favor —le pedí.

Puede que existan personas en el mundo a las que reconforte tener a alguien que tome medidas para recomponer su dignidad. No a mí, no con violencia.

Continué sufriendo mi propio drama y anduve sin pensar ni mirar por dónde o cómo cruzaba hasta llegar a las oficinas Shapir. Mis intenciones al llegar allí no eran otras que terminar de torturarme tranquila y solitariamente porque lo que me llevó a presentarme allí a aquellas horas no fue otra cosa que ver con mis propios ojos las evidencias que confirmaban las palabras que me mortificaban.

«Reírte de ella» y «seduces».

—Cariño —dijo con pesadez Bárbara—, tienes que ayudarme a entender lo que está pasando por tu cabeza ahora mismo, porque te juro que mis reflejos están espesísimos ahora y no tengo ni idea de cómo ayudarte.

Haciendo caso omiso a su súplica, paré un taxi y me perdí en lo que se quedaba atrás al otro lado de la ventanilla. Las extremidades me temblaban

por los nervios, los dientes me chasqueaban, y una corriente húmeda de frío se instaló en mis huesos. Necesitaba vomitar y, al mismo tiempo, echarme hacia atrás en el asiento y quedarme dormida durante días, o tomarme algo que me sedara la mente. Los sentidos ya estaban desangrándose y casi muertos desde que habíamos salido.

Llegamos a las oficinas, ni me molesté en pagar. Bárbara me alcanzó a los pocos minutos por el segundo tramo de escaleras. Mi estado no me dio paciencia para esperar al ascensor y, cada dos pisos, paraba en el rellano, al comienzo del siguiente, para coger aire, hasta que llegamos a nuestra planta.

—¿Dónde están las cintas?

Me escrutó extrañada, sin guardar su expresión de desconcierto y susto.

—Las cintas de la cámara de seguridad del pasillo de nuestro despacho —expliqué.

Había una en cada pasillo, camuflada en las esquinas, entre el tono violín de la pared de cabecera. El tipo de cosa que, por su localización y antigüedad, pasa inadvertida a los ojos y memoria de cualquiera con la rutina. El tipo de ayuda a la que alguien con un poco de luces en una situación similar a la mía habría recurrido para quitarse la soga del cuello, semanas antes. Y, de las escasas posibles soluciones coherentes que se me ocurrieron, ninguna fue la más efectiva y evidente. Y, de repente, en medio del desesperado y lacerante caos que estaba viviendo, se encendieron todas las bombillas y pensé en ellas.

—¡Mierda, las cámaras! —Me cogió de la mano—. Vamos. Creo que están en el despacho de tu hermano.

—¿Qué? ¿Tú también lo sabías? —Me estudió dubitativa, sin llegar a decir nada—. ¿Sabías que Joel había tenido el rubí todo este tiempo con él?

—Sí y no.

—¿Sí y no, qué?

—No se me había ocurrido que las cámaras de seguridad tendrían la respuesta hasta que no has preguntado por ellas. —Suspiré de alivio por no sentirme apuñalada también por ella—. Sin embargo, cuando descubrimos el último paquete, César dejó caer que a él sí.

—Mi hermano... hijo de...

—Tú hermano es... —me interrumpió—. Ya sabes cómo es. Nunca llegué a decirle nada de lo que me contabas, y él nunca dijo nada... Estábamos estresados con tanto trabajo y tan pocos días. Él solo quería que te relajaras unos días y... darle a él la oportunidad de decírtelo, supongo.

—¿Que me relajara, Bárbara? He estado buscando por toda Europa, joder.

—¿Cómo no se me ocurriría antes...? —se disculpó—. Te vi tan ilusionada después de tanto tiempo que no me atreví a pedirte que no te soltaras la melena. Pero jamás se me pasó por la cabeza que él pudiera tener algo que ver.

Solté una risotada cargada de cinismo justo en el instante en el que cruzaba la entrada del despacho de César. Busqué las cintas.

—Aquí están —dijo Bárbara, agitando unos CDs. Hola, siglo XXI—. Joder, con la de veces que los he visto estos días y ni me lo había oído.

Me lancé a por ellos y, con la misma velocidad que había entrado, salí rumbo a nuestro despacho. Al entrar, me choqué con la imagen desordenada de cajas y carpetas apiladas de cualquier forma y en cualquier superficie, incluido el suelo. Estaba hecho un desastre, inhabitable, más que de costumbre.

—¿Por qué están tus cosas metidas en cajas, Bárbara? —pregunté, desconcertada, cuando me di cuenta.

—Es una historia muy larga que ahora no es primordial que sepas. —Me rasqué la tripa con la intención de calmar el sangrado de las heridas que me recordaban que necesitaba ver con mis propios ojos la bromita de cámara oculta en la que había estado envuelta cerca de dos semanas, y volví a mirarla—. Solo hago creer a tu hermano que he aceptado un traslado que me ocultó...

—¿Un traslado? ¿Te vas? —Suspiré y salí.

—Solo lo castigo, haciendo que crea eso. ¿Quieres quedarte sola? Lo entendería, lo sabes, ¿verdad? —No retiró sus ojos de mí mientras encontraba lo que buscaba.

—No, necesito que estés aquí...

«Para cuando me rompa del todo», pensé.

Desequilibrada, fui a lo mío, sufriendo en silencio las lágrimas y sollozos que mi cuerpo retenía. Deseé poder hacerlo libremente, vaciarme de ellas, gritar, pero no pude. Y supe que no podría; si no lo conseguí antes con decepciones y mentiras menos dolorosas que aquella, no lo conseguiría entonces.

Adelanté la imagen del pasillo y la rebobiné cien veces hasta llegar a lo que quería: Joel entrando y saliendo minutos después de nuestro despacho. La evidencia que lo explicaba todo, el agravante de mi dolor.

—¿Qué día grabamos el anuncio?

Abrió su bolso y sacó su agenda, pasó páginas y alzó la vista con el dedo

índice fijo en uno concreto.

—El mismo en el que él entra y sale de aquí.

El libro en blanco dejó ver su historia repleta de relatos en los que aparecía yo. Recuerdos que maldije tener, no iba a aparentar coraje que no tenía y que estaba congelado como todas las otras sensaciones que no debí dejar aflorar. Por una vez, añoré que mi escasa intuición estuviera apagada. Que no se me hubiese ocurrido lo de las cámaras.

Cerré de golpe el Mac y me levanté hasta colocarme de espaldas delante de la mesa y deslizarme hasta el suelo apoyada en ella.

—Me abrazó en el baño y me consoló diciéndome que todo iría bien. Me prometió que lo encontraría y sabía dónde estaba todo este tiempo... Me he enamorado de un mentiroso —reconocí entre tartamudeos—. ¡Oh, Dios! ¿Qué estoy diciendo? ¡No pude ser!

No podía creermelo que hubiera ocurrido; que me hubiera enamorado.

Bárbara introducía y sacaba compulsivamente las manos en los bolsillos del pantalón, dándome espacio para desahogarme.

—Estoy desvariando, no puede ser. ¿Por qué duele tanto, joder?

No quería albergar la necesidad de hacerlo y me odié por tenerla.

Alcé la vista para enfocar la de Bárbara.

—Vale, está bien. —Apreté los labios y entrecerré los ojos—. Necesito un abrazo en silencio.

Asintió y se sentó a mi lado para cumplir cariñosamente con mi petición. Al menos, no estaba sola, alguien me ayudaría a recoger lo que quedara de mí cuando tuviera aliento para levantarme.

—Nena, tú no tienes la culpa —susurró, con los labios pegados a mi nuca.

—Pues claro que la tengo, joder. Soy tan quejica que tuve que demostrarme de la manera más absurda del mundo que, si algo va mal o una piedra cubre todo el camino, sabría cómo rodearla, y lo hice complicándome la vida, perdiendo tiempo y haciendo la gilipollas, cuando la respuesta estaba delante de mis narices. ¿Que no es mi culpa? ¡Bárbara, joder! Si hubiese un Nobel al más pardillo, era mío.

—Cariño, en las imágenes no se ve a ciencia cierta que lo cogiera él. Puedes darle el beneficio de la duda, los malentendidos existen.

No dije nada, solo me abracé más fuerte a ella y sucedió; terminé de romperme. Una lágrima dio paso a otra y, tímidas, recorrieron mi rostro hasta llegar al canalillo y yo me hice un poco más pequeña.

23. Las gallinas que entran por las que salen.

Una vez en casa, no pude sentirme más arropada. Engullida por el sofá, tanto Bárbara como mis hermanos colaboraron a su manera para que los nudos que sentía en el pecho fueran soltándose poco a poco.

No hay nada mejor que la visión cómica de los chismes de antaño entre dos amigas, la petaca sin fondo de una y la mirada ceñuda del ermitaño de la familia, condenando cada metedura de pata que se relataba para que, al menos, el reflejo derrotista físico fuera relegado a un segundo plano.

—Bebe sin miedo, nano —alentó Bárbara a Adriano, dando palmaditas al culo de la petaca.

Y, como era de esperar, tosió, carraspeó y se limpió varios pares de lágrimas que corretearon mejillas abajo.

—Oye, ¿y qué fue de Bud?

—¿Bud? —César no se atrevió a enfrentar mi mirada, mientras hacía surcos en el parqué de pasearse de un lado a otro del salón.

Cuando dejó de jugar a *Pressing Catch* con Joel, Adriano y él fueron directos a la empresa y nos trajeron a casa, incluida a Bárbara, quien se negó en redondo a irse a la suya y dejarme sola. Dijo que se encargaría de que durmiera, ya que tenía serias dudas de que compartiendo el mismo espacio vital que César lo consiguiera. Puesto que, viendo el destrozo que había en la cara de Adriano por complacerme y arriesgarse a separar a dos bestias que casi lo doblaban en peso y le sacaban un buen pedazo de estatura, tenía un precioso morado en forma de parche en uno de sus ojos, la nariz hinchada, una ceja cortada y la sudadera desgarrada por la cremallera. Aspecto que debería presentar él por ser un neandertal y que, sin duda, tendría si me chispeaba algún cable por oírlo respirar más alto de lo normal, porque le asestaría con lo primero que pillara, fuesen objetos indefensos como cojines, o el florero que reposaba sobre el revistero de mi izquierda.

—Sí, la bola de pelusas gigante que tenían de mascota; igual que una del

Oeste —explicó Adriano—. Se llama Bud por Bud Spencer.

César cambió el sentido de su paseo.

—Hay que ser puercas y tener algún trastorno serio para esconder una pelusa y alimentarla.

—Con las miguitas de mis chokolatinas. —Lo provocó Bárbara.

—El nombre se lo puse yo —dijo Adriano.

—Y todo el mundo sabe que no se puede matar ni comer a ninguna cosa o ser al que le hayas puesto nombre.

—La de ahora se llama Scott; por Scott Eastwood —agregué yo—. Bud murió... tenemos limpiadoras muy eficientes. Dio igual donde la escondiésemos, al final la encontraron y la exterminaron.

—¡Que el dios de las pelusas la tenga en su gloria! —gritó Adriano.

—¡Amén! —rezamos Bárbara y yo al unísono. Ella me pasó la petaca y la apuré.

César nos miraba como si fuésemos marcianos, con la cara desencajada de contenerse a llamarnos «guarros» o algún otro rasgo que afianzara nuestra demencia. Lo de las pelusas era una coña, hasta cierto punto. El suelo de la empresa es de mármol y, en consecuencia, un criadero en potencia. Hubo una época en la que Bárbara y yo casi vivíamos en el despacho y le pedíamos a las encargadas de la limpieza que hicieran lo básico para que no nos moviesen mucho los trastos y el papeleo y, en uno de los puentes que Adriano vino a casa unos días, conoció a una de las rebeldes y la bautizó como Bud. No teníamos Diógenes, tenía que dejarlo claro.

—Oye, ¿y a ti por qué te han expulsado de la uni, mocoso? —preguntó Bárbara.

Adriano nos miró por turnos a César y a mí. A él rogando compasión y a mí pidiéndome permiso para manosearme el lóbulo de la oreja. Era una manía que tenía desde pequeño, que la mayoría odiaba cuando eran víctima del sobeteo, pero que a mí, en aquel momento, me relajaba.

—Por camello. —Todos miramos a Míster Sensibilidad. Adriano se hundió más en el centro del sofá—. Vendía hierba y es tan idiota que dejó que lo trincaran. Ahora está aquí, sobando orejas y fichado por la policía italiana. Todo bien.

Cuando digo que no hay cena de Navidad que supere en anécdotas a la de mi familia, me llamaréis exagerada. Ya veis que no.

Me reí. No pude hacer otra cosa. A Adriano la edad del pavo se le había hecho congénita y no había manera de que espabilara. Ya le reñiría, le

soltaría un discurso plasta o lo que fuese que hicieran las hermanas cuatro años mayores que tú en esas circunstancias, otro día.

Se hizo tarde, yo no hacía más que asentir para no partirme de risa, César refunfuñar y Adriano animar a Bárbara a contar cualquier otra anécdota nuestra, en cuanto terminaba una para desviar la atención hacia ella. Sin embargo, a su lengua le costaba seguir el ritmo de peticiones con el pedo que empezaba a incubarse, después de habernos bebido a morro su petaca y agenciarnos una botella de ron añejo del minibar de César.

—Bueno, mi día ha sido muy largo. Me voy a la cama —me despedí—. Y tú no te vayas muy lejos, puede que necesite un poco de maría o de la porquería que vendas.

—¿Indica o sativa? —malmetió Bárbara.

—Vendía, me he retirado —lo dijo alto y claro para que César dejara de asesinarlo con los ojos entrecerrados.

Bárbara y yo nos carcajamos otra vez, y salí al pasillo para subir a mi dormitorio de una vez por todas.

El rato que pasé acompañada me hizo mucho bien; en cambio, en la soledad de mi habitación, aunque mi cuerpo parecía relajado, mi mente volvió a viajar entre limbos entre los que no terminaba de anclarse. Necesitaba reaccionar acorde con el giro que había tomado la película en la que me vi inmersa; sacar fuera el calor y la frustración de la decepción y el cabreo. Me lo había tragado todo sin masticar y la digestión me iba a costar.

Ya en la cama, llamaron con discreción a la puerta varias veces; era César.

—¿Puedo pasar?

—No pienso dirigirte la palabra en un millón de años.

—¿Puedo sentarme?

Se sentó cuando llegó a mi cama.

—No sé para qué preguntas si vas a hacerlo igual. Como haces siempre: lo que te viene bien a ti, sin tener en cuenta los sentimientos de los demás.

Incluso con todo lo que le escupí y lo que él sabía que me había ahorrado, representó a la perfección su papel de hermano mayor; me besó la frente y me arropó.

Tenía el doble de cabreo que de fuerzas en aquel momento y sabía que lo mejor era dejarlo estar y hablar con él en frío, pero tenía que sacar parte de ese fulgor corrosivo que me rodeaba y me estaba haciendo cenizas.

—¿Has estado bien sin mí estorbando estos días? Porque eso era lo que

querías, ¿no? Tenerme lejos de tu reino de cristal.

—Eso no es cierto y lo sabes. Sé que no lo he hecho bien y, aunque debí decírtelo el mismo día en que me di cuenta, confié en que él fuera lo suficientemente hombre como para decírtelo antes de llegar. ¿Por qué crees que perdiste un día en Ginebra? ¿Desde cuándo Bárbara comete errores tan absurdos? —Solté una risotada sarcástica, otra cosa que formaba parte de su calculado e inteligente plan. Era muy propio de él achacar sus errores a factores externos; en ese caso fue a Joel—. Sobre todo cuando, con el paso de los días, dejasteis de ser solo dos extraños inmersos en una locura, para...

—Acostarse. ¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde el día que llamaste preguntando por Bárbara. No estaba liado con la próxima colección. Se me ocurrió mirar las imágenes de las cámaras. Entonces, lo vi entrar y salir, y, unos veinte minutos después, a las chicas del atrezo... —Abrió y cerró el puño varias veces. Lo tenía hinchado. «Un rasguño, comparado con lo que se merecía tener, por burro», pensé—. Deberías intentar no darle más vueltas, por lo menos, durante unas horas, y descansar.

—Que se las dé o no, no va a cambiar nada.

—A veces, es mejor haber perdido porque, para hacerlo, primero has tenido que luchar. Es peor sentirse derrotado sin haberlo intentado. —«Que es justo como tú te sentías antes de que respiraras alguna sustancia psicotrópica del aire, se te fuera la olla, te convirtieras en mochilera y aceptaras vivir una historia que nunca había existido», le faltó decirme—. Y tú todavía estás en medio del ardor de la pelea... Sé cómo te sientes, pato, pero necesitas descansar —insistió—. Mañana decidirás si te rindes o continúas con la batalla.

Me pareció más tierno que nunca, porque no solo estaba hablando de mí. Era increíble cómo mi intuición pudo resurgir de la nada tan pronto, y aún más el hecho de que César se dejara pillar en sus horas bajas.

Meforcé a sonreírle antes de mesarle el pelo con cariño; él correspondió a mi gesto robándome la nariz. Retrepé hasta apoyar la totalidad de la espalda en el cabecero y abrí la veda de sus fantasmas.

—César... —retiró su atención del ridículo juego que mantenían sus pulgares y alzó la vista—, habla con ella. Pregúntale por qué sus cosas están en cajas.

—Habría tomado su decisión —respondió, tajante—. Ya te lo contará ella, y tú a mí, si te apetece.

Agarré su mano y lo insté a mirarme.

—Hasta mañana, enana.

—Solo soy seis años menor que tú.

—Lo que confirma que eres mi enana. ¿Estoy perdonado?

—Ni en tus mejores sueños.

Anduvo a la salida y, una vez allí, me enseñó la lengua, apagó la luz y, dejando la oscuridad tras él, se dirigió al salón. Adriano dio las buenas noches a César y Bárbara en medio de un bostezo y fue a meterse en la cama conmigo. No hacía ni doce horas que había llegado de Parma, donde cursaba su último año de carrera, y había tenido que sobrevivir a una hermana incapaz de sacar fuera la ira que tanto necesitaba para desahogarse, a convertirse en diana de cuatro puños y a la tirantez con la que uno se negaba a aceptar lo que la otra no terminaba de contarle.

Bárbara miró la hora en su móvil, se quitó los zapatos y dio unos pasos en dirección a mi habitación para dormir conmigo también.

—Me temo que el peque se te ha adelantado.

Recogió los zapatos y su chaqueta del vestidor, aceptando la derrota, para luego guardar las llaves y el móvil en el bolso y colgárselo.

—¿Un chocolate? —preguntó César.

—¿Por qué no...?

Le dio una palmadita en la zona baja de la espalda y la instó a sentarse en la terraza. Bárbara se dejó caer en el balancín-columpio que ocupaba la mayor parte del espacio, puso el bolso sobre la mesita de té del rincón y los zapatos bajo su asiento, y se cubrió las piernas con su chaqueta. En un par de minutos, César regresó de la cocina con las dos tazas de chocolate caliente. Le entregó una y se descalzó, tal como había hecho Bárbara, quien puso especial atención en los pies de él y, cuando vio lo que esperaba, no pudo evitar reírse.

—¿Todavía crees que hacer eso te da suerte?

Mi hermano arrugó la frente, sin comprender qué había querido decirle hasta que llegó a sus pies y vio sus calcetines desiguales. Se mordió el carrillo y negó con la cabeza, conteniendo otra risotada. Ahí donde lo veis, tan tieso y correcto, mi queridísimo hermano era la persona más supersticiosa del mundo. A veces, incluso traspasaba el límite y se inventaba sus propios rituales, y aquel de llevar calcetines desparejos —siempre uno azul marino y otro negro— era uno. Estaba seguro de que le traía suerte.

—Al menos yo los llevo aposta —bromeó, embobado en los de ella.

Bárbara también solía llevarlos de distinto par, aunque no por gusto. Al igual que el resto de humanos, no había descifrado la localización del agujero negro que deja sin pareja a nueve de cada diez pares de calcetines, evita que uses una horquilla más de dos veces seguidas o las llaves que tarde o temprano todos perdemos y, sin preocuparse demasiado por ello, lo mismo llevaba uno de lunares y otro liso, que cuadros y rayas.

—Si tuviera que llevarlos iguales, gastaría más en calcetines que en el alquiler.

Juntó los pies, golpeó levemente los de César y apoyó la cabeza en el hombro de él, postura que César corrigió pasando un brazo por detrás de sus hombros para rodearla. Fue algo tan natural que ninguno cayó en lo poco usual que era para ellos tener ese desliz, sin ninguna excusa que lo justificase. Bárbara entrecerró los ojos y disfrutó del cosquilleo que le provocaba la fricción de los dedos de César en la nuca.

El chocolate se enfrió de estar así, y detestó tener que romper aquel instante. Sin embargo, desde que supo que le había ocultado cosas, su cabeza no paró de construir con diferente forma un mismo mensaje y todos desembocaban en un porqué.

—He aceptado la proposición de tu padre —mintió, esforzándose por ser convincente.

—Estupendo, me alegro por ti.

Fue todo lo que dijo. No hubo emoción, tampoco un mínimo indicio de enfatizar sus palabras con gestos o acciones. Frío y correcto, sin desviarse de la imagen que él mismo trabajaba por reflejar. Y representó tan bien ese papel que, incluso ella que lo conocía tan bien, se lo creyó y se ofuscó por la decepción que sintió con su indiferencia al responder.

—Ibas a dejarlo estar, ¿verdad?

Se arrepintió nada más oírse.

—Si con «dejarlo estar» te refieres a no decirte lo que esperas oír, lo cual, por cierto, no tengo ni idea de lo que es... —Un naciente temblor de la mano con la que sujetaba la taza amenazó con dejarla impactar contra el suelo. La dejó en la mesita más cercana y recompuso su fingida indiferencia—. Sí, iba a hacerlo.

Con brusquedad, Bárbara, se incorporó y se calzó. Él la observaba apretando los dientes, hasta que no pudo callarse más.

—Me he esforzado por que fuésemos los de antes. —Se levantó para seguirla—. Lo último que compartimos fue esa cena interrumpida, en la que

volvimos a discutir y vamos por el mismo camino... ¿Qué narices se supone que tengo que decirte para no terminar así siempre, Bárbara? Acláramelo, porque cada vez que nos acercamos unos centímetros, nos alejamos metros —dijo, instándola a que se girara desde la puerta.

—Da igual cuánto nos acerquemos, César, porque eres tan desconfiado que duele. Todavía sigues pensando que no te mereces todo esto. —Abrió los brazos—. En cambio, cuando ves una amenaza, arremetes con todo lo que está en tu mano para que no te estorbe. Cuando decidiste no contarme lo del traslado, ¿qué pensaste? ¿Que quería quitarte el puesto?

Estaba siendo cruel adrede, en un amago de sonsacarle lo que necesitaba escuchar de él.

—No sabes lo que dices.

—Aquí me tienes controlada, ¿verdad?

—¿Eso crees, Bárbara? No ha podido ser que mi padre prefiriera contártelo él, que quisiera sentirse útil ahora que ha decidido despedirse de lo que hasta ahora ha sido su vida. Si me ves tan rastrero y calculador con todos y, en especial contigo, es que no me conoces de nada. Soy yo, joder.

—Da igual que lo hagamos o no. Un día fingimos que lo hacemos y al siguiente dejamos claro lo poco que lo hacemos —espetó Bárbara.

—Nos conocemos.

—¿Ah, sí?

—Entonces, ¿por qué no sabes qué fue lo que nos pasó para terminar comportándonos así el uno con el otro?

Mi hermano dejó escapar una carcajada, ella lo miró desconcertada.

—Acabo de darme cuenta de que eres tú la que no tiene ni idea de qué hizo que cambiáramos. Y por eso te cabreas y me picas, para que te lo diga yo.

César acababa de echar abundante sal en la herida. A ella le escoció más, porque él tenía razón: por más que buscara el rasguño en su cuerpo, no lograba dar con la localización exacta.

Asimilada la afirmación de mi hermano, se aseguró de que lo llevaba todo y salió. César maldijo en susurros no haber dicho lo que deseaba. Quizá, después de tantos años, veía cómo creía que tenían que ser las cosas. Al fin y al cabo, la primera y última muestra palpable de que compartían algo más que diferencias fue un beso.

Uno que desvió el curso de todo y eliminó de un plumazo esa época en la que al menos habían sido amigos. Desde entonces, él jugó a no saber qué

había ocurrido a partir de aquel instante. En cambio, allí de pie junto a la barandilla de la terraza, calándose hasta los huesos, no tuvo valor de negárselo. Recordaba cada segundo de ese beso y no se molestó en negarse a reconocer que, aunque fuera para sí mismo, había fantaseado con lo que iría después de él o que había perdido la cuenta de los enfados que les había ocasionado su ansia por enterrar el valor de no volver a repetirlo.

Miró sus calcetines y susurró «tan parecidos pero no iguales». Entendía a la perfección lo que Bárbara quiso decir con ello; recorrían caminos diferentes. Y también qué fue lo que los separó. Ella lo quería todo, y él se había conformado con lo mínimo con tal de tener algo. Su forma de enfrentarse al nacimiento de sentimientos diferentes a los que habían conocido no fue el acertado. No se arriesgó, para seguir teniéndola en su vida como fuera, y se equivocó en el planteamiento. En él, serían el chico y la chica que lo compartían todo; con gestos, palabras o acciones. Hasta que el miedo hizo que él se cerrara y, con el paso del tiempo, terminaran por no saber hacer nada de eso. Se sentía como un marciano para ella, la razón por la que decidió no pelear.

Y si ella había decidido tomar otro desvío y decir en voz alta todas las cosas horribles que pensaba de él, no sería él quien la entretuviera. No tenía derecho. Esbozó una mueca de amargura, porque tras esa idea llegó una conclusión: el motivo de que ya no hubiera un ellos siempre había sido él. Había preferido no intentarlo con tal de no perderla. Y estaba a punto de hacerlo. Se atrevió a aferrarse a esa idea, antes que aceptar el fin. Enchufó los auriculares al móvil y se torturó un rato más con la voz de James Bay cantando *Scars*.

Bárbara bajó en el ascensor refunfuñando lo que creía pensamientos. Un par de veces miró a su espalda, con la esperanza de que él la hubiese seguido para pedirle que se quedara. Por el momento, la decisión de irse solo había sido una forma de ponerlo al límite y hacerlo saltar. En cambio, conforme se acortaba la distancia para llegar a su casa, la sensación de que lo que ella sentía por él era mutuo se desvanecía, como una hilera de fichas de dominó empujadas por un dedo. Quizá era hora de dejar de esperar y embarcarse en lo que empezaba a estar convencida de que sería lo mejor para ella y su futuro. Tal vez, aceptar la proposición de mi padre no fuese tan malo. Tal vez, la distancia pudiera borrarlo todo.

24. El punto de inflexión

Joel

Con la mirada perdida en el contenido del periódico, Ainhoa me esperaba sentada en una terraza del centro de Madrid. Necesitaba que nos viéramos. Tenía un problema. ¿Otro más?, dirás. Ya te dije hace tiempo que, si tenía que ver conmigo, no era muy hablador. Ni de nada si lo podía evitar. A lo sumo, coñas sin sentido. Y no hace falta que adivine que, gracias a esa particularidad de mi carácter, deseas desde hace rato patearme las pelotas y no en un sentido metafórico, precisamente. Supongo que es hora de que deje de hacerme el remolón, me líe la manta a la cabeza y desembuche.

Anduve a su encuentro con ansias y sin retardarlo. Sus labios descansaban en el borde del vaso que sostenía, sin sorber. Cuando algo despertaba su curiosidad, se metía tan de lleno que parecía dejar pausada su atención a los demás estímulos que la rodeaban. Sin poder evitarlo, pensé en lo parecidas que eran ella y Cleopatra en ese sentido.

Al llegar a su lado, me disculpé por llegar tarde, antes de saludarla con dos formales roces en la mejilla que cumplían la misma función de dos besos. Me sentí fuera de lugar, pero sonreí. Desde el día en el que decidimos dejar de hacer el idiota con nuestras vidas, no habíamos hablado, y no porque ella no hubiese intentado ponerse en contacto conmigo a lo largo de los siguientes meses. Yo ni estaba preparado ni quise verme, otra vez, en un punto de partida que ya no tenía desvíos a ninguna parte.

—Tú y tu manía de salir a un compromiso con el tiempo justo —saludó.

Tranquilamente, cerró el periódico y lo colocó a su lado. Aquella mañana, su apariencia era bastante diferente a la Ainhoa que pululaba en mis recuerdos. Llevaba el pelo más corto y un vestido con flores de colores vivos a la altura de la rodilla. En cuanto corté la llamada, me arrepentí de haber

dado el paso de quedar en vernos. Sin embargo, a mis treinta y dos años, todavía cargaba con problemas de identidad que debería haber resuelto en la adolescencia. Aunque, ¿a qué edad está uno preparado para conocerse? En el último año había barajado la posibilidad de que todos tuviésemos matices que solo ven los demás y otros que nos aterroriza tanto verlos en nosotros mismos que impedimos por todos los medios que salgan de ese rincón oscuro en el que los mantenemos recluidos. Ella conocía todos los míos y tenía, esperaba, la suficiente confianza para mostrármelos.

Eché hacia atrás la silla en la que iba a sentarme a su lado y mis ojos se pararon unos segundos en su tripa. Estaba abultada. Al llegar a sus ojos, me sostuvo la mirada..

—Conocí a un chico cuando lo dejamos y todo ha ido muy rápido — resumió.

—Y que lo digas, joder, si te llamo unos meses más tarde tengo que venir emperifollado para un bautizo. La virgen. Estás...

—Gorda, hinchada... Dilo, vamos, no te cortes.

Inconscientemente, mi memoria recapituló unos quince años, justo al instante en el que nos dijimos el primer *hasta luego*. Acabábamos de terminar Bachillerato, con la diferencia de que, mientras ella tenía la idea fija de licenciarse en Medicina para terminar especializándose en Oncología, el Joel de esos días lo único que tenía claro era salvar el mundo; de qué y cómo, todavía no lo había descubierto.

Me tomé un año sabático, como ves algo muy socorrido en tiempos de crisis para mí, hasta que ser veterinario se implantó en mi sesera como algo atractivo. En aquellos años, vivíamos en la misma ciudad, pero no en la misma órbita. Ella era decidida e imparable, y yo... yo un amasijo de piel y huesos que creía planearlo todo y no estaba seguro de nada. Después de ese primer *hasta luego*, vinieron otros. A decir verdad, terminamos siendo muy predecibles. Yo lo achaqué a la costumbre, pero después de todo lo que había meditado en el año anterior, y lo que había vivido en las últimas semanas con Cleopatra, me planteé otra explicación alternativa que se sumaba a la anterior: dependencia. Me volví dependiente de la seguridad que ella me daba, del orden, de las pautas por las que nos regíamos. Así era sencillo. Entonces, me alegré de dar el paso de verme en aquella situación, cuanto menos incómoda para ambos. La conversación que no habíamos tenido al romper y tirar cada uno por nuestro lado era el punto de inflexión que tanto necesitaba para aclararme y dejar de echarme la culpa de cosas que no solo

había hecho mal yo y que, a su vez, me impedían seguir haciendo otras bien en el presente. El primer paso para salir de una espiral viciosa es querer hacerlo, ¿no? Pues allá que iba.

—Felicidades. —Le apretujé una mano, volviendo físicamente al presente, aunque mi cabeza continuara sopesando todo lo anterior.

—Una de las cosas que más me gustaba de ti era que nunca te has molestado en llenar silencios con tonterías que lo hicieran más incómodo. Gracias por no hacer esto más raro.

—¿Raro? ¡Anda ya! Si necesitas un padrino...

Si mi cabeza no hubiese estado con otra persona y en otros acontecimientos, habría sido consciente de lo incómodo, atípico y todos los sinónimos que se os ocurran para aquello. No lo fue, y eso significó que en ese aspecto había pasado página y hasta sentí alivio. Aunque pareciese que había cierto resentimiento entre ambos, mis pulmones dejaron de tomar más aire del que necesitaban, porque los años y las experiencias que creí haberle robado dejaron de sobrevolar, al verla tan feliz y radiante.

Que no lo hicieras bien con una persona no significa que vayas a hacerlo igual o peor con otra. Salvo si eres Joel Jurado y vas por la vida de chulo, mirándote el ombligo sin sopesar que el día que levantes la vista habrá más cosas aparte de ti y de tus errores.

—Iba a preguntarte por nosotros; por si creías que nos quisimos hasta el final. Y, entonces, te he visto y he entendido que hay respuestas a las que llego un poco tarde y que ya no necesito.

—Reconozco que estoy un poco en alerta desde que me llamaste —confesó—. No sabía que esperar de esto... Menos mal que mi hermana me habló de ti, de tus visitas a Oban, de la chica, y pensé que, al fin, habíamos conseguido pasar página, recordarnos como lo que fuimos: el primer amor con el que aprendimos lo bueno y lo malo.

—Tu hermana siempre se adelanta, la jodida.

—Después de tantos años con alguien, imaginarte con otra persona es extraño. Sé cómo te has sentido, Joel. Cómo era tener esa sensación de no saber si alguna vez querrás otra vez a alguien y si lo harás de verdad... O, incluso, si sabrás cuándo ya no lo haces y ser capaz de decir adiós.

—Ese ha sido nuestro mayor error —proseguí—. No saber cuándo despedirnos...

—Sí, nos agarramos a ese clavo ardiendo, a lo seguros que estábamos «juntos» —completó mis pensamientos—. No todo lo hicimos mal, siempre

te recordaré con cariño y, si te digo la verdad, me dio mucha pena llegar a creer que nunca más estaríamos en el mismo espacio hablando como adultos.

La escuché embobado; había compartido esas dudas junto con otras muchas. Cuando salí de la burbuja, me di cuenta de cómo me había obsesionado con mi trabajo, por conseguir todo lo que decían que no duraría por ser una locura. O cómo, además de haber alejado a todo el mundo de mi núcleo de confianza sin querer, había dejado de preocuparme por los detalles o acontecimientos de sus vidas. Lo único que me importaba era demostrarles que estaban equivocados, que podría. Solo estaba yo por todas partes. Y ese era mi mayor miedo, haber conseguido ver lo que no quería y darme cuenta de que, tal vez, me había convertido en el tipo de persona que nadie quiere ser. Me aterraba ser consciente de que era mala persona. Haber abierto la caja de Pandora.

—¿Crees que soy mala persona? —le pregunté de golpe.

—Joder, estaba asumiendo que nos habíamos olvidado de empezar con un cordial, «¿qué tal?». Pero ya veo que estás un poco con la soga al cuello.

—Sí, estoy un poco jodido. La he fastidiado. Mucho. Y no sé por dónde empezar a explicarme para arreglarlo...

—Hay cosas para las que no hay que tener discurso preparado, solo huevos.

—Puede que los pierda.

—Si no los arriesgas, no vas a usarlos. Así que el caso viene a ser el mismo. —Me miró, pensativa—. Eres un soñador, un poco inflexible y demasiado cabezota. Aunque no por ti. —Mi estómago se sacudió—. Tu mayor defecto siempre ha sido querer complacer a todos. Actuando así, ganes o pierdas, nunca estarás contento del todo.

Tenía razón. Yo era el hermano mayor, del que todo el mundo esperaba grandes cosas, no podía pararme a respirar o tomar aliento. No me estaba permitido quejarme, porque tenía un don; todo lo que intentaba me salía fácil. O eso creyeron todos, y yo les di lo que quería y terminé interiorizando que así era como debía uno andar por el mundo. El matiz viene cuando te conviertes en adulto y eres tú quien debe ser el pilar de tus propias decisiones. Y así fue todo.

Para mí fue más fácil pensar que eso era lo que se esperaba de mí y dárselo. Dejé de ver más allá de mis propias narices, de lo que yo creí importante. Empleaba tanto tiempo y energías en ser ese niño al que todo le salía fácil que no me di cuenta que empeñaba todos mis esfuerzos y vida...

en un trabajo. Solo tenía eso. Yo no tenía capacidad para ser feliz con otras cosas y hacer a otra persona igual. Hasta que la conocí.

—La cuestión es que he metido la pata, el brazo y todo el cuerpo, por haber pasado de complacer a todos a pensar solo en mí. Ella no se lo merecía, terminara gustándome y necesitándola en mi vida o no. Soy un cabronazo.

—¿Cómo es ella? —Dio unos golpecitos en la mesa con los dedos. No había hecho ningún comentario al respecto, aunque sabía que mi cabeza se iba lejos en cuanto se despistaba.

—Ella es... auténtica. Si cree en algo, se lanza sin planear todo lo que va a salir mal y, si lo hace, lo intenta una y otra vez hasta conseguir ese final diferente en su historia. Cuando estoy con ella, todos los pedazos que tengo por ahí dispersos se unen y entiendo un poquito más de mí, no me asusta lo que veo, ni tengo miedo de conocerme. Me gusta quien soy... Tanto que lo he estropeado todo por no ser capaz de desprenderme de esa sensación.

—Exactamente, ¿qué has hecho, Joel?

—Preferir recordar lo que pudo ser por negarme a creer que si alguien es especial lo va a ser desde el primer día o un millón de años después. Mentir y ser egoísta —concreté.

—¿Tan grave es que una disculpa no puede arreglarlo?

—Me he reído de ella, de todos, en su cara. —Frunció el ceño, pidiendo más detalles—. ¿Has oído lo del compromiso de mi hermano?

—Sí, durante el aniversario de esa marca de joyería tan famosa. Tus padres nos invitaron a Judith y a mí. —La miré sorprendido—. Yo he rehusado. En fin, no te desvíes...

—El caso es que el anillo se extravió. Ella estudió las opciones de dónde podría estar y se fue a buscarlo, sin más.

—¿Y...?

—Yo sabía dónde estaba y, aun así, me callé. Al principio, solo quería desconectar unos días y ayudar a mi hermano. Luego, no sé cómo, me enganché a ella, y lo único que tenía en mente era retrasar el momento de volver...

—Joder, Joel... Has hecho rayita, por Dios.

—No me va a perdonar —me quejé.

—Lo tienes un pelín complicado. Tenías razón en lo de no volver a usar tus gónadas. Si yo fuera ella, habría pensado mil formas distintas de arrancártelas.

—Lo ha hecho, seguro...

—¿Y piensas quedarte en la madriguera sin intentar arreglarlo? ¿O encima esperas a que sea ella quien venga a castrarte?

Bajé los hombros en forma de redención.

—No sé cómo hacerlo bien.

—Improvisando, Joel, improvisando.

Relajó el rostro, rebuscó en su bolso y, al encontrar su cartera, sin prisas la abrió y sacó algo de ella. Estiré la mano y la cogí. Era una fotografía nuestra de adolescentes. Alcé la vista para comparar a esa chica con la de la foto. No tenía que examinarla mucho, porque durante años observé una copia igual a esa.

—Estos éramos nosotros y los recuerdos con los que nos quedamos fueron de esos años. La sombra en la que nos hemos escondido. ¿Quieres hacer lo mismo con esta chica?

No esperó a que respondiera. Supo que mi mente ya no estaba con ella, sino con Cleopatra y con los pocos escollos de valor que había conseguido reunir desde que habíamos vuelto a Madrid hasta ese momento.

—¿Por qué lo haces? Dame el tirón de orejas.

Aprovechando que tenía la cartera en la mano, pidió la cuenta y pagó el par de infusiones que había tomado y mi café, y se levantó.

—Digamos que hace tiempo que alguien tendría que habértelo dado. Yo lo hice conmigo hace tiempo. —Sonrió y se acarició la barriga—. Empecé de nuevo. Tú tienes derecho a hacer lo mismo.

—¿Esto es una despedida?

—Un *hasta luego*. Siempre estaremos el uno para el otro, pero cada uno en su vida. No seas tonto y busca la tuya.

Me acarició la barbilla y me plantó un par de besos en la mejilla antes de revolverme el pelo e irse.

Nunca me habría imaginado el desenlace de aquel encuentro. Sin pestañear, la observé alejarse y me levanté también, decidido a improvisar.

«Ay, pollito, la que has liado».

25. No es amor

Habían transcurrido cuatro largos días desde la noche en la que la tormenta se desató. Y sin romper mucho con mi modus operandi tras un desengaño amoroso, no permanecí hecha un ovillo camuflada entre los cojines del sofá, ni derramando lágrimas hasta quedar vacía de dolor o rabia.

Mi interior se heló, hasta congelar cada órgano o sustancia química responsable de mi aturdimiento sentimental previo, y, lejos de que la dura e impenetrable fachada adoptada me hiciera sentir mejor, me convirtió en lo que comúnmente suele conocerse como una hija de la grandísima perra amargada de manual a quien, para más señas, su propia bilis le daba puñetazos en los intestinos.

Todo aquel que se cruzaba en mi camino en los lapsos en los que mi ambivalencia tornaba a un «todo es una soberana mierda y por ello me molesta que respires y parpadees» sufría los desvaríos de mi despejada y camaleónica lengua de víbora. Pobres, me miraban con el mismo pánico que a Nigan, sonriendo con Lucille recostado en el hombro.

Nunca me he considerado mala persona, pero no negaré que mi dominio del lenguaje a la hora de dedicarle a alguien palabras envenenadas era de sobresaliente. Si deseáis despejar dudas, preguntadle a César.

El cagón de mi hermano llevaba desde la noche que me arropó para dormir como un ratón encerrado en un laberinto con un gato, según Bárbara, dejándome mi espacio. Mentira. Era perfecto conocedor de que, cuando los efectos de ñoñería se evaporaran, tendría que vender parte de su cara de guapo, como mínimo, al cancerbero para que le perdonara haber reaccionado como un energúmeno con Joel, mientras se había guardado para sí mismo que él ya sabía que me había engañado.

De repente, mis pensamientos se vieron interrumpidos por la apresurada y estrepitosa entrada de Bárbara en mi despacho.

Retiré la mano de mis ojos para mirarla directamente porque, para rematar,

además del caos reinante en mis emociones, tenía una nueva amiga extra: la migraña. Y mucho me temía que no tenía intención de mudarse a otra cabeza, ni tomando pastillas como caramelos.

—La tía Lucía me está volviendo loca. —Se abrazó a sí misma, humedeciéndose los labios y golpeando el mármol del suelo compulsivamente con el pie izquierdo.

Tía Lucía era el apelativo cariñoso que utilizaba para referirse a mi madre. Debido a sus circunstancias personales, que todos conocemos, pero nadie menciona nunca, mi madre es un referente femenino para Bárbara. La respetaba y adoraba del mismo modo que cuando la conoció con siete años. Razón por la que, además de las múltiples funciones que desempeñaba en la empresa, mi amiga era de la familia, aunque no llevara el apellido.

Alcé la ceja con escepticismo. Normalmente, la exagerada de las dos no era ella. Sin embargo, en esa ocasión, la que sujetaba la puerta para impedir que la atravesara el mismísimo Lucifer no era yo.

—¿Qué venazo le ha dado ahora a la vieja loca? ¿Le ha sobrevenido por fin la crisis de los cincuenta? —pregunté, sabiendo que mi señora madre no me oía, claro.

—Peor... la de los treinta, cuarenta y cincuenta... Todas juntas. Está histérica por los pasillos, dando órdenes como si de una *wedding planner* se tratara. Lo tiene todo patas arriba y no para de preguntarme por ti y por César. —Se despegó con cautela de la puerta—. ¿Qué le digo?

—*Marditos*, ¿para qué le hacen caso? —Me masajé la frente con los dedos—. Nada, se daría cuenta de que estás mintiendo y es cuestión de tiempo que me la cruce, por muy bien que me esconda. Una de sus detestables virtudes maternas es su agudísimo olfato.

Su pie continuó con la compulsión, incluso cuando se sentó en la silla de enfrente de mi escritorio.

—Estás nerviosa... Y tú no te alteras ni con una alerta ocho en la escala Ritcher. Ya viene hacia aquí, ¿me equivoco?

Resopló, soltando parte de su agitación.

—Se llama sosiego. Y agradezco no ponerme a cacarear cada vez que algo me supera. *Puff*, es agotador. En fin, no te equivocas, viene hacia aquí... con un vestido para la fiesta.

Entrecerré los ojos y suspiré varias veces.

No recuerdo haberos hablado de mi madre mucho hasta ahora. Pues bien, mi señora progenitora es de la clase de personas que se entera de todo sin

preguntar. Y para desgracia de muchos, mi tenacidad, cabezonería y orgullo no eran más que niveles menores heredados de los suyos. Cuando quiere algo, me exaspera hasta a mí, y es tan buena llevándote a su terreno que, antes de parpadear dos veces, ya estás de barro hasta el cuello.

Bárbara recogió unas carpetas y se dispuso a salir de nuestro despacho, a la misma vez que *mami* entraba. Su sonrisa sibilina ya me chivó que algo no iba bien. Al ver mi expresión, Bárbara decidió permanecer en la retaguardia.

—Pruébate.

Tenerla haciéndose notar por los pasillos era igual que tener un servicio de guardaespaldas gratis. Desde que mi padre se enteró del verdadero motivo por el que estuve ausente, tanto César como Bárbara y yo nos encontrábamos en la cuerda floja. César aguantaba la tormenta como podía; Bárbara se camelaba a mi padre sin esfuerzo y yo... pues usaba a mi madre como escudo para no tener que enfrentarlo. Adulto y maduro no es, pero sí efectivo. Conforme pasaban los días, la herida que me había hecho añicos el alma, en lugar de mejorar, se infectaba más, y no estaba de humor para aguantar el resultado del exceso de aburrimiento de mi madre.

—Muy bonito, madre. —Odiaba que la llamara así. Según ella, la hacía parecer un siglo mayor del medio y pico que ya cargaba—, pero ya tengo vestido.

Como era de esperar, ella pasó olímpicamente de mí y estiró el vestido de flecos en el escritorio, para que lo viera bien. Suspiré con ganas —no sé cuántas veces lo había hecho a lo largo del día—.

—¡No voy a desnudarme aquí! —Alcé la voz, cuando se acercó y se dispuso a abrirme la chaqueta para que me la quitara—. Tengo uno precioso para la fiesta y, por si no te has dado cuenta, estoy deseando que pase, no recrearme visualmente delante de los invitados.

—Sí, pero es negro.

—¿Y qué problema hay con que sea negro? Es un color elegante y...

—Soso y poco original —terminó ella—. Mira el tono de este.

Otra cosa que no sabéis de mi madre es que es costurera o modista, como prefiere que la llamemos. En tan solo un garbeo sabe decirte tus medidas, sin mucho margen de error. Así conoció a mi padre. El chico de veinticinco años flacucho y de piernas largas se convirtió en un hombre de la noche a la mañana y, como tal, necesitaba que sus pantalones no le llegaran por encima de los tobillos o que las chaquetas se le estallaran en un arranque de efusividad. Resumen: mi abuela le hizo trajes nuevos y consiguió un cliente

potencial, y mi madre un admirador que terminó siendo su marido y padre de sus tres hijos. Por ello, irónicamente, nunca da puntada sin hilo. Me probé el vestido de las narices, sin perder de vista cada una de sus puntadas. Y mostré mi exasperación bizqueando y haciendo muecas de desgana cuando me puse delante del espejo de medio cuerpo sobre el aparador, cercano a la puerta.

—El azul siempre te ha sentado bien. —Me acarició la cabeza y me ahuecó el pelo sobre los hombros.

Asentí, de acuerdo con su opinión, y ella sonrió maravillada del éxito de su cabezonería y elección. El tema de la fiesta eran los famosos años veinte americanos. Una época que da mucho de sí para una celebración y que, a mí, personalmente, me encanta. Con tanto lío, dolores de cabeza y estrés, me compré un vestido cualquiera que diera el pego con el tema, pero se ve que a mi madre no le complació mi elección y me trajo otro. Uno con un escote cruzado que me costaría rellenar con los escasos atributos que tenía de fábrica, con flecos azul acero desde debajo del pecho hasta encima de la rodilla y apretado del pompis. Mucho. Aunque con tal de no oírla, me pondría borlas en los pezones de ser necesario; menos una boa, eso sí que no.

—Bárbara me ha contado que estás pensando en matricularte el próximo curso en la universidad para ser especialista en Gemología —dijo, concentrada en nuestro reflejo. Yo me tensé, porque tampoco me apetecía explicar motivos y razones de mis decisiones, sobre todo cuando era insegura desde que mis padres me concibieron, y aquella era la primera vez que no tenía ninguna duda—. Tu padre y yo estamos muy orgullosos y felices de que por fin hayas encontrado algo que te haga feliz.

—Gracias, mamá. Yo también me alegro de estar encontrándome, aunque el mérito es de Bárbara. Si no hubiese sido por ella y por todo lo que me ha enseñado hasta ahora, yo no estaría deseando saber más sobre lapidación, diseño y tasación de piedras preciosas, semipreciosas y ornamentales.

Mi madre me miró estupefacta. Parecía que me lo había aprendido de memoria para soltarlo tal cual. Bárbara se rio, porque fue justo así; me lo había aprendido.

Mamá me dio unas palmaditas en los hombros y sonrió con la mirada perdida en sus pensamientos.

—Hablando de encontrarse. Hace unas horas, he conocido al hijo de Federico.

Puso cara de dulce gatita y se retiró hasta sentarse en el mismo sillón que minutos antes había ocupado Bárbara. La sonrisa le llegaba a los ojos. Lo

había hecho adrede para sonsacarme, pero la jugada no iba a salirle bien esa vez. Ya pasaba demasiadas horas con Joel metido en mi cabeza como para encima materializarlo con palabras.

—Ya te he complacido probándome el dichoso vestido —cambié de tema, irritada—. Ahora, si no te importa, me gustaría terminar con mi trabajo. Gracias.

—Ese orgullo no te va a llevar lejos. —Se mordió el carrillo—. Y tapar las heridas no las hará sanar antes; ni hacerlas menos reales, cariño.

—El orgullo es lo único que mantiene intacta la poca dignidad que me queda, mamá.

—Tonterías. La mayoría de decepciones que has padecido en tu vida han sido las consecuencias de ello; no te paras a razonar si hay otro punto de vista o no. Te lanzas como los burros, y te cuentas un discurso para convencerte en caso de que aparezcan dudas de que estás completamente equivocada. Igualita que tu hermano. Como que os he parido yo. Manda narices que os parezcáis tanto en lo odioso, ¡Jesús!

—Te equivocas, desde el principio supe que era una aventura absurda. Y, precisamente por eso, supe que no duraría ni tendría futuro. Nadie puede enamorarse en unos días, y ni siquiera nos conocemos. —Me reí de mi última afirmación—. De haberlo hecho, no me habría llevado semejantes bofetones al poner los pies en la realidad.

Mi madre dejó escapar varias carcajadas y clavó los ojos en los míos. Los rehuí, no quería ver nada en ellos ni en sus gestos que me pudiera hacer dudar.

—Treinta y dos años llevamos tu padre y yo juntos, y créeme cuando te digo que no nos conocemos ni la mitad. Y gracias a Dios, qué aburrimiento si no fuese así. Las personas maduramos y cambiamos. Por mucho que me conociera con veinte años, ya no soy esa chica ni él aquel de veinticinco. Eso es amor y convivencia; adaptarte a los cambios del otro y saber perdonar cuando te pilla en medio de alguno y sales escaldado.

—Te admiro. A los dos, de verdad. —Me coloqué la mano izquierda sobre el pecho—. Yo no puedo perdonar a Joel. Es más, que estemos hablando de él no tiene sentido.

—Tú misma. —Me besó la frente—. Pero no porque te repitas más veces ese discurso, «improbable» va a convertirse en un «imposible».

Dicho eso, se marchó como si no hubiera roto un plato.

—¿Estaba defendiendo a Joel?

—No, estaba defendiendo el amor. —Mi cara de confusión la animó a explicarme qué narices había querido decir—. Las madres son así, Cleo, digo yo. Si hubiese sido la mía y ella también tuviera la certeza de que sería feliz con algo que me niego a ver, seguro que haría cualquier cosa para que dejara de estar ciega.

Las palpitaciones de la migraña volvieron a hacer acto de presencia y, con ellas, la urgencia de presionarme las sienes y cerrar los ojos.

—De todos modos, cuando lo ha visto, le ha dicho literalmente: «No te doy dos bofetones por los años de amistad entre mi marido y tu padre».

Abrí los ojos y sonreí sin querer. Esa era mi madre.

—Y, por si quieres hacer un hoyo y meterte en él, no descartes que aparezca por esa puerta en algún momento.

—Ya tiene que tener huevos para hacerlo...

Las dos salimos del despacho. Bárbara continuó con sus quehaceres y yo los pausé unos minutos para ir a tomar aire. Darle vueltas a todo me estaba volviendo loca. Desear no estar enfadada con mi hermano y el mundo, no esperar más una llamada de Joel en la que me explicara los cabos sueltos que mi entumecido corazón necesitaba oír para terminar de odiarlo plácidamente o... perdonarlo...

Me estrujé los sesos sobremanera, pero no conseguí llegar a una deducción lógica que me hiciera comprender la actitud de Joel. Yo intentando actuar después de razonar, comportamiento extraterrestre donde los hubiera. Cleopatra Shapir no había sido coherente y ordenada en pensamientos o actos jamás. El caos era inherente a mí. Y, aunque me escociera reconocerlo, mi madre tenía razón. Que me empeñara en creer que, porque apenas nos conocíamos y que por compartir unos días con alguien no se puede echar de menos, no iba a hacerse realidad mi deseo de no sufrir más por estar haciendo exactamente eso. Porque, por más que mi orgullo me impidiera reconocerlo con total libertad, ansiaba tener un motivo, solo uno, para poder perdonarlo.

Detuve mi caminata en la cafetería y compré un refresco sin caféina o estimulantes, porque nerviosa ya estaba. Bebí un sorbo del refresco y salí de allí, arrastrando los pies, de vuelta al despacho. Para no ser observadora, intuí desde fuera que había alguien dentro. La puerta estaba mal cerrada y no había persona alguna en el edificio, después de mi asquerosa manera de hablarles a los demás, que desconociera mi manía de tener las puertas y ventanas o cerradas o abiertas, nada de a medias.

Dentro, un pie calzado con unas zapatillas deportivas oscuras se

balanceaba con parsimonia arriba y abajo por fuera de uno de los sillones de visita. Un codo apoyado en el reposabrazos y el relajado repiqueo de los dedos de la otra mano en el escritorio, me dieron la bofetada que me faltaba para culminar el día. Carraspeé para que advirtiera mi presencia y fui directa a escudarme detrás del escritorio. Sin parpadear ni abrir la boca, me dejé caer sin cuidado en el asiento, de manera que, cuando estuve sentada, el sujeto mentiroso y prófugo de la verdad, tragó saliva y meditó más segundos de los que mis constantes vitales iban a soportar, si no decía algo que me diera vía libre para tirarle lo primero que tuviera a mano.

—Hola.

Fue todo lo que dijo. Su voz fue áspera y temblorosa. Igual que mi pulso.

Desvié la mirada hacia el papeleo y las fotografías antiguas de mi escritorio. Era toda la información que me había facilitado el padre de Joel para realizar un árbol genealógico. Un regalo especial de nuestra parte a su hijo menor, que recogía las historias de cada una de las mujeres que había llevado la sortija y de los hombres que, como él, se las habían regalado y les habían pedido tener la suya propia al entregársela.

—¿Qué quieres? —traté de ser cortante. Me costó y me arrepentí en cuanto terminé de formular la pregunta, y de haber deseado tenerlo justo así; frente a mí, con palabras que no estaba preparada para oír flotando entre nosotros.

—Cleo, desde que... desde que volvimos, he intentado hacer esto. He pensado en llamarte mil veces. Luego, creí que lo más acertado sería hacerlo en persona y, ahora que estoy aquí, no sé por dónde empezar.

Quise decir algo para frenarlo y echarlo; necesitaba hacerlo, pero mi jodida lengua se encalabró y lo único que atiné a hacer fue parecer ajena y distante. Como si lo que estaba a punto de decir no fuera conmigo.

—Nunca quise hacerte daño, de verdad que no. Bueno, al principio sí. — Se levantó y quiso rodear la mesa, pero yo estiré la mano con la palma abierta advirtiéndolo para que se quedara dónde estaba—. Quiero decir que al principio solo pensé en mí. En escapar de todo lo que me asfixiaba. Creí que, cuando no la encontraras, desistirías y volverías y... En realidad, supe desde que te conocí que no lo harías y, con el tiempo, me alegré de que así fuera... Joder, esto es lo más complicado que he intentado hacer en mi vida... Estaba guardando un secreto y tú solo eras una extraña y, entonces, te volviste importante, y todo dejó de tener sentido y empezó a tener demasiado a la vez.

Me quedé estática y tiesa al oír su declaración. No por falta de emociones,

todo lo contrario; me desarmó y mi estómago era una batidora repleta de confusión rebotando de un lado a otro. No estaba entendiendo nada. Aunque comprendí y retuve lo que no debía: lo último.

—Estás perdiendo el tiempo yendo por ese desvío —alcancé a decir, y abrí el primer cajón del escritorio. En la puerta había una diana con una fotografía, ya te haces una idea de quién. Saqué los dardos y los dejé reposando en mis piernas—. Las dos únicas opciones que nos dejaste con tus mentiras fue posponer la fantasía o despedirnos antes de saber cómo sería despertarnos cada día, juntos y en cualquier lugar. Podría haber durado un día, tres o haber quedado ahí, pero habría merecido la pena. Ahora, solo estoy más segura que nunca de que nada fue real... Y fue por ti, tú lo condenaste todo y elegiste por los dos.

—No digas eso...

—¿Qué? ¿Que nada ha sido real? ¿Que tú eres el responsable de que no lo sea? No importa, porque digas lo que digas nada va a cambiar eso.

—No, no da igual —rebatí—. Ojalá te hubiese podido prometer todos los momentos que me gustaría regalarte, las cenas que deseo que compartamos o las cientos de conversaciones absurdas que tendremos para saber que odias, por ejemplo, como en lugar de sentarme en el sofá me tiro sobre él, o que a ti te encanta comerte una *mousse* de chocolate directamente del envase con los dedos. Me encantaría poder explicarte lo que fueron para mí esos días, pero necesito que me dejes hacerlo.

—Tuviste todo el tiempo del mundo mientras viajamos por Europa.

Sabía que, si no se iba, rompería a llorar, vomitar o cualquiera de las reacciones fisiológicas que a mi cuerpo le diera por tener para enfrentar aquel momento. Yo también estaba mintiendo, a mí misma. Aunque ya no me creía mis propias mentiras. Dejé los dardos sobre la mesa, me levanté y fui decidida a la puerta para abrirla e invitarlo a irse. Sin embargo, cuando pasé por su lado, él me agarró por la cintura y me obligó a frenar. Se incorporó y me abrazó por la espalda, apoyando la barbilla en el hueco entre mi hombro y mi cuello y me besó. Me encogí. Sus labios estaban helados, igual que las promesas que hizo y que ya no significaban nada, porque no podría cumplirlas. O las costumbres que ya no serían nuestras nunca más. Volvió a besarme y, con él, percibí el aroma a madera de su perfume, mezclado con los recuerdos que me estaban rompiendo en demasiados pedazos como para poder unirlos después.

Tenía que ser fuerte, mantenerme inflexible. Me revolví y me zafé de sus

caricias y volví a sentarme. Salir del refugio de la mesa había sido un error. Me costaba respirar más que antes. Cogí los dardos, arrugué la nariz y solo con mi expresión le di a entender que, o se largaba, o los dardos solo serían lo primero de todo lo que empezaría a lanzar.

—Lo siento.

Deseé ser capaz de escucharlo y preguntarle todo lo que me había atormentado esos días y, por más que me esforcé, mi orgullo no me lo permitió.

—No quiero tus disculpas; necesito tus razones, las de verdad. Y ahora mismo no sé si podría creerte u oírte. Necesito tiempo para procesarlo todo. Necesito que te vayas.

Pasaron varios segundos hasta que Joel se propuso a abandonar el despacho y, al ver su espalda cada vez más cercana a la puerta, me abracé, no sé explicar por qué, pero me sentí más blandita y frágil. Eché la cabeza hacia atrás, topando con el respaldo del sillón, cogí los dardos y me puse a lanzar a la diana con toda la rabia que había acumulado.

—Me cago en la puta, Cleopatra. —Varios dardos pasaron por su lado y se apresuró—. Siempre he odiado esa foto —dijo, ya desde fuera, y cerró, sorteando los últimos que me quedaban.

—¡Es una copia! —grité.

26. ¿La despedida?

Tres días más tarde, el esfuerzo dedicado a reflejar el trabajo de cuatro generaciones estaba a un paso de ser honrado. Demasiadas mentes en un mismo objetivo, sobrellevando como podían la disparidad de emociones coexistiendo en un mismo ambiente.

Para unos, el corte al lazo que inauguraba la fiesta representaba el alivio que culminaría con la finalización de la misma. Para César, los minutos disponibles hasta la hora ansiada eran retazos de esperanza que se resquebrajaba con la proximidad de la celebración, como si esta fuera un punto de inflexión que marcaría el desenlace de las batallas libradas entre él y Bárbara en las últimas semanas. En los siete días que faltaban para la fiesta, después de su última discusión, mi hermano decidió que era la definitiva, y preparó a conciencia el discurso que lo arreglaría todo, o terminaría con lo poco que les quedaba.

En el otro extremo de la casa, en mi habitación y con tiempo de sobra, Bárbara y yo comenzamos el ritual de transformación de monstruos moñudos camuflados en pijamas a princesas por unas horas. Y, con la excusa de que nuestra casa era la más cercana al jardín de la ceremonia, pocos metros cuadrados se salvaban del caótico desfile de personal. El único que no estaba presente era mi padre, que declinó la sugerencia de César para acicalarse allí; se defendió diciendo que, para un traje que ya estaba preparado para ponérselo, camisa y corbata no necesitaba pasar por chapa y pintura medio día antes. Ojalá mi madre hubiese seguido su ejemplo porque... mi señora madre resultó ser peor que un pájaro carpintero taladrándonos las sienas.

No había probado a verme con tantos recogidos diferentes hasta entonces. Mi tocador era un circo de horquillas, botes de laca y productos de maquillaje, que en su mayoría estaba segurísima de no haber comprado. Así que, cuando tuve que elegir entre mi vestido y el que mamá me forzó a probarme previamente, no tuve ni interés ni argumentos para rebatirle su

empecinamiento por el suyo.

—Eres casi una princesa, cariño. —Bizqueé y bufé bajito—. El negro te sienta muy bien, pero, al estar más delgada, habría que habértelo arreglado demasiado y...

Agonía, eso era lo que sufría cada vez que abría la boca. Mi madre era un ejemplo de todos los que están convencidos de que, gritando, los demás comprenderíamos mejor sus «mensajes». Me molestaba su timbre excesivamente agudo, y casi me hice sangre en la lengua para no darle pie a que pudiera subir el tono para sobreponerse a mis comentarios.

—Está bien, Coco Chanel, ya has ganado. Deja de restarle virtudes a mi vestido y de resaltar las del tuyo, es un trapo. ¿Qué más da uno que otro? — No fui capaz de contenerme más, me tenía negra.

En la otra punta de la habitación, se encontraba Bárbara dándose toquitos en las mejillas. Estaba preciosa con su vestido rojo con escote caja y tirantes gruesos, que dejaba al aire la mitad de sus bonitos hombros.

—¡Barbarita!

—No la llares Barbarita —reñí a mi madre—. Odia que la llamen así.

—Si le molestara lo diría, no es muda. —Se acercó a ella—. ¡Pareces una estrella!

—Gracias —dijo con timidez, enterrándose en el abrazo que mi madre le pedía.

Para ella significaba más que el agradecimiento a un elogio sincero. Era raro ser testigo de la parte más visceral de Bárbara, pocas veces la chispa dicharachera que la caracterizaba estaba opacada por reflexiones ajenas a la absurdez de las discusiones entre cualquier otra persona y yo. Qué le voy a hacer, soy peleona y cizañera, y a ella le encantaba contribuir a la causa.

Su mirada dubitativa era el retrato de alguien ausente, y ni las bromas, ni los monólogos de mi madre la hicieron cambiar de expresión. Tenía demasiadas cosas presionándole la sesera.

—¡Cómo echo de menos estar así con poco...! —dijo mi madre.

Como buena hija que pone interés cuando sus padres hablan, me conocía lo que iba después de ese vago lamento. Y me negaba rotundamente a escucharla rememorando por vigésima vez el relato de la primera vez que tuvo que usar faja.

—Mami, ¿por qué no vas a ayudar a los chicos con el nudo de la corbata? —sugerí, con un aleteo presumido de pestañas.

Respiré, aliviada de volver a estar en la paz del silencio. Por más que

hubiera deseado subdividir mi psique en más compartimentos de los existentes, mi cabeza no podía ser más multitarea. Terminar dándoles vueltas a todos era agotador y, con mi amiga en la luna, no daba abasto para improvisar palabras y pensamientos de aliento, que ambas sabíamos que no servían para nada, aunque, al menos, poníamos voluntad.

—¿Todavía no lo habéis arreglado César y tú?

Torció la boca antes de responder y balancear la cabeza negativamente sin mirarme.

—No, esta vez nos está costando más *entendernos*. —Le di unos golpecitos en los hombros, mientras se me ocurría algo que frenara la espiral de pensamientos que la tenía absorta.

—¿Os queda mucho?—nos interrumpió César desde el quicio de la puerta—. Como anfitriones, deberíamos estar por lo menos una hora antes.

Con su nudo *windsor* bien apretadito, entró a mi dormitorio tapándose los ojos con la palma y rompió con el silencio.

—Puedes mirar, estamos listas.

Quitó el paño de dedos de su cara e, instintivamente, barrió cada recoveco del cuerpo de Bárbara. Al ser consciente, eché de menos que alguien me mirara de esa manera, camuflando una sonrisa de deseo y sorpresa. Aquella noche, la belleza de Bárbara incitaba a voltearte al verla pasar, no tenía rasgos perfectamente simétricos definiéndole el rostro, ni curvas despampanantes y nada de eso opacaba el conjunto. Era bonita sin más, cumpliera o no estrictamente los cánones establecidos.

Además, nunca sacrificaba la comodidad por ir divina. No torturaba sus pies, ni solía sugerir nada con escotes hasta el ombligo. Y ya os conté que su concepto de moda era un tanto especialito, aunque soy incapaz de imaginármela con colores apagados o más acorde con lo que solemos llevar las demás, por lo que ni ella estaba acostumbrada a ver como sus dos redondeces resaltaban por encima de la tela, ni él imaginó encontrarse con aquel regalo para sus sentidos.

Para disimular su aturdimiento, silbó y nos volteó a ambas sobre nosotras mismas como piropo. Sin embargo, no dedicó palabras concretas a ninguna.

Bajamos con cuidado los escalones de la entrada, donde papá nos esperaba desde hacía un cuarto de hora dentro del coche.

—No cabemos todos en uno, tendremos que repartirnos —dijo Adriano.

—Bárbara y tú podríais ir en el tuyo, César —agregué yo.

César seguía embobado en Bárbara.

—¿César?

—Eh... sí, vale.

Adriano y yo nos miramos y subimos al coche de papá, mientras César rodeaba el coche para ayudar a Bárbara a sentarse de manera que la tela del vestido, que iba a arrugarse igual, no lo hiciera tanto durante el trayecto. Mi hermano puso especial esmero en colocarle el cinturón de seguridad a Bárbara. Con casual interés, estiró la correa, la introdujo en su ranura y dejó distancia para que no se pegara al vestido y dejara marcas.

Cualquiera sabría que tirar no serviría de nada, pues, al tiempo, el cinturón se ajustaría a la silueta del pasajero pero, caballero andante, utilizó aquella improvisada estrategia para acercarse a ella y tocarla sin tener que explicarse o pedirle permiso.

Permiso que ella le otorgó sin que él lo pidiera. Su barbilla resbaló despacio por el brazo de ella, a la vez que su corbata sobaba con timidez su escote. Ella retrepó para ponerse más erguida y huir de la posible reacción al contacto. No pudo, porque el olor de César la acariciaba y abrazaba, sin indicios de querer soltarla.

—¿Lista? —preguntó y retrocedió para rodear el coche y subir al sitio del conductor.

Bárbara tomó una gran bocanada de aire al notar el espesor del aire que los rodeaba. César la miraba con fijación mientras ella repiqueteaba con los dedos rítmicamente en una de sus piernas.

—Mi hermana está más tranquila, por lo que he visto, ¿no? —preguntó, por acabar con el silencio.

—Eso parece. —Enfocó su mirada en el exterior.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Qué es lo que te preocupa?

—Todo y nada. —Desvió la vista de la carretera unos segundos y la miró—. La fiesta, mi hermana...

—No hay ningún motivo para chafarse la fiesta pensando en lo que va a salir mal, porque nada va a estropear todo lo que hemos hecho para llegar hasta aquí. —Retiró una mano del volante y atrapó las de ella. Charlie tenía por costumbre ir y venir, por sorpresa y sin esforzarse lo más mínimo en dar pistas sobre lo que le ha ocurrido durante el camino. Todos lo sabíamos. Razón por la que nos preocupábamos e intentábamos no hacerlo al mismo tiempo—. Y a tu hermana... el mundo no es tan grande. La encontraremos y

la traeremos a casa. Ya verás.

Sin saber responder, alejó las manos del calor de la de él. Se humedeció los labios y revisó sus gestos por el rabillo del ojo.

Ninguno volvió a abrir la boca hasta que llegaron y, al hacerlo, ella bajó antes de que César se ofreciera a ayudarla abriéndole la puerta o tendiéndole la mano.

—Bárbara.

Se giró a medias y lo miró sin llegar a los ojos.

—El bolso —informó y se lo mostró con sorna—. No tengas prisa, mujer. —Se lo guardó bajo el brazo y le facilitó el otro flexionado para que se agarrara.

Una vez dentro, fuimos saludando al personal y a los primeros invitados, entre ellos, los padres de Joel. Mentiría si dijera que no tuve que darme un empujoncito mental para acercarme a su padre y saludarlo sin derretirme del bochorno.

Con Federico, el intercambio fue correcto. En cambio, su madre denotó cierto cariño al besarme ambas mejillas. La incomodidad se notaba desde lejos, no me atraía la idea de causarle una impresión equivocada al padre de la criatura, porque, siendo presuntuosa, tenía algo de esperanza en que volviera a demostrar su interés por mí y por lo nuestro, otra vez y un poquito mejor que la primera.

—Vendrá un poco más tarde, pero vendrá —susurró su madre en mi oído.

Sonreí, cohibida, con un cosquilleo reconfortante. Después de reconocerme que era posible sentir una conexión especial con alguien en poco tiempo, tenía claro que gritaran lo que gritaran mis sentimientos, Joel no iba a tener un plano tan detallado de ellos como el que me tendría que dar él a mí para que mi desaparecido orgullo se quedara en un segundo plano, controlara mis impulsos para vaciarle las pelotas y fuera capaz de escucharlo. Quería, *necesitaba* poder hacerlo, de verdad que sí. Aunque para eso primero tenía que aparecer.

Solo habían transcurrido tres días desde que lo había echado de mi despacho a punta de dardo y ya estaba pensando en perdonarlo, cuando ni siquiera se había esforzado en explicarse. ¿Se podía ser más patética?

El rugido de un micrófono me trajo de vuelta a la fiesta. Con total soltura, mi padre daba las gracias a todos los presentes por acudir, e invitó a César a subir al escenario. Mi hermano, sin chaqueta —hagamos una raya donde no se borre— y con alguna que otra gotera de sudor resbalándole por la sien, aceptó

orgullosa la llave que simbolizaba el retiro oficial de mi padre y su confianza en él para continuar con su legado.

Aquella noche más que ninguna otra hizo honor a su nombre, erguido con los focos apuntándolo, y disimulando su rubor, parecía un verdadero César, al tomar el relevo de mi padre.

Se acercó al micrófono y buscó entre la multitud hasta tropezar ojos con de Bárbara.

César agradeció el esfuerzo a todos los que hicieron posible que esa noche estuviera siendo tan especial; a todo el personal y a los antepasados que pusieron los cimientos para que la empresa fuera lo que es en la actualidad. Era un poco contradictorio que alguien con su seguridad no acostumbrara a expresarse en público, menos a extenderse con las palabras —con lo bien dotado de lengua que estaba el asqueroso—. Puede que los minutos que estuvo inmerso en su discurso sin desviar la mirada de su fiel doncella hicieran un poco de fuerza para ponérselo más fácil.

Calló, cabeceó y titubeó, mostrando dudas en entregar el micrófono o no, hasta que, finalmente, se decidió.

—Me gustaría darle las gracias a alguien... —carraspeó, César tampoco acostumbraba a elogiar públicamente a nadie, lo cual incitó a los curiosos a poner especial atención a lo que venía con esa declaración de intenciones inicial—. Bárbara Blanco, tantos años sufriendonos a grito pelado; a mí más que a nadie. Sin tirar la toalla, siendo pedestal y columna. Gracias por no rendirte conmigo.

Le di un codazo a Bárbara para que saliese de su estado de estupor. Estaba emocionada, y de sus labios pude leer un silencioso «para», a modo de ruego que él se saltó y continuó, siendo consciente de que cada par de ojos presente los examinaba por turnos a los dos.

—Voy a echarle de menos cuando no estés —entrecerró los ojos—, pero te mereces todo lo bueno que está por sucederte.

Sin más, bajó, dejándonos atónitos a todos. Aquello fue lo más parecido a una declaración, viniendo de mi hermano.

—Dime que le has contado que no te vas, y que él y su ego estaban ocupados en otra cosa y no se enteró de lo que le decías.

—Iba a hacerlo y me ha sido imposible. —La fulminé con los ojos—. ¡Te lo juro! Joder, no paramos de discutir y... quería darle una lección...

—Y lo alargaste —terminé por ella—. Mi padre va a flipar cuando le digas que no vas a irte.

—Bueno, técnicamente, ya no le tenemos que rendir explicaciones a tu padre...

Tuve que reírme de nosotras. Hay que ser liantas para acabar en los circos que nos metíamos. Pobre César. Las noches que habrá pasado y el porro que se habría fumado para ser capaz de decir «te echaré de menos» delante de cientos de personas.

—Tienes razón, y dudo que no se alegre cuando le cuentes la verdad. Por si acaso, yo de ti lo haría con distancia de seguridad, estamos hablando de mi hermano y acabas de darle un móvil.

—¿Un qué?

—Un motivo para asesinarte. Para una vez que uno de los dos se baja los pantalones y reconoce algo, resulta que es consecuencia de otra de vuestras «lecciones» al otro...

—Necesito ir al baño —tartamudeó ella.

La perdí de vista antes de que terminara de decirlo. César se acercó con la mirada interrogante.

—Ha ido al baño, Romeo —bromeé—. Ha costado, ¿eh?

En dos zancadas entró en los servicios. Para una vez que se envalentonaba, provocaba la huida de ella.

«Manda cojones», pensó.

—Joder, me has asustado —gritó, al ver su reflejo detrás de ella.

—He estado pensando estos días. Mucho. —Ella se cuadró, de espaldas a él, rehuyendo la imagen del espejo—. Sé que soy hermético, estirado, intransigente, inflexible.... Puedo seguir, o tú. Lo sabemos de sobra. Joder, creía que nunca podría hacer lo que estoy a punto de... —Tomó aire y la asió por la muñeca para que estuvieran de frente—. Todo lo que quería decirte se me está agolpando en el pecho...

—No estoy entendiendo nada, César.

¡Mentirosa!

Él resopló y trastabilló sin soltarla.

—Cuando quiero a alguien, me vuelvo idiota y... me temo que llevo más de la mitad de mi vida siéndolo, porque eres más parte de mí que yo mismo y no he sabido cómo hacértelo saber.

—¿Me estás echando la culpa de que seas un idiota? —Bromear fue su forma de ir asimilando todo lo que había condensado en esas pocas palabras de él.

—No, joder, te estoy diciendo... No tengo ni puta idea de lo que te estoy

diciendo. Me va a dar algo... ¿Quieres que te diga que fue lo que nos pasó?

—Claro. —No supo qué más decir, estaba más atacada que él.

—Te besé, me correspondiste y esperaste algo más de mí. Yo me acojoné y pensé en todo lo que podía salir mal, en todo lo que perdería. Y me esforcé por olvidarlo porque prefería que estuvieses de cualquier forma, discutiendo, tirándonos trastos, gritándonos..., pero estando.

—El beso... Si me hubieses dado una pista, una más clara... César..., me he pasado años creyendo que te quería tanto que solo veía lo que quería ver... Dios, casi me vuelvo loca repitiéndome que para ti había sido una tontería sin importancia y opté por olvidarlo y hacer como si nunca hubiese sucedido, también.

—Yo... solo quería que te quedaras.

—¿Podrías habérmelo dicho antes, coño! —Tiró para soltarse de su amarre, y él la rodeó con el otro brazo, juntó los suyos y la acercó a su pecho, colocando sus manos cruzadas en su espalda.

—Ya lo sé. Y lo siento. Solo quería que te quedaras —repitió como defensa—. Y la tensión de estas últimas semanas, por las discusiones, y que hayas decidido irte durante una temporada ha conseguido que abriera los ojos y me diera cuenta de que no tengo derecho a elegir por nadie para que se quede a mi lado. Es tu vida, por mucho que yo me empeñe en que sea de los dos, de la forma que sea...

—Cállate, joder. —Él se acojonó por el tono—. Lo de irme...

—¿Sí?

—Te lo dije para que te sintieras mal y... para que hicieras lo que acabas de hacer, supongo.

—¿No ibas a aceptar la proposición de mi padre?

—No.

—¿Y me lo dices ahora? Me cago en mi estampa, Bárbara. He hecho el capullo delante de mucha gente...

—Ya...

—¿Ya? Te repito que he hecho el capullo delante de mucha gente y, además, estamos discutiendo otra vez...

Él apretó las manos, ella expulsó el aire y tiró corbata de él hasta que sus narices rozaron.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Denunciarme a mi jefe?

Él la desafió con una sonrisa que le llegaba a las orejas, antes de besarla de forma lenta y decadente. Aspirando su olor y recreándose por todos los

besos que se había guardado durante años.

Un mordisco en el labio inferior y un último beso en la nariz puso fin al primer beso de todos los que se darían a partir de ese instante.

—Siempre tienes que quedar encima, ¿no?

—Siempre. En todo.

—Tu jefe debe de tener pase VIP al cielo.

—No te creas, lo llamamos Maléfico por algo.

Rieron sin dejar de mirarse a los ojos, se separaron un poco y, cogidos de la mano, salieron al exterior, siendo lo que ninguno esperaba conseguir jamás: uno.

27. El perdón

Me prometí que no lo haría. Lo conseguí el rato que estuve acompañada, pero terminé saltándome mis propias restricciones y busqué a Joel en cada rincón, cuando mi hermano y Bárbara se escondieron para, al fin, pelar la pava. Eso me lo contaron después, no estaba yo para deducciones.

Cansada de pelear conmigo misma, me tiré literalmente en el césped, todo lo alejada que pude del tumulto de gente y, con una copa en la mano, empecé a divagar y a asumir que no iba a tener mi tan esperado principio. Además, no me apetecía continuar esforzándome por mantener una pared de piedras como protección o hacerme de rogar. Dudaba que me saliera hacerme la dura y, simplemente, dejé de aparentarlo.

No tenía claro si era el brebaje que ocasionaba el alcohol al entrar en contacto con mi sangre o que había sentimientos demasiado poderosos como para controlarlos conscientemente. En fin... yo solo quería verlo aparecer por cualquier esquina como si nada hubiese cambiado; dejar de echarlo de menos. Moría por chincharlo, susurrarle cosas soeces e increparlo por cualquier tontería que me dijera. Olvidar que tenía memorizado dónde estaban mis lunares favoritos en su cuerpo, para volver a verlos y sorprenderme. Necesitaba que el aire volviera a hacerse pesado cuando lo tuviera cerca. Sentir ganas de estrangularlo y subirme a horcajadas sobre él segundos después. No quería resistirme más, deseaba creer que él también había sido tan suicida de dejarse llevar y sentir algo inexplicable como lo que yo ya no me molestaba en negar que sentía por él. Nos echaba de menos a nosotros y detestaba mucho más ver que la chulería y el coraje que había echado para cosas tontas durante nuestros paseos por Europa no lo iba a sacar entonces. Inevitablemente, era importante para mí.

—Hola —saludó su voz rota a través del micrófono—. ¿Se me escucha bien?

Agitada, solté la copa y me levanté del suelo, con la mirada puesta en el

escenario.

—Según el programa, es mi hermano quien debería estar aquí subido — un temblor empezó a extenderse por mis extremidades—, y en tensión, esperando si su novia aceptaba convertirse en su prometida y preparando las copas para hacer un brindis cuando esta dijera que sí. Pues bien, tendréis que conformaros conmigo. —Parte de los asistentes le rieron el chiste, yo abrí los ojos más, porque algo me decía que estaba a punto de descubrir parte de sus razones para haberme mentido, y la duda sobre si de verdad quería saberlas empezó a atenazarme en forma de angustia—. Quienes me conocen un poco saben que tiendo a ser breve, porque lo de juntar una palabra detrás de otra para explicarme, defenderme o comunicarme no es lo mío, así que me limitaré a ser el intermediario por el que él y mi, *spoiler*, ya cuñada, os lo expliquen a través de un vídeo que ha preparado a conciencia para esta noche.

Miré en varias direcciones en busca de una mirada conocida y cómplice. Adriano entendió el mensaje y se acercó.

—¿Has entendido lo mismo que yo? —me preguntó

—Se han casado —afirmé, llevándome la mano al pecho.

—¿Dónde está César? Con lo que le gusta que las cosas salgan diferentes al guion, tiene que dando saltitos por la expectación de la sorpresa —ironizó.

—Calla —le pedí.

El vídeo apareció en el proyector con la pareja de recién casados muy juntitos. Él sonreía, sin dejar de mirar la mano de su ya mujer, para que enseñara su dedo anular izquierdo, en el cual exhibía el rubí con orgullo y felicidad.

—Sé que no esperabais esta sorpresa —empezó a explicar Theo, el hermano de Joel—. Y que nuestros padres, sobre todo mi madre, estarán un poco disgustados por haberse enterado al mismo tiempo que todos. Aunque que no estuviésemos allí ya era una pista bastante evidente de que algo no iba según lo planeado. —El sonido de unos pasos se mezclaba con el aire de la estancia en un olor que reconocería bajo cualquier circunstancia; se acercaba a Adriano y a mí por nuestra derecha—. Agradecemos todas las muestras de cariño y atención de todos durante los últimos meses y, en especial, de la familia Shapir, anfitriones y verdaderos protagonistas de la celebración. Sin embargo, tanta expectación alrededor de algo que considerábamos íntimo, como era nuestro compromiso, empezó a restarle encanto. De modo que hace unas semanas decidimos que hacer una escapada con lo justo y carnos era

más acorde con lo que habíamos deseado.

Un «¡oh!» generalizado se sobrepuso a la voz de Theo, quien continuó relatando los detalles de la iglesia, testigos y, adivina, lugar en el que se había grabado el vídeo y pasaban su luna de miel, ajenos al lío que habían montado con su escapadita.

—¡Romeo de las narices! —Estaba tan cabreada que empecé a pensar con tacos.

¿Cómo lo que suponía felicidad plena para unos pudo terminar siendo el germen de la desgracia de otra?

—¡Hay que joderse! —Se rio mi hermano, ayudando—. Y vosotros haciendo vídeos y tú buscando el anillo de los cojones. Bueno, mira el lado bueno, aunque hayáis demostrado ser unos mantas cuidando tesoros ajenos, porque os dieron el cambiazo en vuestras narices, eso os exime de culpa, y todo ha terminado bien: el pedrusco está donde tenía que terminar.

Lo fulminé con la mirada y me ahorré responderle para no calentarme más y terminar soltándole dos sopapos. Con la torrija que tenía encima el niño, y lo pronto que espabilaba cuando no tenía que hacerlo.

—Además, acabas de descubrir que tu pretendiente te engañó por una buena razón.

—¿Podemos hablar? —El dueño de los pasos se descubrió a mi lado.

Esquivé su pregunta en silencio y me revolví como respuesta al cosquilleo del roce de sus yemas por la piel de mi hombro y mi brazo hasta la muñeca. Casi suspiraré de alivio por que estuviese a mi lado, y el malestar por que no intentara que tuviese motivos para perdonarlo se disipó.

—Yo mejor me voy. Suerte, la vas a necesitar —le dijo Adriano a Joel.

—Gracias. —Se palmearon la espalda—. Hola.

No le devolví el saludo y seguí sin moverme. Los aplausos siguieron al final de la historia de su hermano.

—No piensas hablarme, bien. —Paseó de un lado a otro delante de mí—. Vale, que no hables no significa que no vayas a escucharme...

—Yo de ti no confiaría mucho e intentaría ser breve y conciso —espeté, casi sin voz—. Las cosas que hay que ganárselas, y tú tienes muchas medallas para no tener premio en varias vidas.

En otras circunstancias, uno de sus comentarios en forma de chiste que solo le haría gracia a él no se hubiese hecho esperar. No parecía él. Estaba diferente; ausente, como si viajara entre sus pensamientos; cansado e inseguro.

Cesó su frenético paseíto y se acercó a mí que, inmóvil, hice lo último que debí haber hecho; dejar que me mirara a los ojos y que su angustia se sumara a la mía.

—Otra vez no sé por dónde empezar. —Se desabrochó un botón de la chaqueta del traje—. Estos días he descubierto que tengo poco rodaje en arreglar mis cagadas y he intentado planear cada palabra y pausa que te diría para que me perdonaras. Y como no ha ido muy bien, al final le he hecho caso a una amiga y me voy a lanzar a la improvisación.

Resopló y se mesó el pelo con la misma mano con la que luego me rozó la mandíbula con sus nudillos. Y no, tampoco me moví. Algo me decía que, si se me ocurría hacerlo, perdería el escaso control que tenía de mi cuerpo.

Me exigí aparcar el nerviosismo y las ganas que tenía de matarlo y escucharlo al mismo tiempo, y me centré. Que, ya puestos, muy compatibles si las ejecutaba en ese orden no eran.

—Lo usual es hacerlo por el principio —conseguí decir—. Aunque, para eso, hay que saber cuál es, porque ya está más que confirmado que lo nuestro es marear a la lógica y hacerlo al revés.

—Al menos he cumplido la promesa que te hice. —Se atrevió a bromear el sinvergüenza—. Te prometí que todo iría bien, que lo encontraríamos y lo hemos hecho.

—Sí, y habría sido tal cual, si de verdad hubiese estado perdido —puntualicé—. Y ya que estamos dime, ¿cuándo y cómo se perdió? Y ten en cuenta que, cuando una mujer hace una pregunta con el tono que estoy usando yo, suele saber la respuesta.

—Conforme se acercaba el día, mi hermano estaba más contrariado con hacerlo así, delante de todos. —Se aclaró la voz—. Soy el hermano mayor, el que lo planeaba todo y, por ello, creía que mi manera de hacer las cosas era la acertada. Hasta que Ainhoa rompió conmigo y vi que estaba solo y nadie más que yo era responsable de ello. No había sembrado, no podía recoger; aparté a todo el mundo de mí. Entonces, mi hermano me demostró que, incluso habiendo estado años con la mirada puesta en mi ombligo me quería, él y todos. Y yo... Joder, era lo primero que hacía por alguien que no era yo en mucho tiempo. Se lo debía. Supe que quería retrasar el compromiso hasta que encontrara la forma de zafarse de toda la parafernalia que lo rodeaba y oprimía, sin decepcionar a nuestros padres.

Se tapó la cara con ambas manos y me imploró con sus gestos que le permitiera tomarse un respiro antes de continuar.

—Continúa, no seas tímido —lo apremié, contradiciendo a sus deseos.

Fui brusca aposta. Ya había tenido bastante desengaño con tantas mentiras. Por una vez, pensé en mí, y en lo dispuesta que estaba a sacarle con las pocas uñas que me quedaban las palabras que esperaba oír.

—Bien. —Juntó los labios, los apretó y se los humedeció—. El día que te conocí, el del anuncio, vine a una reunión por él. Me perdí buscando el despacho de tu padre y terminé en el tuyo.

—Viste el rubí y las réplicas, y aprovechaste para hacer el cambiazo.

Asintió.

—Se suponía que no tendríais que haberos dado cuenta. Yo se lo llevaría a mi hermano, él cumpliría su deseo de fugarse para casarse y, antes de que alguien echara de menos el anillo, él habría explicado todo. Entonces...

—Nos dimos cuenta, tú te callaste y me dejaste hacer la idiota por tres países diferentes. Tres.

—Cuatro si contamos cuando cruzamos la frontera hasta Francia en aquella barquita. —Tuvo que dolerle la patada en las pelotas que me imaginé propinándole, pues se encogió y colocó la palma delante de él de parapeto—. Déjame terminar, por favor, Cleo...

—Decidiste que podías aprovechar mis salidas de tiesto para tomarte unas vacaciones y, en medio de todo el zafarrancho, viste como buena opción aderezarlas primero tocándome las narices y luego...

—Luego te metiste dentro de mí. Tú y tu energía. Luego, no quise darme cuenta de lo evidente, de que me importabas, de que unos pocos días bastaron para no querer salir de esa burbuja. Que eras mi excepción; el soplo que me faltaba para ser capaz de darle sentido a todo. Me enseñaste a creer que es posible empezar mil veces, sorteando los baches según se fueran presentando. O que para las cosas importantes no necesitamos un plan, solo valor para vivir sintiéndolas.

Embutió su mano en el bolsillo interior de la chaqueta del traje y sacó un sobre. Estiró una mano y colocó una de mis palmas bocarriba y lo dejó en ella, sin soltar la mía.

—¿Qué es? —No la aparté, ni dejé entrever ningún tipo de molestia por su contacto. Al contrario, me abandoné a la caricia de su pulgar al mío.

Mi visión estaba empañada, me costaba respirar y la piel de los labios me tiraba.

—El último plan que haré en mi vida y que seguiré hoy, mañana o el resto de nuestros días si me perdonas y nos dejas intentarlo.

Las lágrimas empezaron a brotar y descender. No veía nada. Me entró hipo y me quedé muda. Un completo.

No podía creérmelo. Mi yo de las semanas previas le habría gritado hasta quedarse afónica lo soberanamente imbécil que era si creía que iba a perdonarlo. Me ganó.

Extinguió la escasa distancia entre nuestros cuerpos y acunó mi cara entre sus manos. Sopló mis mejillas y apoyó su frente en la mía.

—Es la segunda vez que te hago llorar. —Su voz se quebró al aumentar mis sollozos—. Verte así por mi culpa me hace sentirme como un mierda. Joder.

—La tercera —aclaré entre hipidos—. Es la tercera vez que lloro por tu culpa.

Me instó a mirarlo y cuando lo hice me sonrió.

—No puedo prometerte que estoy enamorado de ti, porque todavía estoy descubriendo todo lo que siento desde que estás en mi vida y, si dejaras de estarlo... Solo sé que prefiero lo primero y que no sé si podría soportar volver a sufrir lo último.

Sonreí al ver un brillo cegador en sus ojos. Los clavó en mí de un modo que hizo que, sin más, comprendiera que había hecho un esfuerzo sobrehumano presentándose delante de mí para sacarse de dentro esos sentimientos y materializarlos en palabras.

Se acercó a mis labios, con lentitud y premeditación. Cerré los ojos cuando su respiración y la mía se abrazaron, después de tantos días alejadas, y su corazón y el mío se acompasaron y bombearon juntos, apremiados por las circunstancias. Abrí los ojos y, saltándome todas mis restricciones, tiré de su camisa, me puse de puntillas y le devolví el beso que en su cabeza ya me había dado. Nos reencontramos a través del tacto y, en medio de jadeos, respondimos al ardor de nuestros cuerpos. Cuando nos separamos, recordé el sobre y lo busqué a nuestros pies, arrugado. Lo estiré lo mejor que pude y me dispuse abrirlo, pero él me frenó.

—¿Qué? ¿Por qué no puedo abrirlo?

—Primero necesito que me digas que me crees y que sabes que para mí no solo has sido una aventura. Sé que podría haber hecho esto hace una semana y que no tengo derecho a pedirte nada, pero, si no te oigo, no voy a parar de intentarlo hasta que lo hagas.

—Quiero creerte.

—¿Eso es que estoy perdonado?

Levanté una ceja, esbozando un mohín escéptico.

—Eso es que te doy la oportunidad de no tener que pedir disculpas otra vez. Ahora dime, ¿qué hay dentro? —Mi maldita impaciencia y mi curiosidad me dominaban.

—Ya te lo he dicho. El último plan que haré en mi vida y que seguiré hoy, mañana o el resto de nuestros días si me perdonas y nos dejas intentarlo.

Fue todo lo que dijo antes de besarme, guiñarme un ojo y dejarme embobada en su zona trasera abandonando la estancia. Es sencillo imaginar lo que vino después; sí, abrí el sobre. Una dirección y una hora. Fui a por mí bolso y cogí el móvil para buscar la dirección; era un restaurante.

¿Me había invitado a cenar? ¿En serio? ¡Pero si no lo había perdonado!

¿O sí?

Caos, frases a medias, un nuevo comienzo incierto. Revisé si había algo más en la nota y sonreí al leer la posdata.

«Aprender del final para no olvidar cada principio».

¿Seríamos capaces de hacerlo bien?

No podía saberlo. Lo que sí... es que lo había perdonado.

—Vaya con el guaperas... Tanto lío y hacerse de rogar para terminar bajándose los pantalones igual —dijo César, salido de la nada.

Llevaba la camisa mal abrochada, la corbata torcida y el nudo flojo, y tanto él como mi amiga estaban sospechosamente despeinados.

—Y según parece no ha sido el único, hermanito.

—¿Esa acidez en tus palabras significa que tengo cuñado?

—Lo tendrías si tuvieras hermana. —Arrugó los morros—. Todavía no han pasado mil años...

Me recogí un mechón suelto detrás de la oreja y le sonreí con malicia.

—O sea, que él te hace pucheros y lo perdonas, pero a mí que me zurzan...

—No te he visto ni oído haciendo pucheros, hermanito...

—¿En serio?

A Joel no lo volví a ver esa noche, y a mi hermano lo perdoné unos días después, aunque puede que, a día de hoy, él todavía siga sin saberlo.

28. Como en las películas

Joel

Miré el reloj y el final de la calle respectivamente. Resoplé y, a pesar de que pasaban diez minutos de la hora de nuestra cita, evité preocuparme, aunque no conseguí convencerme; los nervios me comían.

No estaba cómodo en ninguna postura y me sobraban las manos y los brazos; tampoco me aclaraba metiéndolas en los bolsillos, estando de pie, ni juntándolas o enterrándolas en la doblez de las piernas cuando me sentaba. Preferí llamarlo impaciencia antes que inseguridad.

Al dirigir la mirada hacia el semáforo más cercano, vi a Cleopatra esperando para cruzar con un refresco en la mano. Llevaba una chaquetilla fina de media manga, con flecos en los bajos y abierta sobre un vestido en tonos naranjas, con el que, además de estar preciosa, me deleitaba con sus torneadas piernas subidas a unos de sus altísimos e incómodos zapatos de tacón. No tener que regañarme por imaginarme indecencias con ellas, sus labios o toda ella era un alivio. Ventaja a la que le saqué partido hasta que salí de mi escondite y me dispuse a cruzar el semáforo también. Mientras me acercaba, me fue imposible no reírme de mí mismo por hacer el imbécil para que ella deseara quedarse y empezar de nuevo conmigo, cada día.

El semáforo se puso en verde. Cleo aseguró sus pasos caminando despacio hacia el otro extremo de la acera con sus ojos puestos en la calzada. Imitándola, fui en su dirección hasta que...

—¡Jolines! A tomar por saco el vestido —espetó, revisando el estropicio en su ropa sin levantar la vista.

En el lapso que permanecimos enfrentados, varios transeúntes centraron su atención en ella y en sus piernas. Un chaval, más de lo cortés. Observé al individuo con un mohín socarrón con el que alabé su buen gusto, y solté una

risotada al oírla musitar improperios cursis a una velocidad asombrosa. Y, tal como sospeché, hasta que no me oyó reír, no me reconoció y me fulminó con esos dos mares cristalinos que tenía por ojos.

—Me cago en tu estampa —chilló, sacando un paquete de *kleenex* de su bolso, con la vena de la frente palpitándole—. ¿Te haces una idea de la de horas que he pasado frente al vestidor para decidirme por este y no otro?

—Esa boquita, preciosa —la advertí—. Que aquí el de las formas feas es otro.

—Va a ser verdad que todo lo malo se pega.

—Disculpe, señorita, no era mi intención estropearle el atuendo... —bromeé, para quitarle tensión a la situación. Sabía, por lo poco que la conocía, que ponerse gruñona de un instante a otro era su forma de sobrellevar el nerviosismo. Eso, y su escasa contención para no ponerme las pelotas de pajarita por destrozarle el vestido—. Permítame ayudarla.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Sígueme el rollo —le pedí.

—Lo haría si supiera que narices pasa —bufó, y cogió mi mano con firmeza para tirar de mí—. Será mejor que nos quitemos del medio, acaba de ponerse en rojo.

Asentí y caminé detrás de ella. La idea era chocar casualmente y presentarnos. Como si fuéramos desconocidos. El contacto entre su mano y la mía interrumpía el protocolo, pero decidí saltármelo después de tantos días sin apenas olerla. Había echado de menos ese olor a melocotón o mango, pero no supe cuánto hasta que volvió a ser protagonista en mis fosas nasales.

—Venga, ahora en serio, ¿qué haces?

—Empezar.

—¿Tirándome encima un refresco? —preguntó, con una ceja levantada.

Yo no era capaz de hacer eso. O lo hacía con las dos o parecía *monguer*. Me voy, perdón.

—Chocando por accidente —expliqué—, y tratando de conocer el nombre de la preciosa chica a la que tendré que pagarle la tintorería.

Se le escapó una carcajada.

—¿Como en las películas?

—Como en las películas —confirmé.

—Estás zumbado. —Reí—. Mucho más que yo incluso, que ya es decir.

—¿Puedes poner de tu parte? También quiero besarte y estrujarte y estoy siguiendo el proceso.

—¿Qué proceso? —preguntó, escéptica.

—Presentarme, convencerte para que aceptes mi caballerosidad, invitarte a otro refresco, pedirte una cita...

Dio un par de pasos hacia mí, se enganchó en el cuello de mi suéter y miró a un lado, fingiendo que meditaba. Retrocedió y enfocó la mirada en mí.

Tuve que pedirle amablemente a mi miembro que me dejará hablar a mí, pero sabía que, una vez se había puesto guerrera, complicado iba a ser que me hiciera caso. Jodido carmín rojo.

—Vale, ya has dejado claro que estás muy mal de lo tuyo. —Soltó mi suéter y se colocó a mi lado—. Estoy famélica, así que, si te parece, podemos fingir que llevo otro vestido, que tu encanto me ha ganado y he aceptado una cita. ¿Te parece?

—Creo que va usted muy rápido, señorita sin nombre.

—Cleo. —Sonrió, tendiéndome la mano.

—Joel —dije, después de aceptarla—. A este paso podré besarte antes de lo que imaginaba.

Golpeó mi antebrazo con sorna.

—De eso nada, para eso tendrás que esperar por lo menos... a la tercera.

Me carcajeé. Resultamos ser más bobos de lo que se me hubiera ocurrido. Callados, la insté a caminar con mi mano puesta en su cadera en dirección al lugar que quería enseñarle, y a su vez donde íbamos a cenar.

—¿Dónde vamos exactamente? —preguntó, a pocos metros de nuestro destino.

—A mi futura escuela de adiestramiento. — Me miró dubitativa—. Quiero enseñarte lo que has conseguido desde que te conozco.

—¿Ah, sí? ¿Y qué he conseguido?

—Pues... que no tenga miedo de conocerme o que, aun teniendo mil defectos y errores a mi espalda, empezara a aceptarlos y a entender que todos ellos me han traído hasta aquí. A hacer las cosas porque me hacen feliz, no por demostrarle nada a nadie. A enamorarme de los principios y a ti. Sobre todo me han traído hasta a ti.

—Yo no he hecho nada de eso... —Cortada, abrió la boca para decir algo más y la cerró con la misma rapidez.

—¿Sí, preciosa?

—Que esos días también me han dado un empujón —confesó—. He decidido formarme como gemóloga y, aunque me ha costado, empiezo a disfrutar de cada bache sin estar pensando continuamente todo lo que va a

salir mal durante el camino.

—Estoy orgulloso de ti, pequeña. —Le guiñé y deseé besarla y no soltarla. Ella me sonrió con timidez y enlazó sus dedos con los míos, apremiándome a seguir andando.

«Ya habrá tiempo para eso», me dije.

Llegamos al local, se quitó el bolso y la chaquetilla y los dejó en una esquina, cerca de la entrada.

—¡Es inmenso!—gritó emocionada.

Sin prisas, fui contándole mi plan para cada estancia conforme se las enseñaba y, cuando llegamos a una habitación bastante acogedora, iluminada con velas, rosas de varios colores y una mesa puesta, me callé.

Judith se había cerciorado de que la mesa estuviera decorada como si de verdad fuéramos a cenar en un restaurante con estrellas Michelin. Servilletas de tela a juego con el mantel, copas de cristal fino adornadas con incrustaciones de plata, y platos y cubiertos tan bonitos y delicados a la vista que daba pena mancharlos.

Me senté tras ofrecerle mi galante ayuda y fui a la improvisada cocina a por la cena. Lubina al horno con patatas, que tampoco había hecho yo. No me llaméis vago; inútil en menesteres de cocina sería más correcto. Dicen que lo que importa es el detalle, pero comprendedme: había metido la pata lo equivalente a tres años. Si la intoxicaba con alguna de mis porquerías... podía olvidarme del perdón. A esas alturas, no me extrañaría que creyera que tenía intenciones de envenenarla o algo parecido, vete tú a saber.

—¿Has hecho tú todo esto?

«Sí, claro», estuve tentado a decirle, pero en el futuro no tendría a Judith para que me ayudara, así que decliné vacilar de ello.

—No.

Me ignoró, o directamente no se enteró de mi respuesta por seguir embobada en la mesa.

—¿Y la mesa tampoco es cosa tuya? —Negué.

—He tenido ayuda de Judith.

—¿Está en el país?

—Sí, su hermana dará a luz en un par de semanas y no quiere perderselo —expliqué.

Asintió pensativa y se levantó.

Apoyó la cadera en la mesa y me instó con una rodilla a echar la silla hacia atrás y a abrir las piernas. Despacio, se descalzó y subió a horcajadas

sobre mí, con los ojos clavados en mí y su lengua lamiéndose por turnos cada uno de sus labios.

—¿Has organizado todo esto para que te perdone? —Su voz se volvió más seductora.

—¿Lo he conseguido?

—¿Cuántas veces empezaremos de nuevo?

—Las que hagan falta; cada día, si es necesario, preciosa. —La besé, impregnándome de ella, demorando el tener que separarme.

—Cada día —repitió.

Nos besamos, con la misma timidez que la primera vez en el *ferry*, y permanecemos unidos por nuestros labios, sobándonos con cautela hasta que nos cansamos de echarnos de menos.

—¿Estamos ya en la segunda cita? —se me ocurrió preguntar, en cuanto nos separamos para tomar aire.

—Pues... para mí que llegas un poco pronto a la tercera.

—¿Y eso significa...?

—Que hoy el postre será antes que la cena.

Y, por supuesto, yo acepté encantado el cambio de orden.

Epílogo

Ocho meses después

César

—Seguro que no es nada que una peluquera no pueda arreglar, preciosa. Quita el pestillo y déjame entrar —pidió Joel.

—He dicho que no.

Calladito, con los brazos cruzados y a una distancia prudente, era testigo activo del *show* que tenía montado mi hermana. La señorita tenía intención de volver a ser rubia, pero a saber qué clase de tinte había comprado la lerdita para que, después de una eternidad encerrada a cal y canto en el baño, su drama capilar no la dejara salir.

—Por favor...

No sé cuántas gotas más hacían falta para que la paciencia de Joel llegara a su límite y la mandara a hacer croquetas; a mí tanto lloriqueo ya me había tocado las pelotas bastante, y me levanté para cortar por lo sano. Ni en mi propia casa me dejaban estar tranquilo, hay que fastidiarse.

—No seas infantil y sal de una puñetera vez —la advertí—. Tengo que hacer pis.

—Pues vas al de arriba. He dicho que no salgo y no salgo.

—¡Me cago en... en todo me cago ya! O sales o entro a sacarte yo, tú misma. —Silencio—. Por tu bien despégate de la puerta porque le voy a propinar dos patadas, he avisado.

—A ver si te crees que eres Hulk.

—Más mala hostia tengo.

Y empujé en vano con el hombro, varias veces, además. A los pocos segundos, el eco de la risa de mi hermana resonaba en todo el piso bajo de la casa. Joel y yo cruzamos una mirada con la que quedó claro que ninguno de los dos le encontrábamos la gracia.

—Venga, va, salgo. —«Aleluya», susurró Joel—. Pero no quiero risas ni chistes malos. Y eso último va por ti, César, que nos conocemos.

—Prometido.

—Palabra —añadí yo.

Mi cuñado cruzó los brazos bajo el pecho, hastiado de tanta parafernalia, y yo hubiera hecho lo mismo si el zumbido del vibrador del móvil en el bolsillo de mi camisa no me hubiese reclamado.

El nombre de Bárbara parpadeaba en la pantalla a la espera de que leyera un par de mensajes que acaba de enviarme. Mis ojos se clavaron justo en la disculpa del final y, automáticamente, las manos me empezaron a temblar. Ella no solía tener que pedir las por nada.

—No puede ser... —susurré.

Despacito, no le fuera a dar un tirón en algún dedo o la muñeca, Cleopatra recorrió el pestillo, apoyó su peso en el picaporte y salió con los ojos apretados.

—¿No puede ser qué?

¡La Virgen qué oído!

Volví a leer los mensajes y parpadeé varias veces antes de desviar la vista hacia mi hermana.

—Bárbara se ha ido.

Fui a las escaleras a sentarme. Me sentía mareado.

—¿Qué?

—De vacaciones.

—¿De vacaciones? ¿Bárbara? —Asentí, como un gilipollas—. ¿Adónde? ¿Cuándo?

—¡¡Yo que sé!!

—¡Pero si estamos en noviembre! ¿Quién pilla vacaciones en estas fechas? Además, ¿desde cuándo descansáis vosotros? Si entre los dos debéis de tener un lustro en meses de vacaciones, días de asuntos propios y festivos no gastados... ¿Qué has hecho César?

—¿Tengo pinta de ser aprendiz de adivino? Eso me gustaría saber a mí, pero me ha dicho que necesita tiempo y se lo voy a dar.

Solté el móvil en un escalón, apoyé los codos en los muslos y enterré la cara entre mis dos manos; la jaqueca no iba a tardar mucho en aparecer.

—Cleo, por favor, deja en paz a tu hermano —le pidió Joel, embobado en su nuevo *look*.

—¡No me lo puedo creer! Desde luego... —claudicó, sin ser consciente de su naturalidad desde que había salido del baño, con toda la ansiedad que nos había hecho incubar casi toda la tarde—. ¿Qué? ¿Estoy demasiado rubia, a que sí? ¡Lo sabía!

Se mesó el pelo y estiró un mechón rizado y contempló de cerca su nuevo tono de pelo. Era cierto que su color tiraba un poco más a un rubio cenizo que a ese nuevo tono de «pollito», aunque le quedaba bien. Los genes son los genes.

Por su parte, los ojos de Joel se clavaban en ella con el mismo brillo, incredulidad y miedo que cuando se conocieron. Miedo a ponerle nombre a lo que sentían el uno por el otro, miedo a no ser capaz de empezar tantas veces. Pero, a pesar de las discusiones o diferencias que ellos creían que tenían, porque el resto veíamos lo parecidos que eran en la mayoría de cosas que importaban, ahí estaban, sacando de cada día su «vivieron felices para siempre».

—Tú eres demasiado de todo. Por eso te quiero.

—¿Qué has dicho?

—Que estas guapa. No te había imaginado tan rubia, pero estás más preciosa y más tú que nunca.

—Lo último, repite lo último. —Se acercó a él y rodeó uno de sus dedos con los suyos—. Hace tiempo me dijiste que no podías prometerme eso.

Él ladeó los labios, y ella se contagió y sonrió con menos timidez que él.

—Joder... La que has liado para que al final me hagas vomitar y todo —dije, con la cara aún tapada.

—Cállate, tú no pintas nada en esta historia.

Si una cosa aprendí en ese último año, es que hay muchos tipos de locos en eso que llaman amor: por un lado, están los que, después de una vida sabiendo que quieren a la persona que tienen a su lado, no se atreven a mostrar lo que no soportan de ellos mismos o a reconocer que no lo saben todo de la otra persona y, luego, están los valientes que, a pesar de no creer que esa chispa naciera en tan poco tiempo, se ataron la cuerda a la cintura y saltaron al vacío con todas las consecuencias. ¿Adivináis quién era quién?

Así que ignoré los mohines de asco que me dedicó mi hermana y los dejé

con sus declaraciones.

Supongo que también te estarás preguntando qué pasó con Bárbara y conmigo para que ella necesitara «tiempo». En aquel entonces, ni siquiera yo tenía una mínima idea de cuánto iba a cambiar mi vida cuando Bárbara volviera. Así que, si te quedas cerca, tal vez descubras qué pasó con nosotros, cómo y cuándo nos conocimos o qué siguió a ese primer «te quiero» entre mi hermana y Joel. Y espero que te haya caído mejor que a la mayoría de los que me conocen, porque la siguiente sí que será mi historia.

—Dilo otra vez... —pidió mi hermana.

—Que te quiero, con tus excesos de gritos, despistes y dramas.

—Otra vez.

—Te quiero.

¡Jesús, vaya par!

Agradecimientos

Otra vez he llegado a esta parte y, de nuevo, sigo sin creermelo que haya sucedido. Intuyo que no por hacerlo más veces costará menos. Más que nada, porque otra vez soy consciente de cuánto me han dado los personajes y lo afortunada que he sido de que me eligieran para contar su historia.

Así que, si me lo permites, la primera parte se la dedico a ellos; a los chicos. Por aparecer aquel agosto de 2016 y asomar la patita del cajón un año después para seguir contándome cosas de ellos y enseñarme lo que necesitaba aprender en esa etapa.

Aunque no solo es su historia, también de todas esas personas bonitas que a golpe de ratón o teléfono, en la distancia o tomando una cerveza, me han dado empujones y patadas en el trasero para que dejara de lloriquear y terminara de reescribir. A todas ellas, allá vamos:

A mi familia, a todos y cada uno de vosotros, incluso a los que desconocéis esta parte de mí. Porque, si peleo por algo, sea lo que sea, siempre estáis orgullosos de mí.

A Lana Fry, por la amistad que esto de las letras nos ha dado, por esas charlas disparatadas, por el cariño y la paciencia con la que estás dispuesta a ayudar siempre y, sobre todo, por todo lo que nos queda por andar y compartir. Espero que esos monos holgazanes que tenemos dejen de fumar y se pongan a teclear por nosotras (guiño, guiño).

A Susanna Herrero, por tu amistad, por esos audios con los que nos reímos tanto, por apoyarme y ayudarme a mejorar siempre que lo necesito. Y lo más importante; por todos los brindis virtuales que haremos durante el camino.

A Scarlett Butler, por ver el lado bueno de todo y contagiarme de ese positivismo siempre que hablamos.

A Rocío, la mejor amiga del mundo, la que siempre está y a la que es imposible definir con pocas palabras.

A los «niños», por preguntar si me queda mucho cada vez que me ven absorta en la pantalla del portátil.

A Eugen, por no dejar de estar nunca aunque haya un océano entre

nosotras.

A Maru Calahorra, por querer a los que llegaron primero, y por estar también para los segundos.

A Alejandra Beneyto, por su granito de arena y el cariño que ha puesto con los chicos. Ojalá este sea el principio de mil lecturas conjuntas más.

A Laura y a Abril Camino, por poner guapa esta novela por fuera y por dentro. Sin vosotras este proyecto solo serían un montón de frases amontonadas.

A todas las personas que, sin saberlo, me han prestado una parte de ellos y anécdotas para crear a los personajes.

A todos los lectores que esperaban esta historia y a ti, que ahora que la has leído, la has hecho especial al disfrutar de cada página.

Y sobre todo, a ti, J, porque, teniéndote al lado, luchar por los sueños es fácil. Por hacerlos también tuyos.

Sobre la autora

Sira Duque es el seudónimo con el que escribo y me muevo por las redes sociales. Nací en 1991 y crecí en uno de los rincones más bonitos de Andalucía, donde, además, resido y comparto vida con el señor Duque.

Soy una chica normal que recuerda su época de estudiante con cariño, que grita mucho cuando habla, a la que es fácil chingar y que haría un pacto con el demonio por tener cerveza gratis de por vida.

El primer tortazo me lo llevé por pintorrear algunas novelas de mi padre. Fue él quien me enseñó a amar a los libros como si fueran hijos, a viajar a través de las páginas y a soñar con otras vidas. Así, cuando tuve edad para imaginar historias propias, empecé a plasmarlas en cualquier superficie, papel o cachivache en el que pudiera pintarrapear. Pero me gustaban tanto los principios que nunca avanzaba más allá de un punto. Hasta que, un día, me empeñé en saber qué sucedería con esas personas que tantas horas convivían conmigo, y decidí hacerles caso y escuchar su historia completa.

No busques mi foto, porque prefiero que os enamoréis de mis chicos y de sus logros. Pero, oye, dicen que soy maja y, aunque no verás lo mona que salgo por las redes sociales, si te gustan las historias que escribo o los chicos que las protagonizan, puedes contármelo por [Facebook](#), [Twitter](#), [Instagram](#) o a través de siraduque8@gmail.com

Y si te pasas por [Amazon](#) o [Goodreads](#) y dejas tu opinión, además de hacerme muy feliz, te lo agradecería muchísimo. Además, si acabas de conocerme y te ha gustado esta historia, tengo buenas noticias; Vega y Simon te esperan en Nuestro Caos para contarte la suya